

LLÁMAME PRINCESA

Sara Blædel

Siruela/ Policiaca



Sara Blædel

Llámame Princesa

Traducción del danés de
Sofía Pascual Pape

 Siruela

Nuevos Tiempos / Policiaca

Créditos

Edición en formato digital: julio de 2014

Título original: *Kald mig Prinsesse*

Diseño de: © Teresa Janecková, 2013

© Sara Blædel, 2005

First published by Lindhardt & Ringhof, Denmark.

Published by arrangement with Nordin Agency AB, Sweden

© De la traducción, Sofía Pascual Pape, 2014

© Ediciones Siruela, S. A., 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16208-59-3

Conversión a formato digital: www.elpoetaediciondigital.com

www.siruela.com

A mi hermano Jeppe

LLÁMAME PRINCESA

El dolor penetró en sus muñecas y no le dio tiempo a reaccionar cuando de pronto le inmovilizó las manos en la espalda. Asustada, se volvió hacia él. El golpe la alcanzó con tal fuerza que su cabeza rebotó en la cama y salió despedida, lista para recibir el siguiente. Abrió la boca para gritar, pero antes de que el sonido pudiera salir él le bloqueó la cavidad bucal con un objeto duro. La cinta americana con la que selló su boca convirtió su rostro en una especie de máscara.

Las velas seguían ardiendo en el salón. La botella de vino y las copas descansaban sobre la mesita de centro. Había ladeado la cabeza y la sangre corría por su nariz mientras miraba fijamente las llamas de las velas y pensaba en el restaurante y en el menú de tres platos.

Él había pedido calvados para acompañar el café sin antes preguntarle si a ella también le apetecía. Así ella se libró de mostrar su ignorancia. Se habían cogido de la mano por encima de la mesa.

Cuando volvió a tensar la cuerda alrededor de sus tobillos, el dolor se propagó por su cuerpo. Algo duro roía su carne justo por encima del hueso.

Más tarde habían bailado en el salón. Muy pegados. Él había rodeado su rostro con las manos y la había besado.

¡Dios mío, ayúdame!

La sangre seguía corriendo, y era una lucha tener que respirar a través de la nariz. Se concentró en apuntar antes de levantar las piernas juntas e intentar echarlo de la cama de una patada. Él estaba sentado de espaldas a ella, pero le dio tiempo a volverse y parar el golpe. Nuevos puñetazos le reventaron el pómulo y la sien.

—Estate quieta y no te pasará nada.

La sujetó y apartó airado sus piernas ligadas.

Su ropa estaba tirada sobre la silla al lado del armario. La de ella estaba amontonada de cualquier manera en el suelo, a los pies de la cama. Pieza por pieza. Él le había pedido que se desvistiera lentamente.

El lado derecho de su cara palpitaba. La suave música procedente del salón seguía fluyendo. El miedo la atenazaba como una agarradera alrededor de sus intestinos.

Lloró de dolor y vergüenza. Hundió la cabeza y el cuerpo en el mullido edredón con la esperanza de que se la tragara. Las lágrimas se mezclaron con la sangre cuando él la arrastró por el borde de la cama hasta que solo su torso descansaba en el colchón. El mundo y la realidad explotaron cuando él la penetró con una fuerza descomunal.

La apretada cinta americana contuvo el grito. Luchó por mantener la nariz despegada de la cama e intentó respirar calmadamente, pero el dolor que amenazaba con reventarla le rompía el ritmo constantemente. Su cuerpo empezó a ceder cuando el dolor se vio envuelto por una neblina y la conciencia la abandonó lentamente.

Se oyó un clic cuando apretó el mando, y al instante siguiente se abrió la puerta de cristal del departamento. Avanzó a paso ligero y con la mirada clavada en el suelo. Con el rabllo del ojo percibió a los familiares conversando en voz baja. En ese momento, un técnico de laboratorio salía de una de las salas de reconocimiento empujando un carrito con las muestras de sangre y solo a duras penas evitó chocar con él.

Sin detenerse para disculparse, siguió avanzando rápido hasta la recepción. Dobló la esquina al llegar a la jaula de cristal y entró en la sala de guardia.

—Louise Rick, departamento A—se presentó—. ¿Con quién tengo que hablar?

Una enfermera joven se levantó y le sonrió.

—Un momento, ahora mismo llamo a la doctora. Mientras tanto puedes sentarte aquí.

Señaló hacia la mesa blanca y oval con marcas de tazas de café y restos del pastel de la merienda.

Louise se sacó las gafas de sol del pelo oscuro y las dejó sobre la mesa mientras seguía con la mirada a la enfermera que en ese momento salía al antedespacho para llamar por teléfono. Luego juntó las manos por detrás de la nuca y respiró hondo. Se había abierto camino iracunda a través del tráfico de la tarde bordeando el muelle de Kalvebod Brygge y el parque de Folehaven, y había golpeado el volante varias veces de pura frustración cada vez que la cola se detenía. El trayecto entre la jefatura de Policía y el hospital de Hvidovre había resultado inusitadamente largo.

Eran casi las cinco cuando el jefe de Homicidios Hans Suhr entró en su despacho. Había estado ocupada elaborando una lista de las cosas que tenía que comprar de camino a casa, pero al ver la expresión de sus ojos, apartó la libreta, dispuesta a llamar a Peter para pedirle que se encargara de las compras. Él ya se lo había propuesto por la mañana, cuando la llevó al trabajo en coche, pero entonces ella lo había rechazado con optimismo y le había dicho que le daría tiempo de sobra a hacerlo.

—Nos ha entrado una violación de la que me gustaría que te encargaras tú.

El jefe de Homicidios se había sentado en la dura silla de madera en un extremo de su escritorio.

Antes de que le diera tiempo a seguir, Louise volvió a coger la libreta y arrancó la lista de la compra. Suhr solía recurrir a ella en los casos de violación. Las víctimas estaban en su derecho de ser interrogadas por una mujer, y puesto que no había muchos casos así en el departamento, todos acababan sobre su mesa.

—La han llevado al hospital de Hvidovre—dijo Suhr, una vez Louise estuvo lista, bolígrafo en mano—. Se trata de una mujer de treinta y dos años del barrio de Valby. Su madre, que vive en el piso de arriba, bajó a la hora del almuerzo y la encontró en el dormitorio, atada de pies y manos y amordazada. Había sangre en la cama, y su hija estaba prácticamente inconsciente de agotamiento.

El jefe de Homicidios pareció considerar si había algo más que debería añadir.

—Su madre retiró la cinta americana de su boca antes de llamar a una ambulancia—dijo entonces.

Louise lo examinó mientras hablaba, intentando evaluar la gravedad de lo que vendría

a continuación. El hecho de que la víctima hubiera sido maniatada y amordazada solía bastar para que la comisaría de Station City se pusiera en contacto con el departamento A, y el estado de la víctima dejaba bien a las claras que había que clasificar la violación como un caso de agresión de carácter extremadamente violento.

—Susanne Hansson vive sola, y cuando la policía llegó al lugar de los hechos, la madre les contó que su hija no tiene novio ni ningún amigo con el que quisiera irse a la cama voluntariamente.

Louise frunció el ceño.

—Y ¿ella qué dice? —interrumpió.

Suhr se encogió de hombros.

—Nada. Cuando acudieron al hospital de Hvidovre, los compañeros de la City hicieron lo que pudieron, pero no sirvió de nada. Luego una de los médicos habló un poco con ella, pero no sé qué le habrá podido sacar. Más allá de que la víctima está dispuesta a denunciar la violación. Vas a tener que hablar con ella, y luego hay que llevarla al Rigshospitalet para que la examinen.

Louise asintió con la cabeza, satisfecha porque tuviera la ocasión de crear cierto vínculo de confianza con Susanne Hansson antes de acudir al Centro para Víctimas de Violación. La experiencia en otros casos graves de agresión sexual le decía que si Susanne Hansson estaba tan malherida como había manifestado Suhr, probablemente su psique se vería aún más perjudicada si la sometían al examen de un forense en una misma tarde. Lo mejor sería que tuvieran la ocasión de establecer un contacto previo, de manera que Susanne pudiera antes sentirse protegida, aunque solo fuera un poco.

—¿Cuál es su estado ahora mismo?

—Ve y averígualo —dijo el jefe de Homicidios—. Enviaré a Lars Jørgensen al piso de Lyshøj Allé. Los técnicos de Criminalística ya están allí. Llámame en cuanto te hayas podido formar una idea.

Golpeó decidido la mesa de su escritorio con la palma de la mano, se levantó y abandonó el despacho.

Louise se colgó la cazadora tejana del brazo y echó una rápida mirada a los montones de documentos que había sobre su mesa. De camino al despacho de los jefes de investigación donde guardaban el registro de los vehículos le dio tiempo a enfurecerse ante la perspectiva de que todos los coches estuvieran de servicio y tuviera que pasar por el garaje y arrastrarse ante Svendsen para que le adjudicara uno. Pero no, había dos coches disponibles, así que cogió una llave y anotó su nombre en el registro. Era ridículo ponerse así, pensó mientras bajaba las escaleras de dos en dos.

—Ahora mismo viene —dijo la enfermera cuando hubo colgado el teléfono.

Louise le dio las gracias y se levantó. Se metió las gafas de sol en el bolsillo y sacó el protector labial.

—Me llamo Anne-Birgitte —dijo una joven doctora con unas finas gafas redondas y doradas y una larga melena recogida en la nuca. Le tendió una mano fría y firme.

Louise se sentía sudorosa y desaliñada frente a la doctora, y lo compensó adoptando

un tono más incisivo y seco de lo necesario.

—¿Has podido hablar con ella? —preguntó en lugar de presentarse. Enseguida captó la reacción que había provocado, pues la mirada diligente de la doctora se alteró, aunque para entonces ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

—Lo suficiente para saber que tal vez sea, a pesar de todo, demasiado pronto para permitir que la policía la interroge.

Se miraron fijamente a los ojos, y Louise notó una pequeña burbuja de respeto que se formaba y ascendía a través de su cuerpo. Dejó que se vislumbrara en su mirada el tiempo exacto para que la mujer que tenía en frente se diera cuenta de que se había rendido.

—Está bien, has conseguido que lo denunciara —dijo Louise, y le lanzó una sonrisa a la vez que la tensión entre ellas se esfumaba.

—Si tienes tiempo, tal vez podrías echarle un vistazo a lo que he escrito en la historia clínica. ¿Mejor?

Se sentaron una al lado de la otra, y Anne-Birgitte empezó a hablar mientras echaba de vez en cuando una mirada de soslayo a los folios que había dejado a su lado.

—Estaba atada de pies y manos con unas fuertes bridas de plástico.

La doctora interrumpió la lectura y explicó que se trataba de las que se emplean para juntar cables y que la policía solía utilizar como esposas de un solo uso.

—El personal de la ambulancia las cortó antes de traerla aquí, y para entonces su madre ya había retirado la cinta americana de su boca. Tenía la presión muy baja y pudimos constatar que también estaba deshidratada, así que le pusimos un gotero de glucosa, y parece que ya está surtiendo efecto. Se está despejando.

Dio por terminada su exposición, apartó la historia clínica y se quedó expectante, lista para contestar a las preguntas de la detective.

Louise asintió con la cabeza e intentó recordar qué más le había dicho Suhr antes de irse, y qué respuestas le faltaban.

—Había sangre —dijo—. ¿Está muy malherida?

—Susanne Hansson recibió varios golpes de extrema brutalidad en la cara y sangró mucho, y parece que sufrió también hemorragias en el útero, pero ya han cesado. No la he examinado tan a fondo; ya sabes, eso le corresponde al Rigshospitalet.

—¿Qué te ha contado?

Anne-Birgitte vaciló.

—No gran cosa. Se siente profundamente desdichada, y o bien no quiere decir nada, o no recuerda lo sucedido. En un primer momento tampoco quiso confirmar que se tratara de un ataque. Pero no creo que quepa ninguna duda en este sentido.

Louise apreció el severo rictus que habían adoptado las facciones de la doctora, consciente de que, a estas alturas de la investigación, era una apreciación que tendría que correr enteramente por cuenta de la doctora.

«¿Ataque?», anotó en una libreta, y posó la mano sobre la página para ocultar su anotación.

—¿Sabes si conocía a su agresor?

—Las cosas que dice son demasiado inconexas para que haya podido sacar nada en claro a este respecto. Pero asintió con la cabeza cuando le pregunté si pensaba denunciarlo a la policía, y luego avisé a los dos agentes que la acompañaron hasta aquí.

Louise volvió a meter la libreta en su bolso. No había nada más que rascar, y lo mejor sería que entrara a saludar a Susanne Hansson de una vez por todas.

Se levantó, esperando que Anne-Birgitte hiciera lo mismo, pero la doctora se quedó sentada, mirando fijamente las migas de pastel que estaban esparcidas sobre la mesa.

—La paciente sufre una fuerte conmoción —dijo, y levantó la mirada—. No parece una mujer que consienta voluntariamente según qué prácticas sexuales extravagantes que impliquen que la amordacen, le aten los pies y las manos y la golpeen.

Louise se disponía a interrumpirla, pero la doctora se le adelantó.

—Ha recibido maltratos físicos y psíquicos, y te pido que lo tengas en cuenta.

—Por supuesto —dijo Louise, irritada. No era, ni mucho menos, la primera vez que sentía ese tono recriminatorio solo porque la policía, por motivos profesionales, se veía obligada a formular sus dudas tratándose de la denuncia de una violación—. Supongo que no hay ningún problema para que la traslademos al Rigshospitalet, ¿verdad?

—No, eso no agravará su estado. ¿Vamos?

Louise siguió a la doctora, pero se detuvo en medio del pasillo mientras Anne-Birgitte entraba en la habitación para anunciar su llegada. Poco después se abrió la puerta de golpe, y una señora de unos cincuenta y tantos años se acercó a ella y la cogió del brazo. Louise dedujo rápidamente que debía de tratarse de la madre.

—Tiene que entender que ha sucedido algo terrible.

Louise se apartó un poco, pero lo único que consiguió fue que la mujer la agarrara del brazo con más fuerza.

—Supongo que es su hija con quien tengo que hablar —dijo Louise, y apartó la mano de la madre antes de señalar la hilera de sillas que bordeaban la pared—. Puede esperar aquí mientras hablo con ella.

Guio a la madre hasta las sillas, adelantándose a las más que posibles protestas de la señora, y la empujó amablemente para que tomara asiento.

—En cuanto haya hablado con Susanne nos iremos al Rigshospitalet. Así que será mejor que vuelva a casa y nos espere allí mientras tanto. Si me da su número de teléfono, la llamaré en cuanto hayamos acabado con los exámenes y el posterior interrogatorio en la jefatura de Policía.

Louise volvió a sacar la libreta y se la ofreció a la madre abierta por una página en blanco.

—Les acompaño —dijo la madre, ignorando la libreta.

Louise se acercó a ella y se puso en cuclillas al lado de la silla.

—No se lo puedo impedir. Pero quiero que sepa que tendrá que esperar sentada en una silla durante varias horas, sin que haya nadie que realmente tenga tiempo para hablar con usted. Ahora mismo se trata sobre todo de su hija, y obviamente tiene que estar allí para ella. Pero si realmente queremos descubrir quién la ha dejado en este lamentable estado, necesitamos poder hablar tranquilamente con ella, y luego habrá que poner en marcha

una serie de investigaciones.

Parecía que la mujer empezaba a comprender la situación.

—Entonces podría volver a su casa e intentar dejarla un poco recogida —dijo, sobre todo a sí misma.

Louise posó una mano sobre el hombro de la madre.

—Ahora mismo la policía está en el piso, así que tardará un tiempo en poder entrar. Le propongo que se vaya a casa. Tiene que haber supuesto una gran conmoción para usted encontrársela como se la encontró.

La madre asintió con la cabeza, pero Louise se dio cuenta de que estaba a punto de volver a protestar y se apresuró a concluir la negociación.

—Me pondré en contacto con usted esta misma tarde —dijo, y se metió en la habitación a toda prisa.

Ya había pasado por esta clase de conversaciones antes, y no tardó mucho en evaluar hasta qué punto sería una ventaja o todo lo contrario que la madre estuviera presente cuando examinaran e interrogaran a Susanne Hansson. Todo indicaba que, en este caso, costaba ver las ventajas.

La cama de hospital estaba situada al lado de la ventana, y la cortina ondeó ligeramente al colarse una leve brisa en la estancia. Susanne estaba mirando hacia el exterior y no volvió la cabeza hasta que Louise se colocó al lado de la cama.

—Me llamo Louise Rick, soy detective de la Brigada de Investigación Criminal —se presentó—. ¿Podríamos hablar un poco?

Susanne se volvió y miró a través de ella. Se había encerrado en su propio mundo.

«Es una pena», pensó Louise. «Estás mucho peor allí dentro que aquí afuera».

—Es terrible lo que has tenido que pasar —dijo, y bajó la mirada hasta aquel rostro magullado—. Sé que ya te han examinado por encima, y comprendo perfectamente que quieras que te dejemos en paz, pero me gustaría acompañarte al Rigshospitalet, donde tiene su sede el Centro para Víctimas de Violación. Son ellos los que realizan los exámenes médicos cuando hay una denuncia por violación.

No hubo ninguna reacción, y Louise prosiguió:

—Si eres capaz de andar por tu propio pie te propongo que vayamos juntas en mi coche. Pero también puedo pedirte una ambulancia. ¿Qué me dices?

Por fin Susanne reaccionó desplazando la mirada ligeramente hacia su rostro. Louise consideró por un instante si lo mejor sería sentarse y fingir que disponían de todo el tiempo del mundo, hasta que Susanne Hansson sintiera que estaba lista para hablar con ella, o si debía presionarla para provocar una reacción.

Se decidió por un término medio.

—Hay un médico forense que te espera en el Centro para Víctimas de Violación. Tiene que explorarte, y luego tendrás que someterte a un interrogatorio policial. Y la verdad es que esperaba que nos diera tiempo a hablar un poco antes de la exploración.

Susanne Hansson la interrumpió. Su voz era ronca, y cuando por fin salieron las palabras, Louise apenas pudo percibir el movimiento de su boca. Tenía heridas en las comisuras de los labios, y era evidente que seguía sintiendo la cinta americana.

–Un médico forense examina a los muertos. ¿Por qué tiene que examinarme a mí?

Louise se inclinó hacia delante para oír lo que decía. Había acercado una silla y estaba sentada al lado de la cama.

–Los médicos forenses le hacen la autopsia a los muertos, pero también exploran a los vivos –dijo, en un intento de desdramatizar la situación–. Siempre acuden cuando hay que explorar a una víctima en el centro.

Las lágrimas habían empezado a caer por las mejillas de Susanne. Louise cogió su mano, aunque evitó tocar el gotero. Acarició su brazo tranquilizadamente mientras hablaba:

–Es porque tenemos que procurar asegurar los rastros que el agresor sin duda ha dejado en tu cuerpo...

Las silenciosas lágrimas se transformaron en un insondable sollozo. El llanto se abrió camino a través de su cuerpo como un cubo que sube a través de un profundo pozo.

Louise cambió de táctica. Ahora le concedería a Susanne todo el tiempo que necesitara. Algo se estaba aflojando en su interior, y valía la pena esperar, pensó.

Finalmente el llanto cesó.

–Si quieres puedo ir contigo –dijo Susanne, y se secó las lágrimas–, pero no tengo ropa.

Pareció disculparse, como si se avergonzara por haber estado desnuda cuando la trasladaron al hospital.

Louise le sonrió.

–Le pediremos a la enfermera que te consiga una bata y un par de zapatillas.

Susanne asintió con la cabeza, y Louise se dio cuenta de que la siguió con la mirada cuando se levantó y salió para buscar a alguien que pudiera ayudarla con la ropa.

Una vez en el coche, Louise llamó al número directo de Flemming Larsen. Era el médico forense de guardia, y ya lo había avisado de su visita durante el trayecto hasta el hospital de Hvidovre.

–Ya estamos en camino –dijo cuando Flemming Larsen contestó.

–Muy bien. Y ella ¿qué dice?

Louise evitó mirar de reojo a Susanne Hansson, que iba sentada a su lado.

–Nada.

Se produjo un breve silencio.

–¿Prefieres interrogarla antes o después de la exploración? –preguntó finalmente el forense.

–Esperaré a que acabéis vosotros. Subiremos directamente al departamento. Nos vemos allí.

Acordaron que Flemming aguardaría su llamada antes de desplazarse al hospital desde el edificio Telium, que se encontraba detrás del Rigshospitalet y albergaba el Instituto Anatómico Forense.

Susanne miraba por la ventanilla. Antes de abandonar el hospital de Hvidovre le habían retirado el gotero de glucosa y le habían puesto una bata blanca por encima del camión hospitalario. Estaba visiblemente aturdida y magullada. La vulnerabilidad y la humillación la envolvían como un halo.

Louise se preguntó si valdría la pena hablar con ella en el coche. No había ningún motivo para presionarla y devolverla a los sucesos de la noche hasta que no hubiera superado la exploración. Necesitaba estar tranquila, decidió Louise, y pensó en la desagradable e ineludible pregunta que siempre había que hacer al interrogar a la víctima de una violación: «¿Estás segura de que te han violado?».

Se pararon en un semáforo en rojo. Louise volvió a mirar la figura hundida en el asiento del pasajero. Le costaba valorar cómo reaccionaría la psique de Susanne ante lo que le esperaba en las próximas dos horas. Ahora mismo parecía que se lo hubieran quitado todo. El silencio que se había instalado en el interior del coche resultaba abrumador y violento, pero difícil de soslayar.

Louise metió el coche en el aparcamiento y lo dejó frente al portal número cinco, y después de cerrar el coche llamó al Instituto Anatómico Forense. Cogieron el ascensor hasta Ginecología y avanzaron por el pasillo hasta que llegaron a la pequeña sección donde se encontraba el Centro para Víctimas de Violación.

Louise se acercó al mostrador y anunció su llegada.

La enfermera a cargo de la recepción salió y le tendió la mano a Susanne.

–¿No te acompaña ningún familiar? –preguntó, extrañada.

–No –dijo Louise, y evitó mirar a Susanne.

Era evidente que la enfermera sabía que Louise se había ocupado de que acudieran solas con vistas al interrogatorio, y que desaprobaba rotundamente su decisión.

Louise se irritó, aunque se contuvo. No dejaba de parecerle increíble que personas que en su vida profesional trataban con esta clase de delitos espeluznantes no comprendieran lo importante que eran la exploración y el posterior interrogatorio. Si realmente querían

cazar al agresor, de nada les serviría tener una madre al lado que podía influir sobre las ganas de declarar de su hija.

–Pronto vendrá un médico para examinarte –le dijo la enfermera a Susanne.

Evitó decir médico forense. Louise no había mostrado la misma delicadeza, pero por otro lado tampoco había por qué ocultar quién realizaría la exploración, pensó.

–Si lo necesitas, tenemos una cama en la que puedes echarte hasta que llegue – prosiguió la enfermera, y miró su reloj–. Seguro que está a punto de llegar. También podéis esperar aquí, o entrar en la sala de reconocimientos.

Esto último lo dijo dirigiéndose a Louise.

En ese mismo instante apareció Flemming Larsen con la bata blanca ondeando alrededor de las piernas. Se presentó y le pidió a Susanne que lo siguiera.

–Tú espera aquí –le dijo a Louise, cuando se alejaron en dirección a la pequeña sala de reconocimiento.

En realidad se había preparado para entrar con ellos, a pesar de que sabía perfectamente que a Flemming no le gustaba que hubiera demasiada gente presente mientras realizaba su parte de la exploración. Además, participarían un ginecólogo y una enfermera, así que difícilmente quedaría sitio para ella.

Louise asintió con la cabeza, y sus ojos siguieron a aquel forense de casi dos metros de altura mientras conducía con delicadeza a Susanne Hansson hasta el interior de la sala y cerraba la puerta detrás de ellos.

Si hubiera sido otro forense, se habría enfrentado a él. Solía valer la pena escuchar lo que se decía durante una exploración. A veces, la víctima ofrecía datos cuyo valor palidecía cuando luego había que dar cuenta de ellos. Sin embargo, trabajaba muy bien con Flemming y sabía que podía contar con que sería capaz de ofrecerle un resumen pormenorizado de la información que Susanne pudiera transmitirle.

Se metió en la salita de espera y se sentó. Cuando el médico forense hubiera terminado, el personal del centro se haría cargo de Susanne y le ofrecerían un baño y una charla con el psicólogo antes de que Louise se la llevara a la jefatura de Policía para interrogarla. Mientras tanto, Flemming podría darle el parte.

Louise sacó su teléfono del bolso. Si bien es cierto que no sabía muy bien qué zonas del gran hospital estaban exentas de la prohibición de usar teléfonos móviles, decidió que la sala de espera tenía que ser una de ellas.

–Adiós a lo de hacer la compra –dijo cuando Peter cogió el teléfono. Ya le había enviado un SMS mientras esperaba a la doctora en el hospital de Hvidovre, así que estaba avisado.

–Mientras no sea por falta de voluntad –respondió él entre risas, y dijo que le daba tiempo a pasar por el supermercado Føtex de camino a casa.

–Gracias –dijo Louise, y suspiró exageradamente antes de añadir que la cosa podía alargarse. Le prometió que lo llamaría en cuanto se hubiera hecho una idea de la hora en que habría terminado.

–Prepararé algo para cenar y te lo dejaré en la nevera –dijo Peter, y ella le lanzó un

beso esperando que no se ahogara entre los ruidos en la línea.

En medio de la borrachera de champán de Fin de Año su novio había formulado el solemne propósito de mostrarse más comprensivo y amable cuando Louise llamara para decirle que no llegaría a casa a la hora convenida.

En un breve destello lo vio con la copa en alto. Louise había sentido cierta irritación, pues en realidad era un ultimátum que ella le había puesto cuando se fueron a vivir juntos después de que él regresara de una estancia de nueve meses en Escocia. En su momento él había aceptado un puesto que exigía que se mudara a Aberdeen durante seis meses para introducir un nuevo producto de la multinacional farmacéutica para la que trabajaba, pero luego resultó que el contrato se prolongó tres meses más y él no había vuelto a casa hasta justo antes de Navidad.

—Besos a ti también —dijo Peter, y Louise sonrió para sí al colgar el teléfono y devolverlo al bolso. Hojeó una vieja revista hasta que llegó a un artículo sobre una joven con leucemia que necesitaba con urgencia un trasplante de médula si quería sobrevivir. El problema residía en que no había ni un solo donante en el registro a escala mundial que fuera compatible con la chica.

Transcurrida una hora, Louise dio por sentado que estarían a punto de concluir la exploración y salió al pasillo para ver si podía encontrar una cafetera y un par de tazas en algún lugar de la planta.

—Muy bien pensado —dijo Flemming cuando, diez minutos más tarde, se sentó frente a ella.

Louise sirvió café en las tazas y le ofreció una.

—¿Cómo está ella?

—Ha sufrido a una brutal agresión —dijo Flemming.

Louise había dispuesto su libreta y un bolígrafo sobre la mesa. Se la acercó y se lo quedó mirando expectante mientras él soplabla intentando enfriar el café.

—Ha habido penetración anal y vaginal —dijo, y dejó la taza sobre la mesa.

Louise tomó nota.

—Hay excoriaciones recientes y sangrantes en las mucosas de la parte posterior de la apertura vaginal y otras tres en la piel alrededor del ano.

—¿Encontraste semen?

Las palabras cayeron como si estuvieran deliberando sobre sucesos cotidianos.

—A simple vista no, pero tenía unas marcas fluorescentes en la espalda que probablemente sean de semen. Ya las he fijado.

Louise levantó la mirada de la libreta.

—¿Encontrasteis algo en el vello púbico?

Flemming negó con la cabeza.

—Es difícil que la haya penetrado por delante, tal como le había atado las piernas. Creo que solo la poseyó por detrás. Aunque en ese caso podía perfectamente haber quedado algún rastro —añadió, y esbozó una sonrisa torcida.

Para gran irritación del médico forense, estaba pasado de moda que las mujeres

tuvieran siquiera vello púbico. El dato provocó la risa de Louise, que se sintió tremendamente anticuada.

—¿Qué me dices del resto del cuerpo?

Louise esbozó un cuerpo humano en la libreta, lista para marcar las partes en las que Susanne había sido expuesta a agresiones.

—Hay ulceraciones sangrantes por la mordaza que le metió en la boca —dijo Flemming.

Louise lo marcó en el dibujo antes de que él prosiguiera su repaso:

—Los extremos de la mordaza coincidieron con ambas comisuras y provocaron rozaduras. Supongo que la mordaza seguirá en el piso, o si no el departamento de Criminalística ya debe de tenerla en su poder.

Louise había visto su imponente colección de mordazas, y ya entonces había sentido un terrible dolor en las mejillas al ver los desagradables artilugios que a los agresores se les llegaba a ocurrir meter en la boca de sus víctimas para impedirles que gritaran. Había de todo, desde tacos de madera metidos en calcetines, hasta diversos cables gruesos envueltos en cinta adhesiva o esparadrapo.

—Y luego hay pequeñas ampollas en la zona rectangular donde estuvo la cinta americana. Supongo que se trata de una reacción alérgica —dijo Flemming, y prosiguió—: Aparte de esto, recibió varios golpes violentos en la cara.

—¿Fue alguien que conocía? —preguntó Louise, y dejó el bolígrafo a un lado.

—Se llama Jesper Bjergholdt —dijo el médico forense, al tiempo que miraba de reojo un papelito que había sacado del bolsillo de su bata blanca—, y vive en H. C. Ørstedesvej.

Louise sacó su teléfono y marcó el número de Lars Jørgensen. Debería habérselo preguntado a Susanne ella misma durante el trayecto en coche. Mientras esperaba que su compañero contestara, animó a Flemming para que siguiera hablando.

—Salieron a cenar el lunes por la noche, pero no conseguí dilucidar del todo si se conocían o si la relación era reciente —dijo en un tono que indicaba cierta frustración—. Insiste en decir que compartieron una velada muy agradable, y que no entiende qué fue lo que pasó luego.

Louise le hizo saber con señas que seguía escuchándole.

—Cuando estábamos a punto de acabar, empezó a insinuar que tal vez no fuese él —añadió el médico forense, y agitó la mano en un gesto de resignación—, aunque no es capaz de decir dónde habría estado entonces, y cómo pudo entrar otro hombre en el piso.

Flemming Larsen hizo una pausa para sopesar sus palabras.

—Está completamente fuera de sí, de eso no cabe la menor duda. Ahora mismo está hablando con el psicólogo.

—¿Es posible que Bjergholdt haya puesto algo en su copa? —preguntó Louise.

—Es una posibilidad, claro, pero la verdad es que no lo creo. Le hemos extraído sangre.

—Solo será un momento —dijo Louise al teléfono cuando su compañero finalmente contestó desde el piso de Susanne—. Se llama Jesper Bjergholdt, vive en H. C. Ørstedesvej y salieron a cenar.

Miró a Flemming y le preguntó dónde.

Él se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—No sé dónde —dijo Louise—, pero te llamaré cuando haya hablado con ella. Nos vemos luego.

Louise se disponía a colgar cuando se le ocurrió que seguramente Susanne agradecería poder abandonar el centro vestida con algo más que una bata.

—¿Serías tan amable de buscarle algo de ropa y pedirle a alguien que me la traiga aquí? Luego ya me ocuparé yo de llevarla a jefatura.

Louise metió el teléfono en el bolso y echó un vistazo a la libreta para ver hasta dónde habían llegado. Luego le pidió al médico forense que prosiguiera.

—Hemos localizado lesiones circulares alrededor de muñecas y tobillos de cerca de un centímetro de ancho, lo que encaja con que estuviera maniatada con bridas.

Louise anotó cada palabra que dijo.

—Y luego hay surcos que indican que tensó las cintas de plástico. Supongo que tenía las manos moradas e hinchadas cuando el personal de la ambulancia cortó las bridas, pero en el momento de la exploración la hinchazón había cedido y la piel había recuperado su color habitual.

Cuando Louise lo hubo anotado todo, se quedaron charlando un rato de las vacaciones de verano que Flemming estaba organizando con sus hijos. Era la primera vez que irían de vacaciones solos, y los niños se habían enamorado de la idea de pasarlas en una caravana con la que atravesarían los bosques de Jutlandia Central.

—Quieren dormir en tienda de campaña y cocinar en una hoguera —dijo, y meneó la cabeza, al tiempo que se levantaba y la seguía hasta el pasillo.

Acababan de despedirse cuando la llamó una de los psicólogos que estaba vinculado al centro.

—Ahora mismo intenta reprimir todo lo sucedido —dijo cuando llegó al lado de Louise—. Tiene más o menos claro lo que ocurrió a lo largo de la noche, pero cuando llegan al dormitorio el curso de los acontecimientos se enturbia. La he remitido a un psicólogo privado y le he aconsejado que se ponga en contacto con él cuanto antes.

Louise asintió con la cabeza y se preparó para lo que probablemente fuera un interrogatorio largo, si antes se veían obligados a abrirse camino a través de capas y capas de represiones. A lo mejor no les conducía a ningún lado.

Llamó a la puerta de la salita donde se encontraba Susanne.

—Ahora mismo te traen algo de ropa de tu casa —dijo, y se acercó a Susanne—. En cuanto te hayas vestido, cogeremos el coche e iremos a la jefatura de Policía.

Susanne cerró los ojos. Todo el lado izquierdo de su cara estaba tan hinchado que Louise llegó a dudar que fuera capaz de abrirlos. La piel del pómulos era una herida abierta.

—Ya sé que estás cansada y que no te encuentras bien, pero es importante que hablemos de lo sucedido —dijo, y sintió pena por ella—. Es importante porque tenemos que encontrar al que te ha hecho esto. Pero también es importante que saques todo lo que te quema por dentro, y créeme, ayuda hablar de ello.

Louise esperaba que sus palabras hubieran penetrado tras sus ojos cerrados. En ese mismo instante llamaron a la puerta, y Louise la abrió. Era un agente uniformado con una bolsa en la mano.

—Gracias.

Louise sonrió y cogió la bolsa, pero no estaba dispuesta a dejarle entrar. Volvió al lado de Susanne.

—Avísame si necesitas ayuda —dijo, y dejó la bolsa sobre la cama.

Susanne había aceptado la oferta de un baño cuando Flemming acabó su exploración. Ahora tenía el pelo oscuro pegado al rostro.

—Ya me las apaño —dijo, y abrió un ojo con mucho cuidado mientras se incorporaba sobre el codo.

—Te espero fuera —dijo Louise antes de cerrar la puerta.

—¿Tienes hambre? —preguntó Louise. Estaban en el coche de camino a la jefatura de Policía, y Louise había caído en la cuenta de que debía de hacer más de veinticuatro horas que Susanne comió por última vez. Sabía que en el comedor habría, como mucho, algún paquete de galletas, así que estaba dispuesta a parar por el camino para avituallarse. Sin embargo, Susanne negó con la cabeza.

Cuando llegaron al despacho que Louise compartía con Lars Jørgensen, le pidió a Susanne que tomara asiento y salió para ver si había alguien más en el departamento, pero estaba desierto. La puerta del despacho del jefe de Homicidios estaba cerrada con llave y el de Henny Heilmann, la jefa de investigación, estaba a oscuras; aunque había dejado una nota para Louise en la que le decía que podría encontrarla en casa después de las ocho. Louise miró el reloj, eran casi las once. Esperaría hasta la mañana siguiente para informar a Heilmann.

Fue a buscar dos botellas de agua a la pequeña cocina del comedor y volvió al despacho. Desde el pasillo oyó pasos en las escaleras y esperó para ver quién estaba subiendo. Sonrió cuando Lars Jørgensen traspasó la puerta giratoria.

—¿Lo habéis encontrado? —preguntó, curiosa, antes de que a su compañero le hubiera dado tiempo a llegar a su lado.

Habían dispuesto de una hora para localizar a Jesper Bjergholdt.

—No hay ningún Bjergholdt empadronado en H. C. Ørstedesvej, y ahora que estamos, tampoco en ningún otro lugar de Copenhague.

—¡Oh, maldita sea! ¿Habéis acabado en el piso?

—Los técnicos siguen allí.

Louise hizo un gesto con la cabeza en dirección a la puerta de su despacho.

—Está allí dentro —susurró—. Creo que lo mejor será que hable con ella a solas.

—Por supuesto. He traído su ordenador y su teléfono móvil. Mañana por la mañana me concederán una orden para que podamos vaciar el disco duro y nos faciliten un extracto de las llamadas de su móvil y de su teléfono fijo.

Louise asintió con la cabeza y dio media vuelta para volver al despacho con las dos botellas de agua.

—¿Podrías preguntarle si tiene su número de teléfono? —preguntó Lars Jørgensen—. Estaré en el despacho de Toft para seguir buscándolo por el nombre.

—Cómo no —dijo Louise antes de entrar.

Si alguien se lo hubiera preguntado hacía un año, le habría resultado difícil imaginarse que llegaría a apreciar tanto a Lars Jørgensen. Había tenido serias dudas cuando lo eligieron como sustituto temporal de su compañero, Søren Velin, que estaba de vacaciones por acumulación de horas extraordinarias. Sin embargo, para su sorpresa pronto olvidó todas sus reservas, y más tarde le había resultado absolutamente natural que Lars Jørgensen sustituyera a Søren Velin, al que destinaron a la Brigada Ambulante.

—Ahora voy a pedirte que me hables de Jesper Bjergholdt —dijo Louise, después de dejar el agua y los vasos sobre la mesa frente a Susanne Hansson—. ¿Solíais llamaros por teléfono?

Sin duda sería de gran ayuda si Lars Jørgensen conseguía localizarlo esta misma noche, pensó.

–No, no tengo su teléfono.

Louise encendió su ordenador y la pantalla parpadeó un poco antes de decidirse a entrar en funcionamiento poco a poco.

–Disculpa un segundo, pero antes de empezar tengo que facilitarle esta información a mi compañero –dijo, y levantó el auricular.

El rostro de Susanne se ensombreció y pareció encerrarse en sí misma. Louise cayó en la cuenta de que Susanne seguramente no era consciente de que en aquel mismo momento había un grupo entero que trabajaba concentrado en su caso.

Tras colgar, Louise intentó entablar una charla informal con Susanne antes de dar comienzo al interrogatorio. Mucho dependería de que consiguiera establecer una relación de confianza entre ellas.

–Por cierto, tengo que preguntarte si quieres que esté presente un abogado durante el interrogatorio.

Pasó un rato hasta que Susanne reaccionó.

–No, no quiero que haya nadie más.

–A lo mejor te viene bien más adelante, cuando se inicie el juicio.

Susanne volvió a negar con la cabeza y se quedó mirando fijamente uno de los montones de papel que había sobre el escritorio de Louise.

–No gracias –repitió.

–De acuerdo –dijo Louise. Le costaba penetrar el semblante apático de la mujer. Estaba más allá del llanto y del colapso, pero el dolor se había instalado en su interior, y Louise detectó en breves destellos que no solo eran el maltrato físico y el rostro magullado lo que llevaba a Susanne Hansson a apartarse de la realidad y el presente. No solo había armado su coraza contra el mundo circundante para proteger su quebrantada psique u ocultar la humillación inherente a la severa agresión. La expresión que de vez en cuando asomaba en los ojos azules y apagados de Susanne revelaba sobre todo a una persona que había confiado en otro ser humano y que había sido traicionada sin que lograra comprender el porqué.

–¿Quién es Jesper Bjergholdt? –preguntó Louise, una vez hubo desistido de entablar una conversación informal.

Susanne, completamente inmóvil, mantenía la mirada fija en el escritorio. Cerró el ojo que tenía abierto con fuerza tras una mueca grotesca de su rostro hinchado, pues el otro estaba completamente cerrado y amoratado.

Louise lo volvió a intentar.

–Lo conocías. Salisteis a cenar. ¿Hasta qué punto lo conocías?

Por fin una reacción.

–Hace más de un mes que nos conocemos.

Susanne clavó la mirada en la pared mientras calculaba.

–Un mes y medio –corrigió.

Miró a Louise con un ojo.

Pero no parecía en absoluto uno de esos, finalizó Louise la siguiente frase para sí. Y ni siquiera pestañeó cuando, un segundo más tarde, esas mismas palabras salieron de la boca de Susanne.

—Por supuesto que no —contestó—, de haber sido así nunca lo hubieras invitado a tu casa.

La voz de Louise estaba completamente desprovista de ironía. Se inclinó sobre la mesa e intentó atrapar la mirada de Susanne.

—Pero estamos de acuerdo en que te violó, ¿verdad?

No hubo reacción.

—No hay ninguna mujer que voluntariamente invite a que la expongan a lo que acabas de soportar. Claro que no era así cuando saliste con él —dejó la frase en el aire un rato antes de proseguir—. Y lo peor es que seguramente nadie hubiera podido prever que fuera a transformarse de esta manera.

Louise había dicho «nadie» a propósito, de manera que no solo fuera Susanne quien no lo había podido prever.

—No —dijo quedamente—. Jamás me lo habría imaginado. No sé qué fue lo que hice mal.

—¿Te violó? —volvió a preguntar Louise, evitando comunicar este último comentario.

Se volvió a producir una larga pausa, hasta que Susanne finalmente asintió con la cabeza.

La paciencia de Louise empezaba a agotarse, pero conducía su voz como un caballo que es guiado por una pista de doma.

—¿Serías tan amable de intentar describir cómo es Jesper Bjergholdt, y luego contarme cómo os conocisteis?

Louise sonrió, plenamente consciente de que su entonación también podía haber sonado demasiado contenida.

—Primero cuéntame cómo os conocisteis —propuso, esta vez en un tono de voz más afilado.

—Tiene el pelo oscuro, y sus ojos son profundos...

Louise planteaba una pregunta y Susanne respondía otra cosa, pero era mejor que nada.

Susanne la miraba con tristeza y vergüenza.

—No recuerdo qué aspecto tenía —dijo con desesperación en la voz, y se echó a llorar. Las lágrimas brotaban de su ojo sano. Ocultó el rostro entre las manos—. Es como si nunca hubiera ocurrido. Como si solo fuera mi cuerpo el que estuvo presente. No logro visualizarlo.

Louise se levantó y se acercó a ella, se agachó al lado de su silla y rodeó sus hombros con el brazo.

—Verás cómo la cosa mejora si dejas de culparte. Y no es nada raro que tu conciencia reprima lo que ha sucedido. Ha sido una experiencia terrible. Pero vas a tener que ayudarme en todo lo que puedas.

Respiró hondo.

—Cuando alguien denuncia una violación es importante que podamos ponerle cerco al agresor cuanto antes, y resulta mucho más fácil si nos echas una mano.

Louise se levantó para coger unos pañuelos de papel. Después de dejar la cajita frente a Susanne prosiguió:

—No logramos encontrar a Jesper Bjergholdt en H. C. Ørstedsvvej. ¿Alguna vez has ido a verle allí?

Susanne se sonó la nariz y miró a su alrededor en busca de una papelera. Louise se la acercó con el pie.

—Nunca he estado en su casa, pero me contó que tiene un piso allí.

—Muy bien —dijo Louise. Empezaba a intuir lo que se ocultaba tras esta historia.

—¿Lo conociste a través de internet?

Pasó un rato hasta que Susanne contestó, y sus palabras llegaron titubeantes y entrecortadas.

—No... Nos conocimos... por ahí... En un café.

—¿En qué café? ¿Cuándo? ¿Y cómo empezasteis a hablar?

Susanne la miró fijamente.

—No lo recuerdo, pero él se acercó a mi mesa.

Louise se la quedó mirando un buen rato, y luego, disculpándose, se levantó y salió del despacho. Cuando la puerta se hubo cerrado detrás de ella, se acercó a la única sala donde todavía había luz y le preguntó a Lars Jørgensen si le apetecía una taza de café.

Su compañero la miró atónito.

—Necesito una pausa. Voy un momento a la cocina para poner una cafetera.

Se dirigió a paso lento a la cocina que había detrás del comedor. Abrió una bolsa y midió el café, luego apretó el botoncito en el lateral de la cafetera, se apoyó en la pared y echó la cabeza atrás con los ojos cerrados mientras la máquina empezaba a gruñir.

Tranquilidad, pensó, e intentó distinguir los sentimientos que bloqueaban el interior de Susanne. Se preguntó cómo podría romper las defensas que había levantado para protegerse de lo que le había sucedido.

A lo largo de los años, Louise había luchado para evitar interiorizar el dolor y los sentimientos de los demás. En el pasado había sufrido mucho al encontrarse en medio de la tragedia de la gente, pero con el tiempo había aprendido a manejarlas. A veces demasiado bien, pensaba ahora. También podía ser una ventaja reconocer los sentimientos que guardaban las personas con las que hablaba. Sin embargo, había algo en Susanne a lo que no conseguía acceder.

—¿Qué pasa?

Lars Jørgensen había aparecido en el vano de la puerta y la miraba.

Louise abrió los ojos, todavía apoyada en la pared.

—A lo mejor necesita hablar un poco más con un psicólogo antes de seguir adelante con el interrogatorio. Parece absolutamente bloqueada.

—¿Quieres decir entonces que deberíamos esperar a que Jakobsen la pueda recibir? —preguntó Lars Jørgensen.

Jakobsen era el psicólogo del departamento A en el Rigshospitalet.

Louise se encogió de hombros.

–Tal vez sea lo mejor.

Sacó tres tazas sucias del lavaplatos y las lavó a mano antes de servirle una taza a Lars Jørgensen. Luego vertió el resto del café en un termo y volvió a su despacho.

Susanne seguía con la mirada clavada en el escritorio.

Louise dejó el termo y las tazas sobre la mesa.

–Creo que necesitas hablar un poco más con un psicólogo antes de seguir adelante –dijo, a sabiendas que una visita a Jakobsen lo retrasaría todo.

Se sirvió una taza de café y acercó el termo a la otra taza, preguntándole así a Susanne si ella también quería.

–Gracias –dijo Susanne.

–Si lo prefieres, podemos dejar el resto para mañana –propuso Louise después de probar el café.

–No tengo ganas de volver a casa –soltó Susanne sin pensárselo dos veces–. Prefiero que hablemos ahora.

Por fin las palabras parecían fluir con cierta coherencia.

Louise se lo tomó como una buena señal.

–Fue en internet. No hay ningún motivo para ocultarlo –dijo Susanne–. Es el primero que he conocido así y con el que he salido de esta manera.

La vergüenza se traslucía en sus palabras.

Menuda manera de estrenarse, pensó Louise. Contempló a Susanne, desde su pelo oscuro y corto que todavía conservaba la forma por haber estado acostada de lado, hasta las facciones algo rudas, maltrechas e hinchadas. No parecía una mujer que acostumbrara a frecuentar bares, se dijo. Era una chica decente. Con todo, a Louise le extrañaba que le costara tanto contarle que había conocido a un hombre a través de internet, porque estaba bastante segura de que su vergüenza no solo tenía que ver con el terrible desenlace. Más bien parecía que Susanne consideraba el hecho de haber conocido a un eventual novio de aquella manera como una especie de derrota.

Apenas hacía un par de semanas, la amiga de Louise, Camilla Lind, había manifestado un gran respeto por las personas que tenían colgado su perfil en internet.

–Hay que ser realmente ingenioso para encontrar un nombre de perfil que todavía no esté cogido –le había dicho por teléfono, sinceramente impresionada, cuando el redactor de la sección de tendencias del *Morgenavisen* le había pedido que escribiera una serie de artículos sobre citas a través de internet–. Así pues, las personas que pululan por este universo no pueden ser tan estúpidas.

Camilla había escrito un puñado de historias de citas con final feliz y las había presentado a sus lectores, y por lo tanto no era de extrañar que otros se hubieran dejado inspirar.

«Es una manera actual y moderna de conocer a una pareja», había escrito de manera convincente, y Louise no había podido evitar sonreír al leer los artículos de Camilla. «Las posturas y opiniones de cada uno quedan establecidas desde un principio y con ello,

las bases de una buena relación de pareja. A diferencia de los que se conocen borrachos en los bares», afirmaba en otro de sus artículos.

Más tarde, no obstante, le había reconocido a Louise que jamás buscaría pareja a través de la red. Podía ver las ventajas, desde luego, pero sería incapaz de escribir un texto para venderse a sí misma. Seguramente era lo mismo que había sentido Susanne, pensó Louise. No consideraba a Susanne como una estúpida, sino como una mujer insegura e inexperta que se había atrevido a adentrarse en el popular universo de los contactos por internet.

—Considero que, en cierto modo, es humillante conocer a un hombre de esta manera —dijo Susanne, y pidió un poco más de café—, y no me gustaría que esto saliera a la luz. Pero Jesper parecía un tipo decente, aunque al principio pensé que era demasiado joven para mí.

En ese momento, Louise sacó su libreta y empezó a anotar.

—Nos hemos estado escribiendo prácticamente cada día —prosiguió Susanne.

—¿Fue la primera vez que os veáis?

—¡No, de ser así nunca lo habría invitado a casa! Salimos dos veces antes, solo para tomar café —añadió.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta, aunque parece más joven.

—Eso quiere decir que os lleváis dos años. No creo que sea tan insólito —dijo Louise.

—Estaba buscando una pareja que fuera mayor que él.

—¿Ah, sí? ¿Había salido con muchas antes de conocerte a ti?

—No, era su primer intento. Así que estuvimos de acuerdo en que había que darle un sentido más profundo al hecho de que nos hubiéramos conocido.

Intentó sonreír un poco, pero Louise se daba cuenta de que le dolía.

—¿Sabes dónde trabaja? ¿O a qué se dedica?

—Algo con ordenadores, pero no recuerdo si me contó dónde.

—Muy bien —dijo Louise—, a lo mejor se te ocurre más adelante.

—Hablamos sobre todo de libros, de arte y... —titubeó ligeramente—, de la vida. Resultaba agradable hablar con él; o mejor dicho, escribirme con él, al fin y al cabo eso es lo que hacíamos. Sabía un montón de cosas, había viajado mucho, y me pareció muy interesante lo que me contaba.

Me juego lo que sea a que es el tipo de hombre que se hace pasar por piloto aunque su única experiencia de vuelo haya sido como pasajero en un chárter, pensó Louise. Era esta una insólita y a veces aterradoramente capacidad que poseía cierta gente para dibujar la vida que les hubiera gustado tener.

—¿Podrías intentar describirme su aspecto?

—Tiene el pelo oscuro, y también un poco la piel.

—¿Es extranjero?

—No.

De pelo y tez oscuros, anotó Louise.

–¿Cómo de oscura? –intentó sonsacarle.

–Bueno, ya sabes, con la tez un poco oscura. Diría que un poco dorada.

–¿Tiene algún rasgo característico que recuerdes, como por ejemplo un tatuaje o alguna cicatriz o marca especialmente visible?

Susanne cerró los ojos mientras pensaba. Entonces negó con la cabeza.

–No lo creo, pero no estoy segura. Tal vez un tatuaje.

–¿Fue él o fuiste tú quien estableció el contacto cuando empezasteis a escribiros?

–Él –contestó rápidamente–. Escribió que parecía la chica que soñaba conocer.

Louise se dio cuenta que al fin empezaban a hacer progresos. Sonrió y dijo:

–Tranquila, descríbemelo lo mejor que puedas. ¿De qué color son sus ojos?

–Azul oscuros, grises... –titubeó, antes de añadir que también podían ser castaños. En cualquier caso, oscuros. Eran grandes y profundos–. Fue una de las cosas que me atrajeron de él.

–¿Y aun así no recuerdas el color?

Volvió a negar con la cabeza.

–¿Altura, más o menos?

–Es algo más alto que yo, y yo mido un metro sesenta y cinco. Supongo que unos diez o veinte centímetros más que yo. Le llegaba al hombro.

Louise mostró con las manos cuánto eran treinta centímetros, y los midió a partir de su propio hombro para ilustrarlo.

Susanne asintió con la cabeza.

–Supongo que era más bien una cosa así, sí.

¡Madre mía!, pensó Louise con un suspiro, y se reclinó en la silla. Era casi la una y esto no conducía a ninguna parte. La descripción era demasiado general para que sirviera de algo, así que lo mejor sería que lo dejaran por hoy.

–Te propongo que quedemos para mañana. Así estarás un poco más descansada y podremos echar un vistazo a unas fotos. Tal vez te resulte más fácil describirlo si tienes algo con lo que comparar –dijo.

Susanne bostezó y asintió con la cabeza.

–¿Puedes ir a casa de tu madre a estas horas?

–Vive en el piso de arriba, y seguramente me estará esperando, así que supongo que sí. Pero prefiero volver a mi casa –dijo tras una breve pausa–, si te parece bien.

–Me temo que tu piso sigue precintado, y además creo que es mejor para ti que no te quedes sola.

No parecía que Susanne estuviera de acuerdo, pero al final asintió con la cabeza.

–Entonces quedamos en que vendrás mañana por la tarde, a eso de las dos. Ahora mismo lo organizo para que alguien te lleve a casa.

Louise llamó al agente de guardia y preguntó si había un coche que pudiera llevar a Susanne Hansson a casa de su madre. Luego se quedó sentada tamborileando con los dedos contra la mesa mientras esperaba.

–Perfecto –dijo al teléfono, una vez hubo cerrado el trato. Entonces se puso de pie–. Te acompañaré hasta la sala de guardia. Vendrá un coche a recogerte.

Juntas recorrieron el pasillo. Louise se sorprendió al ver que Lars Jørgensen seguía en el despacho contiguo, y cuando se hubo despedido de Susanne, entró para preguntarle si había encontrado algo, dado que seguía allí.

—Acabo de consultar el Registro Central de Penados —dijo su compañero—, pero no tenemos a nadie con ese nombre. La verdad es que también hubiera sido demasiado fácil.

Se levantó y le ofreció llevarla a casa.

—Fantástico —dijo Louise—. Seguramente me vendría bien coger la bicicleta, pero no creo que pase nada si se queda aquí hasta mañana.

Entró de puntillas para no despertar a Peter. Él le había dejado una nota sobre la mesa de la cocina con una enorme flecha que señalaba la nevera, y había escrito «Cena tardía» con un rotulador rojo. Louise sonrió y la abrió. Sobre un plato había dispuesto pulcramente embutidos, jamón y quesos. Louise cortó un trozo de pan y fue a buscar una cerveza en el rellano de la escalera de servicio. Luego se sentó con el periódico del día que ya casi tenía veinticuatro horas. Hasta entonces no había sentido hambre, y en realidad tampoco la sentía ahora, pero necesitaba sentarse un rato para tranquilizarse un poco. Cuando terminó el último bocado sintió por fin el sueño. Bostezó, dobló el periódico y fue al baño para cepillarse los dientes.

—¿Es que la ingenuidad de las mujeres no tiene límite?

Michael Stig se había sentado en una esquina del escritorio de Louise. Por un instante consideró echarlo sin contemplaciones, pero al final sonrió y le preguntó a qué se refería.

Durante la mañana habían entrado en la cuenta de correo electrónico de Susanne y habían visto en su Outlook Express que Jesper Bjergholdt le había escrito desde una dirección que había creado en Yahoo. También habían comprobado que no habían intercambiado fotografías.

Louise había contenido un bufido, pues le irritaba que hubieran osado siquiera esperar algo así, porque era evidente que de haber tenido una fotografía de él, Susanne se lo habría contado.

Se reclinó en la silla y aguardó otro ataque machista de su colega masculino, al tiempo que se cerraba mentalmente para no dejarse irritar aún más.

—No hay que ser muy listo para saber que muy pocos hombres escriben desde sus direcciones privadas de correo electrónico en este tipo de situaciones —dijo, y esperó para asegurarse de que Louise lo seguía—. Crean una cuenta de Hotmail para no revelar su identidad. Pero es típico de las mujeres entregar su dirección de correo sin pensárselo dos veces. Incluso su número de teléfono y dirección física —añadió, y revolvió los ojos—. La verdad es que me extraña que no salga mal más a menudo.

Michael Stig saltó de la mesa y se colocó detrás de la silla de Louise para estudiar el panel donde había colgado algunas fotos privadas de ella y Peter en Escocia y de Camilla tirando de un caballo islandés sobre el que iba montado su hijo Markus de siete años.

—Estoy bastante ocupada, así que si no tienes nada más que decir...

Antes de que le diera tiempo a comentar las fotos, Louise se levantó y se acercó tanto a Michael Stig que él se retiró por instinto.

En ese mismo instante sonó el teléfono. Louise hizo un gesto con la cabeza en dirección a la puerta para que se fuera.

—Departamento A, Louise Rick.

—Aquí el control de entrada, tienes una visita.

—No espero a nadie, y además estaba a punto de salir.

Había quedado con Lars Jørgensen para ir al piso de Susanne e inspeccionarlo juntos.

—Es una tal Susanne Hansson. Dice que estuvo aquí anoche y... —el agente bajó la voz—, no parece que esté demasiado bien.

Louise se sentó y acercó la silla al escritorio. Eran las once y media, así que todavía faltaban dos horas y media para su cita. Sintió un desasosiego que se mezclaba con una animadversión contenida. Había esperado que este caso no trajera demasiadas complicaciones y lanzó una mirada a las carpetas que se amontonaban sobre su escritorio. La denuncia de Susanne era sencilla. Violación brutal, y no debería ser demasiado difícil dar con el agresor.

—Dile que suba.

Louise fue al comedor en busca de Lars Jørgensen para decirle que no hacía falta que se engullera el almuerzo a toda prisa.

Susanne se había encasquetado una gorra que no casaba en absoluto con la ropa que había elegido, pero que cubría parcialmente su rostro magullado. Ocupó la silla de Lars Jørgensen frente a Louise.

—No puede ser.

Se saltó la introducción, ni siquiera la saludó.

Louise tragó saliva, y su cabeza empezó a dar vueltas. Ahora retiraría la denuncia, ¿y qué demonios podía hacer ella para evitarlo? Respiró hondo y saludó a Susanne con la cabeza.

—¿Qué es lo que no puede ser? —dijo en un tono de voz suave y tremendamente controlada.

—No puedo echarle la culpa a él.

Las lamentaciones y las excusas se agolpaban llenando el tono de voz.

Louise se la quedó mirando un instante.

—¿Has hablado con el psicólogo que te asignaron en el Rigshospitalet ayer?

Susanne negó con la cabeza.

—No tengo por qué. Es posible que necesite ayuda, pero no en este aspecto.

Louise acercó su silla a la de Susanne.

—¿Qué quieres decir?

—Yo accedí voluntariamente. No puedo desdecirme solo por haber ido demasiado lejos.

Hablaba en voz baja pero con determinación.

Louise la agarró del brazo con firmeza y la atrajo hacia sí. A Susanne se le llenaron los ojos de lágrimas con el contacto físico.

—¿Te va el sadomasoquismo? ¿Le dijiste que te ponía que te ataran, te dieran una paliza y te violaran?

Susanne retiró el brazo de un tirón. La reacción fue tan violenta que arrastró a Louise y a su silla consigo.

—¿Por qué dices eso? ¿Por qué me acusas de estas cosas?

Rompió a llorar.

Cuando la puerta se abrió y entró Lars Jørgensen, Susanne les dio la espalda y desplazó la silla con ruedas hasta la esquina de la habitación.

Lars Jørgensen se quedó en el umbral de la puerta, intentando descubrir lo que estaba pasando.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó con gestos a una Louise que respondió encogiéndose de hombros.

Cerró la puerta y tomó asiento sobre la estantería baja que había a su lado.

Louise volvió a concentrarse en Susanne.

—No lo he dicho para hacerte daño. Pero si has venido para decirme que ha sido culpa tuya hay un par de cosas que deberíamos dejar claras.

No se oyó ni una palabra desde la esquina.

Louise acercó su silla hasta ella. Con este gesto, o bien conseguiría que se relajase, o que se sintiese acorralada y optase por salir corriendo del despacho. Puso una mano sobre su hombro con mucha cautela.

–No le pediste nada. No le invitaste a maltratarte y a humillarte, y desde luego no deberías culparte de ello.

Le acarició con delicadeza la espalda y se quedó sentada a su lado sin añadir nada más; sencillamente se puso a esperar que cesara el llanto.

–Debería haberme dado cuenta de que algo andaba mal –se le oyó decir finalmente–. Y en cierto modo, una misma se lo ha buscado si lleva a un hombre a casa sin conocerlo bien.

–¿Quién coño dice esta clase de tonterías? –exclamó Louise con tal rabia que Susanne dio un respingo y se enderezó asustada.

–Creo que es algo evidente para cualquiera –contestó dócilmente.

Louise le dio la vuelta de manera que estuvieran frente a frente, y Susanne no protestó.

–Susanne, dime una cosa, ¿es esto algo con lo que tu madre te estuvo llenando la cabeza cuando volviste a casa anoche? Y si no, ¿de dónde vienen tus monstruosos autorreproches?

No hubo reacción.

Louise se volvió hacia Lars Jørgensen, que se había quedado sentado como una estatua para evitar llamar la atención.

–¿Serías tan amable de llamar a Jakobsen y pedirle que haga un hueco en su agenda para hablar con Susanne dentro de una hora?

Lars Jørgensen hizo una mueca de resignación. Era un plazo demasiado corto para el psicólogo, pero a pesar de todo salió del despacho. Sin embargo, poco después volvió y asintió con la cabeza.

En realidad, Louise debería haberle preguntado a Susanne si quería entrevistarse con Jakobsen, pero hubiera sido del todo insensato darle la oportunidad de elegir.

–Vamos a llevarte al Rigshospitalet. Allí tienen un buen psicólogo con quien deberías hablar un poco. No tiene sentido que seas tan dura contigo misma. Mientras tanto, nosotros –dijo, al tiempo que señalaba a Lars Jørgensen– iremos a tu piso para hacernos una idea de lo que sucedió. ¿Te parece bien?

Susanne asintió con la cabeza y sacó sus llaves del bolsillo de la chaqueta.

Una vez en el coche, Louise preguntó dónde había cenado con Jesper Bjergholdt el lunes por la noche.

–Habíamos quedado en encontrarnos en el Tivoli a las siete, pero no sé cómo se llama el restaurante. Está cerca de Plænen.

Louise se disponía a proponer que se pasaran por allí después de echar un vistazo a las fotografías de la Fototeca, pero se contuvo. Ahora mismo lo más importante era que Susanne hablara con Jakobsen.

Lars Jørgensen se quedó en el coche mientras Louise acompañaba a Susanne hasta el despacho del psicólogo, y cuando volvió a bajar se dirigieron directamente a Lyshøj Allé, en el barrio de Valby. Durante la reunión en el despacho de Heilmann habían repasado el informe provisional del departamento de Criminalística. Desgraciadamente no habían encontrado huellas dactilares en la botella de vino tinto ni en las dos copas que seguían

sobre la mesita de centro cuando llegaron al piso.

—Sabía perfectamente lo que se traía entre manos —dijo Louise mientras subían las escaleras hasta la primera planta—. No puedo esperar a que tengan un resultado de los pelos que encontraron en la cama.

Lars Jørgensen se pasó las manos por su corta cabellera mientras Louise abría la puerta del piso con la llave.

—Tal vez pasen un par de semanas. Al menos será así en cuanto a las manchas de semen que Flemming creyó encontrar en la espalda de Susanne —dijo, y paseó la mirada con curiosidad por el vestíbulo mientras cerraba la puerta detrás de ellos.

Los técnicos de Criminalística no estaban en ese momento, pero el piso seguía precintado. Pasarían un día o dos hasta que terminaran el registro. Encontraron algún que otro instrumento que habían abandonado los técnicos, pero por lo demás el ataque solo había dejado un aura de vacuidad.

—Supo en todo momento lo que quería hacer con ella —dijo Lars Jørgensen—. Desde que hizo su maleta de violaciones.

Así había bautizado enseguida Flemming Larsen el pequeño maletín negro del que Susanne había visto a Jesper Bjergholdt sacar la mordaza y la cinta americana.

—Lo llevaba bajo el brazo cuando se encontraron frente al Tívoli —añadió Louise—. Es el gesto más cínico y calculador que jamás hubiera podido imaginar.

Llegaron al salón del piso de dos habitaciones. Louise se acercó a la puerta del pequeño balcón y la abrió. Salió y paseó la vista por la plaza de Toftegård.

—Dejó que Susanne se desnudara —prosiguió Lars Jørgensen desde el salón. Se estaba calentando y empezó a pasear por el piso—. Abrió el vino, lo trajo hasta aquí y lo dejó sobre la mesa, pero luego eliminó sus huellas dactilares. Y fue Susanne quien lo sirvió. Él era asquerosamente consciente de dónde ponía las manos —dijo cuando Louise volvió al salón.

Louise se sentó en el sofá. Había una estantería que cubría toda una pared. En medio había un escritorio vacío donde era evidente que solía estar el ordenador de Susanne.

—¿Necesitas ver algo más? —preguntó Lars Jørgensen desde el pasillo. Mientras los técnicos siguieran asegurando las pruebas, tendrían que contentarse con echar un vistazo al dormitorio.

Louise se levantó. Era un piso típico de mujer, tal como había esperado que fuera, sin rastro de masculinidad por ningún lado. En la cocina había un montón de tarros con etiquetas floreadas en las que, con una caligrafía sinuosa, ponía «harina», «azúcar»...

Louise se detuvo y miró a su alrededor. Había algo de modesto en la manera en que Susanne había decorado su piso. No había nada que pudiera resultar ostentoso.

Dio media vuelta y se dirigió al vestíbulo.

—No. Salgamos de aquí.

—¿Quieres que vaya al Tívoli cuando recojamos a Susanne? —preguntó Lars Jørgensen cuando hubieron tomado asiento en el coche—. Así, mientras tanto, vosotras podéis repasar la Fototeca.

Louise reflexionó.

—Creo que deberíamos llevárnosla al Tívoli, siempre que Jakobsen no se oponga. Cabe la posibilidad de que algo se abra camino a través de sus represiones cuando se encuentre en el lugar en que pasaron un rato agradable juntos.

Sin embargo, cuando Louise le anunció a la secretaria de Jakobsen que venían a recoger a Susanne, el psicólogo salió para avisarles de que podía mínimo tardar una hora o dos hasta que estuviera listo para dejarla marchar. Parecía serio.

—Rick, ese tipo que la violó fue tan amable de dejarle claro que le estaba dando lo que ella misma le había pedido —dijo.

Louise suspiró. Pobre Susanne, era muy injusto. Más de una vez había experimentado que las represiones podían manifestarse de dos maneras, y una de ellas era en algunos casos perfecta: la víctima alejaba el suceso. Pero también podía tener el efecto contrario, como en este caso, en el que por lo visto había reprimido cuándo y cómo su agresor había dicho que solo hacía lo que ella le había pedido. Por lo que Louise pudo entender de la explicación que le dio el psicólogo, en su cabeza Susanne lo había transformado todo hasta llevarla a creer que, de hecho, ella misma había pedido que la violara.

—Es muy perjudicial para su estado psíquico —prosiguió Jakobsen—, y voy a tener que quitarle esa idea de la cabeza antes de dejar que se marche.

Louise no pudo más que asentir y aceptar que no había nada que ella pudiera hacer al respecto. Ahora mismo, era evidentemente más importante que Susanne pudiera seguir conviviendo consigo misma que ellos dibujaran un retrato del agresor. ¡Más importante desde un punto de vista humano!, pensó.

—Dile que puede llamarme cuando haya vuelto a casa, y que ya acordaremos una nueva cita.

Aparcaron en Otto Mønstedsgade, se metieron en el portal vecino al juzgado de guardia y subieron hasta la segunda planta, que albergaba el departamento A.

—Pues ahora estamos en modo espera —dijo Lars Jørgensen, y se sentó en su silla—. En este caso resulta irritante que no haya testigos que puedan ayudarnos a encontrar al agresor. Por otro lado también es agradable que no tengamos que pasar por un montón de interrogatorios.

—Pues vete al Tívoli —le propuso Louise distraída mientras comprobaba si les había llegado algún mensaje en su ausencia—. Pero ¿qué piensas llevarte?

Levantó la vista del teléfono y lo miró.

—Solo tenemos fotos de Susanne magullada. No hay nadie capaz de reconocer ese rostro tal como está. Y, además, ¿qué quieres buscar? Creo que podemos dar por supuesto que si preguntas en los distintos restaurantes te dirán que había bastantes hombres de pelo oscuro entre las parejas que estuvieron allí el lunes por la noche. Pero si con ello te quedas tranquilo, adelante. Aunque te recomiendo que antes pases por su piso y busques una foto que se le parezca.

En ese mismo instante llamaron a la puerta y Heilmann entró.

—Ya hemos rastreado sus *e-mails*.

Henny Heilmann tenía cincuenta y siete años, y en los cuatro que llevaba Louise en el departamento de Homicidios ella había dirigido el grupo durante los dos últimos. Cuando su marido enfermó gravemente el año anterior, solicitó un permiso para estar con él y cuidarlo. Apenas una semana después murió, pero Heilmann tardó tres meses en volver al departamento. Más tarde le contaría a Louise que el primer mes lo pasó intentando hacerse a la idea de que se había quedado sola. Veintiséis años de matrimonio habían llegado a su fin. Luego había pasado un tiempo en casa de su hermana en Francia, y la última temporada antes de reincorporarse a su puesto la había dedicado, entre otras cosas, a practicar yoga y a la meditación durante una estancia de dos semanas en una academia en Vrå. Al retomar el trabajo, había convertido en una costumbre empezar el día corriendo por Langelinie, y esa práctica la había llevado a perder entre cinco y diez kilos. Su cuerpo, ya por entonces en forma, se perfilaba esbelto y musculoso debajo de la camiseta de manga corta y la falda que le llegaba hasta justo por encima de la rodilla.

Louise siempre había sentido un gran respeto por su jefa de investigación, y cuando supo lo de su estancia en la academia este no hizo más que aumentar. Conocía sobre todo su faceta reservada y dinámica, e imaginársela sentada en la posición de loto meditando con el dedo corazón y el pulgar juntos le daba una nueva dimensión de lo que aquella mujer podía esconder, pensó.

—¿Desde dónde le escribió?

Lars Jørgensen se había levantado y estaba en medio del despacho.

—Desde un cibercafé en H. C. Ørstedesvej.

—¡Mierda!

Irritado, se golpeó la mano con el puño derecho.

—Pero si le ha escrito desde allí cada día a lo largo del último mes creo que hay una buena posibilidad de que alguno de los usuarios habituales o como sea que los llamen lo

pueda reconocer o señalar –propuso Louise.

–No solo escribió desde allí –dijo Heilmann–. Aunque la mayoría de los correos que Susanne Hansson recibió desde la cuenta de Jesper Bjergholdt han sido rastreados hasta unas direcciones IP que pertenecen a uno de los veinte ordenadores del cibercafé, también hemos encontrado una dirección IP que pertenece a un ordenador de la biblioteca de Frederiksberg, y otra que se corresponde con uno en la Biblioteca Central.

–Desde luego se ha esforzado –exclamó Louise, y vio cómo su teoría se desmoronaba.

–Pues la verdad es que sí –corroboró Heilmann–. Necesitamos una descripción, y luego tendréis que daros una vuelta para averiguar si alguien se ha fijado en él.

Louise le contó que Susanne estaba con Jakobsen, así que tendrían que esperar aún un tiempo para llevarla a la Fototeca.

Heilmann estaba apoyada en la puerta y salió impulsada hacia delante cuando el comisario de la Brigada Criminal Willumsen la abrió de sopetón.

–Necesitamos a diez hombres para que se desplacen a Nykøbing Sjælland. Vosotros, incluidos. Y, ya os aviso, saldremos dentro de media hora.

–Será difícil –dijo Heilmann en un tono cortante.

–Hemos localizado al sospechoso del asesinato de la mujer inmigrante –prosiguió el comisario sin inmutarse.

–Me parece bien, pero ahora mismo estamos ocupados intentando conseguir una descripción del agresor en el caso de violación, así que tendrás que buscar a los hombres en otros grupos.

Había cinco grupos de investigación en el departamento de Homicidios y en principio había dónde elegir, pero el comisario Willumsen no solía molestarse en averiguar quién tenía tiempo para asistirlo. Cogía a los que tenía más cerca.

–Lo vuestro tendrá que esperar. –Echó un vistazo a su reloj–. Procurad estar listos para entonces. Nuestro hombre ha abandonado la ciudad y se encuentra en una casa de campo en el camino a Rørvig, y es imposible saber cuánto tiempo se quedará allí.

–No tengo gente para cederte.

El tono de Heilmann era sosegado, pero Louise se daba cuenta de que su temperamento empezaba a agitarse por debajo de aquella superficie en calma. Willumsen se aprovechó fríamente de que no tenía autoridad para contradecir a un superior.

–¡Mientras no sepáis a quién andáis buscando no creo que se pueda escapar!

El comisario giró sobre sus talones, dispuesto a marcharse.

–Pero como resulta que tú sí sabes dónde se encuentra tu hombre supongo que podrías pedirle a la policía de Nykøbing que se haga cargo de él –dijo Heilmann–, y luego registrar la casa tranquilamente.

Willumsen se detuvo y se volvió lentamente.

–Es nuestro caso. El asesinato se cometió en Copenhague, así que nosotros lo detendremos.

Heilmann suspiró y se rindió. Propuso en tono cáustico que se llevara a Toft y a Michael Stig si se empeñaba en que fuera alguien de su grupo.

–¡No tengo tiempo de andar buscando a tu gente, maldita sea! –dijo–. Además,

supongo que estarán jugando a los bolos por ahí. ¿No es eso a lo que dedican gran parte de su tiempo esos dos?

Louise estuvo a punto de saltar por la pífida insinuación, pero se contuvo. Todo el mundo en el departamento sabía que Toft y Michael Stig dedicaban gran parte de su tiempo libre a las pistas de bolos del país, ganando una medalla de oro detrás de otra para la Federación Deportiva de la Policía.

Willumsen volvió a dirigirse a Heilmann en el mismo tono.

—Además espero que nos acompañes. Iremos juntos en tres coches.

Louise se preguntó si Willumsen era consciente de lo desagradable que resultaba su comportamiento cuando estaba de ese humor. Se mostraba abusivo cuando pescaba personal sin ton ni son de entre los demás grupos de investigación del departamento. En cambio, siempre montaba un tremendo jaleo cuando el jefe de Homicidios le ordenaba ceder a un par de sus hombres cuando otro grupo necesitaba aumentar su dotación.

Heilmann ni siquiera parpadeó cuando se fue.

—Toft y Michael Stig están a punto de llegar —dijo cuando los pasos del comisario Willumsen se perdieron—. Estuvieron presentes cuando los CCU vaciaron el ordenador de Susanne. Será mejor que nos preparemos para acompañarlos a Nykøbing, y mañana ya seguiremos con la Fototeca.

Computer Crime Unit era la denominación oficial de los expertos capaces de rastrear cualquier actividad que se hubiera producido en un ordenador. A veces se apañaban solos en el departamento, pero puesto que el ordenador de Susanne era prácticamente la única pista que tenían, lo habían enviado al departamento de Fraude de la CCU.

—Ese hombre es insoportable —dijo Lars Jørgensen cuando Heilmann se fue. Tenía el teléfono en la mano, y Louise supuso que se disponía a llamar a su mujer para avisarla de que tendría que recoger a los niños.

Lars Jørgensen era padre de dos niños de tres años adoptados en Bolivia, gemelos, y la primera vez que lo habían acompañado al trabajo habían conseguido dejar el despacho patas arriba. En un momento de descuido habían sacado varias carpetas verdes de los estantes, y cuando poco después Louise volvió del baño estaban sentados en el suelo, uno al lado del otro, lanzando papeles a diestro y siniestro. A veces Louise tenía la sensación de que su compañero no siempre veía con malos ojos que le adjudicaran horas extraordinarias, a pesar de que expresara todo lo contrario en un intento de solidarizarse con su mujer.

Louise intentó hablar con Peter, pero saltó el buzón de voz de su móvil, así que se limitó a dejar un breve mensaje y añadió que volvería a llamar en cuanto supiera cuándo podía contar con volverla a ver. Luego se levantó con un profundo suspiro y se unió a las tropas de Willumsen.

Habían marcado la ubicación de la casa de campo en un mapa, y cuando estuvieron a medio kilómetro del lugar, Willumsen puso el intermitente, se detuvo en el arcén y ordenó a los dos coches que iban detrás que se acercaran con un gesto de la mano. Se reunieron alrededor del capó de su coche.

—Esta mañana recibimos un aviso de la policía local —dijo—. El hombre lleva un tiempo en busca y captura, y un agente que vive en la misma zona lo reconoció por la foto que distribuimos y nos llamó.

Louise se acercó un poco más para escuchar mientras Willumsen asignaba las tareas. Al igual que Heilmann, le costaba entender por qué no dejaba en manos de la policía de Nykøbing la detención, y no esperaba hasta que estuvieran seguros de que realmente se trataba del hombre que buscaban.

—La casa está en este camino sin salida —continuó, y señaló un punto en el mapa con un dedo.

Louise renunció a ver los detalles y se limitó a escuchar. Willumsen hizo un gesto con la cabeza a los hombres que debían apostarse alrededor de la casa antes de que otros dos entraran a buscar al hombre.

—En cuanto lo tengamos, lo registraremos todo. Hay buenas razones para creer que se ha llevado las cosas de las que quería deshacerse. Hay que peinar toda la casa.

Louise ya estaba enterada de que no habían encontrado nada en el domicilio de la mujer ni en el del hombre que pudiera incriminarlo. A ella la apostaron cerca del coche del hombre, un antiguo Peugeot 309 blanco. Se colocó de manera que tuviera una buena perspectiva de la entrada principal.

Willumsen paseó la mirada una última vez por la zona antes de subir hasta la puerta principal, a la que llamó. Todos iban armados, y cuando el comisario alzó la mano para volver a llamar, Louise sintió que le pesaban la pistola y su funda más de lo habitual. La mayoría de las veces las detenciones se producían con total normalidad y sin problemas, pero también había sido testigo de acciones que se habían desmandado, y si eso ocurría en este caso sería por haberse precipitado.

El hombre vestía de chándal y rechazó tener cualquier conocimiento de la persona de la que le hablaba Willumsen. Con grandes aspavientos lanzó una retahíla de lamentos y gritos antes de que lo agarraran dos agentes y lo condujeran de vuelta al salón.

Louise seguía esperando detrás del coche blanco. Al poco rato, sus compañeros volvieron a aparecer en la puerta con el hombre entre ellos. Cuando lo condujeron hasta uno de los coches y lo metieron en el asiento trasero, su semblante cambió y parecía abstraído y furioso.

Willumsen se acercó a ella.

—Tú y Lars Jørgensen lo llevaréis a jefatura. Yo me quedaré aquí para asistir al registro.

—¿Pero no hay que interrogarlo?

Llevaban buscándolo desde el sábado, y ahora de repente no corría tanta prisa conseguir que hablara.

—Por supuesto que sí, pero tendrá que esperar hasta que hayamos registrado la casa.

Hasta aquí llegaba Louise, pero no acababa de entender la distribución de fuerzas. Sin duda lo más lógico hubiera sido que él los acompañara hasta la jefatura de Policía y se pusiera manos a la obra mientras los demás buscaban.

—¡Marchaos ya de una vez!

¡Qué demonios se ha creído este hombre!, pensó, incapaz de comprender lo que

estaba oyendo. Buscó rápidamente a su compañero con la mirada, furiosa porque la hubieran mandado al quinto infierno para hacer de chófer de un celoso comisario cuando podía haber aprovechado el tiempo para repasar las fotografías junto con Susanne. Lo adelantó entre espumarajos de rabia para decirle a Heilmann que se iban.

La encontró inclinada sobre una maleta de cuero marrón oscuro de la que iba sacando prendas de vestir con las manos enfundadas en unos guantes de goma. Su jefa se limitó a asentir distraída con la cabeza ante las lamentaciones de Louise, y siguió repasando la ropa, profundamente entregada al trabajo. Se respiraba una atmósfera reconcentrada en todos los rincones de la pequeña casa de madera donde los hombres buscaban efectos escondidos. Louise se rindió. A través de la ventana descubrió a Lars Jørgensen al lado del coche; parecía estar oteando el terreno. Supuso que la estaría buscando a ella y salió.

El hombre que estaba sentado a su lado en el asiento de atrás se mantuvo en silencio durante todo el trayecto hasta Copenhague, pero cuando estuvieron cerca de la jefatura de Policía empezó a hablar en voz alta y de forma acelerada.

—¿Qué queréis de mí?, ¿por qué hacéis esto?

—Creo que es comprensible que la policía quiera hablar contigo —lo interrumpió Louise—. Tu esposa acaba de ser asesinada, y no hemos podido encontrarte hasta ahora.

—Yo amaba a mi mujer, estoy muy apenado —gritó.

Louise se encerró en sí misma a pesar de que el hombre seguía hablando. Lars Jørgensen iba al volante, rígido como una estatua.

En un momento dado, el hombre rompió a llorar. Louise se volvió hacia él y le lanzó una mirada de advertencia.

—¿Lo metemos en el sótano? —preguntó Lars Jørgensen por encima del hombro.

—Sí, no hay quien aguante a este tipo. Luego Willumsen tendrá que sacarlo de allí cuando vuelva.

Acordaron que Louise acompañaría al hombre hasta el calabozo en el sótano de la jefatura mientras Lars Jørgensen aparcaba el coche en el garaje.

Cuando más tarde se encontraron en el despacho, Louise paseó la mirada cansada por las paredes desnudas y constató que necesitaban una mano de pintura. Apenas hacía dos meses que sus escritorios de los años setenta habían sido sustituidos por otros más modernos que podían elevarse y bajarse, pero solo conseguían acentuar lo anticuado del resto. El único toque personal eran los tableros que ella y Lars Jørgensen habían cubierto de fotografías personales y suvenires de los casos más espectaculares en los que habían trabajado. Allí colgaba, por ejemplo, la fórmula para fabricar una droga de un color verde pálido conocida como nieve verde. Un caso en el que su amiga Camilla había estado muy involucrada y que a punto estuvo de costarle la vida.

En el extremo derecho del tablero de anuncios colgaba un pase para la cumbre de la Unión Europea. Según Louise, era de lo más aburrido en el mundo, pero se encuadraba dentro de las tareas obligatorias que de vez en cuando les eran asignadas.

Se quedó un rato sentada a fin de recomponerse mientras descansaba la mirada en el escritorio. Sobre él, encontró un mensaje de Susanne que confirmaba que su cita había quedado postergada hasta el día siguiente.

Llamó a Peter para avisarle que pronto estaría en casa.

–Prepararé café –se ofreció él inmediatamente–. ¿Has podido comer?

De vez en cuando su preocupación maternal le crispaba los nervios. No recordaba que nadie se hubiera interesado tanto por si había comido o no como desde que se habían ido a vivir juntos. Lo convenció de que bastaría con un sándwich de queso.

Louise se sirvió café y le pasó el termo al compañero que tenía al lado. La mayoría de los que participaban en la reunión matinal en el comedor ya se había enterado de la detención en la casa de campo a las afueras de Nykøbing Sjælland. Los que no habían participado en la detención ni habían oído hablar del interrogatorio que se había prolongado hasta altas horas de la noche escucharon atentamente el repaso del jefe de Homicidios.

—El matrimonio se separó hace unos siete meses. Tenían dos hijos que vivían con la madre en las habitaciones que había alquilado temporalmente. No hubo apenas tensión entre ellos, hasta el día en que ella le dejó claro que no tenía intención de retomar su relación.

—Suponemos —interrumpió Willumsen, haciéndose así cargo del repaso— que después de recoger a los niños el sábado por la mañana debió de dejarlos en algún lugar y volver con la mujer. Eso coincide con que la vecina de arriba oyera ruidos en el piso a eso de la una. Es difícil determinar si tenía planeado asesinarla a navajazos o si fue fruto de una discusión que se le fue de las manos. La causa de la muerte fueron nueve heridas de arma blanca. El hombre afirma que estuvo con sus hijos hasta bien avanzada la tarde del sábado, cuando volvió al piso para entregarlos y se la encontró tirada en el suelo del salón en medio de un gran charco de sangre.

—¿Cómo explicó que hubiera huido a una casa de campo de cuya existencia nadie de su círculo más íntimo sabía nada? —preguntó uno de los agentes.

—No lo ha explicado. Dice que no huyó en absoluto, sino que se retiró para «trabajar su dolor» —dijo Willumsen, y dibujó unas comillas en el aire.

—Los técnicos de Criminalística encontraron sus huellas dactilares prácticamente por todo el piso de la mujer.

—Vais a tener que encontrar el arma blanca o alguna prenda de ropa con la sangre de la mujer —dijo Hans Suhr, y se levantó del borde de la mesa en la que había estado apoyado—. No es difícil deducir que negará su culpabilidad hasta el final y que afirmará que es natural que sus huellas estén por todos lados, puesto que frecuentaba la casa regularmente.

Willumsen asintió con la cabeza. Era precisamente lo que él había subrayado antes de arrestar al hombre el día anterior por la tarde. Sin una prueba directa estarían en una posición débil cuando el hombre tuviera que comparecer ante el juez esa misma mañana.

—Ya encontraremos algo —dijo el comisario.

—¿Qué tal va el caso de violación?

El jefe de Homicidios se acercó al extremo de la mesa donde estaban sentados Heilmann, Louise y Lars Jørgensen.

—Me han llamado del *Morgenavisen*. Les gustaría saber qué estamos haciendo para encontrar al agresor.

—¿Cómo puede ser que sepan del caso? —preguntó Louise, y se incorporó hacia delante en la silla mientras intentaba dominar las palpitaciones y el rubor de las mejillas. Se afanaba por mantener una distancia profesional con el lugar del trabajo de su amiga para que nadie pudiera acusarla de pasar información a Camilla Lind, que cubría los sucesos

en el *Morgenavisen*.

—Anoche la madre de Susanne Hansson llamó a su reportera.

Louise suspiró y cerró los ojos un instante.

Suhr había vuelto a la gran pizarra blanca que colgaba al final del comedor.

Volvió a abrir los ojos, pero evitó mirarlo. No tenía ganas de escuchar lo que estaba a punto de decir.

—La madre de la víctima estaba tremendamente consternada porque la policía no hubiera hecho nada por encontrar al agresor.

Por su tono de voz Louise entendió que la madre no había escatimado en detalles.

—¡Bruja! —masculló, y se bebió el resto del café tibio de un sorbo.

—¿Hasta dónde habéis llegado con su retrato? ¿Y qué tenemos que pueda identificar al agresor?

Suhr estaba listo con un rotulador azul en la mano frente a la pizarra inmaculada.

—Todavía no disponemos de un retrato aprovechable —dijo Heilmann—. Rick tenía que haber acompañado a Susanne Hansson a la Fototeca ayer, pero entonces surgió lo de la salida a Nykøbing Sjælland. Por eso lo retrasamos a hoy.

La jefa del grupo de investigación explicó tranquilamente que todavía no podían decir si había suficientes restos biológicos para un análisis de ADN, pero si todo iba bien, los genetistas forenses podrían dar una respuesta aquella misma semana o a principios de la siguiente. Titubeó un poco porque en realidad podía alargarse una semana más, y no había nadie que tuviera ganas de pensarlo siquiera.

—Disculpa, pero ¿podrías explicarme brevemente por qué estuvisteis en Nykøbing si teníais más que suficiente que atender aquí? —reclamó el jefe de Homicidios en un tono de voz que Louise no supo interpretar. O bien Heilmann lo había puesto al día del gesto abusivo de Willumsen al encomendarles una tarea a ella y a Lars Jørgensen que finalmente consistió tan solo en trasladar al sospechoso a la jefatura de Policía, o bien Suhr ni siquiera se había enterado de que el grupo de Heilmann había asistido a la detención del día anterior.

—Fuimos porque nos lo pidieron.

Heilmann miraba directamente a Suhr mientras hablaba.

Willumsen seguía la conversación sin inmutarse.

—Quiero algo con lo que salir después del almuerzo —profirió Suhr—. El foco está puesto en los casos de violación, sobre todo en aquellos donde la gente se conoce a través de internet, y un caso como este podría extenderse durante varias semanas si finalmente resulta que prende entre la audiencia. Ya podemos contar con que escribirán que la víctima fue maniatada y amordazada. Por lo visto, la madre no está dispuesta a esconder nada acerca del estado en que encontró a su hija, pero parece que no sabe que su hija conoció al agresor a través de internet. Según su versión, un hombre totalmente desconocido se coló en el piso de su hija. Sin duda, la historia estallará si se descubre que ella misma lo invitó a subir a casa.

Louise sabía que Suhr ya se estaba imaginando los titulares.

—Tenéis que cerrar el caso cuanto antes, y no pienso tolerar que dediquéis tiempo a

otros asuntos hasta que no hayáis cerrado este. Si estáis ocupados en algún caso importante, tendréis que cedérselo a otro grupo. –Lanzó una rápida mirada a Willumsen–. Y todo ha de pasar por mí.

Louise miró a Heilmann cuando levantaron la sesión, pero no supo distinguir si estaba satisfecha con la reprimenda directa del jefe de Homicidios a Willumsen.

–Reunámonos un momento en mi despacho –dijo la jefa de investigación cuando estaba saliendo por la puerta.

–¿Es tu amiga quien ha llamado al jefe de Homicidios? –preguntó Michael Stig, una vez se sentaron alrededor de la mesa de Heilmann.

–No lo sé. No he hablado con ella –contestó Louise a la defensiva.

–Tal vez sea una buena idea que llames a Camilla Lind para preguntarle qué es lo que anda diciendo la madre, y por qué ha acudido a la prensa para contar la historia –dijo Heilmann.

Louise estuvo a punto de proponer que algún otro la llamara, pero cayó en la cuenta de que no había ningún motivo para echar más luz sobre su conexión con Camilla.

–De acuerdo, la llamaré. Pero he quedado con Susanne a las diez. Vendrá aquí e intentaremos confeccionar un retrato.

–Su perfil en la red ha dejado de existir –les comunicó Toft–. Entré en el perfil de Susanne para rastrear su cuenta y los correos que recibió de Jesper Bjergholdt, y por lo que pude ver, su perfil ha sido borrado.

–Supongo que fue una de las primeras cosas que hizo en cuanto se limpió la sangre –dijo Michael Stig.

–Creo que deberíamos intentar dar con las demás chicas con las que Bjergholdt entabló relación a través de su perfil en la página de contactos –propuso Lars Jørgensen.

–¡Entonces tendremos que rastrear perfiles bajo el nombre de Mr. Noble! –comunicó Toft.

Louise levantó las cejas y se preguntó si el nombre hacía referencia a que era noble. O si en su versión danesa tal vez significara que era un hombre decente.

–Por cierto, ¿cómo se hacía llamar Susanne? –preguntó con curiosidad.

–Blancanieve, sin la ese.

–Ya, supongo que la versión con ese al final ya estaba cogida –comentó Louise.

–El administrador de la página puede rastrear los contactos que entraron en Mr. Noble. Si se ponen tontos les enviaremos a la CCU.

A Louise le vino a la mente la película *Los cazafantasmas*, en la que los protagonistas llegaban con un aparato parecido a una aspiradora colgada de la espalda para absorber a los fantasmas. En cierto modo es lo mismo, pensó. Estamos buscando a alguien invisible.

–¿Ya habéis comunicado a la Fototeca que vais a ir? –preguntó Heilmann, y miró a Louise.

Asintió con la cabeza y preguntó si llevándola al archivo de fotografías no se arriesgaban a reducir las posibilidades de que Susanne lo identificara en una futura confrontación. En los casos en que la víctima tenía muchas dudas en cuanto al aspecto del agresor, el abogado defensor solía ponerles en aprietos al sostener que la fiabilidad se

veía debilitada cuando le presentaban a la víctima una serie de retratos seleccionados de antemano. Y desgraciadamente ocurría con cierta frecuencia que la memoria de la víctima se veía afectada por las fotos que la policía le había mostrado.

—¿Tenemos elección? —dijo Heilmann, y la volvió a mirar.

—No, supongo que no —contestó Louise, desesperada porque los testigos fueran tan malos a la hora de reconocer a la gente. Era increíble la gran cantidad de detalles que se les escapaban. Los hombres de pelo oscuro se volvían rubios. Un rostro que un testigo recordaba afilado, otro lo convertía en unas facciones suaves.

—¿Deberíamos recurrir a la prensa? —dijo, y rompió el silencio que se había instalado alrededor de la mesa de reuniones—. ¿Ofrecerles una descripción del ataque y pedir que las mujeres que hayan sufrido algo parecido se pongan en contacto, con la esperanza de que alguna haya conservado un recuerdo más nítido del agresor?

—¿Estamos buscando a otras mujeres? —preguntó Lars Jørgensen, al que parecía que hubieran arrancado de sus cavilaciones.

—Todavía no.

Por lo visto, Heilmann ya le había dado unas cuantas vueltas al asunto.

—No cabe duda de que en cuanto la historia caiga en manos de la prensa, habrá muchas voces que manifestarán que Susanne se merece lo que le ha pasado. ¿Creo que estamos de acuerdo si digo que no hay ninguna razón para exponerla a ello mientras se pueda evitar?

Todo el mundo asintió con la cabeza. No solo por Susanne, sino también porque no querían echar a perder la tranquilidad para trabajar de la que hasta entonces habían gozado.

—Tenemos que conseguir que nos eche una mano para completar el retrato, y en cuanto al resto nos lo guardaremos para nosotros. Pero averigua qué es lo que la madre va contando por ahí —dijo Heilmann a Louise.

Tras dar por terminada la reunión, la jefa de investigación le pidió a Michael Stig que fuera a casa de la madre de Susanne y tuviera una charla con ella. Lo dijo de tal manera que nadie podía dudar de que quería que fuera a su casa para hacerla callar.

Louise le pidió a Susanne que tomara asiento frente a la pantalla amarillenta en la que aparecerían las diapositivas.

En la sala contigua, el técnico estaba seleccionando las fotografías que se ajustaban a la información que le habían dado: hombre, de tez oscura, frente alta, ojos oscuros, cara tersa. Estas eran las características que le habían facilitado de antemano, la altura era de unos diez centímetros aproximadamente, y la edad, cinco años arriba o abajo.

Antes de ponerse con las diapositivas, Louise quiso enseñarle la carpeta de delitos contra la mujer. Incluía fotografías de las personas que habían sido condenadas por delitos contra la integridad sexual.

—La están repasando en la habitación contigua, pero os la traeré en cuanto hayamos acabado con las diapositivas —dijo el técnico cuando Louise le pidió la carpeta.

Con un sonoro clic colocó el soporte redondo de las diapositivas en su sitio y le pasó a

Susanne el mando con el que hacerlas avanzar.

–Podemos olvidarnos de buscar a una persona en particular –le dijo Louise al técnico antes de empezar–. Susanne tiene demasiadas dudas sobre su aspecto. Estamos buscando un estereotipo.

El técnico asintió con la cabeza.

–Ya estamos listas –dijo Louise. Sacó una libreta del bolso, se sentó al lado de Susanne y le explicó que no tenía más que apretar el botón al ritmo que a ella le conviniera; podía tomarse todo el tiempo que quisiera.

Susanne asintió con la cabeza y pulsó el botón para que apareciera la primera fotografía que había seleccionado el técnico entre el amplio registro de delincuentes de la policía.

–¡No se le parece nada! –exclamó Susanne, visiblemente irritada.

Louise consideró por un momento si debía explicarle que, de hecho, se ajustaba exactamente a los datos que Susanne les había facilitado, pero sabía lo difícil que sería hacerle entender lo precisa que tenía que ser su descripción para dar con alguien que se pareciera aunque fuera lejanamente a la persona que buscaban. No resultaba fácil explicar los matices que abarcaban una tez y un pelo oscuros si había que describirla a partir de una imagen que se tenía en la cabeza.

Susanne volvió a pulsar el mando.

–Su frente no era tan alta, creo que eran más bien las sienes –dijo, y examinó la fotografía de un hombre soñoliento con el pelo alborotado. Tampoco facilitaba el reconocimiento que muchos de los fotografiados lucieran feos, pues generalmente las fotos habían sido tomadas la primera mañana después de su detención.

Louise anotó los comentarios de Susanne en su libreta.

–¡Sus ojos son más bonitos!

–¿Cómo?

–Más sinceros.

–¿Cómo?

–Están más presentes.

–Profundiza.

–No están tan juntos como los suyos.

Susanne señaló la pantalla.

No tiene los ojos juntos, anotó Louise en la libreta.

Una hora más tarde le entregó al técnico una hoja de papel.

En tres ocasiones Susanne había exclamado:

–¡Es él!

Y la primera vez el estallido había provocado un sollozo, seguido de varios minutos de silencio con la mirada perdida.

Louise le había propuesto varias veces que hicieran una pausa. El monótono clic que daba paso a una nueva fotografía desgastaba los sentimientos y la oscuridad amodorraba. A pesar de ello, Susanne se había sobrepuesto y había asegurado que podían seguir. Sin embargo, cuando le preguntó por qué pensaba que era él, se mostró menos convencida.

–Se parece a él. La boca y la nariz son las mismas.

Cuando el técnico se acercó con una hoja de papel en la mano, los hombres que habían señalado tenían ya nombre y datos personales. El primero, Karsten Flintholm, había cumplido una condena por violación, y eso provocó que la adrenalina de Louise se disparara de uno a cien en un segundo. Sin duda, su fotografía también aparecería en el registro de delitos contra la integridad sexual. A los otros dos no se les había asociado anteriormente con una violación.

Flintholm era el único ante el que Susanne había reaccionado de inmediato mientras hojeaba la carpeta azul de anillas que contenía los retratos de autores de delitos contra la integridad sexual; hasta entonces se había quedado mirando fijamente las fotografías que aparecían cada vez que volvía una página. Como si quisiera grabarse los rostros, pensó Louise, y se preguntó si lo haría para averiguar si se podía detectar la maldad prestando suficiente atención a sus rasgos. Sentía pena por ella y esperaba que fuera un consuelo que la mayoría de los rostros fueran de lo más normal. De hecho había muy pocos en los que se podía leer que probablemente no fuera demasiado agradable encontrárselos en una noche oscura.

Louise llamó a Lars Jørgensen y le pidió que chequeara a los seleccionados en el Registro de Penados para saber si estaban encarcelados o no.

Más allá de los tres obvios, Louise describió qué tipo de agresor había señalado Susanne Hansson. Partiendo de los comentarios acerca de sus rasgos físicos, como una frente alta, unos ojos separados y demás detalles que Louise había anotado sobre la marcha en su libreta, el técnico elaboró un retrato en la habitación contigua y le ofreció una transcripción a Louise para que se la llevara.

Acompañó a Susanne por las escaleras. Su rostro se ocultaba de nuevo tras la visera de la gorra para disimular las marcas oscuras. En principio, estaría de baja durante toda la semana, pero los técnicos de Criminalística habían comunicado que concluirían el registro de su piso ese mismo día para que pudiera mudarse si sentía que estaba lista para hacerlo.

–¿No crees que deberías quedarte en casa de tu madre hasta que hayas conseguido distanciarte un poco de lo sucedido? –le sugirió Louise cuando se despidieron. Consideró comentarle que su madre se había puesto en contacto con la prensa para averiguar si Susanne lo sabía.

–Prefiero volver a casa.

–¿Cómo se lo ha tomado tu madre? –preguntó Louise, curiosa—. Debe de haberse llevado un buen susto.

–Ha contratado a un cerrajero para que me cambie la cerradura, me instale una mirilla y coloque una cadena en mi puerta. Ella no sabe que salí con él.

Susanne cambió el peso de una pierna a otra.

–¿Qué es lo que quieres mantener en secreto?

Susanne se pasó la mano con cuidado por la herida del pómulo izquierdo.

–No es un secreto. Sencillamente no hablamos de estas cosas –dijo tras una larga pausa.

–¿No compartís confidencias?

–No, supongo que podría decirse de esta manera. Se ha creado una imagen de mí, de cómo es mi vida, y no es fácil escapar de la idea que tiene de su hija.

Louise se la llevó hasta un banco en el rellano de la escalera. Hablaban en voz baja para evitar que sus voces retumbaran en el amplio hueco de la escalera.

–¿Cómo le gustaría a ella que fuera tu vida?

–Como siempre había sido. Llevo doce años viviendo sola. Me mudé al piso cuando tenía veinte, cuando empecé a trabajar en el banco. Tenemos nuestro ritmo, mi madre y yo, y a mi madre le gusta que sea así. Se ha convertido en una costumbre.

–¿Una costumbre que no te atreves o no quieres romper?

–Supongo que no hay que cambiar algo hasta que haya una razón para hacerlo –contestó Susanne, evasiva.

–¿Sabías que tu madre se ha puesto en contacto con la prensa para contar tu historia?

Todavía no había decidido si debería sacarlo a colación, pero esto era lo más cerca que habían estado hasta el momento de entablar una conversación confidencial que a Louise le permitiera formarse una idea de la vida que Susanne había tenido hasta el lunes por la noche, cuando salió a cenar con Jesper Bjergholdt.

Al principio Susanne no reaccionó al comentario de Louise, pero de pronto entrechocó las puntas de sus zapatos.

–No lo sabía. Pero es que ella no entiende que todavía no lo hayan detenido.

Miró a Louise con el rabillo del ojo sano.

–Tiene miedo de que pueda volver.

–¿Tú tienes miedo a que vuelva? –preguntó Louise.

Susanne se encogió de hombros.

–No lo creo; tengo miedo, pero... así y todo. No siento nada. También podría encontrármelo de camino al trabajo, o podría estar allí cuando vuelva a casa.

Se quitó la gorra, la dejó en el regazo y se atusó el pelo corto.

–No tenía ni la más remota idea de que las cosas se pudieran poner tan mal, y es posible que tenga pesadillas, pero tampoco me imagino que pueda volver a ocurrir.

Louise se la quedó mirando mientras hablaba. Estaba envuelta en una ingenuidad y una coraza protectora que por lo visto llevaban allí muchos años, pero al mismo tiempo presintió que ahora también había interiorizado que no siempre se pueden controlar los acontecimientos que la vida le brinda a uno.

–Tal vez haya llegado el momento de que te hagas cargo de tu propia vida –propuso Louise, y se dio cuenta de lo injusto que era que Susanne hubiera sufrido unas heridas tan profundas la primera vez que lo intentaba.

–Tal vez.

–Creo que deberías hablar con tu madre. No me parece una buena idea que habléis con más periodistas.

Louise buscaba una manera de decirlo sin que sonara demasiado duro.

–Pero ahora que la historia ya ha salido a la luz, tendrás que prepararte para la posibilidad de que se haga público que ya conocías al agresor, y que habíais salido

juntos.

Susanne volvió a calarse la gorra y asintió con la cabeza.

–No creo que tenga nada de malo –dijo en un intento de convencerse a sí misma.

–Desde luego que no –admitió Louise.

Volvió a su despacho y dejó la transcripción sobre el escritorio de Lars Jørgensen.

–Algo así, más o menos –dijo, y se sentó.

Su compañero la leyó mientras daba cuenta de lo que había descubierto en su ausencia.

–Karsten Flinholm fue puesto en libertad hace siete meses. Tenemos sus huellas dactilares y su ADN, así que debería ser relativamente sencillo comparar, si al final resulta que han encontrado algo útil en casa de Susanne. El segundo al que señaló es un tal Nils Walther. Lleva más de un año en la calle, pero como ya sabes nunca ha estado involucrado en delitos de este calibre. Está más interesado en cosas que puedan traducirse en dinero contante y sonante.

Louise echó la silla hacia atrás y subió las piernas de manera que sus pies quedaron apoyados contra el borde del escritorio.

–El último, Søren Matthisen, sigue en prisión. Todavía le falta un año, así que podemos descartarlo.

–¿Por casualidad no estuvo de permiso el fin de semana y dejó de ingresar el lunes? –lo intentó Louise.

Lars Jørgensen sonrió y negó con la cabeza.

–Ya lo he cotejado.

–Voy a intentar dar con Camilla.

No tenía muchas ganas de oír lo que le podía haber contado la madre, y pensó en lo que le había dicho Susanne a ella. Reconoció la irritación que había sentido las veces que su propia madre se había mostrado demasiado posesiva, pero sabía perfectamente que no se podía comparar. En este caso era evidente que se trataba de una madre que se había hecho con el control de la vida de su hija. Una madre que tomaba parte y dirigía los actos de su hija, qué posturas y opiniones debía tener. Probablemente también conociera a todas las personas con las que Susanne se relacionaba, que, sin duda, serían pocas. Debía de percibirlo como una gigantesca camisa de fuerza.

–¡Pobre! –murmuró Louise, y vio que Lars Jørgensen la miraba sorprendido. Sentía una gran simpatía por el intento que había hecho Susanne de crear una salida que la alejara del dominio de su madre buscando con cautela la felicidad de un marido y una familia.

Camilla descolgó el teléfono con tal rapidez que Louise tuvo la sensación de que había estado esperando que sonara con la mano sobre el auricular.

—¿Qué te contó la madre de Susanne Hansson cuando te llamó?

—¿Susanne Hansson?

El intento de su amiga de ocultar que sabía de quién le estaba hablando fracasó.

—¡Venga! Me gustaría saber qué es lo que te ha contado la madre. Sencillamente no logro comprender por qué se puso en contacto contigo. ¿Qué quería?

La pausa que se produjo antes de que Camilla contestara le dejó bien claro que su amiga estaba valorando la posibilidad de recibir algo a cambio si se sinceraba con Louise.

—No podía entender que no hubiéramos mencionado la agresión. Sostiene que no se oye hablar más que de violaciones, pero que en cambio nadie parece interesarse por la agresión que ha sufrido su hija.

—En realidad debería estar agradecida de que así sea —dijo Louise.

—¡Pues no lo está! —dijo Camilla con una leve sonrisa en los labios, aunque su voz se volvió grave rápidamente—. Todo indica que se trata de un asunto muy feo. No he conseguido que Suhr me confirme el curso de los acontecimientos, y yo lo interpreto como que he dado en el clavo. O que se trate de un asunto incluso más oscuro y por eso se muestra tan comedido a la hora de facilitar información.

—También podría deberse a que se trata de un caso que quisiéramos poder investigar tranquilamente —la interrumpió Louise.

—Estoy dispuesta a contarte lo que me dijo la madre si tú me cuentas lo que ha pasado.

—No digas tonterías, Camilla, no pienso contarte nada. Lo que sea que pueda salir de aquí tendrá que ser a través del jefe de Homicidios. Pero tengo la sensación de que saldrá algo más tarde, hoy mismo. En cualquier caso, tu llamada ha presionado a Suhr hasta el punto de que nos ha exigido que encontremos algo que contaros.

—Bien —dijo Camilla. Era evidente que estaba satisfecha porque su llamada hubiera provocado una reacción y por lo tanto decidió ofrecer un resumen de la llamada de la madre.

—Me contó que había encontrado a su hija en medio de un charco de sangre, atada de pies y manos, magullada y amordazada. El agresor había intentado estrangularla metiéndole un taco de madera en la boca...

—¡Para! —gritó Louise al auricular—. ¡No hay charco de sangre ni intento de estrangulamiento! Esto que quede entre nosotras, por supuesto. No hace falta que me cuentes más. Te recomiendo que te ahorres poner tu nombre a estos disparates, si no más tarde tendrás que desmentirlo todo.

La decepción de Camilla era tan grande que Louise supuso que ya habría escrito gran parte de su artículo.

—Tampoco tienes que tomártelo tan a la tremenda —dijo Louise, e intentó sonar convincente mientras recordaba el rostro hinchado de Susanne—. Lo más llamativo de este caso es que la chica tiene una madre que controla la vida de su hija hasta límites insospechados.

—Es posible —la cortó Camilla—, pero no creo que la madre haya organizado la violación

para poder publicitarse mejor, ¡maldita sea!

—No, por supuesto que no, pero ahora que tiene ocasión de hacerlo es evidente que no se contiene precisamente.

—Tal vez debería tener una charla con ella —dijo su amiga, pensativa.

—No sacarás nada en claro. Michael Stig está con ella ahora mismo, y suele ser bastante eficiente a la hora de pedirle a la gente que mantenga la boca cerrada.

—¡Ja! —dijo Camilla secamente—. De acuerdo, accedo a parar la historia hasta que haya hablado con Suhr. Pero no estoy dispuesta a hacerlo si luego resulta que puedo leerla en otro medio.

Louise entendía perfectamente que era un riesgo que corría su amiga al parar una historia.

—Y apreciaría mucho que me comunicarais cuándo os va bien contar lo que realmente tuvo que soportar la pobre mujer. Por cierto, ¿podrías quedarte con Markus este fin de semana?

El cambio de tema fue tan repentino que Louise movió la cabeza para adaptarse. A bote pronto no le parecía que tuvieran planes, así que asintió con la cabeza para sí.

—Sí, sí podemos.

De vez en cuando, Camilla tenía guardia los fines de semana en el periódico, y entonces surgía el problema de encontrar a alguien que pudiera cuidar del niño, porque vivía sola con Markus. El padre, Tobias, se lo quedaba cada dos fines de semana, pero solía acudir en su ayuda cuando Camilla tenía que trabajar. Cuando no podía, su amiga se veía obligada a buscar otras soluciones, porque su madre vivía en Skanderborg y su padre no estaba para recoger a niños del colegio.

—Tráemelo cuando vayas a trabajar —dijo Louise.

—La verdad es que no tengo que trabajar. Me quedaré en casa, pero tengo visita.

—Muy bien. —Louise se rio, sorprendida—. ¿Cómo se llama?

—¡Antes déjame que averigüe si hay motivos para aprenderme el nombre! —contestó Camilla secamente.

Susanne volvió a asomar en la retina de Louise.

—Espero que no lo hayas conocido a través de internet.

Apenas había finalizado la frase cuando se desató el infierno.

—¿A qué demonios te refieres? ¡Tú, que no paras de presionarme para que encuentre a alguien con quien me apetezca salir!

Louise reflexionó, pero no recordaba que la hubiera presionado en ese sentido.

—Ahora te digo que tengo una cita, y de pronto ya no puede ser alguien que haya conocido en el mismo sitio en que más de medio millón de personas se conocen. ¿Qué tiene de malo? ¿Si es que realmente fuera así?

—Nada. ¡Solo que no sabía que te habías rendido, recurriendo a las citas por internet!

—Nadie ha dicho que sea así. Pero es la manera más lógica y sencilla de conocer a gente nueva.

Louise intentó en vano meter baza.

—Acabo de enterarme de una pareja en la que el marido es el director de una gran

compañía de procesamiento de alimentos y su mujer es directora comercial en el sector de la moda. Es gente muy maja que además gana un montón de dinero, y de hecho se conocieron a través de internet porque no tenían tiempo para salir por ahí a buscar.

Louise renunció a comentar la parrafada que llenaba sus oídos. En su lugar intentó encontrar la manera de contarle a su amiga que desde luego no tenía nada de malo, siempre y cuando acabara bien, pero que si tenías mala suerte y las cosas se torcían, todo podía acabar tremendamente mal. Era muy consciente de que no podía decírselo tal cual porque Camilla se daría cuenta enseguida de que la advertencia tenía que ver con su trabajo, y su amiga era lo bastante aguda para adivinar el resto.

—No tiene nada de malo conocer a alguien a través de internet. Solo creo que hay que andarse con cuidado cuando decides encontrarte con la persona que se oculta detrás del perfil.

—¡Oh, suenas como un folleto aburridísimo de la Campaña para la Seguridad del Bañista!

—Creo que nos encontramos ante uno de esos casos donde se ha esfumado el personaje clave. Jesper Bjergholdt no existe —dijo Louise, tras reflexionar un rato después de colgar el teléfono.

Lars Jørgensen estaba ocupado leyendo una pila de folios y la miró despistado.

—¿No existe? No creo que la víctima se haya podido maniatar a sí misma —dijo, ligeramente sorprendido.

Louise le lanzó una sonrisa.

—Claro que se produjo la agresión, pero Jesper Bjergholdt puede ser cualquiera. Es un nombre falso. No tenemos nada con lo que podamos identificarlo. Podría vivir en Ålborg y llamarse Bjarne. Si su ADN no se conoce de antemano y sus huellas dactilares no están en la AFIS, está fuera de nuestro alcance.

AFIS era la gran base de datos de la policía en la que se guardaban cientos de miles de huellas dactilares.

—Veamos —dijo Lars Jørgensen, que había dejado la pila de papeles a un lado—. A pesar de todo, es poco frecuente que la gente desaparezca del todo.

—Lo hemos visto antes —le devolvió Louise—. Además en un caso que recuerda a este.

—¿Te refieres a Kim de Hørsholm?

Louise ya le había relatado anteriormente el caso en el que una mujer de Rødovre había conocido a un hombre en internet. Se hacía llamar Kim Jensen y afirmaba ser de Hørsholm. La pareja había iniciado una relación que concluyó con ella salvajemente maltratada. Cuando más tarde la policía quiso dar con él parecía habérselo tragado la tierra. El perfil había sido borrado de la página de contactos, el móvil dado de baja, y no había ninguna pista, salvo alguna huella dactilar y ADN sin aparente titular.

—El expediente nos está esperando en el archivo —dijo Louise, e hizo un gesto con la cabeza en dirección a las carpetas de casos sin resolver. Ocurría con cierta regularidad que daban con un agresor porque al verse envuelto en otra clase de delito se contrastaban sus huellas dactilares con la base de datos. ¡Bingo!, decía la AFIS cuando había una

coincidencia, y en menos de lo que canta un gallo el autor del crimen tenía nombre y número de documento de identidad.

—No recuerdo la descripción del agresor que dio la víctima —reconoció Lars Jørgensen—, pero si tiene el pelo oscuro será mejor que hablemos con ella.

Louise ya había saltado de la silla e intentaba recordar cuál de las gruesas carpetas de anillas contenía el caso de Rødovre. Lo encontró en la tercera carpeta que sacó de las estanterías de acero que ocupaban toda una pared del despacho. Louise se había ocupado del caso dos años atrás, y entonces había temido que aparecieran muchos más casos del mismo tipo. Ya no había manera de saber dónde estaba la gente cuando hablabas con ella. Creías que llamaban cómodamente sentados en el sofá de su casa y luego resultaba que se encontraban en una casa de campo de Rågeleje.

Ella misma lo había experimentado una vez, de camino a casa desde el trabajo. Avanzaba montada en su bicicleta por Gammel Kongevej cuando de pronto sonó su móvil. Era Peter. Louise sabía que estaba en un seminario de ventas en el norte de Selandia. Se detuvo, subió a la acera y se apoyó en la bicicleta mientras hablaba por teléfono. De pronto, cuando llevaban un par de minutos charlando, Peter exclamó que era maravilloso verla sonreír mientras hablaba con él. Al principio, Louise no reaccionó, pero entonces se dio cuenta de que Peter la estaba mirando. Había vuelto a casa antes de lo esperado y acababa de salir de la verdulería del barrio cuando la vio.

Louise no pudo más que reírse, pero enseguida la asaltó una sensación de lo más desagradable. En su conciencia, Peter estaba en el norte de Selandia, y no era capaz, ni por asomo, de imaginarse que pudiera encontrarse tan cerca. Aquel descubrimiento le había resultado tremendamente perturbador, y se había dado cuenta de lo mucho que se apoyaba en la certeza de saber dónde se encontraba la gente. Cuando esta convicción se vio trastornada, la imagen que hasta entonces tenía de la realidad se desmoronó.

Louise fue al despacho de Heilmann y dejó una copia del retrato sobre su mesa mientras daba cuenta brevemente de lo que la madre de Susanne Hansson le había contado a Camilla.

—No creo que nada de lo que Jesper Bjergholdt pueda haber contado de sí mismo sea verdad —dijo, y le recordó a la jefa de investigación el caso de Rødovre.

—Es una buena idea echarle un vistazo a ese caso, podría tratarse del mismo agresor. Si realizáramos un perfil del agresor en esta clase de delitos, suele aparecer como reincidente. Si ha salido airoso una vez, suele volverlo a intentar, antes o después —dijo Heilmann—. Forma parte del juego psicológico de poder entre agresor y víctima. Él posee y ejerce el poder, y cuando le sale bien se le despierta el apetito de volver a disfrutar de él.

—¿Y no podría tratarse simplemente de un desviado sexual? ¿Realmente tiene que tratarse de poder? —propuso Louise. No había trabajado demasiado en análisis de perfiles, y sentía un gran respeto por las reflexiones que Heilmann aportaba a las investigaciones.

—Llevaba esposas y mordazas en la bolsa, medios evidentes de su deseo de dominación

–explicó la jefa de investigación, y empezó a leer la descripción del agresor.

–El retrato no es especialmente detallado –se apresuró a reconocer Louise.

–Puede llegar a resultar peligroso presionarle –prosiguió Heilmann–. Si empieza a sentirse amenazado, su necesidad de control aumentará, y entonces se le podría ocurrir cualquier cosa.

–¡Encontradlo! –se oyó decir desde la puerta, donde Suhr se había apostado sin que ninguna de las dos mujeres hubiera reparado en él–. Lo atraéis usando como señuelo a Louise Rick, y ella lo descubre justo antes de que la asesine.

Su tono de voz tenía cierto matiz estridente, y lo miraron sin decir nada. Esto se nos está yendo de las manos, pensó Louise, y supuso que él tenía esa misma sensación. Tenían un caso en el que el agresor había aparecido de la nada como el genio de la lámpara y luego se había esfumado. Suhr veía lo que eso implicaba, y no estaba dispuesto a aceptar que degenerara en uno de esos casos complejos que acababa por agotar los recursos.

–Acabo de hablar con el departamento de Genética Forense –dijo en un tono algo más normal–. Están trabajando con los pelos que se encontraron en el lugar de los hechos, y no debemos contar con que haya suficiente material en las manchas de semen para que puedan sacar ADN, pero han prometido darse prisa. Tendremos algo a finales de esta semana.

Louise suspiró. Había contado con que los genetistas forenses tendrían listo el perfil de ADN mucho antes.

–Hasta entonces habrá que examinar todas las pistas –prosiguió–. No puede ser que no demos con él. Toft y Michael Stig se pondrán en contacto con las personas que frecuentan los lugares desde donde envió los correos electrónicos. Disponemos de una lista con las direcciones IP. Tiene que haber hablado con alguien por narices, o al menos alguien tiene que haberse fijado en él.

Heilmann asintió con la cabeza. Era evidente que estaban de acuerdo en el modo de proceder.

–Tendrás que obligar a Susanne a contarte algo más –le dijo Suhr a Louise–. Entérate de cómo se conoce la gente a través de internet, si es que todavía no lo sabes.

No la miró mientras hablaba, así que Louise podía ahorrarse negar con la cabeza para darle a entender que nunca había entrado en ninguna de las numerosas páginas de contactos que había en internet.

–Si tenemos que buscar en todas ellas tardaremos mucho –dijo Louise, pensando en el trabajo prácticamente inabarcable que supondría tener que repasar todos los perfiles relevantes.

–¡Pues dedícale el tiempo que haga falta! –exclamó Suhr, y abrió los brazos en un gesto impaciente–. Imprime fotos y perfiles de todo lo que pueda parecer interesante. Enséñaselo todo a Susanne, a lo mejor reconoce algo o a alguien.

Louise suspiró, y se disponía a salir cuando de pronto el jefe de Homicidios cambió de tema:

–¿Qué le contamos a la prensa?

Suhr empezó a pasearse por el despacho.

–Será mejor que contemos que se conocían –dijo, sin esperar respuesta.

–También podríamos optar por no contarles nada –propuso Heilmann–. Podrías limitarte a decir que fue violada en su casa por un agresor desconocido, y que prácticamente no tenemos ninguna pista que seguir.

–¡Hasta aquí podíamos llegar! –la interrumpió Suhr, irritado. No era en absoluto partidario de mostrarse como alguien que no tenía nada que llevarse a la boca.

–Sí –dijo Heilmann con determinación–, necesitamos tranquilidad para poder trabajar. No queremos a nadie que agite los ánimos antes de que hayamos podido dar con otras chicas que se han escrito con nuestro hombre en internet. Toft ya se ha puesto en contacto con la gente que hay detrás de la página de contactos y calcula que nos entregarán una lista hoy mismo. Luego podremos salir ante la prensa, pero ahora es demasiado pronto.

Suhr se quedó un rato rumiando el argumento de la jefa de investigación.

–Muy bien –dijo finalmente, y giró sobre sus talones.

Antes de que llegara a la puerta, Louise preguntó si había entendido bien al decir que quería que sacaran las fotos de todos los hombres de pelo oscuro y la edad adecuada que hubieran colgado su retrato en cada una de las miles de páginas de contactos que había en internet.

Suhr la miró con irritación.

–Por supuesto que no, solo los más relevantes, los que se ajustan a la descripción de Susanne.

Louise se llevó las manos a la cabeza y vio cómo pasaban por su retina miles de hombres de pelo oscuro. Salió del despacho trazando un amplio y exagerado arco alrededor del jefe de Homicidios. Tenía la sensación de que la seguía con la mirada sin entender qué era lo que había hecho mal.

–Creo que deberíamos darnos una vuelta por el parque de atracciones Tívoli para ver si podemos encontrar el restaurante donde cenaron –propuso Louise.

La pila de papeles frente a Lars Jørgensen había crecido. Puso el índice sobre un punto de la lista que estaba estudiando para no perderse.

–¿Te fastidiaría mucho ir sola? Estoy repasando las veces que entró en su perfil durante el tiempo que lo utilizó. Esperaba encontrar un patrón, pero así a bote pronto parece que entraba a todas las horas del día. Sin embargo –posó una mano sobre el montón de papeles–, todavía me faltan todos estos, así que es demasiado pronto para rendirse.

Louise se quedó pensativa. Debería coger el coche y acercarse a Valby para procurarse una fotografía de Susanne. Aunque quizá no fuera necesario. Sacó las fotografías que se habían hecho cuando Susanne fue examinada en el hospital. Una de ellas la mostraba del perfil derecho, menos maltrecho. Se la metió en el bolso y dijo que volvería en cuanto hubiera preguntado en los restaurantes alrededor de Plænen.

Tardó muy poco en recorrer el trayecto entre la jefatura de Policía y la entrada del Tívoli cercana a Glyptoteket. Le mostró su placa al guardia, que la saludó amablemente con un gesto de cabeza y la dejó pasar. Los gritos desde las atracciones en torno a la entrada ahogaban todos los demás ruidos en oleadas compactas, así que solo pudo intuir el crujido de la grava bajo sus pies mientras avanzaba por los senderos entre cochecitos de niños y visitantes que comían algodón de azúcar. Había dado por supuesto que los restaurantes estarían relativamente tranquilos a aquella hora de la tarde, pero cuando llegó a Plænen descubrió que estaba completamente equivocada. Si bien es cierto que la avalancha del almuerzo debía de haber pasado, pues eran más de las cuatro y media, aún había mucha gente comiendo. Algunos pertenecían al club del café y las pastas, otros estaban ingiriendo un almuerzo tardío o una cena temprana. En cualquier caso, había muchos clientes.

Louise se quedó un poco indecisa frente a la entrada del primer restaurante mientras intentaba determinar quién sería el encargado del lugar, pero todos se parecían entre ellos, así que decidió que no importaba a quién se dirigiera.

El jefe de sala reunió a toda su gente y preguntó quién había estado de turno la noche del lunes. Hubo cuatro que dieron un paso adelante y estudiaron voluntariosos la fotografía que Louise había sacado del bolso. Ninguno de ellos reconoció a Susanne, pero también aseguraron que eso no quería decir, ni mucho menos, que la mujer de la foto no hubiera estado allí.

–Tuvimos tres reservas aquella noche –dijo uno de los camareros con la frente arrugada mientras pensaba.

Louise esperaba que le dieran una explicación. No sabía muy bien a qué se refería con «reservas».

–Las mesas se ocupan unas tres veces de media en una noche cuando el tiempo es como el del pasado lunes. Eso significa que tenemos tres turnos de clientes por mesa, y si no hay nada que te llame especialmente la atención resulta casi imposible distinguirlos.

Louise asintió con la cabeza y les dio las gracias antes de dirigirse sin demasiadas esperanzas al siguiente restaurante. Susanne no era una persona que destacara entre la muchedumbre, y estaba convencida de que Jesper Bjergholdt había hecho todo lo posible por no llamar la atención.

Se detuvo y contempló los macizos sobredimensionados de flores con sus grandes corolas que se erguían majestuosas al sol. Echó una rápida mirada a su reloj y se acercó para sentarse un momento y disfrutar de las vistas. Cerró los ojos y volvió la cara hacia el sol mientras sentía cómo el calor recorría su cuerpo. Totalmente vacía de pensamientos, se dejó llevar por la luz.

Cuando le pareció que ya no podía alargarlo más, abrió los ojos y se quedó un rato examinando a los clientes del restaurante Perlen a través de sus grandes ventanales de cristal. Estaba en Babia, y la verdad es que no le extrañó demasiado cuando de pronto divisó a Peter.

Estaba sentado a una mesa frente a la ventana, y en ese mismo instante una chica rubia se disponía a sentarse frente a él. Louise se inclinó un poco hacia delante en el banco. A juzgar por el largo de la melena podía muy bien tratarse de Camilla. Decidió entrar para saludar, pero al acercarse descubrió que la chica que estaba sentada frente a Peter era su vendedora, Line. Seguramente estarían esperando a algún cliente. Louise se retiró rápidamente, esperando que no la hubieran descubierto porque no tenía ganas ni tiempo de verse obligada a explicar, después de que Peter la hubiera presentado, que estaba trabajando y que en ese momento buscaba testigos en los restaurantes cercanos.

Se dirigió al restaurante Balkonen, que tenía una gran terraza en la primera planta que daba a Plænen, una gran explanada donde se celebraban conciertos. Antes de entrar volvió a sacar la fotografía del bolso y respiró hondo.

—Ahora mismo averiguo quién estuvo aquí el lunes —le dijo el camarero, servicial, cuando Louise le explicó su cometido.

Se quedó sola mirando a su alrededor. Una joven hacía equilibrios con una batería entera de jarras de cerveza sobre una bandeja del tamaño de la tapa de un bidón de petróleo. La tenía bien agarrada mientras avanzaba hacia una mesa donde un grupo de chicos muy jóvenes se retaban excitados para ver cuál de ellos era capaz de beber más cervezas sin luego vomitar montados en la montaña rusa Dæmonen.

Los pensamientos de Louise se remontaron a una visita al Tívoli junto con Camilla y un grupo de chicos de una edad similar a los que en ese momento estaban llenando la mesa de cervezas. Entonces había sido en la montaña rusa Rutschebanen, donde uno de ellos finalmente vomitó. Los recuerdos no alcanzaron a emerger del todo desde las profundidades de la memoria pues el camarero volvió de pronto y se la llevó hasta el fondo del restaurante.

—Olsen —dijo, y señaló a un hombre con un enorme bigote que estaba hablando con alguien en la cocina.

El camarero volvió a desaparecer, y Louise se quedó esperando a que Olsen acabara de hablar.

—La verdad es que tampoco contaba con que fuera a venir ella personalmente —dijo, después de estudiar la fotografía un momento. Antes de que le hubiera dado tiempo a reaccionar ante su comentario, Olsen dio media vuelta y volvió a desaparecer en dirección a la cocina.

Irritada, Louise se disponía a seguirlo, pero se detuvo al ver que Olsen volvía con un jersey de color violeta claro en la mano.

—Aquí está —dijo, y le tendió una rebeca.

Louise empezó a explicarle que no se trataba de un jersey. Estaba buscando a un cliente que había acompañado a la mujer de la foto.

Olsen seguía con el jersey en la mano, y no parecía que estuviera interesado en conocer su cometido con más detalle. Louise supuso que en ese momento estaría a punto de salir la comida del personal en la parte de atrás del local y que por eso Olsen prefería que se largara cuanto antes.

—Es decir, ¿que la mujer que aparece en la foto estuvo aquí? —se apresuró a preguntar Louise para retenerlo.

Olsen asintió con la cabeza y le lanzó el jersey.

—Lo dejamos en la habitación de atrás cuando descubrimos que se le había olvidado.

Hasta aquí llegaba Louise. Le sorprendió un poco que Susanne no hubiera mencionado que se había dejado la rebeca.

—¿Recuerdas con quién estaba?

—Pues no.

Olsen miró hacia las escaleras que conducían al balcón de la primera planta.

—Pero puedo mostrarte dónde estaban sentados.

Louise lo siguió con la esperanza de que su memoria se recuperara en cuanto le hubiera enseñado dónde habían cenado.

—Estaban sentados allí en la esquina —dijo, y señaló el lugar con un gesto de la cabeza—. Supongo que estaba con su novio —dijo, y sonó como si se estuviera esforzando por complacer a la policía ofreciéndole una respuesta satisfactoria. No parecía especialmente convincente, y Louise tenía la sensación de que estaba conjeturando en lugar de reproducir lo que había quedado almacenado en su memoria.

—¿Qué te lleva a pensar que eran novios? —preguntó Louise, y lo examinó detenidamente para captar las reacciones que pudieran asomar en su rostro—. ¿Qué aspecto tenía él? ¿Se cogieron de la mano, o es por algo que alguno de ellos dijo?

Louise formuló las preguntas de una manera concisa y cortante para subrayar que se dejara de conjeturas y solo le ofreciera datos concretos de los que estuviera completamente seguro.

—No estoy del todo seguro, claro... —dijo después de pensarlo un rato.

—¿Entonces dices que el lunes viste a la mujer de la foto y al hombre con el que estaba?

Ahora él también empezaba a estar irritado.

—Yo no lo diría así. No era mi mesa. Yo me ocupé de aquella hilera de allí.

Señaló en dirección contraria.

–Pero me fijé en ellos porque ella se dejó el jersey. Era el encargado de cerrar el restaurante, así que me ocupé de las mesas que quedaban para que mi compañero pudiera irse a casa.

–Muy bien.

Louise había retirado una de las sillas de la mesa y se apoyaba contra el respaldo.

–¿Recuerdas qué aspecto tenía él?

Olsen miró hacia la mesa a la que creía que había estado sentada Susanne.

–Era una pareja muy tranquila. Creo que habían comido bastante.

–¿Cómo pagó?

Louise le sostuvo la mirada.

–Intenta recordar si pagó con tarjeta –le pidió.

–No lo hizo. Estoy completamente seguro de ello. Pagó en metálico, y la verdad es que no estoy seguro de que fuera danés.

De pronto pareció recordar algo.

–Cuando dejé el jersey en la caja donde guardamos los objetos perdidos les dije a los demás que seguramente nadie lo recogería... Y supongo que fue porque tenía la sensación de que eran turistas.

Louise estaba a punto de perder la fe en que aquello llevara a alguna parte. Al fin y al cabo, Susanne habría caído en la cuenta si Jesper Bjergholdt se hubiera dirigido al camarero en otro idioma.

Olsen se encogió de hombros.

–Disculpa, pero no sabría decirlo. Viene demasiada gente para que pueda reconocerla, sobre todo cuando no se trata de mis clientes. Pero estoy seguro de que era ella.

Señaló la foto de Susanne.

–Y estoy seguro de que estaba con un hombre de pelo oscuro que supuse que era extranjero. No puedo decirte nada más con seguridad.

Louise le dio las gracias y se metió la fotografía en el bolso. Luego se dirigió hacia la salida con el jersey de Susanne colgado del brazo mientras se preguntaba si no sería mejor enviárselo a los técnicos de Criminalística. No porque creyera que fueran a encontrar gran cosa, pero valía la pena intentarlo.

–Balkonen –dijo Louise cuando Lars Jørgensen le lanzó una mirada intrigada–. Pero no he sacado nada en claro.

Envolvió el jersey de Susanne en una de las bolsas de papel del departamento de Criminalística, anotó el número de expediente en la parte exterior y la dejó sobre la estantería al lado de la puerta para acordarse de reexpedirla.

–Estuvieron allí, y ella se dejó esto. Bjergholdt pagó en efectivo, y por raro que pueda resultar el camarero se acordaba, pero no recuerda gran cosa más.

Se fue al despacho de Heilmann para ponerla al día.

–Tengo los nombres de doce chicas que se escribieron con Mr. Noble –dijo Lars Jørgensen cuando Louise volvió al despacho.

–¿Te has puesto en contacto con alguna de ellas? –preguntó, y miró a su compañero.

–Todavía no. Pero cuando creas un perfil tienes que dar tu dirección de correo electrónico.

Lars Jørgensen le mostró un papel con una serie de direcciones de correo electrónico.

–¿Hay que incluir una dirección de correo electrónico?

Louise lo miró sorprendida y entonces pensó que podían perfectamente ser falsas.

–Solo es visible para la empresa que se esconde tras el portal, para que puedan enviar información a sus usuarios.

Louise se dio cuenta de que empezaba a nacer cierta esperanza dentro de ella. No todo estaba perdido. Una vez el retrato fuera corroborado por alguien más, volvería a hablar con Susanne, y luego irían a la prensa para que publicaran su descripción. Sintió una alegría primitiva al pensar en el interrogatorio que tendría lugar en cuanto lo hubieran localizado. ¡Espera y verás lo que es bueno, hijo de puta!, pensó, y sacó de la estantería la carpeta con el caso de Kim Jensen de Hørsholm, que se había esfumado como por arte de magia. La mujer que había sido víctima de una brutal violación se llamaba Karin Hvenegaard. Vivía en Rødovre, y Louise apuntó su número de teléfono en una libreta y la llamó.

Sus dedos tamborileaban sobre la mesa mientras esperaba que alguien contestara al teléfono. Un leve clic anunció que la llamada había sido desviada a un contestador, pero en lugar de la del abonado se oyó la voz automática de una mujer que le comunicó que el número había dejado de existir. Louise suspiró y colgó. Llamó a información y preguntó si podían darle un nuevo número de teléfono con este titular.

–Es un número secreto –contestó la mujer.

Louise siguió el procedimiento algo enrevesado que permitía a la policía sortear los requisitos de seguridad y acceder a los números secretos.

–No tiene teléfono fijo, pero tampoco tenemos registrado un número de móvil en esta dirección –dijo la mujer tras una breve pausa.

–Gracias.

Louise colgó y se preguntó si pasaba algo si dejaba la visita para mañana. Marcó la extensión de Heilmann y le explicó que Karin Hvenegaard había dado de baja su teléfono. Por el tono de voz de su jefa se dio cuenta rápidamente de que no aprobaría que esperara hasta el día siguiente para ponerse en contacto con la víctima, y se apresuró a decir que la buscaría en el Registro Civil e iría a visitarla.

Ahora ya no le daría tiempo de volver a casa a cenar, pero Peter estaba avisado, y Louise cayó en la cuenta de que ni siquiera sabía si él estaría allí. Aparentemente, su propósito de Año Nuevo funcionaba porque pasaba mucho tiempo entre queja y queja por sus horarios variables.

Recogió sus cosas y se despidió distraída de Lars Jørgensen, que estaba hablando por teléfono. Sus pensamientos daban vueltas en su cabeza alrededor de Peter. No tenía ganas de vivir sin él, y además, contra todo pronóstico, había resultado que de ningún modo se sentía presionada de tener que estar con él, ahora que vivían juntos. A pesar de que llevaban saliendo seis años, cuando Peter se mudó a su piso había temido que se ahogaría viviendo con alguien de manera estable, pero de hecho disfrutaba

sorprendentemente de su presencia. Había tenido que reconocer para sus adentros que la sensación de llevar puesta una camisa de fuerza debía de ser una idea fija que ella misma había creado, y poco a poco había empezado a relajarse respecto a su futuro en común.

Blommevej. Louise cogió la carretera de Roskildevej fijándose bien en los nombres de las calles, atenta a que llegara a Tårnvej, donde tendría que girar a la derecha. A partir de allí tendría que encontrar una calle que condujera a la barriada de casas adosadas. Conducía muy concentrada, buscando el número de la casa, pero resultaba difícil orientarse, así que finalmente decidió aparcar el coche y buscar el 211F a pie.

Cuando, dos años atrás, había tratado con Karin Hvenegaard, se habían visto sobre todo en el Centro para Víctimas de Violación, donde también había estado con Susanne. Más tarde Karin había acudido a la jefatura de Policía un par de veces, pero Louise nunca había estado en su casa.

Se detuvo frente a un conjunto de casas de dos plantas. El 211F estaba en la primera planta, pero no aparecía ningún nombre en el buzón. Louise empezaba a dudar de que Karin siguiera viviendo allí, a lo mejor simplemente tenía la dirección en Blommevej a efectos del Registro Civil. Pulsó el timbre y se apoyó contra la barandilla mientras esperaba.

Cuando se abrió la puerta, Louise la reconoció enseguida, a pesar de que la personalidad y la presencia de Karin Hvenegaard parecían muy distintas de cómo las recordaba. No había empequeñecido en un sentido físico. Y sin embargo no quedaba gran cosa de aquella mujer que, incluso magullada e infeliz, había tenido mucha más presencia que la que Louise veía ahora al otro lado de la puerta. Se había encogido, su mirada era temerosa y apuntaba más al suelo que al frente. Era evidente que se acordaba de Louise, pero no reaccionó con sorpresa ni con curiosidad. Su semblante era neutro y se mantuvo expectante ante lo que estaba a punto de producirse.

—¿Puedo entrar? —preguntó Louise tras una breve pausa calculada.

Karin se hizo a un lado.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que habían hablado. Fue cuando Louise le explicó que ya no contaban con que darían con Kim Jensen, y entonces le pareció que Karin lo había aceptado. Dijo algo así como que era lo que cabía esperar cuando una se adentra en aguas profundas y se deja llevar por la corriente. Había asentido con la cabeza y les había agradecido que al menos lo hubieran intentado, y luego había vuelto a su casa y había desaparecido de la vida y de la cabeza de Louise.

Solo ahora, cuando de pronto tenía un motivo para hacerlo, Louise se había preguntado cómo le habría ido, o si lo habría superado, y ese pensamiento le incomodó un poco al entrar en su casa.

Karin Hvenegaard todavía no le había preguntado por qué se había presentado allí de repente, y ni siquiera había rastro de curiosidad en sus ojos.

—¿Quieres una taza de café? —preguntó en su lugar cuando entraron en el salón.

La cena estaba en una olla sobre la mesa del comedor. Dos platos y una jarra de agua con jarabe de frutos rojos. Karin vivía sola con su hija. Louise calculó que la niña debía de tener cerca de cuatro años.

—Sí, gracias.

La sala de estar y la cocina conformaban un solo ambiente. Louise saludó a la niña que estaba jugando en el suelo de su habitación, y luego siguió a la mujer hasta la cocina y

cogió las dos tazas que esta había sacado del armario.

—He venido para hablar contigo de Kim Jensen. Tenemos un caso de violación que recuerda un poco al que tú sufriste.

Karin estaba de espaldas a Louise, llenando de agua a la máquina de café.

—Todavía no sabemos, claro está, si ha sido él —se apresuró a añadir—, pero he vuelto a leer tu informe policial y he encontrado algunas coincidencias que podrían indicar que tal vez se trate del mismo agresor. Por eso me gustaría que me detallaras algunos puntos, a pesar de que entonces ya lo repasamos todo.

Por fin Karin se volvió y la miró.

—¿Tienes fuerzas para hablar de ello? —se le escapó a Louise al ver su mirada apagada. No es que fuera a cambiar nada si respondía que no, pero en lo posible quería evitar presionarla.

Karin asintió con la cabeza y se encogió de hombros.

—Por supuesto. Si puede ser de alguna ayuda.

Se fue al comedor para recoger los platos y los vasos, y volvió a la cocina con una bandeja y empezó a lavarlos. Sin decir ni una sola palabra.

Louise respiró hondo.

—¿Qué tal el trabajo?

La última vez que hablaron Karin trabajaba en una guardería. Como directora de una de las salas. Era una mujer esbelta de treinta y un años. Una mujer que entonces parecía volcarse en todo lo que hacía. Del interrogatorio se había desprendido que se había quedado sola con su hija cuando la niña apenas tenía dos años, un aspecto que no casaba con su necesidad de rodearse de gente. Entonces había decidido buscarse un novio a través de internet para que pudiera volver a tener una familia.

—Ya no trabajo.

Lo dijo en un tono apagado, mientras sacaba un trapo de cocina de un cajón y se ponía a secar los platos.

Louise empezaba a hacerse una terrible idea de lo que había sucedido durante los dos años que habían pasado desde entonces, o mejor dicho, de lo que no había sucedido. Se había dado cuenta en cuanto entró en la sala de estar: la atmósfera que se respiraba era de desaliento. Las revistas debajo de la mesita de centro se acumulaban en un enorme montón, pero no se apreciaba ninguna aceleración en la estancia, ninguna vibración, ningún nervio. Tan solo vacuidad, como en una casa desmantelada, y sin embargo había dos seres humanos que vivían allí a diario.

Se sentaron una frente a la otra a la mesa del comedor. Louise tenía su libreta preparada, y miraba con insistencia a Karin para averiguar qué pasaba detrás de su hermetismo. ¿Cómo reaccionaba al ser contactada de nuevo por la policía? ¿Tenía alguna esperanza secreta de que finalmente pudieran atrapar a Kim Jensen, o a estas alturas ya le daba igual?

—Quiero pedirte que hagas memoria y que luego me describas a Kim Jensen. En tu declaración nos contaste que no tenía ningún rasgo especial que lo distinguiera, pero intenta describir su aspecto.

Karin se quedó un rato mirando la mesa fijamente.

—Durante todo el tiempo que ha pasado desde entonces he intentado borrarlo de mi mente. He cerrado los ojos muchas veces imaginándome que las llamas devoraban su rostro, pero nunca lo he conseguido. Sus ojos siguen ardiendo, me acompañan allá adonde voy. Ven todo lo que hago.

Hablaba despacio y quedamente, como si tuviera que esforzarse por formular sus pensamientos.

—Su pelo era castaño oscuro, lo llevaba corto, ligeramente ondulado, peinado hacia atrás.

Karin cerró los ojos y se quedó un rato en silencio.

—Tenía unos ojos preciosos, de color avellana, y unas cejas oscuras y pobladas. Sus labios eran suaves y turgentes. No eran muy gruesos, pero sí agradables. Creo que de haber sido mujer podría decirse que tenía una boca sensual. ¿O tal vez también se dice eso de un hombre?

Louise sintió un escalofrío que recorrió su espalda. De pronto la voz de Karin había cambiado. Sus palabras habían adquirido una fogosidad inquietante que no debería estar allí cuando hablaba del hombre que le había arrancado la vida.

Está enferma, pensó Louise, debe haber enfermado. Algo no andaba bien. La mujer que tenía enfrente se estaba hundiendo, y no parecía que hubiera intervenido nadie para evitarlo. Al contrario; parecía un proceso que poco a poco se estaba completando.

—Un metro ochenta y cinco y lo que en internet se describía como complexión normal.

Torció el gesto ligeramente por lo impersonal de la descripción.

—¿Era de piel oscura? —preguntó Louise, interrumpiendo así el suave flujo de palabras.

Karin la miró sorprendida y negó con la cabeza.

—No. Era danés, si es eso a lo que te refieres.

Louise meneó la cabeza y le dijo que eso no era lo que había querido decir. Solo quería saber si era de piel oscura o clara.

—Clara.

—¿Cuándo dices que os conocisteis?

—A principios de diciembre, pero no lo invité a casa hasta enero.

Louise volvió la página de su libreta y le pidió que repitiera la historia.

—Como ya sabes, estuvimos escribiéndonos un tiempo y salimos a tomar café unas cuantas veces en el centro, y entonces él me invitó a cenar. Me trajo flores y champán. Por entonces yo ya me había enamorado de él. Acordamos que se quedaría a dormir, y todo era como tenía que ser.

La fogosidad volvió a asomar en su voz, y a Louise se le erizó el vello de los brazos. Había vuelto a repasar el informe antes de coger el coche, pero era muy distinto sentarse frente a frente con Karin y dejar que esta le narrara de una forma casi pasional la noche del terrible desenlace.

—Pasó un buen rato hasta que de pronto se transformó —dijo Karin, como si hubiera entendido la mirada de Louise—. Al principio, todo fue muy tierno y bonito. Después fumamos en la cama y nos acurrucamos el uno contra el otro.

Karin escondió la cabeza entre las manos y se quedó inmóvil.

Después del cigarrillo en la cama, el agresor le ató las manos a la pata de la cama con su corbata y la estuvo violando durante horas y sin poder remediarlo.

Cuando Karin se hubo tranquilizado de nuevo, Louise le dio las gracias por el café y le explicó que estaban en medio de una investigación. La avisó de que a lo mejor tendrían que volver a hablar con ella si resultaba que podía tratarse de la misma persona.

—¿Has hablado con alguien de lo que has tenido que pasar? ¿Has recibido tratamiento? —preguntó Louise de camino al vestíbulo.

Karin la miró como si hubiera invadido un terreno prohibido.

—Eso no cambia lo que ocurrió.

—Es posible que tengas razón —dijo Louise—, pero puede cambiar lo que suceda en un futuro. Te puede ayudar a seguir adelante.

—Me he acostumbrado a ello. No era así como esperaba que fuera, y ahora lo mejor es que aquí haya paz y tranquilidad.

Había abierto la puerta principal y estaba esperando que Louise se fuera.

La despedida le dolió profundamente. No era odio lo que envolvía a Karin como en una neblina. Era desánimo. Era evidente que la confianza en la bondad de la gente se había esfumado y que haría falta algo más que una charla convencional para volver a despertar su fe en la vida.

Louise estaba triste cuando subió al coche para volver a la jefatura de Policía. Era injusto que un tipo que había infligido tanto dolor pudiera salir impune, pensó. Algo le decía que Kim Jensen era el mismo hombre que había visitado a Susanne. Sin embargo, intentaba acallar su instinto. Sin duda se daban ciertas coincidencias en los dos casos, pero también había muchos violadores con el pelo oscuro. Mientras bajaba por Hambrosgade y entraba en el garaje de la policía pensó en el número aún mayor de hombres de pelo oscuro que habían dejado su foto en los innumerables foros de internet. Menuda tarea de mierda, constató mientras aparcaba. Saludó con la mano a Svendsen, que llevaba años a cargo del parque móvil de la policía. No le extrañó que siguiera allí tan tarde. Cuidaba de los vehículos como si fueran de su propiedad.

Heilmann estaba en su despacho cuando Louise subió.

—Lars Jørgensen ha dado con las chicas que sabemos que han estado en contacto con nuestro agresor. Ha confeccionado una lista de las que vendrán mañana, pero su esposa llamó para decir que uno de los gemelos está en urgencias, así que tuvo que irse a casa para estar con el otro —dijo—. No creo que lo veamos hasta el lunes, así que tendrás que hablar con algunas de ellas cuando aparezcan por aquí.

Louise asintió con la cabeza.

—Lo único es que todavía no me he puesto a buscar hombres de pelo oscuro —le recordó a su jefa—. Si corre prisa tendrá que encargarse otro.

—De acuerdo, puede esperar. Las declaraciones de las chicas son más importantes. —Heilmann hizo una pausa estudiada—. Y también me gustaría que hablaras con Karsten Flintholm. Lo hemos citado para mañana por la tarde. Afirma que el lunes ni siquiera

estuvo en la ciudad, pero tiene el pelo oscuro, los ojos oscuros, y además fue uno de los tres que Susanne nos señaló. Si no tiene una coartada a prueba de bomba el lunes organizaremos un careo.

A Louise le venía bien que le hubiera tocado a ella. Si a estas alturas el hombre ya tenía las defensas puestas sin duda sería divertido.

—¿Cuántas chicas vienen mañana?

—Nueve. Las distribuiré entre tú y Michael Stig.

—No parece probable que una chica que haya sido víctima de una agresión de este calibre mantenga su perfil en internet —dijo Louise—. ¿No crees que lo borraría inmediatamente?

Le costaba imaginarse qué clase de información podían conseguir interrogando a estas chicas, y qué podían aportar en la elaboración del retrato. Pero nunca se sabe, podía sonar la flauta.

Henny Heilmann se pasó la mano por la frente.

—No tenemos nada más. No ha aparecido nada en los exámenes técnicos realizados en el piso de Susanne Hansson. Suhr no para de dar vueltas por el departamento, preguntándose si deberíamos acudir a la prensa y pedir ayuda, o si es preferible que esperemos la respuesta de los genetistas forenses y confiar en que así podamos encontrar a nuestro hombre. Ahora mismo no tenemos nada, así que tendremos que trabajar con lo que hay, y esperar que aparezca algo más a lo largo de la semana que viene.

Con esa actitud, Louise se daba cuenta de que tendría tiempo para disfrutar de un viernes tranquilo con Peter y para pasar un buen rato con Markus durante el fin de semana, y ya antes de que hubiera salido del despacho de Heilmann empezó a planear una visita a sus padres en el campo. Tanto Markus como Peter sabrían apreciarlo.

Entró en su despacho y repasó la lista que Lars Jørgensen le había dejado. Cuatro interrogatorios. El primero estaba fijado para las diez. Apagó el ordenador y cerró la puerta con llave al salir.

Tenía la bicicleta aparcada frente a la jefatura, en la plaza de Politortvet, y el aire todavía era cálido. Cruzó la plaza de Halmortvet subida en su bicicleta y de pronto le entraron ganas de tomar un café en una de las cafeterías. Se detuvo y llamó a Peter para ver si podía tentarlo para que la acompañara.

—¿No te apetece? —preguntó en un tono de voz persuasivo. Presentía que Peter estaba intentando reunir todas sus fuerzas para salir de casa, y cuando finalmente accedió, Louise supo enseguida que lo había hecho sobre todo por ella, no porque le apeteciera especialmente. Llevaban prácticamente una semana entera sin verse porque ella había vuelto a casa tarde cada día. Acordaron que ella entraría a pedir y que él saldría enseguida.

Louise agitó la mano cuando lo vio llegar por la acera. Parecía cansado, pero era evidente que intentaba mantenerse despierto.

—Hola, cariño —dijo, y la besó en cuanto se hubo sentado.

El café ya estaba en la mesa, y Louise le contó sus planes para el fin de semana.

—¿Qué dice Camilla de que nos llevemos a Markus al campo? —dijo Peter, y le dio un

sorbo al café.

—Todavía no se lo he preguntado, pero no creo que se oponga. Al niño le encanta estar allí. Ha conocido a un tío, así que creo que le vendrá muy bien saber que Markus está en buenas manos y entretenido. Así ella se podrá relajar y disfrutar del fin de semana.

Peter la miró sorprendido.

—¿Cuándo ha sido eso?

—La verdad es que no lo sé. Lo único que he notado es que últimamente estaba más ausente y distraída que de costumbre. Ya la conoces, suele llamar varias veces al día, y ahora casi no sé nada de ella. Hablamos brevemente esta mañana, pero fue sobre todo acerca del caso que tenemos entre manos ahora mismo. Y luego ella me contó que recibiría una visita este sábado y me preguntó si podíamos quedarnos con Markus.

—¡Vaya, vaya! —dijo Peter, y sonrió. Se quedó un poco dormido, hasta que finalmente Louise le acarició la mejilla y le pidió otro café al camarero.

—¿Puedo coger el coche? —gritó Louise desde el baño—. No volveré tarde, y te prometo que haré la compra de camino a casa.

Solían mostrarse muy celosos con sus viernes, y por regla general era Peter quien se encargaba de hacer la compra y de cocinar. Luego cenaban juntos y después se sentaban en el sofá para hablar de todo lo que no les había dado tiempo a contarse durante la semana.

Peter salió de la cocina con una taza de café en la mano y sacó la llave del coche. Cuando se volvió, Louise vio sus oscuras ojeras. Lo había oído levantarse en mitad de la noche, y supuso que había estado trabajando mientras ella dormía de nuevo profundamente.

—Podría proponerle a Camilla recoger a Markus esta misma tarde, para que podamos salir temprano por la mañana. Creo que te vendrá muy bien relajarte en el campo.

Peter se volvió y se fue a la cocina para servirse otro café.

—Sí —dijo desde allí, y poco después añadió que no sabía cuándo podría salir del despacho.

—Yo tengo todo el día ocupado con interrogatorios, así que creo que podré salir a eso de las cinco —conjeturó.

Peter asomó la cabeza por la puerta del baño antes de irse.

—Te llamo en cuanto sepa cuándo podré estar en casa —le prometió antes de volverse. Louise oyó la puerta cerrarse de golpe detrás de él.

—Voy a decirte una cosa, bruja asquerosa. No estuve cerca del Tívoli ni de Valby, ni el lunes ni ningún otro día.

Louise estaba a punto de perder la paciencia. Karsten Flinholm llevaba una hora gritando e insultándola sin parar. Se había mostrado agresivo desde el mismo momento en que tomó asiento frente a ella, y había repetido prácticamente las mismas frases durante todo el interrogatorio.

—Ya te he dicho que estuve en Ringsted, en casa de mi mujer y nuestro niño.

Resultó que se había casado durante su última estancia en prisión. Había dejado embarazada a una joven justo antes de que lo encerraran, y ahora vivían en la cabaña del huerto de la chica, a las afueras de Ringsted.

Louise dejó que hablara. Toft y Michael Stig se dirigían a la cabaña para averiguar si la chica podía confirmar la coartada, y hasta que no hubieran hablado con ella, Louise mantendría a Karsten Flinholm bajo una vigilancia estricta. Él no sabía de antemano de qué quería hablarle la policía, así que no habría podido preparar con su joven esposa las respuestas; aunque a Louise no le extrañaría que le hubiera pedido que dijera que habían estado juntos a todas horas desde que él salió de prisión.

—Aquí va uno y crea una familia y sienta la cabeza, y luego resulta que, a pesar de todo, alguien intenta hundirle en la miseria por culpa de algo que ocurrió en el pasado.

Sonaba como un niño consentido y enfadado, aunque estaba lejos de parecer tal cosa, con todos aquellos tatuajes y el pelo alborotado.

—No pretendemos hundirte. Solo queremos saber dónde estuviste el lunes por la noche. Te han señalado, y por tu experiencia deberías saber que no tenemos más remedio que

verificarlo.

Saltó de la silla y se precipitó sobre Louise, pero para entonces ella ya se había levantado. Lo agarró del brazo, se lo torció por detrás de la espalda y le dio un apretón de más que seguramente no era del todo necesario, pero podía considerarlo como una manera de devolverle toda la mierda que había tenido que escuchar de su boca.

El hombre la miró con odio, pero se echó atrás. Louise volvió a sentarse sin siquiera pestañear. Karsten Flintholm tenía treinta y dos años, pero su aspecto era el de un muchacho. Llevaba el pelo corto y oscuro peinado hacia atrás con gomina. Cuando la miraba, sus ojos reflejaban cierto grado de maldad contenida, pero Louise estaba convencida de que podía llegar a parecer encantador para según qué mujeres. Tenía una nariz fina y suaves líneas alrededor de la boca, aunque en aquel momento resultara difícil vislumbrar sus rasgos más atractivos. Su rostro transmitía antipatía y frialdad, falta de respeto y unas ganas notables de demostrarla.

—¿Y sigues sin querer contarme qué hicisteis el lunes por la noche? ¿Tú, tu mujer y vuestro niño?

No contestó, ni siquiera pestañeó. Louise no quería calentarse, era muy consciente de que se encendía con facilidad.

Calculó que sus compañeros pronto habrían llegado a su destino en Ringsted. Difícilmente podían tardar más de una hora en llegar hasta allí y encontrar la casa. Antes de iniciar el interrogatorio había acordado con Toft y Michael Stig que llamarían en cuanto estuvieran allí para decirle si la joven esposa estaba o no en casa; así que cuando se produjo la llamada, Louise apenas dejó que sonara el teléfono antes de acercárselo a la oreja.

—Ya están en el lugar y se ponen en marcha ahora mismo —dijo Heilmann.

Louise colgó y se quedó mirando a Flintholm un rato sin decir nada. Desde que había contestado la llamada, él la miraba fijamente para averiguar qué estaba pasando.

—Ya están en Ringsted. Ahora solo queda saber lo que dice tu mujer.

—¡Ella no dirá nada! —bufó él con tal ímpetu que sus mandíbulas crujió levemente.

—Sería estúpido por su parte no hacerlo, porque si se niega la traerán hasta aquí, y entonces tendremos que entregar a vuestro hijo a las autoridades.

Louise contuvo la respiración, un poco nerviosa por que esto último pudiera desencadenar un nuevo ataque. Sin embargo, Flintholm pareció dominarse, así que Louise decidió seguir adelante:

—Si tiene un poco de sentido de la responsabilidad hablará, por supuesto. Y si tan seguro estás de que confirmará tu coartada, todo irá bien.

—¡Hija de puta! —gruñó, aunque sin moverse de la silla.

—Me parece que ya va siendo hora de que te calles. Si no empezaré a sospechar que las cosas no son exactamente como deberían ser.

Con un gesto cargado de intención cogió el taco con los interrogatorios de las chicas con las que había hablado aquella mañana. Tal como había previsto, ninguna había llegado a conocer a Mr. Noble personalmente, tan solo se habían mensajado con él; aunque dos de ellas habían seguido en contacto hasta el punto de intercambiar

direcciones de correo electrónico en lugar de dirigirse a sus respectivos perfiles en internet.

Louise sabía que la CCU ya se había puesto con los ordenadores de las dos chicas para averiguar desde dónde les había escrito Mr. Noble. No habían tardado mucho en descubrir que también lo había hecho desde un ordenador de acceso al público general. Siguió leyendo mientras ignoraba conscientemente a Karsten Flinholm, que de vez en cuando soltaba algún gruñido o exabrupto.

Las dos chicas se parecían a Susanne Hansson. Ninguna de ellas era extrovertida ni confiaba especialmente en sí misma. Desde su primera charla con Susanne, a Louise le había llamado la atención que Jesper Bjergholdt nunca le hubiera pedido que intercambiaran fotografías. Le había escrito que prefería el interior antes que el exterior de una persona.

Dos de las chicas que Louise había interrogado aquella mañana también habían sucumbido a su manera de expresarse, mientras que otras dos se habían retirado por esa misma razón. Se lo habían tomado como una señal de que, en realidad, no estaba demasiado orgulloso de su propio aspecto, y entonces habían perdido todo interés por él.

También le parecía llamativo que Mr. Noble hubiera insistido en escribirse con las chicas durante un periodo prolongado antes de entrar siquiera a discutir si se veían o no. Y eso teniendo en cuenta que los expertos recomendaban a los usuarios de los portales de contactos que quedaran relativamente pronto, o al menos que se pusieran en contacto a través del teléfono cuando llevaran una semana escribiéndose. Así quedaría patente de una manera más clara si había o no química entre ellos.

Louise comprendía perfectamente que podía ser complicado percibir estas cosas a través de una pantalla de ordenador. Era obvio que resultaba más fácil sentirse atraída por una persona que se expresaba bien por escrito, aunque luego, cuando finalmente se encontraba con él a lo mejor resultaba que en realidad se había enamorado de las palabras y no de la persona.

Mr. Noble no había dado su número de teléfono a ninguna de las chicas con las que Louise y Michael Stig habían hablado a lo largo del día. De las cinco que su compañero había interrogado, solo una seguía manteniendo contacto con él. Las demás se habían apresurado a quitárselo de encima por poco interesante y raro. De nuevo se trataba de una chica que estaba sedienta de palabras que confirmasen que también la gente del montón podía aspirar a la felicidad y que finalmente le había tocado a ella.

El teléfono volvió a sonar.

—Deja que se vaya —dijo Heilmann—. La chica dice que estuvo en casa. Los padres de ella estuvieron de visita, y nos lo han confirmado. Pero avísale, porque es muy posible que lo volvamos a citar para un careo.

Louise colgó. Se lo quedó mirando un rato antes de señalar la puerta con un gesto de la cabeza.

Por fin pasaba algo en sus ojos. El hombre se inclinó hacia delante y la miró antes de abrir la boca. Su tono de voz era siniestro:

—Si alguna vez me veo en una situación que os dé motivo para volver a encerrarme —

paseó su mirada de manera provocadora por el cuerpo de Louise—, tú serías una buena candidata.

Louise contó rápidamente hasta diez, siguió hasta quince y luego se levantó.

—Adiós.

Lo siguió con la mirada mientras Karsten Flinholm salía por la puerta con forzada despreocupación. ¡Hijo de puta!, pensó Louise. Ese idiota antipático jamás se atrevería a intentarlo con ella. Eso era lo más triste. Acababa de leer sus antiguas condenas, y según los informes policiales, las chicas que había violado eran todas víctimas débiles. A una de ellas la había abordado cuando salía de un bar, tan ebria que de haberlo consultado con un facultativo sin duda le hubiera prescrito un lavado de estómago. La arrastró detrás de un matorral y la violó. Luego se largó, dejándola tirada allí mismo. La mujer no había vuelto en sí hasta el día siguiente, y a pesar de que se había liado al explicar lo sucedido lo pudieron detener rápidamente. El ADN que habían encontrado en la vagina de la chica hizo que no pudiera negar la acusación, aunque luego él adujo que la chica se había insinuado descaradamente a un completo desconocido. Desde el primer interrogatorio había afirmado que fue ella quien se ofreció, pero varios testigos del bar confirmaron que la chica no había estado en condiciones de expresar lo que realmente quería cuando se levantó para irse. Así pues, incluso su abogado defensor había tenido que rendirse ante las evidencias.

No había ninguna razón para que Louise se quedara esperando a que Thomas Toft y Michael Stig volvieran de Ringsted. Acordó con Heilmann que se verían el lunes después de la reunión matinal con el jefe de Homicidios para hacer balance.

Al final del día, los de la Computer Crime Unit pasaron por el despacho de la jefa de investigación con el resultado del rastreo en los ordenadores de las tres chicas. De nuevo se habían mostrado esperanzados al constatar que había habido intercambio de direcciones de correo electrónico, pero por sus semblantes Heilmann interpretó que no habían encontrado nada que pudiera serles útil. Mr. Noble había empleado el cibercafé de H. C. Ørstedesvej y la biblioteca de Østerbro en Dag Hammarskjölds Allé, así que estaban en las mismas. Habían destinado a un par de agentes de la comisaría de la City a rondar por aquellos lugares y a seguir a los usuarios habituales con los que Toft todavía no había hablado, de manera que hubiera un control constante de las personas que podían haber reparado en un hombre de pelo oscuro, pero no dejaba de ser un disparo en la niebla, según las palabras de Suhr.

—Cuando frecuentas esta clase de sitios es precisamente para evitar estar con personas de verdad. En estos casos, solo se está pendiente de lo que sucede en la pantalla que uno tiene delante —había dicho el jefe de Homicidios ya la primera vez que decidieron buscar gente que pudiera haberse fijado en Jesper Bjergholdt—. Pero naturalmente está entre las cosas que debemos intentar —concluyó.

Louise se acercó al centro comercial para hacer la compra antes de recoger a Markus. Camilla había accedido enseguida cuando le preguntó si podía recogerlo antes de la hora de la cena.

–Estaremos en casa a eso de las cuatro y media. Tendré su bolsa lista para cuando llegues –dijo Camilla, aparentemente eufórica porque su hijo se fuera al campo con su amiga.

Quizás el entusiasmo también se debiera a que de pronto podía disponer de una noche de viernes para ella sola, pensó Louise, y sonrió mientras aparcaba en el sótano del supermercado Kvickly, en Falkoner Allé. Seguía pensando en su amiga mientras empujaba el carrito entre los estantes hasta el mostrador refrigerado e intentaba decidir cuál sería el menú de la cena. Presentía que Camilla estaba ansiosa por estar con su nuevo amigo. No era propio de ella mostrar tanto secretismo, y eso no hacía más que avivar la curiosidad de Louise. Normalmente, Camilla no se guardaba los detalles cuando conocía a un hombre, aunque también había que decir que solía tratarse de relaciones esporádicas y, además, muy espaciadas en el tiempo.

A veces Louise había llegado a sospechar que Camilla organizaba estas citas en honor al círculo de amigas y, sobre todo, a su madre en Skanderborg, que nunca había ocultado la opinión de que su hija dedicaba demasiado tiempo a su trabajo y demasiado poco a sí misma y a sus necesidades. En cambio, las pocas veces que Camilla había mantenido sus citas en secreto solía ser porque significaban un poco más para ella, y con el tiempo Louise aprendió a no hacer preguntas.

Renunció a meterse en líos que exigieran más dotes culinarias que las de meter una fuente en el horno. Antes de abandonar la jefatura de Policía había hablado con Peter, que seguía sin poder decirle cuándo contaba con volver a casa. Se había mostrado bastante seco, y Louise se había apresurado a comentar, para que él no se sintiera presionado, que prepararía algo para Markus y para ella. Cogió una bolsa de alitas de pollo y decidió que serían ideales para comerlas frente al televisor.

Louise aparcó frente al portal de Camilla, bajó del coche y llamó al timbre.

–¿Ya estás dentro? –gritó Markus a través del altavoz del portero automático.

Sintió cómo la alegría recorría su cuerpo mientras subía las escaleras a toda prisa. En realidad, tal como tenía organizada su vida, un niño de prestado era la solución ideal, pensó antes de prepararse para la tempestuosa bienvenida con que solía recibirla el niño.

–Mamá se está bañando –dijo, una vez concluyeron los abrazos.

Louise le sonrió y dijo que entonces sería mejor que no la molestaran.

–No me molestáis para nada –dijo Camilla, y asomó la cabeza por el resquicio de la puerta del baño con una toalla verde alrededor de la cabeza. Poco después salió al pasillo envuelta en un albornoz corto y un olor a perfume, y le dio un beso a Louise en la mejilla.

–Markus tiene unas ganas locas de irse contigo –dijo, y se fue a la cocina para encender el horno.

Louise la siguió y se colocó en el umbral de la puerta.

–¿Habéis quedado aquí? –preguntó Louise con gestos para que Markus no oyera su pregunta.

Camilla asintió con la cabeza.

Markus se había ido a su habitación para escoger los juguetes que se llevaría de fin de semana.

–Me preguntó si prefería que nos encontráramos en un café. Pero es un poco menos formal si viene aquí –dijo, y metió una tónica en la nevera.

–Teniendo en cuenta que es la primera vez que os veis, quizá sería más prudente encontraros en algún lugar donde haya más gente, ¿no te parece? –propuso Louise, y supo casi al instante lo que le esperaba.

Camilla había espolvoreado harina sobre la encimera y estaba extendiendo masa de hojaldre con un rodillo cuando de pronto se volvió hacia su amiga.

–Me parece que he descrito varias veces las normas de uso que *chatseguro.dk* ha presentado para conducirse de manera segura por internet –dijo, y sonrió–. Pero me alegra saber que lees mis artículos.

Siguió extendiendo la masa hasta que esta ya no dio más de sí.

–¡Si has escrito sobre ellas también deberías seguir las! –lo volvió a intentar Louise, a quien le costaba comprender que una cosa pudiera excluir la otra.

–Las normas de seguridad están dirigidas a niños y jóvenes: no te cites con un amigo del chat sin antes informar a un adulto. Yo soy adulta y estoy informada, y soy muy capaz de echarlo si resulta que el tío no me gusta –prosiguió Camilla.

Louise tampoco ponía en duda esto último, pero seguía pareciéndole una imprudencia.

Camilla abrió la nevera y sacó un tarro de caviar de la marca Glyngøre. Ayudándose de una cucharilla de café lo distribuyó sobre la masa de hojaldre y la enrolló antes de cortarla en pequeñas rodajas que luego selló y dispuso sobre una bandeja de horno.

–¿Quieres que me lleve mis juegos? –gritó Markus desde su habitación.

–Coge tu Gameboy, así la tendrás para el coche –contestó Louise.

–Solo se pasará para tomar una copa. La cena no es hasta mañana, pero si hoy resulta que no hay química entre nosotros, nos la ahorraremos.

Camilla abrió el horno e introdujo la bandeja; luego lanzó una mirada a su reloj y preguntó si no iba siendo hora de que se fueran.

Louise sonrió y llamó a Markus.

Camilla ya estaba sacando el secador de pelo cuando su hijo llegó corriendo para despedirse de ella, y Louise esperó hasta que hubieron terminado de besarse con su bolsa colgada del hombro.

–¿Puedo ir en el asiento de delante? –preguntó Markus cuando llegaron al coche.

Louise le lanzó una sonrisa y negó con la cabeza.

–Jovencito, deja de incordiar con estas cosas. Ya sabes que soy policía –contestó en un tono de voz muy autoritario.

Markus bajó la cabeza histriónicamente y puso morritos mientras abría la puerta de atrás. En realidad se trataba de obligarla a decir que trabajaba para la policía. A Louise no dejaba de sorprenderle que al niño le siguiera pareciendo digno de admiración, pero también era consciente de que debería disfrutar de su condición de estrella mientras durara.

Markus estaba echado en el sofá viendo el *Show de Disney* mientras Louise retiraba los platos y sacaba la maleta para el fin de semana del armario. Al principio no había previsto llevarse tantas cosas, pero su madre la había llamado mientras cenaban para decirle que aprovecharía la visita para reunir a la familia, así que también había invitado al hermano de Louise y a su esposa y a sus dos hijos. Por eso Louise se había puesto de acuerdo consigo misma de que tratándose de una reunión familiar exigiría un poco más de ropa.

Pensó fugazmente en Karsten Flintholm y se lo imaginó poniendo todo su empeño en jactarse de que ella había tenido que dejarle marchar. Le irritaba porque últimamente había aprendido a colgar su capa mental de trabajo en el perchero del departamento antes de volver a casa. Era un concepto que habían aprendido en un seminario organizado para detectives y jefes del departamento de Homicidios. Lo de la capa mental de trabajo ayudaba a los que tenían cierta tendencia a llevarse los casos a casa. Al principio le había costado acostumbrarse a utilizar la nueva herramienta, pero a estas alturas ya se había convertido en un ritual del que se valía inconscientemente en los períodos en que de otro modo hubiera seguido dando vueltas y más vueltas a los crímenes más brutales hasta el día siguiente. Por eso cuando fue a la cocina para coger una bolsa de chucherías y volvió con ella en la mano y se sentó al lado de Markus a ver la televisión, Susanne Hansen y Mr. Noble ya habían sido relegados a lo más profundo de su conciencia.

Apenas registró la hora a la que Peter volvió a casa. Para entonces, hacía tiempo que había metido a Markus en la cama y que ella misma se había quedado dormida. Sintió cómo cedía el colchón bajo su peso cuando Peter se echó a su lado con delicadeza, procurando no despertarla. Louise alargó la mano y encontró la de Peter, aunque no fue capaz de desembarazarse del abrazo en que la tenía aferrada el sueño.

Lo vio venir, pero no le dio tiempo a retirar el brazo. Con demasiada rapidez, desplazó todo el peso sobre su espalda y apretó hasta que ella se quedó sin respiración. Jadeó al oír un crujido que provenía de su hombro. El dolor era tan penetrante que sus músculos se estremecieron.

La agarró del brazo izquierdo y tiró hasta que ella rodó sobre el vientre. Inmovilizada debajo de su cuerpo, se le escaparon las fuerzas y sus músculos se relajaron.

—¡Quieta!

Su voz estaba tan cerca de su oreja que un golpe de aire colmó su conducto auditivo.

Notó que la presión disminuía sobre su espalda cuando él se inclinó hacia delante para agarrarla mejor del brazo que tenía debajo del vientre. Ella se dio la vuelta rápidamente para ponerse boca arriba, y en el mismo instante en que levantó las piernas y le lanzó una fuerte patada, él perdió el equilibrio. Una sacudida recorrió su cuerpo al alcanzarlo. Un repentino reflejo lo llevó a agarrarla de los tobillos. Cuando apretó la brida, ella sintió como si un cuchillo se hundiera profundamente en sus carnes.

Lo arañó instintivamente antes de golpearlo cuando lo tuvo suficientemente cerca. Sangraba por la mejilla, y ella percibió la agresión que anunciaban sus oscuros ojos y se preparó para recibir otro golpe.

Le había dado tiempo a presentir débilmente el peligro y sin embargo había ignorado las señales de advertencia. Él se había mostrado complaciente y cortés. Le sorprendió desde un principio que no quisiera intercambiar fotografías, pero se lo había tomado como un cumplido cuando le escribió en uno de sus primeros correos electrónicos que presentía que era distinta a todas las demás. Lo había interpretado por el tono de sus cartas.

Una voz llena de reproches apareció en su mente y se mezcló con el miedo: has jugado con fuego. ¡Lucha!

Lo había disfrutado, había flirteado. Le había resultado excitante y estimulador acordar una cita con él a través de los correos.

Gritó cuando él le ató las muñecas, y siguió gritando cuando la envió al suelo de un empujón. La sábana se había rasgado por un extremo. Vio cómo se había gestado la transformación cuando en un momento dado ella se hizo con el control en el dormitorio. Le había excitado que él estuviera tan nervioso, que se mostrara tan dubitativo y lento a la hora de quitarse la ropa. Un diamante en bruto, tergiversó su mente al verle a su lado en la cama, peleándose con los botones de la camisa.

—Ya lo hago yo —le había dicho cariñosamente, una vez se hubo desnudado. Había empezado a desabrocharle los botones, y fue entonces cuando percibió el cambio. Fue como un temblor en el oxígeno que inspiraba que se mezcló con el aire que los separaba. Él se quedó inmóvil mientras ella lo desvestía.

Ella le había sonreído cuando él la tumbó en la cama, y no se había fijado en lo que escondía en la mano. Creyó que era un condón, y que era demasiado tímido para enseñárselo. Ahora sabía que eran las cintas que luego utilizaría para inmovilizar sus

pies y sus manos.

Siguió luchando en el suelo, hasta que él tiró de ella y quiso arrojarla sobre la cama. Ella consiguió mantener el equilibrio sobre sus piernas ligadas y obligó a sus brazos a moverse con una fuerza inusitada. El golpe lo derribó, y ella temió que la ira que había prendido en él la mataría.

El silencio que siguió al grito de guerra pendía pesadamente en el aire cuando él, en calzoncillos, se sentó a horcadas sobre su pecho y sus brazos y le introdujo un objeto duro en la boca. Alargó la mano para coger el rollo de cinta americana que había dejado sobre la cama mientras ella estaba echada en el suelo, y cortó un pedazo con los dientes mientras ella se retorció. Percibió de forma evidente su erección, y para su sorpresa descubrió que la lucha también había provocado cierto hormigueo y picazón en su propio vientre. Eso la llevó a relajarse un poco, y a pensar que pronto se habría acabado todo. Era un juego que excitaba a ambos. Sencillamente lo había subestimado, no había creído que esas cosas le ponían, y no habían tenido tiempo de repasar las reglas del juego porque ella se había precipitado a la hora de desvestirlo. Por eso permitió que él le tapara la boca con la cinta americana.

Ella se lo tomó como un gesto de reconciliación cuando él la miró intensamente a los ojos y se inclinó sobre su rostro. Como una expresión del placer compartido. Sin embargo, cuando él se retiró un poco y separó sus rodillas a la fuerza y le introdujo un objeto contundente, el dolor fue tan violento que estuvo a punto de perder el sentido. Los reflejos de dolor en su cuerpo tensaron sus músculos bloqueados, y su única reacción fueron unas pequeñas contracciones en brazos y piernas. Estaba tan conmocionada por el dolor que desgarraba su vientre que no reparó en que se ahogaría si no podía respirar por la nariz. Ladeó la cabeza febrilmente, el dolor cesó y oyó cómo él dejaba caer algo al suelo. De pronto recordó el consolador que guardaba en un cajón de la mesilla: él podía perfectamente haberlo encontrado. Sin embargo, antes de que le hubiera dado tiempo a acabar el razonamiento sintió sus manos alrededor del cuello. Las lágrimas velaron su vista cuando lo miró para calcular cuándo pararía todo aquello. Él no apretaba, sencillamente descansaba sus manos en su cuello mientras se echaba encima de ella con todo su peso y se abría paso entre sus muslos.

Volvió a relajarse un poco, ahora ya había terminado todo, él ya se había corrido. Intentó darle a entender con los ojos que estaba bien, que lo había superado, pero incluso antes de que la arrastrara por el borde la cama se dio cuenta de que él no tenía ninguna intención de parar. La ira brotó en ella con la misma intensidad con la que le propinó un golpe en la cabeza. Reunió todas sus fuerzas, y cuando él quiso darle la vuelta para colocarla boca abajo ella volvió a lanzarle una patada. Fuera de sí, él abandonó la habitación.

Se incorporó renqueante y miró a su alrededor en busca de un arma, pero antes de que le hubiera dado tiempo a dar la vuelta a la cama presintió que volvía a estar detrás de ella. Todo fue tan rápido que no pudo parar el golpe. Las náuseas se apoderaron de ella cuando el siguiente golpe cayó contra su rostro, y se desmayó antes

de que su cuerpo diera contra el suelo. Echada detrás de la cama con los ojos cerrados oyó cómo él se vestía mientras le invadían las náuseas.

Intentó reprimirlas respirando honda y calmadamente. El alivio que sintió al oír la puerta cerrarse detrás de él la llevó a relajarse un poco, y para entonces ya fue demasiado tarde para detener la violenta oleada de vómitos que se abrió paso a través de su cuerpo en un único y prolongado espasmo. Su cuerpo inmovilizado se convulsionó, luchando por recuperar la respiración. El minuto que siguió duró como una hora entera.

Le sobrevino otra oleada de vómitos, pero ya había dejado de sentir. Yacía inconsciente en el suelo, y no percibió cómo se llenaba su garganta y sus mejillas se dilataban.

—¡Tenemos que ir a pescar! —gritó Markus cuando saltó al patio.

La madre de Louise salió para darles la bienvenida. Peter se le acercó y le dio un beso en la frente.

—Hola —dijo el padre de Louise desde la casa principal. Louise saludó a su padre con la mano y abrazó a su madre.

Los padres habían cambiado un piso en Copenhague por una granja desmantelada antes de que Louise y su hermano empezaran en la escuela del municipio. Ahora resultaba difícil imaginarse que alguna vez fueron urbanitas, y a Louise le venía fenomenal que los padres se hubieran quedado a vivir en el campo. De vez en cuando le entraban unas ganas irrefrenables de sentarse en el jardín debajo del gran manzano y pasear por los campos rodeados de bosque. Por otro lado, le costaba imaginarse a sí misma mudándose al campo, a pesar de que el paisaje se había convertido en parte de ella y la colmaba de una paz interior tan profunda que notaba el cambio en cuanto ponía un pie en el patio. Inspiró el aire campestre hasta llenar sus pulmones y empezó a trasladar el equipaje del coche a la casa.

—¿Qué tal va todo por aquí?

Estaban sentados en la terraza, y la pregunta inaugural ya había sido planteada. Louise sonrió y miró a sus padres. Todo estaba como siempre. Suspiró de felicidad y arrastró su silla al sol. En el jardín de detrás, Markus estaba cortando la hierba con el anticuado cortacésped. No dejaba de sorprenderla que a los niños les gustara tanto empujarla de un lado a otro. Ella, en su lugar, hubiera hecho lo que fuera por librarse.

—Los jovencitos no llegarán hasta eso de las cinco y media —les comunicó su madre—, así que disfrutaréis de un poco de paz antes de que lleguen los tornados.

¡Gracias a Dios!, pensó Louise. Sus dos ahijados abultaban mucho en el paisaje. Más de una vez se había metido con Mikkel y Trine, diciéndoles que el hecho de que dispusieran de mucho espacio en su casa no justificaba que educaran a los hijos para que aprovecharan cada centímetro cúbico. Lo decía muy seriamente, pero o bien ellos no lo entendían así, o bien optaban conscientemente por obviarlo. En su lugar, contraatacaban indefectiblemente preguntando si ella y Peter no pensaban tener hijos, y con ello la conversación llegaba a un punto muerto.

A Peter le resultaba más fácil adaptarse al tono del hermano y la cuñada de Louise. Después de la cena preguntó interesado qué tal les iba en la casa unifamiliar, pero para entonces Louise ya se había retirado a la cocina para recoger y preparar el café. Había días en que estaba de humor para escuchar a su hermano y su mujer hablar de la vida ordenada que llevaban y de su gran círculo de amigos en el que se sucedían los eventos, uno detrás de otro. En cambio, a Peter no parecía molestarle. Él lo aceptaba todo, e incluso era capaz de recordar lo que habían contado la última vez que se vieron. Louise le sonrió, pero él seguía asintiendo con la cabeza a algo que le estaba contando su cuñada. Dos horas más tarde, cuando se despidieron de ellos, descubrió para su sorpresa que en realidad había sido una reunión familiar muy agradable y lograda.

Markus dormía, así que Louise convenció a Peter para que la acompañara a dar un romántico paseo por el bosque a la luz de la luna. La noche era oscura, pero la luna se

abría paso entre los árboles e iluminaba los senderos del bosque para que pudieran orientarse. Todavía era demasiado pronto para las noches cálidas de verano, y el frío se había colado por debajo de su jersey antes de que dieran media vuelta. En cuanto divisaron las luces de la casa, Louise apretó el paso.

—¿Y si nos compramos una casa de campo? —propuso Peter cuando entraron en el patio.

Louise se detuvo sorprendida. Habían hablado de muchas cosas respecto a su futuro en común, pero no era capaz de determinar si Peter realmente andaba jugando con la idea o si simplemente era una repentina ocurrencia, así que se apresuró a añadir que tal vez deberían considerar apuntarse en la lista de espera de los bosques estatales y esperar que pudieran optar a una casita de guardabosques. Sería más de su estilo: más terreno y menos convencional.

Las piedrecitas del patio crujieron bajo sus pies mientras avanzaban hacia la puerta cogidos de la mano. Peter miraba las estrellas y no parecía escuchar lo que Louise le decía. Hasta aquí su idea, pensó, y apretó su mano.

Una vez en la habitación, Louise, fiel a sus deberes, comprobó su móvil cuando este cayó al suelo al sacar el pijama de la bolsa.

Aparecieron ocho llamadas perdidas en la pantalla. Había dejado el móvil en la bolsa en modo silencio desde el viernes por la noche, cuando preparó el equipaje, y luego olvidó que le había quitado el sonido. Se sentó en el borde de la cama y seleccionó la lista de llamadas perdidas. Una llamada de Camilla, el resto era de la jefatura de Policía. ¡Maldita sea!, pensó, y llamó a su servicio de contestador con cierta sensación de intranquilidad que ya entonces se había propagado por todas las células de su cuerpo.

Heilmann había dejado el primer mensaje a las cinco menos cuarto de la tarde del sábado. Luego habían entrado dos más desde el teléfono móvil de su jefa de investigación, y los demás eran de Lars Jørgensen. En el último, el de las ocho y media, su jefa le pedía que llamara a la mañana siguiente. Ni la menor pista de qué se podía tratar, tan solo ese breve mensaje.

A juzgar por su tono de voz, Heilmann estaba irritada. Había mucho ruido de fondo, pero era imposible adivinar desde dónde había realizado la llamada. Louise miró el reloj, era casi la una. A la vuelta del paseo, se habían sentado en el salón junto con sus padres a tomar un par de gin tonics. ¡Maldita sea!, volvió a pensar, y notó la mirada de Peter en la espalda. Louise seguía con el móvil en el regazo.

—Era Heilmann —dijo sin volverse—. Lleva intentando dar conmigo desde esta tarde.

—Estás de fin de semana. No esperan de ti que estés pendiente las veinticuatro horas del día. Ya lo sabes —la defendió Peter—. ¡No estás de guardia!

—No, pero tienen que poder ponerse en contacto conmigo si pasa algo.

No solían llamarla de aquella manera, pero sí ocurría de vez en cuando. Y si no era una de las primeras en acudir a la llamada Louise sentía remordimientos de conciencia, por mucho que estuviera en su derecho de no estar en casa.

—Ya se las apañarán —dijo Peter, y bostezó—. Sin duda habría llamado el doble de veces

si no hubiera conseguido dar con algún otro detective.

Louise dejó el teléfono a un lado y se echó sobre la cama. La relajación había desaparecido. Ambos sabían que Louise se levantaría temprano, lista para salir en cuanto hubiera hablado con Heilmann. Respiró hondo antes de meterse debajo del edredón de Peter y mordisquearle tiernamente el lóbulo de la oreja. Peter estaba tieso como un palo, y Louise intentaba transmitirle su calor. Su lengua había bajado y empezaba a deslizarse por su cuello hasta que al fin Peter se rindió y la atrajo hacia sí y sus cuerpos se fundieron. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que hicieron el amor. Louise no le había prestado mayor importancia hasta entonces, pero al contar hacia atrás cayó rápidamente en la cuenta de que había pasado casi un mes. Era demasiado tiempo, constató cuando el placer empezó a hacer presa en ella.

Se respiraba cierto aire de abatimiento en el coche. Markus iba en el asiento de atrás con un cómic del Pato Donald y un bollo. Peter conducía. Louise miraba por la ventanilla lateral. Tal como estaba la situación, la ternura de la noche no había dejado suficiente rastro para unirlos.

A las ocho de la mañana había dado con Heilmann, que la conminó brevemente a presentarse en el Instituto Anatómico Forense a tiempo para asistir a una autopsia que empezaría a las diez.

—Una violación —dijo Heilmann—. La víctima fue encontrada amordazada y atada con bridas.

Louise había hecho las maletas rápidamente. Había esperado a despertar a Markus hasta que hubieron metido el equipaje en el maletero y estuvieron listos para salir. Habían acordado que la dejarían a ella primero, y luego Peter se llevaría a Markus a casa. Era demasiado pronto para dejarlo con Camilla.

De camino al coche, su padre les había contado que iban a nombrar a un nuevo jefe de policía en Roskilde.

—En cuanto se hayan deshecho de Nymand tal vez deberías considerar la posibilidad de venir a trabajar aquí.

Louise lanzó una sonrisa acartonada a su padre y contestó que se necesitaba algo más que la dimisión de Nymand para que considerara cambiar el departamento de Homicidios por la Brigada Criminal de Roskilde.

Su padre intentó quitarle hierro al asunto aduciendo que sencillamente se imaginaba que no tendría tanta presión si se alejaba de la jefatura de Policía.

Y ella explicó que podía perfectamente ser al revés; luego respiró hondo y añadió:

—No me compadezcas tanto. Me gusta mi trabajo.

No le dio tiempo a contener el tono agresivo que había adoptado su voz.

—Y así es vivir conmigo —dijo, dirigiéndose a Peter, y pensó que era imposible que, a estas alturas, fuera una sorpresa para él.

El buen ambiente se había roto definitivamente, y le irritaba porque a ella también le fastidiaba que le destrozaran el domingo, por mucho que no fuera la primera vez.

—La subirán en breve. Ahora mismo la están pesando en el sótano —dijo Flemming Larsen cuando Louise se metió en la sala de los auxiliares de laboratorio. El médico forense la había recogido personalmente en la entrada. El instituto estaba cerrado los domingos, y Louise supuso que había intentado retrasar la autopsia hasta el lunes, pero Suhr había insistido para que se realizara urgentemente. La discusión era recurrente. Cuando recibían un cadáver por la noche era difícil de conseguir que los médicos forenses se pusieran con la autopsia inmediatamente. Su argumento era que se veía todo mejor a la luz del día. Entonces el jefe de Homicidios solía volver a la carga aduciendo que tenía una investigación que emprender. Luego discutían un rato, hasta que el jefe de Homicidios finalmente daba un golpe en la mesa y gruñía:

—¡Si tenéis problemas para descubrir los detalles, tendréis que encender más luces, maldita sea!

Y entonces se hacía lo que él decía.

—La trajeron ayer a eso de las nueve de la noche —le explicó Flemming Larsen—. Los técnicos de Criminalística montaron un gran despliegue en el escenario del crimen, así que por una vez todos estuvieron de acuerdo en retrasar la autopsia hasta hoy. Antes tenían que encontrar a un par de hombres que pudieran venir para asistirnos.

Louise asintió con la cabeza. Los forenses no podían empezar sin antes contar con un par de hombres del departamento de Criminalística que pudieran presenciar la autopsia. Y entendía perfectamente que en un primer momento quisieran destinar todos los recursos a asegurar las posibles pruebas en el escenario del crimen. Más allá de eso Louise no sabía nada todavía, salvo que habían encontrado a una mujer muerta en su piso.

—¿Era su propio piso? ¿Dónde está?

Heilmann se había mostrado irascible cuando hablaron por la mañana.

—Tendrá que esperar hasta que nos veamos —le había dicho cuando Louise empezó a hacerle preguntas.

Ahora expuso en su lugar a Flemming Larsen a un aluvión de preguntas. Él se encogió de hombros.

—Creo que fue en su casa, en algún lugar del barrio de Frederiksberg.

De pronto, al oír Frederiksberg, Louise cayó en la cuenta de que no le había devuelto la llamada a Camilla.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—La verdad es que todavía no he tenido tiempo de enterarme. Todavía la llamamos «Urgente, Frb».

Louise pensó que si resultaba que Camilla había recibido la visita de un tipo que había conocido a través de internet, desde luego ella no sería la clase de mujer con la que el agresor se atrevería a medir sus fuerzas. Su amiga no era ni recatada ni insegura. Al contrario. Y trataban con una persona que se tomaba muchas molestias a la hora de elegir a sus víctimas. Se habría dado cuenta muy pronto de que Camilla se encontraba fuera de sus parámetros. Miró el reloj.

—¿Cumple el horario previsto?

Eran las diez menos cuarto, y Louise no había oído el ascensor, así que supuso que la víctima seguiría en el sótano.

—A lo mejor nos vemos obligados a ampliarlo un poco. Suhr ha anunciado su llegada, y no había salido del piso cuando hablé con él hace un rato —contestó—. Es posible que llegue junto con los técnicos de Criminalística.

Estaban sentados frente a frente sin decir nada.

—¿Has tenido un buen fin de semana? —preguntó Flemming Larsen.

Louise se encogió de hombros. Aquello que había resultado agradable se había esfumado sin dejar ni rastro en el mismo instante en que escuchó el mensaje de Heilmann.

—Estuvimos en el campo, en casa de mis padres. Y tú ¿qué tal?

—También estuve de guardia ayer, así que mi fin de semana estaba condenado de

antemano a desarrollarse aquí.

Louise se había preguntado varias veces cómo sería Flemming Larsen en realidad cuando estaba en casa, en su esfera privada. Sabía que vivía solo después de divorciarse dos años antes, pero no sabía si había una nueva mujer en su vida. Tenían una buena relación profesional, pero no se veían fuera del trabajo. La única vez que lo había visto en privado fue con motivo de una salida que habían organizado el año pasado, en la que habían jugado a los bolos y habían bebido cerveza con un grupo de colegas. Tenía dos hijos de unos cinco y siete años.

—¿Quién la encontró? —preguntó, y volvió así al plano profesional.

Flemming Larsen se encogió de hombros.

—No lo sé. No había testigos en el lugar cuando llegué. Me parece que Suhr dijo algo de una amiga. Todo indica que esta vez hay bastantes pistas que podréis seguir. La mujer luchó como una loca. Había objetos volcados, y el agresor dejó huellas en varios sitios.

Era lo más alentador que Louise había escuchado aquel día.

—Parece ser que la situación se le escapó de las manos, y que esta vez ha sido mucho más imprudente.

En ese mismo instante se oyó un zumbido que provenía de la gran puerta corredera de cristal. Flemming se levantó y salió para abrirles la puerta a los hombres.

Louise se quedó un rato sentada antes de seguirlo. Oyó la voz de Suhr, contenta de que estuviera allí. En los casos más espectaculares solía presenciar la autopsia junto con uno de sus hombres. A ellos se unirían otros dos hombres del departamento de Criminalística: uno de ellos hacía fotos de todo el proceso mientras el otro formulaba las preguntas y tomaba notas.

—No se nos puede escapar ni el más ínfimo detalle —tronó Suhr—. ¡Tenemos que pillarlo ya!

Antes de que le diera tiempo a salir, Louise oyó cómo los demás discutían vivamente si esta vez, con el material que habían encontrado debajo de las uñas de la mano derecha de la víctima, tendrían suficiente para un análisis de ADN.

Louise se acercó para saludar a la criminalista que en ese momento dejaba su pesada bolsa en el suelo y le tendía la mano. Se había incorporado hacía un año, proveniente del departamento de Criminalística de Ålborg. Era pequeña y delgada, y la primera vez que Louise la vio, creyó erróneamente que era una becaria. Sin embargo, pronto tuvo que reconsiderar su concepto de ella, pues resultó que detrás del aspecto delicado de Åse se escondía una mujer experimentada y solo un poco más joven que Louise.

En ese mismo instante, el ascensor volvió a ponerse en marcha. El cadáver estaba subiendo a la sección de autopsias.

Louise saludó con un gesto de la cabeza a Suhr y a Klein, un curtido criminalista. No recordaba haberlo visto nunca sin su cazadora azul. En verano se subía las mangas que se amontonaban como una salchicha por encima de sus codos; en invierno se ponía varias capas de jerséis por debajo, pero incluso cuando hacía más frío no la cambiaba por una prenda más abrigada.

Subió las escaleras hasta la primera planta mientras charlaba con Flemming. Allí, detrás

del guardarropa con los monos esterilizados, se encontraban las salas de autopsia. Todo estaba en silencio cuando atravesaron la puerta abierta del vestuario.

Louise se acomodó las perneras debajo del mono y se recogió la larga y espesa melena de rizos ingobernables en una especie de moño antes de calarse una redecilla por encima. Ya había metido los zapatos en un par de bolsas de plástico azules con goma y al final se ajustó bien la mascarilla.

Cuando el equipo se puso en marcha, Louise se sentó en una silla alta que estaba un poco retirada con una libreta sobre la rodilla. En medio de la sala estaba la mesa de autopsias sobre la que yacía el cadáver bajo una sábana blanca.

Flemming retiró la sábana. Lo primero que vio Louise fue el pelo largo y rubio que colgaba como una manta. La sola visión fue como una patada en el diafragma. En un breve vislumbre vio el piso de Camilla, acordonado con la cinta roja y blanca de la policía. Saltó de la silla y apartó a Åse con dureza. La técnica criminalista estaba preparando la cámara para poder realizar las fotografías del cadáver antes de que retiraran nada. La mujer todavía tenía la boca tapada con la cinta americana, y los brazos y las piernas estaban ligados con unas fuertes bridas. Åse soltó un exabrupto cuando Louise la empujó.

Tanto Flemming Larsen como Suhr conocían a Camilla Lind. Sin duda habrían reaccionado si realmente se hubiera hecho realidad la imagen enfermiza que de pronto Louise había visualizado, pero cuando cayó en la cuenta ya era demasiado tarde para detener el salto.

—Perdona.

Posó una mano sobre el hombro de Åse antes de retirarse rápidamente, al tiempo que se reprochaba a sí misma haber permitido siquiera que la idea aflorara a través del occipucio y llegara tan lejos como para provocar una reacción que no había podido controlar. Había alcanzado a ver el rostro con los ojos cerrados y la ancha cinta americana tapándole la boca. La difunta ni siquiera se parecía a Camilla.

Con el salto, su libreta había acabado en el suelo.

—Se llama Christina Lerche —comunicó Suhr, y miró a Louise.

Sintió que la habían descubierto. Intentó contenerse mientras se agachaba para recoger la libreta. De vuelta en la silla con la libreta en el regazo siguió los movimientos de Flemming, que cogió unas tenazas y cortó las fuertes bridas.

—¡Cuidado! Puede haber huellas en el cierre —dijo Klein. Le tendió una bolsa para que el médico forense pudiera dejar las bridas.

—Voy a retirar la cinta americana —anunció Flemming, y se inclinó sobre el rostro de la víctima. Con mucho cuidado desprendió una esquina. Lo hizo de manera lenta y pausada, lo que de haber estado viva le hubiera resultado imposible. El médico forense palpó el interior de la boca de la mujer con los dedos enguantados. Cuando hubo terminado, el vómito empezó a desbordarse, creando un pequeño charco sobre la brillante superficie de acero de la mesa. Se volvió hacia ellos.

—La mordaza está torcida.

En el escenario del crimen habían constatado que la víctima tenía vómito en ambos

orificios de la nariz, y la conclusión fue la siguiente: asfixia por vómito.

–La mordaza debió de deslizarse hasta lo más profundo de su boca, desencadenando así el reflejo del vómito.

Volvía a estar inclinado sobre el cadáver.

–La cinta americana obstruyó la garganta, y entonces se ahogó.

Louise tomaba notas concentrada al tiempo que llegaba a una conclusión en su cabeza. El agresor no había estrangulado a su víctima. Era culpable de su muerte, pero ¿realmente se trataba de un asesinato con premeditación?

Antes de que Flemming prosiguiera, Åse debía volver a sacar fotografías. El cadáver fue fotografiado desde la derecha, la izquierda y de espaldas, esta vez sin bridas y mordaza.

Klein cortó las uñas de la víctima y tomó una muestra del pelo mientras Flemming repasaba los pezones con bastoncillos para fijar muestras. Louise examinó el cuello y el pecho de la mujer. Eran las zonas de sus víctimas que los agresores solían besar. El médico forense volvió a introducir los bastoncillos en el estuche de cartón y lo cerró con mucho cuidado. Cuando hubo terminado llamó a los auxiliares para que procedieran a abrir el cadáver.

Louise siguió a los demás hasta el pasillo. Sus pasos retumbaban débilmente cuando pasaron por el lado de las salas de autopsias alicatadas. Los techos eran altos, había mesas de acero, fregaderos, alcachofas de ducha provistas de flexos de una longitud mayor de lo habitual para baldear los cuerpos y las partes de los cadáveres. Todo era clínicamente frío y, sin embargo, una vez allí, carecía de todo dramatismo.

Se apoyó contra la pared y escuchó a Suhr que charlaba con los técnicos de Criminalística. Tras sus voces apareció el ruido de la sierra, que en ese momento se puso en marcha. Normalmente, habría quedado ahogado por el sonido del agua corriente y de los demás instrumentos. Aquel día, sin embargo, el zumbido insistente se abría paso a través de los boxes vacíos que se sucedían a lo largo del pasillo hasta llegar al salón de los homicidios, que era como solían llamar al último de los habitáculos porque era el doble de amplio que los demás para que cupiera la gente que debía presenciar la autopsia.

Louise se había acostumbrado a estar presente mientras los forenses trabajaban, pero había algo en el solitario zumbido que atravesaba el silencio que la incitaba a alejarse. La frialdad clínica solía desvanecerse un poco cuando la gente trabajaba. Sin embargo, aquel día, el silencio acentuaba el sonido del motor de la sierra de tal manera que Louise no lograba mantenerse a una distancia prudencial.

Flemming la llamó.

–Ya estamos listos.

Los dos auxiliares salieron y se quitaron los guantes de hierro que parecían cotas de malla. Solían estar colgados en el vestuario. Louise dio un paso atrás para dejarles espacio y sin querer empujó la hilera de botas de goma blancas que los forenses se ponían para trabajar. Los saludó con la cabeza cuando salieron y vio que Suhr venía hacia ella.

—Ahora mismo me voy a jefatura, así que tendrás que encargarte del informe de la exploración de Flemming.

Louise asintió con la cabeza y siguió a Suhr con la mirada mientras se alejaba con un paso tan firme que hacía que sus andares resultaran algo rígidos. Los demás ya se habían apostado alrededor de la mesa de acero cuanto ella entró. Volvió a sentarse en la misma silla, y se dispuso a seguir tomando notas.

«La boca y la nasofaringe están llenos de vómito del mismo color que el contenido del estómago», escribió, mientras escuchaba a Flemming explicar que se trataba de asfixia por obstrucción de las vías aéreas internas. El estado de inconsciencia se había producido muy pronto, probablemente en menos de un minuto.

—Murió aproximadamente cinco minutos más tarde —dijo.

A Louise se le estaba cansando la mano, pues la postura forzada la obligaba a hacer equilibrios con la libreta sobre la rodilla.

—Utilizó un objeto duro en su vagina. Me imagino que se trata del consolador que encontramos en el suelo, al lado de su cama. Se aprecian rasguños, labios rojos de las heridas y sangre alrededor del orificio —informó el forense.

Louise dejó que las palabras corrieran sobre el papel, pero evitó mirar mientras tenía lugar la exploración del bajo vientre de la mujer.

Una hora más tarde habían terminado. Flemming no se había tomado ningún descanso durante el examen, pero lanzó una mirada a Louise cuando constató que la víctima todavía seguiría con vida si alguien le hubiera retirado la cinta americana de la boca.

Louise asintió con la cabeza y siguió su razonamiento. ¿El agresor se había quedado mirando mientras su víctima se ahogaba?

Louise acompañó a Flemming hasta su despacho. Se habían despedido de Åse y Klein en las escaleras.

Tomó asiento en la silla frente al escritorio de Flemming, todavía con la libreta en la mano. Lo siguió con la mirada mientras él comprobaba su contestador automático y leía sus mensajes.

Flemming se sentó. Su largo cuerpo hacía que el escritorio y la silla parecieran pequeños. La mesa estaba cubierta de montones de papeles y carpetas que se extendían como un paisaje lleno de accidentes que no dejaban demasiado espacio libre. Se quedaron un rato sin decir nada hasta que él finalmente le confirmó lo que ella creía haber entendido.

—Los vómitos pueden haberse producido inmediatamente después de que la mordaza se desplazara en el interior de su boca, provocando así las arcadas.

Louise se mantuvo en silencio, dispuesta a escuchar el resto.

—Si observamos los golpes que le propinó, resulta fácil deducir que se desplazó y le provocó el vómito.

Louise acabó la frase.

—La vio morir y no la ayudó.

Flemming se encogió de hombros.

–Es posible.

Louise sintió escalofríos.

–No creo que le gusten las mujeres –dijo Flemming.

El comentario interrumpió en sus pensamientos y la agresividad que se agolpaba en su interior.

–¡No, desde luego, estoy absolutamente de acuerdo contigo! –exclamó Louise–. Maltrató su útero, y luego se quedó mirando cómo se asfixiaba. No te costará mucho convencerme de que siente desprecio por el sexo opuesto. Y que esconde una deformidad en algún lugar de su psique.

Acordaron volver a hablar en cuanto estuviera listo el informe de la autopsia, por si surgía algún punto que requiriera alguna explicación ulterior.

Se despidieron frente al edificio del Instituto Anatómico Forense, y cuando la puerta de cristal se hubo cerrado detrás de él, Louise recordó que Peter la había dejado allí por la mañana y que, por lo tanto, no tenía ni coche ni bicicleta.

Irritada, empezó a caminar en dirección a Blegdamsvej. Era casi la una. Encendió su móvil y llamó a Heilmann para decirle que estaba en camino.

–¿Podrías ir a casa de Susanne Hansson y explicarle lo que ha sucedido? Para que esté preparada cuando se filtre a la prensa.

Louise se detuvo un instante mientras Heilmann hablaba, aunque al rato empezó a andar de nuevo hacia la parada de autobús.

–Acabo de llamarla a casa de su madre para pedirle que se quede allí hasta que lleguemos –prosiguió Heilmann–. Le expliqué además que se había producido una nueva situación que nos gustaría compartir con ella.

Louise asintió para sus adentros. ¡Una nueva situación! También podía decirse así, desde luego. En cualquier caso, había quedado patente que el agresor era mucho más cínico de lo que habían supuesto en un primer momento.

–Tal como están las cosas, no deberíamos descartar que se le ocurra volver para evitar que Susanne siga hablando con nosotros.

–Se le puede ocurrir cualquier cosa, de eso no tengo ninguna duda. Al fin y al cabo, ahora hay muchas más cosas en juego –contestó Louise, al tiempo que sacaba su bonobús y pensaba que era inaudito que tuviera que coger el autobús para ir a ver a una testigo.

–¿Te pasarás por aquí antes de ir a Valby?

–Pues la verdad es que no. Acabo de subirme a un autobús. Iré directamente a casa de Susanne Hansson.

Heilmann se rio.

–Le pediré a Lars Jørgensen que te recoja allí cuando hayas hablado con ella. Así también podéis aprovechar para pasaros por el nuevo escenario del crimen.

–Todo parece indicar que Jesper Bjergholdt acaba de cometer un crimen muy grave que le ha costado la vida a una joven.

Louise y Lars Jørgensen se habían puesto de acuerdo en seguir llamándolo así.

Louise hablaba despacio, envolviendo sus palabras. Le daba la vuelta a cada frase, la plegaba y le ponía lacitos. Sin embargo, el sentido no daba lugar a equívocos. Podía haber sido Susanne la que hubiera acabado en el Instituto Anatómico Forense. En realidad era lo que había dicho, y Susanne Hansson lo entendió, aunque intentó mantenerlo alejado de su cabeza.

–Pero has dicho que su muerte fue un accidente.

Louise asintió con la cabeza, pero su gesto no resultó convincente.

–No creo que hubiera planeado que la mordaza se deslizara hasta el fondo de su boca y le provocara el vómito. Pero no la ayudó cuando eso ocurrió. Al contrario, dejó que muriera...

La expresión apática que había dominado el rostro de Susanne la primera vez que la vio en el hospital de Hvidovre había vuelto. Sus ojos se movían despacio. Se notaba que tenía que poner todo su empeño cada vez que quería decir algo.

–¿Cómo podéis saber que es el mismo agresor?

–Tampoco podemos afirmarlo con toda seguridad, pero es el mismo modus operandi –contestó Louise, y se dio cuenta enseguida de que Susanne no entendía qué quería decir aquello–. No hemos hecho público lo que te hizo, nadie conoce los detalles que rodean el caso, ni las bridas que utiliza ni la mordaza que introdujo en tu boca. Así que resulta bastante creíble que pueda tratarse del mismo agresor.

La cabeza de Susanne se movió con pequeños gestos afirmativos mientras Louise hablaba, pero ella no parecía interiorizar sus palabras. Todo su cuerpo había empezado a temblar. No lloraba, sencillamente se estremecía, como si una enorme mano la estrujara desde los pies hasta la cabeza. Se mecía hacia delante y hacia atrás sin decir nada, con los brazos alrededor de su cuerpo en un estrecho abrazo. Había dejado a Louise fuera y había desaparecido en su propio vacío.

Louise consideró por un momento acercarse al salón y llamar a la madre de Susanne, pero en su lugar se quedó sentada y posó una mano sobre su hombro. Tal vez no fuera el momento para empezar a hablarle de mudarse a otro lugar, pensó. Resultaba muy violento presionar a una mujer de aspecto tan frágil alertándola del peligro que podía caer sobre ella en un futuro próximo. Por otro lado, era muy posible que fuera precisamente eso lo que ahora mismo estaba barajando Susanne. A lo mejor era el miedo lo que provocaba aquellas violentas sacudidas. A lo mejor la idea podía suponer un consuelo.

Mientras Louise le daba vueltas al asunto, sacó su móvil y le escribió un SMS a Lars Jørgensen advirtiéndole que tendría que armarse de paciencia porque ahora mismo no podía abandonar a Susanne.

–No es nada extraño que te sientas asustada sabiendo que él está en libertad –lo intentó.

No hubo reacción.

–Nuestra jefa de investigación apuntó que tal vez sería una buena idea que te fueras de

aquí mientras lo buscamos.

Louise le habló en voz baja y sosegada, y estuvo acariciando el hombro de Susanne hasta que esta pareció tranquilizarse y su cuerpo tenso se aflojó levemente.

—¿Conoces a alguien que pueda acogerte durante un tiempo?

Susanne pareció considerarlo, pero negó con la cabeza. Se quedaron en silencio un rato.

—¿Crees que volverá?

Susanne levantó la mirada. Volvía a estar con ánimo, pero Louise no conseguía interpretar qué era lo que se ocultaba en las profundidades de su mente. Tal vez fuera miedo, pero no lo creía; parecía más bien duda o falta de comprensión. O un temor a algo que no sabía cómo afrontar.

—No lo sé —dijo Louise sinceramente—, pero es una posibilidad. Al fin y al cabo tú conoces su aspecto, y podrías señalarlo.

—¡Pero si no me acuerdo de él! —exclamó Susanne.

—No, pero eso él no lo sabe.

—Entonces anunciadlo. Haced que la prensa escriba que no recuerdo nada.

Las lágrimas se agolparon en sus ojos, y su voz adoptó un tono de desesperación.

Louise apretó su hombro y empezó a acariciar su espalda de nuevo en un movimiento suave y tranquilizador.

—Es posible que sea lo que deberíamos hacer. Pero entonces toda tu historia saldrá a la luz, y a lo mejor no te resulta demasiado agradable.

Sus hombros se relajaron ligeramente.

—No importa —dijo Susanne con la voz ronca, y se secó los mocos debajo de la nariz—. Es peor estar así, sin que la gente sepa por qué.

El silencio se instaló entre ellas antes de que Susanne se decidiera a hablar.

—El viernes fui a trabajar...

Tuvo que obligar a las primeras palabras a salir, pero en cuanto hubo empezado a hablar estas fluyeron en un torrente desbocado.

—Pero no me sirvió de nada, así que volví a casa dos horas después. La gente me miraba, y percibí claramente que hablaban de mí. Pero nadie se acercó para preguntarme por qué tenía la cara así. Me evitaron, a pesar de que sus ojos me seguían a todos lados. No lo pude soportar y me fui.

—Creo realmente que deberías considerar la posibilidad de alejarte un tiempo —repitió Louise, superada por la lástima.

Sabía muy bien que el miedo de la gente al contacto con la desgracia de otra persona podía resultar muy hiriente. No era precisamente el momento de tener que sentirse además marginada.

—También podría averiguar si hay algún sitio donde puedas vivir temporalmente —ofreció, y empezó a recoger sus cosas. Susanne se había calmado lo suficiente como para que estuviera justificada su marcha—. Piénsalo, y ya hablaremos esta noche, o mañana por la mañana. Por cierto, recogí el jersey que te dejaste en el restaurante del Tívoli, pero lo están examinando en el departamento de Criminalística. En cuanto hayan

terminado con él te lo devolverán.

Louise apuntó su número de teléfono móvil en un papel y le dijo a Susanne que la llamara si pasaba algo que la hiciera sentirse incómoda.

—O si se te ocurre algún sitio donde puedas instalarte —añadió—. También eres muy bienvenida a llamar si simplemente tienes ganas de hablar con alguien.

No sucedía a menudo que ampliara su habitual discurso con este último comentario, porque había gente que se lo tomaba como una invitación a charlar de cualquier cosa. Louise cayó en la cuenta de que lo había dicho porque había comprendido que a Susanne no le serviría de nada hablar con su madre, e incluso sería mejor que lo evitara por completo.

Era una suerte que hubiera tenido que ir a hacer la compra, pensó Louise. La madre no se había abstenido de asomar la cabeza por la habitación que le había preparado a Susanne para asegurarle a Louise que tal como estaban las cosas ahora mismo le parecía razonable mantener a la prensa fuera del caso. Pero que, tal como le había explicado al encantador caballero que la policía le había enviado, no estaba dispuesta a permitir que aquel asunto se estancara.

—Si no encontráis al hombre que ultrajó a mi hija, tendré que volver a recurrir a la prensa y pedirles ayuda —dijo, y sonó como una paciente que defendía su derecho a acudir al dentista para que le quitaran un flemón.

Durante su larga bravata no había prestado ni la más mínima atención al estado de Susanne, que mecía su cuerpo de un lado a otro con la mirada perdida.

Louise ni siquiera se había molestado en contestar, y la madre, ofendida, había dado un portazo al salir.

Ahora Louise le dio un último apretón al brazo de Susanne antes de levantarse y salir.

Una vez en la calle, vio que Lars Jørgensen estaba aparcado indebidamente frente a la puerta cochera del patio. Louise se sentó en el asiento del copiloto y se quedó en silencio mientras avanzaban en dirección a Frederiksberg.

—¿Qué tal le va a tu hijo? —preguntó mientras subían la cuesta de Valby Bakke. Sus ojos seguían a los ciclistas que apretaban los dientes y pedaleaban con todas sus fuerzas—. ¿Le han cosido la brecha?

Su compañero asintió con la cabeza.

—¡Pero ahora el otro está con fiebre!

—¡Menos mal que no tengo esas preocupaciones!

Louise solía guardarse esta clase de comentarios, pero esta vez no le dio tiempo a reprimirse.

Su compañero la miró de reojo y sonrió con cierta condescendencia, y un poco de envidia, interpretó Louise.

Esperaba que fuera a preguntarle por la autopsia, pero como por lo visto Lars Jørgensen contaba con que ella se lanzaría a contarle lo que había visto, al final el silencio se tornó embarazoso.

—Podía haberla salvado —empezó diciendo Louise—. Flemming cree que la mordaza que

tenía en la boca se deslizó hacia dentro cuando él la tumbó de un golpe. Si eso es cierto, murió en menos de cinco minutos, y es imposible que él no se diera cuenta. La víctima se quedó inconsciente prácticamente al instante.

El mentón de Lars Jørgensen se tensó.

—¡Tenemos que encontrarlo!

De pronto, la sonrisa condescendiente que le había lanzado al hablar de sus hijos enfermos había desaparecido, y su rostro adoptó una expresión severa.

—Toft y Michael Stig se han puesto con el ordenador de Christina. Mañana se lo entregarán a la CCU. Esta vez tiene que haber dejado alguna pista que puedan seguir, ¡maldita sea! Sus movimientos no pueden ser tan calculados como para que no se le escape alguna cosa.

Louise se encogió de hombros. Lars Jørgensen lo vio con el rabillo del ojo y enfatizó aún más si cabe sus palabras.

—Tiene que haber escrito algo que podamos utilizar —prosiguió, y volvió la cabeza hacia ella.

—En realidad puede haber escrito cualquier cosa sin que eso signifique necesariamente que lo vamos a encontrar —replicó Louise—, y en este mismo momento puede estar sentado en un cibercafé cualquiera, tendiéndole una trampa a su siguiente víctima sin que tengamos la más mínima posibilidad de descubrir qué se trae entre manos.

—¿Por qué demonios son todas de un solo sentido? —exclamó Lars Jørgensen irascible y en voz alta, y dio marcha atrás mientras maldecía las calles alrededor de la piscina cubierta del barrio de Frederiksberg.

Louise estaba sorprendida. Su compañero no solía perder los estribos. Juntos habían conseguido crear un estado de histeria, y la primera defensa es la agresión.

Respiró con el diafragma y soltó el aire lentamente antes de proseguir:

—Tenemos que convencer a Suhr de la necesidad de advertir a la gente de su presencia. Y luego, si cree que no tenemos tiempo para hablar con mujeres atemorizadas que llaman para denunciar como sospechoso a cualquier hombre, tendrá que destinar más personal para atender los teléfonos...

Volvió a coger aire.

—Me pregunto hasta qué punto, cuando se sienta frente al teclado del ordenador, habrá calculado los pasos necesarios para tender una trampa a una chica —dijo Louise.

Su voz se había calmado, y era evidente que había conseguido transmitir esa calma a su compañero.

—No me extrañaría que hubiera concebido hasta el detalle más nimio, incluso el sonido que se produciría al tensar las bridas alrededor de las manos y los pies de las chicas. Cómo se deslizarían los dientes a través del cierre con pequeños y agudos clics —dijo Lars Jørgensen, y chasqueó la lengua para ilustrar el sonido—. El solo hecho de que se lleve su maleta de violación consigo demuestra que tiene pensado llegar al final incluso antes de salir de casa —concluyó, y añadió tras una breve pausa—: ¡Al menos ninguno de mis amigos sale de casa con bridas de plástico, cinta americana y condones como equipo estándar en su bolsa de mano!

Aparcó en Adilsvej. La calle se encontraba en el barrio en el que vivía Camilla, así que Louise conocía la zona. Se acercaron al portal.

Una de las furgonetas azules del departamento de Criminalística estaba estacionada entre dos señales de prohibido aparcar. Christina Lerche vivía en la primera planta.

Louise probó la puerta antes de llamar al telefonillo. Se quedó mirando la fachada del edificio mientras esperaban a que los dejaran entrar. En el vestíbulo del piso tuvieron que pasar por encima de un váter y un lavabo desmontados que los técnicos habían retirado para examinar las tuberías y los bajantes.

—¿Habéis encontrado algo?

Louise se quedó en el pasillo frente al baño donde dos técnicos estaban inclinados sobre las tuberías abiertas.

—La esperanza es lo último que se pierde, y con suerte es posible que haya sido tan estúpido como para deshacerse del condón en el váter. O tal vez se haya tomado su tiempo para lavarse el pene en el lavabo antes de recoger sus cosas —dijo Frandsen, el jefe del departamento de Criminalística. Sonrió optimista y saludó a Lars Jørgensen antes de volver a concentrarse en el tubo de desagüe.

—¿Qué me dices de las huellas dactilares en el dormitorio? —preguntó Louise.

—Allí estaban. Pero no están registradas en nuestra base de datos, así que se trata de un tipo hasta ahora desconocido para nosotros.

Entonces Karsten Flintholm queda descartado definitivamente, pensó Louise. Sus huellas dactilares se encontraban en el archivo. Siguió a Frandsen con la mirada cuando se incorporó y salió al pasillo. Sacó su pipa de debajo de su mono antes de acompañarla hasta el dormitorio. Nadie solía fumar en el escenario del crimen, pero por otro lado Louise tampoco recordaba haberle visto encender la pipa.

Louise se detuvo sorprendida en la puerta del dormitorio. Alguien había hecho un enorme agujero en la pared entre el dormitorio y el salón.

—No es más que un fino tabique.

Frandsen sonrió y se sacó la pipa de la boca.

—Fue en este tramo donde encontramos rastros de lucha. No quería arriesgarme a dejar nada, así que derribamos la pared y la metimos en el calefactor.

Louise asintió. Lo había conocido durante otro caso en que habían tenido que examinar un pedazo de la pared de un desván que habían recortado y transportado hasta el departamento de Criminalística, donde un técnico la había untado de cola y luego la había metido en un enorme calefactor. A Louise le había sorprendido el resultado. Cuando la cola se hubo evaporado de la superficie de la pared las huellas afloraron nítidamente.

Se acercó a los pies de la cama.

—¿Es aquí donde pensáis que lucharon? —preguntó, y se volvió hacia Frandsen.

Frandsen asintió con la cabeza, y Louise estudió el estrecho pasadizo entre la cama y la pared.

—Ella debió de patearlo con las piernas juntas, y si le pegó, debió de hacerlo con el canto del brazo y de la mano, o si no, con los puños juntos y de frente —dijo.

–Flemming encontró hemorragias subcutáneas en sus brazos, así que seguramente los utilizó contra él o para parar un golpe –añadió Louise.

Había un cesto de mimbre para la ropa sucia volcado en el suelo. Louise supuso que originalmente estaba a la derecha de la cama, en el lado opuesto a la puerta. En un rincón, sobre una silla, se amontonaba la ropa de Christina.

–La verdad es que resulta extraño que no haya levantado las cosas volcadas antes de irse. Para que no fuera tan evidente que tuvo lugar una batalla campal –dijo Frandsen, asombrado.

Había llegado Lars Jørgensen.

–La primera vez fue muy meticuloso –observó Louise–. ¿Habéis encontrado algo en las demás habitaciones?

Fue al salón, en el que había una puerta entreabierta que daba a una especie de estudio.

–No, fueron directamente al dormitorio.

–Christina tenía bastante alcohol en sangre. Debieron de estar bebiendo en algún lugar –les comentó Louise a los demás mientras se acercaba al escritorio. Había un espacio vacío donde antes hubo un ordenador. Los técnicos habían examinado la fina capa de polvo que cubría el tablero del escritorio.

–Pensamos que a lo mejor intentó borrar algo de su disco duro antes de irse. Pero seguramente dio por supuesto que podríamos recuperarlo, porque no se acercó al escritorio. Solo encontramos las huellas dactilares de ella.

–¡Eureka!

El grito procedía del baño, y cuando llegaron el técnico de criminalística estaba sentado en el suelo con un condón deslavado que había pescado en el desagüe del váter con unas pinzas arqueadas.

Louise y Lars Jørgensen se mantuvieron en un segundo plano mientras Frandsen se acercaba para examinar el trofeo.

–¡Incluso hay algo dentro!

El tono de satisfacción de Frandsen colmó el cuarto de baño de un aire de esperanza intensa que Louise hizo añicos al formular una pregunta que podía haber dejado para más tarde, en cuanto hubieran disfrutado un poco de la ola de progresos.

–¿Queréis decir que los restos pueden sobrevivir después de casi dos días en el desagüe?

La sonrisa de Frandsen se desvaneció.

–Aunque tarde un mes en conseguirlo sacaré una muestra para que podamos realizar un perfil de ADN –dijo, todavía con cierto tono triunfante en la voz–. Pero tienes razón al señalar que resulta más difícil cuando el semen se ha mezclado con el agua. Los genetistas forenses tendrán que limpiar las células, y es posible que las células impuras tengan que someterse a varios lavados hasta que estén lo suficientemente limpias para poder crear un perfil con ellas. ¡Pero lo conseguiremos, maldita sea!

La pipa volvía a colgar de la comisura de sus labios.

El móvil de Louise sonó, y se retiró un poco antes de cogerlo.

La voz de Heilmann era tan enérgica que Louise se dejó contagiar.

—Una amiga que tiene llave del piso la encontró ayer por la tarde. Vendrá dentro de una hora. ¿Podrías encargarte tú de hablar con ella?

—Saldremos de aquí en un rato. Estoy en el piso, y los técnicos acaban de encontrar un condón usado en el desagüe del váter. La cosa empieza a coger forma.

La adrenalina se abrió paso a través de sus venas y la incipiente sensación de hambre que se había colado estando en el piso empezó a ceder a medida que se preparaba para el interrogatorio que tenía por delante.

—Creo que la amiga puede tener algo interesante que contarnos. No parece que Christina Lerche fuera especialmente retraída a la hora de hablar de sus conquistas, así que hay motivos para creer que haya descrito al agresor a su amiga, si es que se encontró con él anteriormente —la jefa de investigación siguió hablando de un tirón—. Lo mejor será que volváis los dos, porque me gustaría que Lars Jørgensen esté presente durante el examen de su ordenador.

—¿Dónde está Michael Stig?

—Está ocupado con su curso preparatorio de dirección.

Louise sintió que su boca se fruncía. Seguía convirtiéndose en una asquerosa masa de irritación cada vez que alguien le recordaba que Michael Stig había sido admitido en aquel curso que implicaba su ausencia del departamento unos dos días a la semana y que, a la postre, pudiera llegar ocupar algún día el puesto de jefe. ¡Dios no lo quiera!, pensó. Además, era consciente de que Lars Jørgensen también había solicitado una plaza en el mismo curso y había sido rechazado. Al principio había provocado cierta tensión en el grupo: mientras Michael Stig se pavoneaba, Lars Jørgensen se desesperaba.

—Se lo diré.

Louise volvió al salón donde su compañero estaba estudiando el estante de los CD.

—Heilmann quiere que volvamos a la jefatura. Yo tengo un interrogatorio y quiere que tú estés presente cuando se pongan con el ordenador.

Lars Jørgensen asintió con la cabeza y paseó la mirada una última vez por la estancia para memorizar todos los detalles. Era bonita, sencilla, sin ningún tipo de decoración superflua. Los muebles eran estilizados. Podían perfectamente ser de IKEA, pero combinados con las lámparas y las fotografías enmarcadas en las paredes parecían exclusivos. No había montones de papeles diseminados por todos lados, ni ningún desorden, ni mantas colgadas de cualquier manera de los apoyabrazos de las butacas.

—¿A qué se dedicaba? —preguntó Louise antes de salir al vestíbulo.

—Agente inmobiliario.

Lars Jørgensen había repasado dos de las carpetas que había en el estante del estudio.

—Trabajaba para una de las grandes cadenas con oficinas en Falkoner Allé.

Louise fue a la cocina para recoger su bolso y su cazadora. En realidad no le sorprendía, pues no resultaba muy descabellado afirmar que se podían llegar a saber muchas cosas de la gente echando un vistazo a sus pertenencias. Aquí se percibía un gusto por la calidad en cada detalle y la sensación de que la inquilina tenía bastante experiencia en interiorismo. Seguramente era muy propio de una agente inmobiliaria.

Louise asomó la cabeza a través de la puerta del baño donde los dos técnicos de Criminalística estaban inclinados sobre el desagüe del lavabo.

–¡Suerte! Nos vemos –dijo, y agitó la mano en señal de despedida.

–Muy bien.

Frandsen se despidió de ellos llevándose dos dedos a la sien.

–Se le notaba que había conocido a alguien que era diferente a todos los demás. No hablaba de otra cosa desde su primer encuentro.

Marianne With estaba sentada en el borde de la silla. La amiga de Christina Lerche se había recogido la cabellera oscura en un moño y se lo había prendido con un pasador en lo alto de la cabeza. Su tez era tersa y no llevaba ni pizca de maquillaje. Tenía treinta y tres años, como Christina, y llevaban trabajando juntas cuatro.

–Tenía unas tremendas ganas de vivir y una alegría que yo le envidiaba. –Marianne se hundió en el asiento y volvió la mirada hacia su interior, absorta en sus pensamientos, antes de proseguir–: Pero también era el tipo de mujer de la que podías hartarte con cierta facilidad. Estaba completamente obsesionada con las citas por internet. Había colgado su perfil en no sé cuántas páginas, y nunca hizo nada por ocultarlo. No era raro que saliera con más de uno en una semana, pero en cambio no solía quedar con el mismo más de una o dos veces. Parecía que solo le interesaba el primer contacto. Luego lo desechaba, lo apartaba de su vida, y al día siguiente volvía a la carga.

Louise estudió a la mujer de pelo oscuro mientras hablaba. No cabía duda de que no aprobaba el comportamiento de su amiga, pero al mismo tiempo había cierto tono de envidia en su voz. La conducta de Christina Lerche, tal como la describía su amiga, no era insólita. No hacía mucho, en una de las reuniones del departamento, una investigadora sueca de estilos de vida les había hablado del creciente número de adictas a las citas por internet.

–Pero todo cambió después de conocer a este tipo en cuestión –prosiguió Marianne.

El tono ligeramente acusador había desaparecido de su voz. De pronto era claramente triste.

–Creo que él llegó a seducirla con su galantería. Christina casi hizo que pareciera una heroicidad cuando me contó que la había acompañado hasta el metro.

Marianne With volvió a hundirse en la silla. Se quedó mirando fijamente al suelo hasta que finalmente se enderezó y dijo:

–De vez en cuando he llegado a pensar que se merecía una azotaina.

Su voz se empañó, y Louise se preparó para que rompiera a llorar.

–Se irritaba muchísimo cuando aparecía un ramo de flores en la oficina de parte de uno de los que había desechado –prosiguió, sin que su voz se quebrara–. Perdía el interés con tanta facilidad que seguramente a los hombres ni siquiera les daba tiempo a darse cuenta de que ella ya había cortado con ellos.

Hizo una breve pausa.

–No debería hablar así de ella –dijo entre sollozos.

–¿Qué día quedaron? –dijo Louise con todos los sentidos en alerta y obviando los autorreproches de la testigo. Su pregunta llegó de manera tan súbita que la amiga de Christina Lerche la miró confundida.

–¿A qué te refieres?

–Cuéntame todo lo que sepas de la cita de tu amiga. ¿Dónde estuvieron y cuándo la acompañó al metro?

–Debió de ser el lunes o el martes.

–Es decir, ¿que solo pasaron tres o cuatro días desde que se vieron por primera vez hasta que él la asesinó?

Louise estaba ansiosa por saber más, pero intentó evitar presionar a la amiga para que esta no se bloqueara.

–Pues es como si hubiera pasado más tiempo, pero tuvo que ser en la misma semana. La semana antes estuvimos en un seminario. Entonces todavía no se habían visto. Aunque me contó que se escribía con alguien que parecía interesante. Estoy bastante segura de que fue el lunes. Habían quedado en el barrio de Nyhavn después del trabajo.

–¿Cenaron juntos? ¿O fueron al cine?

Louise rebuscó en la memoria para recordar qué otra cosa podía hacerse en una primera cita.

–Pues no. Era una de las cosas que según ella era tan fantástica en él. Sencillamente estuvieron charlando, y parecía que estaba impresionada por haber conocido a un hombre que sabía muchas cosas y que al mismo tiempo era galante. Me contó que estuvieron hablando un par de horas hasta que finalmente él le preguntó educadamente si podía invitarla a cenar el viernes. Fue después de que ella hubiera aceptado la invitación cuando él la acompañó al metro.

–Es decir, que fue a última hora de la tarde o a primera de la noche.

Marianne With asintió con la cabeza.

Louise dio por concluido el interrogatorio y se despidió de la testigo después de agradecerle que hubiera venido. Luego se fue directamente al despacho de Heilmann.

–Tendremos que repasar las grabaciones de la videovigilancia del metro –dijo antes incluso de llegar al escritorio y sentarse en la silla de las visitas. Se dejó caer y expuso brevemente lo que le había contado la amiga de Christina.

–Empezaremos visionando lo que grabaron las cámaras en los andenes de Kongens Nytorv, luego siempre podemos repasar las grabaciones de las escaleras si no aparecen allí.

–¡Fantástico! –exclamó Heilmann. No solía ser tan efusiva, pero se había vuelto algo menos formal desde que volvió del permiso.

–Tendremos que pedirles que detengan todas las cámaras en los trenes mañana por la mañana –dijo Louise, y se incorporó excitada en la silla–. Graban semana por semana, y luego reutilizan las cintas.

Heilmann asintió con la cabeza.

–Llamaré a la central de control a primera hora de la mañana.

Louise sonrió y se reclinó en la silla.

–Ya lo tenemos –canturreó.

–Suhr acaba de irse a casa para pasar la noche del domingo con la familia –dijo Heilmann–, pero ha preparado una nota de prensa que sacaremos mañana. Estamos buscando testigos que hayan estado en contacto con un hombre cuya descripción concuerde con nuestro agresor. Y mujeres que hayan sufrido el mismo tipo de agresión, pero que no lo hayan denunciado. También las alertaremos contra él. Sencillamente es

demasiado peligroso no hacerlo.

–Si lo encontramos en las cintas de vigilancia podremos publicar su fotografía el martes –dijo Louise–. De hecho, podría ir ahora mismo. ¿Crees que habrá alguien que pueda mostrármelas hoy?

Acordaron que lo mejor sería ver las cintas en el reproductor adecuado. Normalmente les enviaban un CD con las grabaciones que luego visionaban en la jefatura de Policía, pero solía disminuir la calidad.

Heilmann miró el reloj. Eran casi las siete de la tarde.

–No, tendrá que ser lo primero que hagamos mañana por la mañana. Tú y Lars Jørgensen quedaréis con Metro Service después de la reunión matinal.

Louise salió para buscar a su compañero. Estaba sentado junto a Toft, y todavía no habían acabado con el ordenador de Christina.

–No avanzaremos con este hasta que no haya pasado por la CCU. Por lo que hemos podido ver, llevaban escribiéndose cerca de dos semanas, pero necesitamos rastrear los correos que él le envió. Nuestro programa nos conduce a varios servidores, y no vamos a sacar nada en claro. De todos modos necesitaremos una orden para que los cuatro servidores nos puedan facilitar las direcciones IP. Todavía tardaremos un par de días.

Toft parecía abatido.

Louise sonrió y le dio una palmadita en el hombro.

–Tranquilo, tenemos otra manera de cogerlo.

Thomas Toft se subió las gafas a la frente y apartó la mirada de la pantalla del ordenador. Para entonces ya había captado por el tono de voz de Louise que había novedades.

–¿Qué ha pasado?

Lars Jørgensen no reaccionó. Todavía tenía en la mano las copias de los correos electrónicos que habían intercambiado Christina y Jesper Bjergholdt, y Louise supuso que él creía que iba a contar lo del hallazgo del condón en el piso.

–Mañana iremos a recoger una fotografía de él. Y tú me acompañarás –dijo, dirigiéndose a Lars Jørgensen.

–¿Recoger? –exclamaron al unísono.

–El mismo día que cenó con Susanne Hansson en el Tívoli pasó la tarde tomando cerveza de barril con Christina Lerche en Nyhavn. Antes de acompañarla hasta el metro de Kongens Nytorv e invitarla a cenar el viernes. Tenemos que visionar las cintas de vigilancia del metro entre las diecisiete y las diecinueve horas. La amiga no supo decirme cuándo se separaron. Pero sabemos que luego estuvo en el Tívoli, así que tuvo que ser más o menos a esa hora.

Los dos hombres la escuchaban muy atentos.

–Será muy interesante comprobar si también ha aprendido a mantenerse fuera del alcance del objetivo de las cámaras, porque no es tan fácil, ¿sabéis? –dijo Toft, que era quien tenía mayor experiencia en el departamento.

–No nos pongamos en lo peor todavía –interrumpió Louise, y adoptó un tono de voz alegre–. No es intocable, lo demostró en su última agresión al perder el control y dejar

sus huellas dactilares en la pared, y luego siendo tan estúpido como para tirar un condón usado en el váter. Cree que tiene el control, pero de vez en cuando se equivoca.

Los dos hombres asintieron con la cabeza, y Louise prosiguió:

—Al menos ahora tenemos una pista que seguir.

Antes de volver al despacho para recoger la mesa después del interrogatorio de la amiga de Christina Lerche, Louise les anunció que se iba a casa y que si la necesitaban para algo tendrían que aprovechar para pedírselo ya.

—No hay nada —dijo Toft—. Entregaremos el ordenador ahora mismo, y ya veremos qué pueden sacar en limpio los expertos.

Louise se despidió agitando la mano y les deseó una feliz tarde de domingo.

—¡Hola! —gritó Louise en cuanto abrió la puerta del piso. Oyó voces, y poco después se le acercó Markus corriendo y le dio un abrazo. Camilla y Peter estaban sentados a la mesa de la cocina con una botella de vino tinto. Los platos vacíos estaban apilados sobre la encimera junto con una olla. En el fregadero había una enorme sartén que habían puesto en remojo.

—Buen provecho —dijo Louise. Echó un rápido vistazo al desorden y de pronto se sintió cansada. Se fue al baño para asearse un poco. Una autopsia, la inspección ocular del escenario de un crimen y un interrogatorio dejaban sus huellas.

—¿Has comido? —preguntó Peter desde la cocina.

Louise había sacado un paquete de crackers del cajón de su escritorio antes de que llegara la amiga de Christina, pero por lo demás no había ingerido nada sólido desde que abandonaron la casa de sus padres.

—La verdad es que no. ¿Queda algo?

Se acercó a la encimera y echó un vistazo al interior de la olla. En el fondo quedaban algunas patatas nuevas. Sacó un par de rebanadas de pan de centeno, las untó con abundante mantequilla, cortó las patatas en rodajas y las salpimentó.

—¿Vino? —le ofreció Peter. Le costaba ocultar que todavía le guardaba rencor por haber interrumpido su fin de semana, pero al menos lo intentaba.

Louise sacudió la cabeza, salió a la escalera de servicio y cogió una de las latas de cerveza que guardaban allí. Hasta entonces no había caído en la cuenta de que Camilla la había estado mirando sin decir nada. Ni siquiera se había levantado para darle un abrazo. Tuvo la extraña sensación de que habían estado hablando de ella, y que Peter había aireado sus frustraciones. Lo que más le apetecía en ese momento era llevarse su comida al salón y echarse frente al televisor, pero seguramente no sería bien recibido, y al fin y al cabo también habría resultado un poco extraño, pensó.

Con una sonrisa forzada en los labios se llevó la cerveza y el plato hasta la mesa redonda de la cocina y tomó asiento. Había velas encendidas y la botella de vino estaba casi vacía. Llevaban un buen rato allí, pensó. Markus estaba pegado a la Playstation de Peter en el dormitorio, así que solo salía algún que otro grito victorioso de allí.

—¿Pasa algo?

Louise miró expectante a Camilla.

—¿Has tenido un buen fin de semana?

Por fin su amiga sonrió.

—He tenido un fin de semana fantástico, y gracias por haberos hecho cargo de Markus.

—¡Déjalo ya! No lo dije para que me dieras las gracias. ¡Cuenta! ¿Quién es?

Camilla se sonrojó levemente, y Louise se dio cuenta enseguida. No ocurría muy a menudo.

—¿Qué clase de tío es? —dijo para ayudar a su amiga a soltar la lengua.

Peter se levantó y empezó a llenar el lavaplatos.

—Se llama Henning...

—¡Henning!

Por segunda vez en un mismo día Louise no fue capaz de contenerse, y se apresuró a preguntar si también tenía apellido.

—Sí. Zachariassen. Es padre divorciado de una niña de la edad de Markus.

—¿Dónde lo conociste? ¿Dónde vive?

—¡Eh, calma!

Peter se volvió hacia ellas.

—Camilla ha sido tan amable de esperar a que llegaras, así que tendrás que darle tiempo para que arranque.

—¡De acuerdo! Cuéntanoslo todo, de principio a fin. Quiero decir, no hace falta que ahondes en los detalles más íntimos, claro —se apresuró a añadir.

—Acabo de conocerle.

La sonrisa que Louise había esbozado cuando animó a su amiga a hablar se agarrotó hasta convertirse en una mueca que le costaba controlar. Renunció a darle otro mordisco a la rebanada de pan y dejó el tenedor sobre el plato.

—¿Tiene el pelo oscuro?

Camilla asintió con la cabeza y ronroneó con una voz melosa:

—Mmm.

Siempre había descrito a su hombre ideal como de pelo oscuro y bastante más alto que sus propios ciento setenta centímetros.

—¿Lo has conocido a través de internet?

La voz de Louise cortó el ambiente acogedor de la cocina como un cuchillo, absolutamente desprovista de cualquier tono alentador o complaciente.

Peter, que estaba lavando la sartén, la dejó en el fregadero de golpe y se volvió hacia ella, indignado.

—¡Ya basta! ¿Acaso has pasado por alto que de hecho hay muchos solteros que se conocen así? —preguntó, y le lanzó una mirada acusadora a Louise.

Louise no se dignó siquiera a mirarle, sino que siguió hablando en un tono agrio:

—¿Tienes una foto suya?

Camilla negó con la cabeza. Su voz melosa había sido sustituida por un gruñido malhumorado:

—No, pues claro que no. ¿Qué demonios te pasa? ¿No podrías alegrarte porque he conocido a un hombre con el que me apetece estar?

—Por supuesto que sí.

Peter había dejado la sartén en el fregadero y se sentó a la mesa.

–En circunstancias normales me alegraría –rectificó Louise.

–Pero en tu mundo, internet no son circunstancias normales –la interrumpió Camilla, antes de que le hubiera dado tiempo a Louise a explicarse.

Louise levantó ambas manos en un gesto de rechazo.

–No tiene nada que ver. Podría alegrarme si no fuera porque acabo de presenciar la autopsia del cadáver de una mujer que tenía un par de años menos que tú en el Instituto Anatómico Forense. La noche anterior, es decir, el viernes por la noche, esta mujer invitó a su casa a un tipo de pelo oscuro que había conocido a través de internet, y... –Louise volvió a levantar una mano para que no la interrumpieran–, posiblemente este mismo hombre de pelo oscuro sea el que maniató, amordazó y violó a Susanne Hansson el lunes por la noche. Las dos mujeres tenían en común que, desgraciadamente, sucumbieron a su perfil en internet. Así que creo que estoy en mi derecho de mostrarme un poco reticente.

El silencio se instaló alrededor de la mesa. Louise ya no tenía que luchar por hacerse oír.

–Y esta mañana, en la sala de autopsias –prosiguió–, llegué a creer por un instante que podías ser tú quien estaba echada sobre la mesa. Por cierto, la chica también vivía en Frederiksberg.

–¡Ya está bien! –exclamó Camilla, asustada.

Peter había posado una mano en la nuca de Louise y la acariciaba con el pulgar.

Cuando Louise percibió un cambio en la mirada de Camilla, se apresuró a añadir que no quería hablar más de los dos casos.

–Suhr emitirá un comunicado de prensa mañana.

La reportera de sucesos que de pronto tenía enfrente ignoró por completo este último comentario.

–¿Hay dos víctimas? ¿Eso significa que estáis buscando a un violador en serie?

Louise asintió con la cabeza, aunque siguió sosteniendo obstinadamente que no diría nada más.

–¿Cuándo entra Suhr a trabajar por la mañana?

–Justo antes de la reunión matinal de las ocho.

–Entonces pienso llamarle esta misma noche.

La dulzura y la placidez que habían caracterizado el rostro de Camilla hasta entonces habían desaparecido. La mecha estaba prendida. Por lo visto, su relato había pasado a un segundo plano ante la perspectiva de un caso que sin duda coparía las portadas de los periódicos en los próximos días. Se disponía a levantarse cuando Louise posó una mano en su brazo y le pidió que se quedara sentada y le siguiera contando.

–¿Qué sabes de Henning?

–Sé muchas cosas de él. Es fantástico, no tiene nada de criminal. Aunque tú no lo creas.

–Yo no creo nada –dijo Louise, cansada–. Solo sé que ahora mismo hay un tipo con un don especial para meterse en las bragas de las chicas que conoce a través de internet. Es

un hombre tremendamente brutal y calculador. Y luego encima es astuto. De momento se ha asegurado que no podamos rastrear el lugar desde donde se conecta.

—Entonces ya puedes descartar a Henning —se jactó Camilla, y se bebió el resto del vino—. ¡Escribe desde su salón en Sorø!

—¡En Sorø! ¿Henning es de Sorø?

Louise no pudo reprimir una sonrisa.

—¿Y ahora qué tiene eso de malo? ¿Has estado allí alguna vez?

—Sorø no tiene nada de malo.

De pronto se echó a reír. Peter la miraba de reojo, pero unos pequeños temblores en sus mejillas revelaron que también a él le estaba entrando la risa.

—A lo mejor Henning también lleva calcetines blancos con sandalias.

La risa liberó la tensión que se había instalado en su diafragma al entrar en la cocina, y se abrió paso a través de su cuerpo, arrebatándole cualquier posibilidad de recobrar el control.

Camilla echó la silla hacia atrás, ofendida.

—¡Ya está bien! Por supuesto que no. ¿Y qué más da si así fuera? Se puede perfectamente estar bueno y llevar calcetines de deporte blancos.

Este último comentario hizo al fin que Peter estallara.

El mantra de Camilla siempre había sido que prefería acabar como una vieja solterona que juntarse con un tío de pueblo que llevase calcetines deportivos con sandalias de *trekking*.

Las risas y la explosión indignada de Camilla atrajeron a Markus, que entró en la cocina corriendo.

—¿Qué hacéis?

—Nada —dijo su madre—. Son Louise y Peter que están locos.

El niño se quedó en la puerta mirándolos, pero al final renunció a enterarse de lo que se había perdido y volvió al dormitorio para retomar el juego.

Louise volvió a ponerse seria.

—No es por ser paranoica, pero no hay manera de que puedas saber si Henning te escribe desde su casa en Sorø, solo porque te haya dicho que lo hace.

—¿Por qué iba a mentirme? —preguntó su amiga en un tono de voz más sereno. Se había colado un ligero matiz de inseguridad en su voz, y por lo visto ya no se tomaba las palabras de Louise como un ataque, sino que escuchaba en lugar de defenderse.

—Y seguramente no lo haga. Pero nuestro agresor hizo creer a sus víctimas, al menos a la primera —corrigió Louise—, que estaba en su piso, cuando de hecho enviaba sus correos desde un ordenador público. Así que no puedes estar segura. ¿Estuvo en tu casa toda la tarde del viernes?

Camilla se disponía a defenderse de nuevo, pero se rindió y dijo en su lugar:

—Sí, hasta las ocho. Luego había quedado.

—¿Con quién? —preguntó Louise.

Su amiga se encogió de hombros y reconoció que no se lo había preguntado. Al fin y al cabo era su primera cita.

—Conozco un montón de historias maravillosas de gente que se ha conocido de esta manera —dijo Camilla al rato. Peter se había levantado y había retomado las tareas domésticas—. Y solo he sabido de muy pocas que hayan salido mal —prosiguió—, y ya no te digo de las que tú me hablas.

—Ya lo sé —se apresuró a decir Louise. Ella también conocía varias historias con final feliz, y hacía tiempo que simpatizaba personalmente con los solteros que preferían escribirse con una pareja en potencia antes que salir por ahí a buscar entre los que criaban polvo en los bares del centro un fin de semana sí y otro también.

Ablandada por las concesiones de Louise, Camilla reconoció que naturalmente había algún que otro impostor que se divertía como pez en el agua haciendo y deshaciendo identidades que tan solo existían en su imaginación.

—Una vez escribí sobre una chica que conoció a un fantasma —contó—. Le hizo creer que se estaba construyendo una enorme hacienda en España. Ella le prestó dinero varias veces porque él le dijo que los bancos españoles no atinaban a la hora de hacerle una transferencia desde su propia cuenta. Así que ella pagó encantada, pensando que él estaba enviando su dinero a los currelas en España para que la piscina pudiera estar terminada cuando fueran allí por vacaciones.

Camilla cogió aire y reflexionó.

—La relación no terminó hasta que ella finalmente descubrió que él no poseía ni una miserable jardinera en España. Su dinero había desaparecido, y él también se esfumó en cuanto ella le cerró el grifo.

—También hay que ser ingenua para que te pase algo así —dijo Peter desde el fregadero.

Louise sacudió la cabeza levemente.

—Es inevitable que este universo atraiga a estafadores y psicópatas. El problema es que es endemoniadamente complicado descubrirlos a través de una pantalla —filosofó.

—¡Pues entonces si tanto le cuesta a alguien discernir la verdad de la mentira no tendrá más remedio que contratar a un detective privado!

Louise se tomó el comentario de su amiga como una broma.

—¡Pues hay gente que lo hace! —exclamó Camilla al ver su sonrisa—. Las agencias de detectives tienen cada vez más casos de este tipo.

—Entonces a lo mejor deberías pedirle a uno de esos detectives que le eche un vistazo a Henning, por si acaso —propuso Louise, y supo de inmediato que acababa de malbaratar el buen ambiente.

—No es él. Es un hombre normal y corriente que está muy lejos de ser un violador.

Camilla se levantó y se fue al salón para avisar a Markus de que ya era hora de que volvieran a casa. Tras una breve discusión los dos volvieron a la cocina y el niño empezó a ponerse los zapatos.

Louise se había levantado y los esperaba en el pasillo. Camilla se detuvo frente a ella, posó los brazos sobre sus hombros y la sacudió suavemente mientras Markus iba a la cocina para despedirse de Peter.

—¿Me prometes que no volverás a hacerlo? A veces sospecho que no quieres que encuentre la felicidad.

Louise se obligó a sí misma a quedarse. Sintió que la sacudida cariñosa explotaba como un golpe que se propagó con una fuerza inusitada hasta su corazón. Se repuso ligeramente mientras rodeaba a su amiga con los brazos y la estrechaba contra sí.

—No hay nada que desee más. Solo te digo que hay que ir con cuidado.

—No confías en mi capacidad de discernimiento.

La voz de Camilla se había convertido en un susurro.

—No era mi intención. Perdóname. Simplemente no tengo ganas de que me envíen a tu piso y te encuentre maniatada. Pero no te preocupes, no lo haré más. Me doy cuenta de que soy una entrometida.

Cuando se hubieron despedido, Louise se quedó en el rellano siguiéndolos con la mirada mientras bajaban las escaleras. Sentía una terrible pesadez en el cuerpo y las palabras de Camilla la habían dejado aturdida. Cerró la puerta y se fue a la cocina para echarle una mano a Peter.

¿No quiero que sea feliz?, pensó. Por supuesto que sí, pero a veces Camilla se lanzaba de cabeza en asuntos que no había acabado de ponderar bien, y eso era lo que le preocupaba.

Puso en marcha el lavaplatos y se fue al baño para lavarse los dientes.

Según la estadística, Camilla no era la típica víctima de una violación. Pero tampoco lo era Christina Lerche, y eso sencillamente significaba que su primera hipótesis, según la cual el agresor buscaba a mujeres de carácter más retraído que soñaban con encontrar a un hombre y una vida en pareja estable y segura, se había ido a pique.

Peter estaba sentado frente al televisor viendo una película que parecía estar muy avanzada. Louise se fue al dormitorio para ponerse el pijama. Cayó en la cuenta de que en realidad no sabía qué era lo que Camilla escribía en su perfil. A lo mejor ponía precisamente que llevaba años sola con su hijo y que echaba de menos una pareja con la que compartir la vida. A lo mejor era difícil vislumbrar a esta urbanita empedernida, a quien jamás se le ocurriría ofrecerle a sus pies unos zapatos que costaran menos de mil coronas, entre los deseos y reflexiones que expresaba a la hora de buscar pareja. Louise no tenía ni idea, y tampoco era de su incumbencia. Naturalmente que le deseaba lo mejor a Camilla, incluso aunque la felicidad tuviera su domicilio en Sorø.

Volvió al salón, se sentó en el sofá al lado de Peter y se cubrió con la manta.

—¿Qué película es? ¿Qué ha pasado?

Puesto que Peter solo había visto los últimos diez minutos le ofreció un resumen bastante breve, así que Louise renunció a seguir la trama y en su lugar cerró los ojos.

–Podéis utilizar la sala de allí. Ahora mismo estamos buscando las cintas. Por lo que tengo entendido queríais ver los dos extremos del andén de Kongens Nytorv y las escaleras, ¿verdad?

Lars Jørgensen lo confirmó.

El jefe del archivo de cintas estaba esperándolos cuando llegaron. Juntos habían pasado por delante del centro de control del Metro donde se vigilaban constantemente las estaciones. Más allá, en el mismo pasillo, estaba el archivo con sus estrechas estanterías de hierro llenas de las grabaciones de todas las estaciones de metro.

–Hay pantallas y dos reproductores en la sala contigua. –El hombre señaló un cuarto del tamaño de una caja de puros–. Toda la vigilancia ha sido pasada a un CD-ROM, así que si os resulta más cómodo, podéis llevaros lo que queráis a Jefatura –les ofreció.

–No, está bien así.

Louise estaba impaciente por poner manos a la obra y no contaba con que tardarían mucho en encontrar lo que buscaban. Tenían que revisar las cintas que cubrían un intervalo de unas dos horas, y había cobertura desde dos ángulos, así que cada uno de ellos podía concentrarse en una sola parte de la estación. En primera instancia solo se concentrarían en el lado del andén donde los trenes salían en dirección a Vanløse puesto que Christina Lerche vivía en Frederiksberg.

–Aquí tenéis –dijo un hombrecito rubio que entró para poner en marcha los reproductores–. ¡Aquí tenéis algo con lo que divertiréis!

Le dieron las gracias y se quedaron de pie hasta que se hubo marchado.

Al salir de la jefatura de Policía después de la reunión matinal, había pasado por el piso de Christina, y Lars Jørgensen subió para hojear el álbum de fotos que había visto en la estantería del dormitorio. Cuando volvió al coche tenía tres fotos en la mano. Fotografías de las vacaciones de una mujer alegre y viva. Dos de ellas, primeros planos, y otra de cuerpo entero. Dejaron las imágenes sobre la mesa entre los dos y dedicaron un momento a averiguar cómo funcionaban los reproductores.

–¿Queréis un café? –preguntó el hombre del archivo mientras seguían ocupados con los botones de los reproductores.

–Sí, por favor.

Louise se volvió y le sonrió.

–¿Serías tan amable de instruirnos un poco, para que sepamos cómo se pone la grabación a cámara lenta y en pausa?

Louise había repasado las funciones más habituales, pero sabía que necesitaría ralentizar las imágenes en cuanto los pasajeros empezaran a entrar y salir de los vagones del metro. El ritmo era acelerado, y había mucha aglomeración cuando la gente volvía a casa del trabajo.

–Con el botón de la derecha ralentizas el ritmo y si lo mantienes pulsado, la cinta se pone en pausa.

El hombrecillo dejó dos tazas de café sobre la mesa, y a Louise le pareció que se detenía en las fotografías de Christina.

Lars Jørgensen también se había dado cuenta. Las cubrió con el codo y el antebrazo y

dijo con una amabilidad exagerada:

—¡Gracias por el café!

—De nada —dijo el hombre del archivo, y se retiró cohibido—. Si hay cualquier cosa me llamáis.

Los dos compañeros se acomodaron en las sillas y pusieron en marcha las cintas.

—¡Qué típico! Justo en el momento del día en que los trenes entran a intervalos de minuto y medio. Un tren sucede a otro —dijo Louise, ligeramente malhumorada. Estaba sentada con la nariz pegada a las pantallas, siguiendo concentrada a las personas que bajaban al andén. De vez en cuando detenía la máquina si varias personas se acercaban demasiado y al mismo tiempo y alguien quedaba fuera del alcance de la lente de la cámara.

Tras media hora larga había empezado a dolerle la cabeza, y se sobresaltó cuando finalmente ocurrió algo.

—Aquí la tenemos —dijo Lars Jørgensen, rompiendo así el intenso silencio que se había instalado en el cuarto.

Seguía el flujo de personas que bajaban por las escaleras mecánicas desde Kongens Nytorv.

Al volverse hacia él, Louise volcó sin querer una de las tazas de plástico con café. Se puso de pie de un salto y cogió las fotografías de Christina.

—¡Mierda!

El hombre del archivo acudió enseguida y preguntó si pasaba algo.

—¿Tienes algo con lo que pueda secar esto? —preguntó Louise mientras intentaba poner un dique al líquido de color café que se estaba precipitando por el borde de la mesa.

Apenas había pasado un instante cuando volvió y les ofreció un rollo de papel de cocina que parecía haber sacado de la nada. Mientras tanto, Lars Jørgensen se había vuelto de manera que su espalda tapara las pantallas. Se quedó así sentado hasta que el hombrecito se fue.

—Disculpa —se lamentó Louise—. ¿Me dejas ver?

Lars Jørgensen rebobinó un poco la cinta. La cámara de vigilancia no abarcaba la parte superior de las escaleras mecánicas, pero a mitad de ellas apareció una mujer rubia con un gran bolso colgando del hombro. Se apoyaba en el pasamanos, tenía la cabeza vuelta hacia atrás y vieron que hablaba con el hombre en el escalón de arriba, pero no conseguían distinguir con claridad el rostro de la mujer. Tampoco facilitaba las cosas que un torrente de personas ajetreadas adelantara al galope a la pareja por el lado izquierdo de las escaleras. A bote pronto, Louise le adjudicó al hombre unos treinta y cinco años. Su cabellera oscura le caía sobre la frente, y ocultaba su rostro cada vez que se inclinaba hacia delante para oír lo que le decía la mujer.

No pudieron ver bien a la pareja hasta que no llegó al rellano y dio la vuelta para seguir por el segundo tramo de las escaleras mecánicas.

—¡Son ellos! —dijo Lars Jørgensen con gran énfasis, y puso la cinta en pausa.

Louise se acercó todo cuanto pudo y sostuvo en el aire la fotografía de Christina Lerche de cuerpo entero para comparar. El tipo le daba la espalda a la cámara.

–Es ella –repitió su compañero, le dio al *play* y mantuvo pulsado el botón.

Con unos movimientos exageradamente lentos la gente volvió a ponerse en marcha. La mujer avanzó de manera que la cámara alcanzó el lado derecho de su rostro desde un ángulo oblicuo.

–Detenla –exclamó Louise–. Detenla del todo.

Colocó uno de los primeros planos al lado de la pantalla.

–¡No es Christina Lerche, maldita sea! La de aquí tiene una sonrisa muy distinta. También creo recordar que Christina llevaba el pelo más largo. A esta solo le llega hasta los hombros.

–Puede haberse cortado el pelo –señaló Lars Jørgensen, ligeramente irritado.

–La vi ayer. Es cierto que su pelo colgaba por el borde de la mesa de autopsias, pero al menos debía de llegarle por debajo de los hombros.

Lars Jørgensen gruñó, claramente decepcionado. El hombre de pelo oscuro había inclinado la cabeza y se concentraba en colocar bien los pies en el suelo.

–Echémosles un vistazo en mi cinta cuando bajen al andén.

Louise rodó sobre su silla y volvió a ponerse frente a su pantalla, lista para verlos llegar, pero no aparecieron. Comparó el código de tiempo con el que corría en el aparato de Lars Jørgensen. Eran casi iguales, y por lo tanto la pareja debería haber aparecido.

–¡No están!

–Rebobina y vuelve a intentarlo.

–Los habría visto de haber aparecido –dijo Louise en un tono que echaba a pique cualquier duda–. Deben de haber cogido el metro en dirección a Amager. Podemos vigilar por si él vuelve a aparecer. Debería hacerlo si lo único que pretendía era despedirse de ella –constató, e intentó ocultar de alguna manera su irritación.

–He apuntado el número de la cinta y el código de tiempo para que pueda volver a encontrarlos. Sigamos buscando –dijo Lars Jørgensen en un tono de voz que dejaba bien a las claras que solo se rendía a regañadientes–. Si no encontramos a nadie más que se les parezca podríamos pedirle a la amiga que eche un vistazo a la pareja.

–Buena idea –concedió Louise.

La concentración resultaba agotadora. Su mirada seguía obstinadamente a los pasajeros que subían y bajaban de los vagones. Llevaban un cuarto de hora así cuando de pronto Louise pulsó el botón de *stop* con el pulgar.

–¡Ahí!

En el extremo más alejado del andén había una pareja charlando.

–Deben de haber cogido el ascensor –dijo Louise, y miró fijamente a la chica rubia. Ya no había duda. Era Christine Lerche que sonreía apasionada y asentía con la cabeza a todo lo que decía su acompañante. Le dio un rápido abrazo cuando se separaron y empezó a avanzar por el andén preparándose para subir al tren. Al mismo tiempo, él se metió en el ascensor, entre un cochecito de niños y una bicicleta, para volver a subir.

Louise detuvo la cinta y rebobinó un poco. Ahora estaban profundamente concentrados siguiendo al hombre. El pelo oscuro en la nuca era ligeramente ondulado.

–Un metro ochenta y cinco –conjeturó Lars Jørgensen.

—¡Venga, date la vuelta para que podamos verte!

Louise tamborileaba los dedos contra la mesa. El hombre no parecía consciente de que lo estuvieran grabando, pensó. Y sin embargo mantenía el rostro constantemente apartado de la cámara de la estación.

Lars Jørgensen rebobinó la cinta, y volvieron a visionar la escena una vez más.

Resulta difícil reforzar la descripción partiendo de esto, pensó Louise. Tomó buena nota de que era esbelto. Estaba demasiado lejos para que se distinguieran sus facciones nítidamente, pero tenía cierto aire aristocrático. Su nariz era ligeramente curvada y sus labios turgentes.

Lars Jørgensen descansaba la cabeza en las manos. Ambos sabían que no tenían gran cosa en qué apoyarse. No podían entregar una espalda y una silueta difusa a la prensa. Louise rebobinó la cinta hasta el principio sin que ninguno de ellos abriera la boca. No había ningún motivo para servirle en bandeja el resultado de su búsqueda al hombrecito del archivo que sin duda intentaría descubrir qué habían estado buscando en cuanto se hubieran ido.

Apareció en la puerta e hizo un gesto hacia la pantalla apagada.

—¿Estabais buscando a la mujer de la que escriben hoy en todos los periódicos?

Louise se disponía a negarlo. Se lo imaginó sentándose frente a la pantalla y haciendo avanzar la cinta hasta encontrar a Christina Lerche, que luego compararía con la vieja fotografía que uno de los periódicos había conseguido encontrar. No tenía ningún motivo para pensar así de él, pero estaba de mal humor e irritada porque no hubieran conseguido nada más de aquella búsqueda, y alguien tenía que cargar con la culpa. Sin embargo, asintió con la cabeza y confirmó su pregunta, a pesar de que no sabía lo que habían conseguido publicar los periódicos.

—Es una historia terrible —murmuró el hombrecito, y los siguió hasta las escaleras, donde desapareció en la sala de grabaciones.

—¿Por qué no asistimos a una fiesta de citas este viernes? —preguntó Camilla mientras ella y Louise estaban sentadas en el Café Svejlk esperando a Peter. Louise contemplaba la marea de gente que seguía el sendero de Andebakke en el parque de Frederiksberg Have mientras escuchaba a su amiga—. Si realmente es tan activo en internet, a lo mejor hay una posibilidad de que se presente en una fiesta de citas. Allí te encuentras con los demás que han colgado su perfil en la página.

—¡La verdad es que no creo que sea demasiado probable que aparezca cuando acaban de publicar su retrato en todos los periódicos del país!

Estaban tomando cerveza checa. Habían tenido mucha suerte, pues una de las mesas de la terraza que daba al pequeño lago había quedado libre en cuanto llegaron. A Peter le había parecido bien la idea de reunirse para una cerveza, pero cuando ya estaban en camino había llamado para advertirles que todavía tardaría un rato. Markus se quedaría a dormir en casa de un amigo, así que Camilla no tenía prisa en volver a casa.

Louise seguía afectada por la decepción de la mañana. Cuando volvieron a la jefatura de Policía, a Suhr le había costado aceptar que no hubieran sacado nada de las cintas.

Había suspendido el comunicado de prensa que estaba a punto de publicar, y había insistido en visionar personalmente las grabaciones de la estación de metro. Louise se había metido en el despacho de Heilmann maldiciéndolo por poner en duda su trabajo, a sabiendas de que naturalmente las cintas acabarían en su despacho donde él mismo constataría que las imágenes eran inservibles. Al final de la tarde, Suhr se había acercado al despacho y, parado en la puerta, había reconocido que era difícil que pudieran utilizar las grabaciones de la estación para la descripción, al tiempo que decidió que retendría el comunicado de prensa porque no disponían de una imagen servible del agresor.

Antes de irse le pidió a Heilmann que reservara un rato después de la reunión matinal del martes para que pudieran discutir cómo había que redactar la advertencia. Había llegado a la conclusión, tal como habían planteado en un principio, de que tendrían que buscar a mujeres que hubieran sufrido agresiones parecidas. Sin embargo, había decidido que sería demasiado alarmante advertir a todas las mujeres para que no se citaran con hombres de pelo oscuro de unos treinta años y con perfil en internet. Pero mientras Louise llevaba el día entero intentando ocultar su decepción y seguir avanzando, Suhr se lo había tomado mucho peor. Después de jactarse a voz en grito frente al inspector jefe de la Brigada Criminal en el pasillo del departamento de Homicidios que estaban cerca del esclarecimiento del caso, se había visto obligado a desdecirse y explicar que tal vez no habían avanzado todo lo que habían previsto en un principio.

—Tenemos que conseguir que Suhr se contenga —exclamó Camilla cuando conoció la advertencia que pensaba publicar la policía.

Louise la miró confundida.

—Si no publica la advertencia, el agresor podría asistir a la fiesta sin arriesgarse a que lo atrapen.

—El hombre acaba de cometer una violación y un asesinato. No aparecerá en una fiesta —la interrumpió Louise, y sacudió la cabeza.

Camilla apartó un poco su silla del seto que daba al lago para que el sol del atardecer le diera en la cara.

—Se ve que el mundo de los contactos es un campo bastante desconocido para ti —dijo en un tono aleccionador, y miró a Louise—. Es una cultura, una unión. Puedes estar allí, y sin embargo permanecer en el anonimato. Te presentas en una fiesta con el nombre de tu perfil en la blusa, y luego te acercas a Bob el Camionero y le dices: hola, yo soy Anémona, la chica con quien te has estado escribiendo.

Camilla hablaba como si se encontrara en medio de una complicada disertación, y era evidente que no estaba segura de que Louise hubiera entendido el quid de la cuestión.

—Te dejas llevar —prosiguió—. Y en estas fiestas tienes la posibilidad de ver a las personas que se esconden detrás de los perfiles que conoces en internet. Si no quieres que te reconozcan puedes presentarte bajo una nueva identidad o participar como observador.

—¿Cuánta gente acude a este tipo de fiestas?

Louise no tenía ni la más mínima idea del número.

—Unas mil o dos mil personas —conjuró Camilla, y pidió dos cervezas más, aunque

corrigió a tres al ver que Peter se acercaba.

Louise le dio un beso y acercó una silla de la mesa vecina. Se daba cuenta de que la sugerencia de su amiga podía ser una buena idea, pero era demasiado endeble frente a la de presentarse ante los medios y contar que andaba suelto un violador despiadado y brutal. No había nada que les garantizara que fuera a aparecer en una fiesta así. Y si a pesar de todo resultaba que acudía sería difícil distinguirlo entre la multitud.

Cuando Louise se disponía a preguntar si Peter había tenido un buen día, se le adelantó Camilla, que quería saber qué pensaba él de su plan. Louise sonrió al oír sus fervorosos argumentos, vació su vaso y sacó el monedero para pagar las cervezas que en ese mismo instante depositaba el propietario sobre la mesa.

Peter asintió con la cabeza, ligeramente distraído.

Louise pensó que el orgullo profesional de Suhr no le permitiría no tener nada con lo que salir a la prensa hasta el viernes.

—¿Dónde demonios está vuestra alternativa? —quiso saber Camilla, y abrió los brazos—. No tenéis nada, y eso es mucho peor, ¡maldita sea! ¡Un asesinato, una violación y un psicópata que maniató a las mujeres y les introduce algo en la boca! Ya verás qué verano más divertido tendrá Suhr en cuanto empiece la temporada de vacas flacas desde un punto de vista informativo. Lo asarán a fuego lento. Seguro que eso tampoco le gustará.

Louise se rio. Camilla tenía razón. Tampoco le iba a gustar, desde luego. Entonces volvió a ponerse seria.

—En primer lugar, no sabes lo que tenemos o dejamos de tener, y tampoco tienes que saberlo hasta que no salga de la boca del jefe de Homicidios. Y en segundo lugar, si decido proponer tu idea será sin tu participación. No nos llevamos a periodistas cuando trabajamos de esta manera. Así que ya puedes ir olvidándote de una portada para el sábado.

Camilla, ofendida, se echó un poco hacia atrás en la silla.

—No se me ocurriría inmiscuirme en vuestra investigación. Pero a lo mejor se me ocurre invitar a Henning a la fiesta del viernes, ¡y eso no me lo podrá impedir ni el mismísimo departamento de Homicidios!

Peter sonrió, mientras Louise suspiraba y decidía, sin poner sobre aviso a Camilla, que no le presentaría la propuesta a Suhr. Le habría gustado saber algo más de Henning, pero se abstuvo de hacer preguntas, ahora que había llegado Peter.

Aquel día de mayo había sido tan cálido como un día de pleno verano, y la gente volvía a casa con cestas de picnic y mantas colgando del brazo. Hacía tiempo que ella y Peter no se llevaban la cena al parque. A pesar de que vivían cerca, raras veces lo hacían. Bien mirado, apenas recordaba cuándo habían hecho algo juntos de manera cotidiana y amena por última vez. La espontaneidad se había esfumado desde que vivían juntos, le dijo un pequeño diablo al oído. Louise lo miró y pensó que tal vez ya lo había hecho mucho antes. El día a día se había apoderado de su vida, el trabajo ocupaba mucho lugar. Peter llevaba una larga temporada haciendo horas extraordinarias, al tiempo que intentaba mantener su día de bádminton semanal. De este modo transcurrían prácticamente todas las semanas sin que hubieran tenido ocasión de dedicarse tiempo el

uno al otro.

Louise alargó la mano para coger la suya. De vez en cuando lo vivía como una carencia, pero lo sentía sobre todo como la libertad que siempre sostenía que precisaba. Sus necesidades no se cubrían haciéndolo todo juntos. Su alegría por el amor tenía tanto o más que ver con la complicidad que se establecía al quererse y saber que el otro siempre estaba allí, en algún lugar. Esos sentimientos no se veían necesariamente reforzados al hacerlo todo juntos.

—Cuento con que me mantendrás informada de lo que piensa Suhr de mi idea. ¡O si no también puedo llamarlo yo y preguntárselo!

—Ya veremos con qué nos salen él y Heilmann mañana —se desmarcó Louise.

Pensó que a veces las cosas parecían muy cuadriculadas cuando Camilla las exponía. Perseguía una idea o una historia sin pensar en las consecuencias que aquello podría traer. Hacía mucho tiempo que se conocían, y Louise sabía que podía decir lo que le diera la gana, porque era poco probable que Camilla fuera a hacerle caso. A pesar de ello, intentaba ser la que lo llevaba todo a un plano más terrenal, presentándole las consecuencias y realidades que estaban implícitas en las ideas que daban vueltas en la cabeza rubia de su amiga.

Más tarde caminaron juntos por Smallegade en dirección a Falkoner Allé. Peter iba un par de pasos por detrás de ellas.

—Tu idea cojea en un punto muy importante —dijo Louise cuando se separaron—. Tendrá tiempo de agredir a otra víctima antes del viernes si no hacemos nada. Y a Suhr tampoco le sentará demasiado bien si esa historia aparece en la prensa en un verano de vacas flacas.

–Me gustaría hablar contigo antes de la reunión matinal.

Heilmann se acercó y le dio una palmadita en el hombro mientras se servía un café en la pequeña cocina detrás del comedor donde los compañeros se iban congregando para la reunión matinal del martes.

La jefa de investigación parecía tensa y seria, y Louise se dio cuenta de la manera en que se preparaba inconscientemente para lo que se avecinaba. ¡Hijo de puta!, pensó, y visualizó la nuca de pelo oscuro y ondulado antes de seguir a Heilmann hasta su despacho. Se sentó en el borde de la silla de las visitas y notó cómo se apretaban sus dientes. Hizo un par de movimientos liberadores con la barbilla y se masajeó las sienes para relajar los músculos de las mandíbulas.

Heilmann la estaba mirando.

Turbada, dejó caer las manos en el regazo, cada vez más inquieta porque la subinspectora seguía sin decir nada.

–Esta noche Susanne Hansson intentó quitarse la vida.

El silencio se intensificó. Los brazos de Louise se tornaron pesados.

–Está ingresada en el hospital de Hvidovre. En realidad tampoco tenemos nada que ver con ello, pero no cabe duda de que se ha sentido presionada para llegar a cometer un acto tan desgraciado. Su madre llamó a la ambulancia.

Exactamente una semana después de la última vez que la vi allí, pensó Louise, entristecida. Visualizó el semblante ligeramente tosco y magullado de Susanne, y se dio cuenta de que estaba más afectada de lo que hubiera deseado.

Llamaron a la puerta de Heilmann, y Suhr asomó la cabeza por el resquicio.

–¿Venís?

–Nos uniremos a vosotros en un rato –contestó Heilmann, y lo despidió con un gesto de la mano.

–La madre llamó a Suhr a las seis de la mañana, así que debe de haber tirado de listín de teléfonos –prosiguió Heilmann, y sonrió débilmente–. Creo que deberías hacerle una visita y charlar un poco con ella. Se me ha ocurrido que tal vez no nos lo haya contado todo. Algo que se ha instalado en lo más hondo de su ser. Es una reacción trágica, y naturalmente habrá que ofrecerle ayuda psicológica.

Louise asintió con la cabeza, estaba completamente de acuerdo.

–No quiero que la presiones, pero tal vez se le haya ocurrido algo que podamos aprovechar. Algo que la primera conmoción reprimió. Lo vemos a menudo.

–Claro que hablaré con ella. Si quieres puedo irme ahora mismo.

–Será mejor que participes en la reunión matinal, y luego te vas.

Heilmann se levantó y se acercó al libro de registro de los vehículos que estaba detrás del escritorio. Anotó el nombre de Louise y le lanzó la llave de un coche. Juntas fueron al comedor donde se celebraba la reunión. Acababan de tomar asiento cuando de pronto Willumsen irrumpió en la sala e interrumpió al jefe de Homicidios.

Louise siguió con gran interés la escena cuando el comisario que la había obligado a ir a Nykøbing Sjælland estalló en un torrente de maldiciones. Ignoró a todos los demás presentes en la sala, dirigiéndose directamente a Suhr.

Desde la detención del marido separado, el asesinato de la mujer inmigrante había quedado enmarcado en la categoría de casos que consideraban resueltos aunque no cerrados. Ahora resultaba que la testigo que había oído ruidos en el piso de la mujer a eso de la una se había derrumbado y había reconocido que simplemente lo había dicho porque el mismo día en que encontraron el cadáver una periodista se había puesto en contacto con ella. El periodista y un fotógrafo se habían instalado en su cocina, y ya que estaban allí sintió que también tenía que contribuir con algo a la terrible tragedia que había tenido lugar en el piso justo debajo del suyo, y entonces se le había ocurrido decir lo del ruido. La noticia había aparecido en el periódico al día siguiente, y cuando más tarde la policía se personó en su casa para preguntar por qué no se lo había contado la primera vez que hablaron, no se atrevió a reconocer que se había dejado llevar, y que no era verdad, y entonces su falso testimonio había seguido rodando como una bola de nieve.

—¡Maldita sea! —gruñó Willumsen—. Ahora ya no tenemos nada para retenerlo.

Se volvió y miró a los agentes de los cinco grupos de investigación del departamento de Homicidios, y luego abandonó el comedor. Louise no sabía muy bien si se refería a los testigos o a los periodistas. Se sacudió de encima su airado exabrupto y se concentró en Suhr, que estaba repasando lo que los demás grupos tenían entre manos. Cuando levantó la sesión, Louise salió a coger el coche.

—¡Vais a matar a mi hija!

La acusación atravesó silbando la habitación de hospital. La madre de Susanne se levantó y se dirigió directamente hacia Louise antes incluso de que le hubiera dado tiempo a cerrar la puerta.

—No puede vivir de esta manera —prosiguió la madre—. Hemos podido leer en el diario que hay un despiadado criminal que campa a sus anchas, y vosotros no hacéis nada, ¡más allá de tomar café en casa de la gente! Primero fue a por nosotras, y ahora ha asesinado a una pobre mujer...

La voz sonaba airada y chillona, aunque desprovista de todo rastro de dolor.

Louise miró hacia la cama de hospital. Susanne yacía inmóvil como la primera vez que se vieron. Había vuelto el rostro en un leve ángulo hacia la puerta y miraba sin ver nada en dirección a la voz de su madre. Louise sintió una punzada en el corazón. El ataque de la madre tenía el mismo efecto que el ladrido de un perro faldero. Había que hacer un esfuerzo supremo para no darle una patada en el trasero y hacerla callar.

—Le pido que haga el favor de abandonar la habitación mientras hablo con Susanne.

Louise no se inmutó y adoptó un tono de voz lo más autoritario que pudo.

—¡Ni hablar! —bramó la madre—. Mi hija ya ha sufrido bastante. Insisto en estar presente para protegerla. Hasta ahora, vosotros no lo habéis sabido hacer.

Se acercó desafiante a la cama y se sentó en el borde del colchón. Susanne no movió la mirada del punto donde antes estaba su madre.

Louise volvió a intentar convencer a la madre para que esperara fuera mientras hablaba con Susanne. Pero al ver que la madre seguía poniendo el grito en el cielo y que sus

acusaciones llegaban al extremo de culpar directamente a la policía del intento de suicidio de su hija, se rindió.

—Ahora saldré a llamar a mi compañero para que venga a recogerla mientras yo hago mi trabajo.

Por fin la voz de la madre bajó una octava.

—Alguien tiene que cuidar de ella —dijo entre gimoteos.

Este comentario fue la gota que colmó el vaso. Louise se acercó a la mujer, la cogió del brazo y se la llevó fuera de la habitación. La dejó en una silla en el pasillo y cerró la puerta detrás de sí con fuerza cuando volvió a entrar. Susanne la seguía con la mirada, y a Louise le pareció vislumbrar un pequeño destello de diversión en lo más profundo de sus ojos inexpresivos.

Acercó una silla a la cama y dejó que el silencio se instalara entre ellas mientras buscaba las palabras y valoraba si debía mostrarse más profesional que personal o al revés.

—Siento que te encuentres tan mal —dijo.

Sus palabras no produjeron ninguna reacción. Susanne se había tragado un frasco de Paracetamol y diez de las pastillas para dormir de su madre, pero poco después empezó a vomitar, incluso antes de que las pastillas hubieran surtido realmente efecto. Su madre había entrado en la habitación y le había sacado rápidamente lo que le pasaba, y luego había llamado a una ambulancia. En otras circunstancias, una paciente así seguramente ya estaría de vuelta en casa, pero como le antecedió una violación y se había negado a decir nada a los médicos que intentaron hablar con ella, estaban esperando que acudiera un psicólogo para tratarla.

—¿Prefieres hablar con Jakobsen en el Rigshospitalet en vez de con el psicólogo que tienen aquí?

Louise no sabía si podía organizarse siquiera, pero no cayó en la cuenta hasta después de decirlo. Y era evidente que Susanne había obtenido algún provecho de su charla con Jakobsen y probablemente le resultaría más fácil seguir hablando con él.

—Sí, gracias.

Susanne asintió débilmente con un gesto al tiempo que volvía la cabeza y miraba a Louise. Los morados todavía eran visibles en su rostro, habían adoptado un color negro amarillento, pero la hinchazón había disminuido. Había algo en su semblante que llevó a Louise a sentir que había empezado a desvanecerse. Al igual que Karin Hvenegaard de Rødovre. Extendió la mano y apretó el brazo de la mujer para asegurarse de que no estaba desapareciendo.

—Un momento, que quiero averiguar si está, y luego hablaré con el servicio de aquí. ¿Te parece bien contarme por qué lo hiciste antes de que salga para hacer la llamada?

Silencio. Su mirada volvía a ser distante.

Louise esperó.

—¿Piensas en la chica que asesinó? —preguntó de pronto—. ¿Tienes miedo a que vuelva?

—¡No quería morir!

La frase se quedó suspendida en el aire. No dijo nada más.

—¿Por eso devolviste las pastillas?

Al final Susanne volvió la cabeza, de nuevo presente.

—¡No, precisamente por eso me las tomé!

Resultaba difícil encontrarle el sentido a sus palabras.

Susanne deslizó la mirada por el edredón, y Louise temió que volviera a adentrarse en su propio mundo y que hubiera dado por concluida la conversación.

Entonces Susanne meneó la cabeza y dijo en voz queda:

—Prefiero que él me mate antes que ahogarme en la vida que tengo.

Las lágrimas corrían silenciosas por sus mejillas.

Louise acarició su brazo y sintió cómo se expandía un nudo en el pecho con una fuerza explosiva hasta que finalmente se convirtió en una roca. No hacía falta que Susanne dijera nada más. Su mensaje había calado, y era más triste que cualquier otra cosa.

—Susanne, no tienes por qué quitarte la vida para evitar que tu madre te asfixie. Puedes mudarte y romper los lazos con ella. Por un tiempo —se apresuró a añadir antes de proseguir—: Da un golpe en la mesa y comunícale que eres una persona adulta, y que no puede meterse en tu vida.

Louise esperaba no haber sido demasiado dura.

—Se mofa de mí porque intenté encontrar a un hombre de esta manera.

Las palabras fluyeron hasta diluirse en la habitación.

—Hubiera preferido morirme aquel lunes, porque así al menos habría muerto junto a otra persona.

No había más que decir. Louise se quedó un rato más acariciándole el brazo. Su cerebro ya se había puesto en marcha y estaba calculando cuánto podría tardar Susanne en mudarse a otra dirección. No solo para evitar que Jesper Bjergholdt la volviera a acosar, sino también para alejarla de su madre. Tendría que poner a Heilmann al día, y luego que Susanne hablara con Jakobsen. Si el psicólogo que utilizaban en situaciones de crisis no podía recibirla en el hospital, Louise tendría que llevarla a su casa. Consideró si alguien debía hablar con la madre y dejarle bien claro qué era lo que pesaba sobre su conciencia.

Louise sabía perfectamente que no serviría de nada que ella hablara con la madre. Sin duda la madre tenía una fe ciega en la autoridad y no interiorizaría nada que no viniera de las más altas instancias. Louise se la imaginó soltándole todas sus acusaciones contra la policía y su falta de capacidad para proteger a una pobre y débil candidata al suicidio. Tal vez Suhr sería capaz de ponerla en su sitio, pensó, y se levantó para dirigirse hacia la puerta.

—¡Quédate!

Louise se volvió y le lanzó una sonrisa tranquilizadora.

—Tengo que hablar con una enfermera si quiero que me den permiso para llevarte conmigo —dijo.

—No quiero que vuelva a entrar.

Louise se acercó y tiró del cordón que colgaba al lado de la cama, y poco después entró una enfermera en la habitación. A través del resquicio de la puerta que se cerraba

detrás de ella, Louise vio que la madre de Susanne se había levantado, dispuesta a seguirla. Alzó una mano como dándole el alto a un peatón, y para su sorpresa la madre volvió a sentarse.

—Me gustaría llevarme a la paciente al Rigshospitalet para una entrevista con el psicólogo con el que habló la semana pasada, después de la violación. ¿Puede ser?

La enfermera la miró ligeramente extrañada y dijo que no había ningún inconveniente.

Louise sonrió y le dio las gracias, al tiempo que se alegraba al ver que nadie convertía en un problema el hecho de que el hospital ya hubiera cerrado una cita con su propio psicólogo.

—Simplemente os daremos la historia clínica para que os la llevéis —dijo la enfermera—. Susanne fue examinada esta noche cuando llegó, pero no nos ha dado tiempo a hacer nada más.

—Y luego a la paciente le gustaría poder descansar hasta que tengamos que irnos —dijo Louise—. Y eso significa que quiere estar sola.

La enfermera sonrió.

—Saldré para comunicárselo a su familiar.

Louise consideró si debería llamar a Heilmann y a Jakobsen antes de llevarse a Susanne, pero llegó a la conclusión de que podía hacerlo desde el coche. Si Jakobsen no tenía tiempo, esperarían en la jefatura de Policía hasta que pudiera hacerle un hueco.

—¿Te has traído algo de ropa?

Ya se estaba imaginando cómo sería tener que escoltar a Susanne por segunda vez envuelta en el albornoz del hospital, pero Susanne asintió con la cabeza y señaló el armario. Louise se acercó y vio que la ropa estaba colgada pulcramente en dos perchas. La cogió y la dejó sobre la cama.

—Si quieres puedo esperar fuera mientras te vistes.

—Puedes quedarte.

La voz suplicante de Susanne inquietaba a Louise. Ahora mismo su voz no tenía la fuerza necesaria para reflejar sus sentimientos, pero Louise supuso que debajo de las palabras se escondía un terror pánico a quedarse sola si a la madre se le ocurría volver a entrar. Louise se colocó frente a la ventana y miró afuera. Susanne había sacado las piernas de la cama y se estaba vistiendo cuando la enfermera entró y dejó una copia de la historia clínica sobre la mesilla antes de dirigirse a Louise.

—Teníamos programado dar de alta a Susanne en cuanto hubiera hablado con el psicólogo, pero tal como ha escrito el doctor nuestra intención era hacer un seguimiento. Aunque no veo que haya ningún inconveniente en que se ocupe el Rigshospitalet si allí ya han puesto en marcha un tratamiento.

Hizo una breve pausa, antes de añadir en voz baja:

—Tengo la sensación de que harán falta bastantes sesiones.

Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la puerta.

Louise asintió y las dos mujeres se despidieron. Luego cogió a Susanne del brazo y se preparó para acompañarla.

—Le he pedido a tu madre que se fuera a la sala de espera —dijo la enfermera a

Susanne—. Podéis coger el pasillo de la derecha, y luego ya me encargaré de decirle que os habéis ido.

De camino al coche, Louise sacó su móvil. Había llegado a la conclusión de que, a pesar de todo, tal vez fuera preferible poner al día a su jefa de investigación. Ayudó a Susanne a sentarse en el asiento de delante y cerró la puerta antes de marcar el número directo de Heilmann.

—Es una historia tan triste que apenas se puede soportar.

Le ofreció un breve resumen en el que dio cuenta de la razón que había empujado a Susanne al intento de suicidio: su deseo de huir de la necesidad posesiva y dominante de su madre de controlar y dirigir su vida y sus movimientos.

—Qué terrible que crea que la muerte es la única manera de escapar de ella. Llamaré a Jakobsen para avisarle de que estáis en camino —dijo la jefa de investigación, mientras Louise abría la puerta y tomaba asiento al volante.

—Gracias.

—Y si no tuviera tiempo hasta más tarde, venís aquí —añadió Heilmann después de pensárselo un momento—. Estoy a punto de reunirme con Suhr. Tenemos que acordar cuánto queremos que salga a la prensa lo del agresor y acabar de perfilar la advertencia.

Un impulso imponderado llevó a Louise a soltar que tal vez sería una buena idea esperar.

—Si retenemos su descripción es posible que me lo encuentre el viernes por la noche.

Se arrepintió al instante. Sobre todo porque Susanne dio un respingo y se inclinó hacia delante, completamente rígida. Louise tenía la sensación de que sus palabras habían provocado un temblor en la conexión telefónica con la jefatura de Policía.

—Será mejor que te expliques —dijo Heilmann.

—Si puede ser, preferiría no darte todos los detalles ahora mismo.

Tenía que encontrar la manera de presentarle la idea para que el jefe de Homicidios no pensara que era una desequilibrada y la destinara al departamento de Incendios, que también pertenecía al departamento A.

—El viernes se celebra una fiesta de citas a la que tal vez se le podría ocurrir asistir. Solo es una idea, pero tendrás que retener a Suhr hasta que hayamos valorado la posibilidad de acudir.

—Sí, sí, sí —dijo Suhr impaciente, y levantó la mano para detenerla—. Camilla Lind me ha contado las ventajas y los riesgos. Y creo que le doy la razón en que hay que intentarlo.

Louise ocultó las manos en la espalda y se pellizcó el dedo índice con fuerza para evitar estallar. ¡No se andaba con chiquitas, la buena de Camilla!

—Supongo que la cuestión es si queremos arriesgarnos a retener la información por más tiempo tratándose de dos casos tan graves —dijo Heilmann juiciosamente.

Louise todavía no había recobrado el equilibrio interno. Había dejado a Susanne con

Jakobsen, que las estaba esperando en la puerta de su despacho cuando llegaron. La había rodeado con el brazo paternalmente y se la había llevado. Después de acomodarla en el confortable sofá, salió para prevenir a Louise de que seguramente se quedaría con Susanne, así que no tenía por qué esperarla. Acordaron que se llamarían más tarde.

Durante todo el camino de vuelta al departamento había estado dándole vueltas a la mejor manera de presentarles a sus jefes la ocurrencia de Camilla sin revelar que la idea provenía de una periodista. Pero por lo visto podía haberse ahorrado tantas especulaciones.

—El problema, por supuesto, es que probablemente no seamos capaces de reconocerlo. Solo lo hemos visto en la cinta de vigilancia del metro, y la verdad es que no sacamos nada en claro —dijo el jefe de Homicidios.

A Louise le sorprendió ver que aparentemente Suhr se tomaba la idea en serio, y que a estas alturas ya barajaba la hipótesis de una posible detención.

—No, pero yo ya lo he visto lo suficiente para estar segura de que reconocería su marcado perfil y sus ademanes si lo volviera a ver. No hace fal...

Suhr volvió a levantar la mano para interrumpirla.

—Tenemos que conseguir que nos acompañe la chica.

La frase se quedó suspendida en el aire un rato, hasta que Heilmann y Louise entendieron a qué se refería y gritaron al unísono:

—¡Ni hablar!

Louise sacudió la cabeza y añadió indignada:

—Acaba de intentar quitarse la vida.

—Pero por lo que tengo entendido, no fue por culpa de él —contraatacó Suhr.

Louise se lo quedó mirando. Normalmente era un jefe muy humano y no solía, ni mucho menos, emplear el tono bronco que Willumsen había convertido en marca de la casa. Sin embargo, a veces tomaba unas decisiones que le llevaban a parecer duro e insensible. Al tiempo, Louise se daba perfecta cuenta del porqué de su propuesta.

—Antes tendremos que preguntarle a Jakobsen qué opina él —objetó Heilmann.

—A lo mejor deberíamos abandonar la idea y ceñirnos en su lugar al comunicado de prensa, tal como estaba planeado desde un principio —propuso Louise.

—No, creo que deberíamos apostar por ello —dijo Suhr—. Se armará un gran revuelo si salimos con una advertencia y una descripción tan vaga. Haremos esto, y si no sale nada acudiremos a los medios de comunicación.

—Tendrás que poner a Jakobsen al corriente para que te dé su visto bueno —añadió, dirigiéndose a Heilmann—. Nos volveremos a reunir en cuanto hayáis planeado cómo atacar el asunto. Llevaos a Toft y a Michael Stig, necesitan salir un poco.

—¿No sería una buena idea que viniera Lars Jørgensen? —objetó Louise—. ¡Al fin y al cabo él ha visto las cintas!

Suhr asintió distraído. Ya había saltado mentalmente al siguiente punto del orden del día. Cuando salió por la puerta, Louise le preguntó qué tal iban las detenciones en el caso del asesinato de la mujer inmigrante.

Suhr se volvió y la miró con los dientes apretados, pero al instante los músculos de su

rostro se relajaron y se encogió de hombros.

—No va. Desgraciadamente, el hombre tuvo la suerte de que fuera John Bro quien estaba de guardia en el juzgado cuando le tocó comparecer ante el juez.

Louise se compadeció de Suhr y Willumsen. Todos los casos se complicaban injustamente cuando acababan en manos de uno de los abogados más agresivos de la ciudad. Ella misma había coincidido con John Bro cuando este representaba a uno de los grandes narcos, aunque en aquella ocasión sus esfuerzos por encontrar pruebas de la inocencia de su cliente le habían salvado la vida indirectamente a Camilla. No tenía nada malo que decir de él, pero era un hecho que había que levantarse temprano por la mañana y procurar tener pruebas bien fundadas y contundentes si tenías que enfrentarte a un caso en el que él representaba a la parte contraria.

—¿Qué ha pasado con los hijos de la mujer?

—Su hermana se ha hecho cargo de ellos, y el marido está que echa chispas. Le dice a todo el que quiera escucharle que en breve enviará a los dos niños fuera del país. Y sostiene que lo hace únicamente para protegerlos y ayudarles a recuperar la tranquilidad y el equilibrio que su madre malbarató al abandonar el hogar que compartían.

Louise se había levantado. Heilmann ya había vuelto a su despacho.

—¿Quién puede ser entonces, si no fue él? ¿Tenéis a algún otro sospechoso?

—Fue él.

El jefe de Homicidios se disponía a añadir algo más, pero se contuvo, y en su lugar le contó que habían interrogado a todos los miembros de la familia y a los amigos de la mujer asesinada.

—También barajamos la posibilidad de que se trate de una especie de asesinato de honor —dijo—. No porque ella se hubiera negado a casarse con un hombre elegido por la familia, sino por haberla deshonrado rompiendo su matrimonio. Su padre también puede tener un motivo, si no quiso aceptar el divorcio de su hija al ser contrario a la decisión tomada por él.

Suhr concluyó sus elucubraciones encogiéndose de hombros y haciendo una mueca.

—Si no nos hubiéramos apoyado tanto en el testimonio de la vecina y no hubiéramos estado tan convencidos de que el asesinato se cometió alrededor de la una, a estas alturas lo tendríamos. Probablemente recogió a sus hijos por la mañana y luego volvió para devolverlos, tal como nos contó, aunque es posible que haya pasado por el piso antes, entre las once y las doce. O tal vez por la tarde, poco antes de la hora en que la encontraron muerta. Ningún testigo lo vio llegar ni marcharse, y tampoco vieron a nadie más entrar o salir de la vivienda.

Suhr gruñó, y añadió que el marido debería enviarle una buena botella de vino tinto a la testigo ávida de publicidad que le había asegurado un billete de vuelta a la libertad. Luego le dio un manotazo al marco de la puerta y salió al antedespacho donde se sentaba su secretaria.

Louise volvió a su despacho. La cabeza le daba vueltas. La rabia por la intromisión de Camilla había cedido, pero decidió no contarle que estaban planeando asistir a la fiesta. Y sobre todo quería ocultarle que tal vez se llevarían a Susanne consigo.

Louise supo inmediatamente que Peter estaba en casa cuando abrió la puerta del piso con su llave porque se oía música que provenía del salón. Le sorprendió. Solo eran las cinco y media, y poco a poco se había acostumbrado a que no volviera antes de las ocho.

—¡Hola! —gritó desde el pasillo, contenta porque finalmente pudieran compartir una noche entera. Podían salir a cenar, o llevarse la cena a Frederiksberg Have, pensó. El mes de mayo seguía mostrándose generoso con el tiempo, la temperatura se mantenía alrededor de los veinte grados y parecía que seguiría así una temporada.

Sonrió y entró en el salón para darle un beso, pero se detuvo consternada al ver las tres botellas de cerveza vacías sobre la mesita de centro y al descubrir que Peter estaba dando buena cuenta de una cuarta. Estaba sentado como si alguien le hubiera dado un fuerte empujón en el pecho que lo mantenía apresado contra los mullidos cojines del sofá. Unos ojos rojos y brillantes le dieron la bienvenida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Louise asustada, y se acercó para sentarse en la butaca al lado del sofá.

Había algo en él que le impedía sentarse a su lado, un muro de desesperación que lo encerraba en su propia esfera privada.

—¿Ha pasado algo? —repitió Louise, al tiempo que se le encogía el corazón.

Hasta entonces Peter no la había mirado, simplemente se había limitado a mirar fijamente la mesa, petrificado y ausente. Por fin pareció despabilarse y sus ojos se movieron hacia ella. Tomó carrerilla antes de soltar lo que tenía que decirle.

—He venido a casa para contarte que estoy enamorado de otra persona, y que hoy mismo me mudo.

Louise contuvo la respiración mientras aquellas palabras llenaban el salón. Daban vueltas por la estancia, pero no conseguían penetrar su conciencia.

Peter bajó la mirada hasta sus manos, que sostenían la botella.

Louise lo miró fijamente, esperando que siguiera, pero Peter había vuelto a su propio vacío, y se quedaron sentados, sumidos en el silencio. En realidad, Louise había imaginado que en una situación como aquella las preguntas y los pensamientos se agolparían hasta explotar en su cabeza. Pero no había nada en ella. Tan solo silencio y vacío.

—¿Quién es? —preguntó finalmente.

Todo su interior se había helado. A la vez quería y no quería saber quién se había colado en su corazón y la había expulsado de él. La gélida conciencia de que tenía un cuerpo y un alma se propagó, previniéndola de que ahora llegaría lo peor. Se los imaginaba juntos. Siempre había habido una química especial entre los dos, un tono del todo especial, y ella los había traicionado apartándose y priorizando su propia vida. Se dio cuenta de que aquello había empujado a Peter a los brazos de otra.

Peter suspiró hondo antes de contestar, y ni siquiera hizo el esfuerzo de recobrar el ánimo. Había que admitirlo, ni siquiera se esforzaba por fingir que era dueño de la situación, como si no fuera más que un mensaje que debía trasladarle. Irradiaba tristeza y dolor.

–Es Line.

Por fin dejó que su mirada errante se posara en ella.

–Lo siento mucho, de veras, pero estoy enamorado de ella.

El rostro de la compañera de trabajo apareció en su retina y se fijó en la pared del salón, como si alguien lo hubiera proyectado allí. Reuniones de ventas. Horas extraordinarias. Viajes. Por fin Louise sintió las náuseas, pero era incapaz aún de sentir tristeza o rabia. Los sentimientos se habían estancado en el bloque de hielo que se había asentado en su interior.

–He intentado pararlo –prosiguió él.

La imagen de la vendedora rubia se desvaneció de la pared. La memoria de Louise se bloqueó, de pronto no recordaba a la chica ni era capaz de visualizarla. Pensaba en ella como en una chica, aunque sabía que tenía treinta y pocos años. Tal vez tuviera un par de años menos que ella, pero no más. No había sido sustituida por una jovencita, sino por una compañera de trabajo. Era tremendamente patético e hiriente, pensó, y cayó en la cuenta de que poco a poco su cerebro empezaba a ponerse en marcha.

–Lo siento mucho, de veras –repitió Peter.

El bloque de hielo empezó a ceder, pero no lo sentía como un colapso que se abría lentamente camino en su cabeza. Era una sensación fría y dura. Consideró sensatamente que ella y Peter no habían sido buenos el uno con el otro desde que él volvió de Escocia. En realidad tampoco mientras él estuvo viviendo allí, o antes de que se fuera. Habían sobrevivido gracias al proyecto en común que estaban empeñados en que saliera bien. Él había aceptado a regañadientes que ella se quedara en casa. Y ella lo había visitado todas las veces que pudo, a pesar de que la conexión entre ellos se había desdibujado en visitas turísticas y cenas en restaurantes, y que no se había tratado tanto de estar ellos dos juntos.

Cuando Peter volvió, ella accedió a que él se mudara a su piso, a pesar de que le habría parecido bien si hubieran seguido viviendo separados. Y ambos habían luchado por cumplir las expectativas del otro para así demostrarse a sí mismos que habían tomado la decisión correcta. Ella había huido a través de su trabajo, y entonces él por lo visto había optado por una salida algo más exótica, pensó Louise, y por fin notó cómo la ira se abría camino por su cuerpo como un rugido. La escarcha invernal había cedido y ahora llegaban tronando los sentimientos fuertes.

–Has estado follando por ahí mientras me hacías creer que trabajabas. ¡En qué demonios estabas pensando!

Debería haberse dado cuenta, pensó al mismo tiempo. Él sabía que ella lo comprendería si priorizaba el trabajo, y no había tenido ningún motivo para dudar de que a veces la jornada laboral podía alargarse. Ella lo sabía muy bien.

–Entiendo perfectamente que te enfades conmigo. Tampoco te impediré que me insultes. Solo quiero que sepas que no lo hice para herirte.

Louise explotó de uno a mil en una décima de segundo. ¿Quién era él para sentir lástima por ella? Se levantó fuera de sí y señaló con un dedo tembloroso en dirección al dormitorio mientras le decía en un tono de voz lo más contenido posible:

—Ahora mismo recoges tus cosas y luego te vas pitando de aquí. No tengo ganas de saber nada más de ti ni de lo que puedes entender o no.

Louise empezó a temblar y a jadear cuando el llanto se apoderó de ella.

—¡Lárgate! —gritó.

Peter se levantó lentamente, se acercó a ella y la abrazó. Ella intentó zafarse, pero la voluntad no la obedecía. Lloró contra su hombro, sintió su olor a cerveza y lo siguió cuando él la guio hasta el sofá y la sentó. Ella escondió el rostro entre las manos mientras él intentaba recuperar un estado de ánimo que fuera capaz de soportar. Louise respiró hondo unas cuantas veces, hasta que creyó que sería capaz de volver a hablar sin sollozar al mismo tiempo.

—Os vi en el Tívoli la semana pasada —dijo, cuando la imagen de ellos dos en la mesa de la ventana emergió entre sus pensamientos.

Él se quedó sentado un rato sin decir nada antes de contestar.

—Fue el día en que rompí con ella. No era mi intención que siguiéramos viéndonos. No sirvo para tener líos —dijo él, e intentó esbozar una sonrisa—. Me vuelvo paranoico.

Louise pensó amargamente que si ese era su mayor problema sobreviviría. Y además tampoco había para tanto, pensó, y de pronto recordó las noches en que había vuelto tarde a casa.

—No creí que llegaría a echarla tanto de menos. La semana que ha transcurrido desde entonces me ha dejado claro que tomé la decisión equivocada. Ha estado en cada célula de mi cuerpo desde que nos despedimos en el Tívoli.

Louise pensó en la sesión de sexo obligatorio que habían tenido en casa de sus padres, y maldijo cada una de sus células, sobre todo las células espermáticas que habían acabado en el interior de su cuerpo.

—¿Y ahora estará lista para darte la bienvenida, a pesar de que rompiste con ella?

Peter asintió con la cabeza y alargó la mano para coger la suya, pero ella la retiró rápidamente.

—Quiere tener hijos y una vida en familia.

Como si eso lo explicara todo, pensó Louise, y se le quedó mirando, incrédula. No podía estar diciéndole en serio que la cambiaba por otra que estaba dispuesta a cuidar de su casa y dar a luz a sus hijos. Ella también quería parir a sus hijos, o hijo, rectificó. Faltaría más.

—Compartimos la misma actitud ante la vida —prosiguió él.

Louise había dejado de escuchar, aunque atrapó las palabras al vuelo cuando él dijo que al menos Camilla lo había comprendido cuando lo hablaron en la cocina el otro día.

—¿Le has contado a Camilla que estás con otra? —exclamó Louise, sorprendida.

Peter la miró confundido.

—Por supuesto que no. Pero hablamos de que había que concederle espacio al amor y a los sueños de futuro, y perseverar en aquello que nuestros sentimientos nos dicen.

Peter hizo una pausa, como si estuviera considerando si podía permitirse seguir adelante.

—Tú nunca has aceptado... o tal vez no seas consciente de que en realidad Camilla

desea encontrar a un hombre y tener otro hijo.

Ahora Louise sí se sintió herida. Su amiga no le había hablado de tener más hijos.

—Tienes que irte ahora mismo —dijo, y se levantó—. No tengo ganas de seguir hablando contigo.

Louise se fue a la cocina y se quedó un rato escuchando sus pasos cuando abandonó el salón. Oyó que sacaba la enorme bolsa de viaje del armario y abría un cajón. Todo le parecía irreal. No tenía ninguna sensación del tiempo, ninguna pista de cómo se sentía en realidad. Era una confusión caótica sacada del tiempo y del espacio. Se sentó a la mesa de la cocina con la mirada perdida. Tenía ganas de salir al aire libre, pero los músculos de su cuerpo no reaccionaron cuando intentó levantarse.

Peter se detuvo en la puerta de la cocina. Llevaba la bolsa de viaje marrón en la mano, y de pronto Louise temió que se le ocurriera entrar para despedirse de ella con un beso. Todo tenía sus límites, y no estaba dispuesta a que las cosas se enrarecieran aún más.

Peter se quedó vacilante un momento más.

—Te llamaré —dijo entonces.

Louise asintió con la cabeza sin decir nada, y su cabeza continuó meneándose incluso cuando la puerta se hubo cerrado de golpe detrás de él. Consideró llamar a Camilla, pero se dio cuenta de que necesitaba quedarse sola un rato. No estaba segura de que no se tratara de una representación que se hubiera desarrollado en su mente. Se levantó y se acercó al armario para sacar un vaso, alargó la mano para coger la botella de calvados y se sirvió una copa generosa. Dio un sorbo, tragó y volvió a beber hasta que le ardió la garganta. ¡Menudo hijo de puta!, pensó. Ella se había esforzado, luchó por adaptarse y someterse a sus deseos, y luego iba él y arrojaba la toalla recurriendo a la solución más fácil. Él se había consolado mientras ella se sacrificaba. Dio un sorbo más, echó la silla hacia atrás y salió al pasillo en busca de su monedero. Saltó escaleras abajo y corrió hasta el quiosco de enfrente para comprar un paquete de Prince Light.

Durante el camino de vuelta supo todo el tiempo que se estaba comportando de una manera despreciable, pero si no podía hacerlo el día en que su pareja se largaba no sabía cuándo sería justificable empezar a fumar. Cuando volvió a subir se llenó la copa hasta la mitad y encendió su primer cigarrillo. Esperó con ansias que se manifestara la primera señal de mareo. Recordó cómo durante años le habían inculcado lo mareada que se sentiría si hacía mucho tiempo que no fumaba. Esa sensación estaba tardando en producirse, y ella ansiaba dejarse llevar por un mar lenitivo cuanto antes. Pero no pasó nada. Sabía tal como lo recordaba, y su cuerpo no reaccionó de forma significativa a la nicotina que fluía a través de él. Seguramente era porque todo se había cortocircuitado, pensó muy juiciosamente.

El sonido del teléfono móvil le llegó a la cocina desde el bolsillo de su cazadora que estaba colgada en el pasillo. Se disponía a levantarse, pero supuso que sería Peter que quería saber si estaba bien, y no tenía fuerzas para recibir su solicitud. Encendió otro cigarrillo y se puso en pie a pesar de todo, llevada por una curiosidad malsana por echarle un vistazo a la pantalla del móvil y poder ver lo que se había perdido. La llamada había sido realizada desde un número que empezaba por treinta y cinco. Podía ser del

Rigshospitalet. Consideró brevemente si sería prudente devolver la llamada, teniendo en cuenta su estado de ánimo. Pensó en Susanne y se sentó pesadamente mientras buscaba los números de las llamadas perdidas y seleccionaba el último.

Se disponía a colgar cuando oyó la voz de Flemming Larsen presentándose. Se quedó un instante sin decir nada, hasta que oyó al forense decir:

—¡Hola!

—Soy Rick, no me dio tiempo a coger el teléfono.

—Ya sabía yo que estarías trabajando.

Louise estuvo a punto de decirle que de hecho no lo estaba, pero a él le dio tiempo a proseguir. Por lo visto no había reparado en su tono de voz, que daba a entender claramente que algo andaba muy mal.

—Acabo de dar por terminado el informe de la autopsia, ya ha sido aprobado y lo tendréis mañana por la mañana. Pero hay una cosa que me ha sorprendido...

Louise escuchaba, pero las palabras del forense se derramaban y se diluían, y no llegó a tiempo para reprimir un sollozo que sin previo aviso se había abierto paso desde su diafragma.

De pronto Flemming Larsen enmudeció, y la escuchó pacientemente cuando Louise, sin preámbulos de ninguna clase, empezó a disculparse y le contó entrecortadamente que Peter acababa de abandonarla. Se apresuró a asegurarle que estaba bien, aunque ella misma se dio cuenta de que sonaba ligeramente histérica, y es que cada una de sus frases iba envuelta en sollozos.

—Voy de camino. Dame tu dirección, y estaré contigo enseguida.

Louise le explicó dónde vivía, aunque en realidad no le apetecía tener compañía. Tenían buena química, pero incluso en su estado de descomposición era consciente de que no iba a redundar en beneficio de su relación si permitía que él la viera en un momento en que los cimientos de su existencia estaban a punto de desmoronarse.

Louise se apresuró a esconder los cigarrillos en un cajón y se tomó un vaso de agua antes de lavarse los dientes, con la esperanza de eliminar así el aliento a tabaco antes de que Flemming Larsen llegara.

Peter había olvidado su cepillo de dientes y sus cosas para afeitarse, constató al entrar en el baño. Fue a buscar una enorme bolsa de papel, recogió todas sus cosas y las echó a la bolsa sin miramientos. Cuando lo hubo dejado todo en el rellano de la escalera de servicio, se empolvó la cara y se pasó los dedos por sus oscuros y abundantes rizos. Se recogió la larga cabellera en una cola de caballo, al tiempo que se maldecía por no haber convencido a Flemming para que no viniera. Espabila, se dijo a sí misma cuando sonó el telefonillo. Se acercó al aparato y le abrió la puerta.

Desde las profundidades del hueco de la escalera oyó que atacaba las escaleras de dos en dos mientras ella esperaba en la puerta para recibirlo.

—¡Hola! —gritó con toda la jovialidad que fue capaz de reunir.

Él se inclinó sobre ella y la atrajo hacia sí, y se quedaron un rato balanceándose hacia delante y hacia atrás hasta que él finalmente la soltó.

—Te he traído esto —dijo, y lanzó un paquete de Prince Ultra Light sobre la mesa, a

pesar de que sabía que ella no fumaba.

Louise lo miró sorprendida, y supuso que la habría encasillado en la categoría de fumadores que simplemente lograban reprimir sus ganas de fumar.

Se disponía a rechazar el paquete para no desvelarle sus debilidades cuando él se le adelantó y dijo:

–Ayuda tener un vicio por el que puedas regañarte a ti misma. Le quita el aguijón a todo lo demás, y así no eres solo una desgraciada a la que han desechado –constató, al tiempo que le lanzaba una sonrisa.

Louise le sonrió y cogió un cigarrillo. Apreciaba a la gente que era capaz de comportarse de manera liberadoramente incorrecta, no solo con franqueza sino con una sonrisa en los labios. Y él sabía de lo que hablaba. Aunque ya hacía dos años que su mujer lo había abandonado. No porque Louise hubiera descubierto que era un desgraciado por ello, sino porque parecía saberlo todo de esa nada en la que ella acababa de zambullirse.

Cuando hubo encendido el cigarrillo, Louise decidió que Flemming seguramente sería capaz de soportar que compartiera con él un poco de su miseria. Se relajó y empezó a contarle cómo se había encontrado a Peter sentado en el sofá al volver a casa. De repente cayó en la cuenta de que sus botellas vacías seguían allí todavía. Se levantó con determinación y fue a buscarlas. Solo podían quedar rastros de su propio dolor y miseria.

–Cuando te encuentras en medio de todo el lío te cuesta imaginar que algún día pueda llegar algo mejor –dijo Flemming cuando Louise volvió a la cocina.

Louise lo escuchó sin darle a entender, ni por un instante, que no entendía lo que quería decirle.

–Hay que descender hasta por debajo del cero, hasta el infierno, para que pueda volver a brotar algo nuevo –prosiguió–, y es posible que la felicidad se halle precisamente en ese brote.

Se movió un poco incómodo en la silla antes de reconocer torpemente que era consciente de que seguramente no le serviría de nada ahora mismo, pero que tal vez, a pesar de todo, sería un consuelo más adelante, cuando estuviera en el peor momento del duelo. Al menos a él le había servido.

Louise se quedó pensativa un rato, hasta que finalmente le preguntó si la felicidad había vuelto a nacer en él.

–¡Menuda pieza estás hecha! Siempre eres tan racional y franca que es imposible escurrirse sin darte una respuesta o un resultado concretos. Pero no, el brote no ha crecido lo suficiente para que se haya manifestado de verdad. Aunque no dudo ni un momento de que llegará, y tengo una vida mejor estando solo que la que compartimos en los últimos tiempos de nuestra relación. Es duro reconocerlo cuando tienes hijos, pero es así.

Louise sabía que la mujer de Flemming se había vuelto a casar muy pronto, seguramente con un hombre con jornadas laborales más normales, pensó. No tenía la impresión de que tuvieran problemas a la hora de hablar, pero apenas sabía nada de su vida privada, y se abstuvo de preguntar porque todavía no se había acostumbrado a la

confianza que estaba surgiendo entre ellos.

–¿Por qué me llamaste, en realidad? –preguntó Louise, cuando terminaron de hablar de matrimonios fracasados y relaciones de pareja.

Por un momento, pareció que Flemming Larsen no sabía de qué le estaba hablando, hasta que de pronto cayó en la cuenta.

–No era más que un añadido al informe de la autopsia que acabamos de expedir. Me cuesta determinar si murió por causa de la agresión o si la muerte se produjo posteriormente. Todo depende de la manera en que la mordaza provocó los vómitos. También puede haberse producido porque la víctima había reunido una gran cantidad de saliva en la boca que de repente se tragó.

Se encogió de hombros, ligeramente dubitativo.

–Es imposible determinarlo.

Louise asintió con la cabeza y se dio cuenta de que estaba cansada, aunque se prometió a sí misma que lo recordaría.

Era muy tarde cuando Flemming Larsen se fue. Louise se sentía ligeramente aturdida cuando se metió por fin en la cama. Se encontraba en un estadio en el que no tenía del todo claro si había entendido lo que había pasado. Desde el momento en que había llegado a casa del trabajo, el tiempo pasó a convertirse para ella en algo irreal. Por otro lado, era enteramente consciente de que su Peter, después de seis años, la había desechado. Pero no era capaz de comprender del todo cómo se sentía.

Apagó la lámpara de la mesita de noche y se tumbó boca abajo. Había descubierto, mientras hablaba con Flemming Larsen, que en realidad no se sentía tan infeliz ante la perspectiva de que ya no volverían a ser ella y Peter. La presión y la eterna mala conciencia habían llegado a su fin. Pero ella había estado con él porque lo amaba, pensó, antes de sumergirse en un sueño profundo, completamente exhausta.

Cuando despertó a la mañana siguiente sintió un terrible martilleo en las sienes. En un momento dado de la noche se había levantado para ir al baño, y en el camino de vuelta a la cama sus piernas la habían llevado hasta el salón, donde se había sentado en el lugar que había ocupado Peter con sus botellas. El llanto fue tan violento que se llegó a asustar al darse cuenta de que realmente pudiera contener tanto dolor. Aturdida, se había arrastrado de vuelta a la cama en cuanto el ataque se hubo calmado un poco. Sus ojos estaban hinchados y la tumefacción apenas le dejaba dos pequeñas grietas por las que mirar, y cuando finalmente decidió levantarse evitó conscientemente mirarse al espejo. Medio dormida, llamó al departamento para decir que estaba enferma, y luego siguió durmiendo profundamente hasta casi las doce. Puso agua a hervir en la cocina, sacó un vaso grande de café con leche y llenó la bola de té. El insistente martilleo en las sienes se había extendido hasta la frente, así que se tragó un par de paracetamoles antes de abrir el grifo del agua caliente y meterse en la ducha.

¿Qué demonios se ha creído ese maldito estúpido?, pensó cuando se metió en la cama envuelta en un albornoz con el vaso humeante en la mano. El decente y pulcro Peter había sido lo bastante rastrero para follarse a otra, en lugar de mostrarse lo bastante hombre para dar por terminada su relación antes de lanzarse de cabeza a otra. Tenía toda la pinta de ser una defensa en toda regla. Antes de tomar una decisión definitiva había querido probar su posible nueva base. ¡Gilipollas!

A media tarde se levantó y empezó a retirar las cosas de Peter que fue encontrando por el piso. Tendría que vivir con sus muebles. El resto lo dejó amontonado de cualquier manera en el suelo de la habitación de los invitados. Pensaba pedirle que lo recogiera en los próximos días mientras ella estuviera en el trabajo. Le encantaba el desorden que había logrado crear entre sus pertenencias: libros, CD, carpetas, figuritas... Todo estaba diseminado por el suelo. A Peter no le haría ninguna gracia, pensó antes de buscar el número de la pizzería local para pedir que le trajeran la comida.

Cuando se acostó por la noche se sentía mejor. No estaba bien del todo, pero podía vivir con ello. Que le dieran mucho por el culo. Ahora se concentraría en su trabajo, y luego él que se concentrara en su idilio familiar. Lo repitió un par de veces para sus adentros, y se dio cuenta de que no sonaba del todo convincente, pero lo suficiente para seguir adelante.

—No podemos obligarte a que nos acompañes. Personalmente no creo que debas hacerlo.

Esta última coletilla se le escapó a Louise antes de que le hubiera dado tiempo a pensárselo.

—Iré —dijo Susanne con un ímpetu que dejaba bien claro que no había lugar para discusiones.

Llevaba dos días ingresada en el Rigshospitalet y durante aquel tiempo había mantenido largas conversaciones con Jakobsen. Louise había notado enseguida un cambio en ella. De pronto sus movimientos se habían vuelto más calmados y abiertos. En su rostro apenas quedaban rastros visibles de los golpes, aunque la zona alrededor del ojo y el pómulo izquierdos todavía acusaba cierta coloración.

—Siempre he querido asistir a la fiesta —prosiguió tras una breve pausa—. Desde que te oí hablar de ella por teléfono. Si aparece quiero volver a verle.

Louise se la quedó mirando. No llegó a ponerle palabras a sus protestas airadas porque enseguida Susanne hizo un gesto tranquilizador con la mano y retomó su discurso:

—No de esa manera que tú piensas. Pero está constantemente presente en mi conciencia, y me destroza no ser capaz de evocar una imagen de él. Jakobsen lo llama una represión natural y saludable —dijo en un tono que denotaba que no estaba de acuerdo en que sirviera de algo dispensarla de sus recuerdos—. Pero no creo que pueda dejar atrás la experiencia hasta que no lo haya visto y sepa reconocer que no fui la culpable de lo ocurrido.

Louise pensó que era increíble lo que un psicólogo experto en resolución de crisis era capaz de conseguir, aunque no se sentía del todo tranquila ante la nueva Susanne que se imponía de aquella manera. De no haber sido porque Jakobsen se había pasado por la jefatura de Policía por la mañana para participar en el debate sobre la conveniencia de que Susanne participara en la fiesta ni siquiera habría considerado la posibilidad.

Jakobsen había aprobado que le preguntaran a Susanne si estaba dispuesta a echarles una mano, y al mismo tiempo había aprovechado para, en confianza, ponerles al día del infierno en que Susanne había vivido durante toda su vida adulta, dominada por una madre cuyo marido la había abandonado en el mismo segundo en que pronunció la e de embarazada.

La madre había educado a su hija en la creencia de que las dos estaban unidas, y de esta manera le había impuesto a Susanne una fijación en su madre que habría llevado a más de una joven al internamiento involuntario en una institución psiquiátrica después de cortarse las venas, o a cometer terribles actos de rebeldía que habrían tenido consecuencias para el resto de sus vidas.

Sin embargo, Susanne no se había rebelado. Se había resignado. Se había adaptado a la actitud posesiva e imperiosa de la madre y había renunciado a su juventud y a una parte considerable de su vida adulta, hasta que finalmente osó salir del cascarón e intentó escapar de la camisa de fuerza biológica. Y las cosas le habían salido tan terriblemente mal que daba pena, había concluido Jakobsen, al tiempo que se pasaba la mano por la barba con una mueca triste.

—Tiene que salir de allí —prosiguió—. He pasado por su casa para hablar con la madre y averiguar hasta qué punto es consciente de lo que le está haciendo a su hija, y resulta casi igual de triste ver que utiliza a su hija como una protección contra la soledad y un trofeo frente al hombre que la abandonó. Aunque él probablemente nunca lo descubra. Debería estar en tratamiento, porque en el fondo es una mujer enferma.

Louise no pudo más que darle la razón. Ella había pensado lo mismo las veces que había coincidido con la madre.

—Las cosas se harán de la siguiente manera —explicó Louise, una vez estuvo sentada frente a Susanne en la cafetería del Rigshospitalet con una taza de café en la mano—. Mañana por la noche te recogeré y luego iremos juntas a la fiesta.

Susanne sería dada de alta por la mañana del día siguiente. Jakobsen le había conseguido una vivienda temporal en una dirección secreta que estaría lista el lunes, pero hasta entonces tendría que quedarse en su piso de Lyshøj Allé, en el barrio de Valby.

—Cuando lleguemos a la fiesta echaremos un vistazo por ahí, con la esperanza, claro está, de que él haya decidido asistir. No haremos nada más. Si lo ves me avisas, pero no debes, bajo ninguna circunstancia, dirigirte a él. Si él te ve, saldremos de allí inmediatamente. No queremos detenerlo mientras esté dentro, y a lo mejor te sigue si ve que abandonas la fiesta. Tendremos a gente apostada en la calle, lista para recibirle. Pero recuerda —añadió Louise al ver que Susanne, muy concentrada, no hacía más que asentir con la cabeza— que no es más que una conjetura. Hay muy pocas probabilidades de que vaya. Acaba de cometer dos crímenes muy graves, y probablemente se esté ocultando.

Antes de abandonar el Rigshospitalet, Louise consideró por un momento llamar a Flemming Larsen para preguntarle si le apetecía tomar un café con ella. No habían vuelto a hablar desde que él abandonó su piso, y ahora que de todos modos estaba allí... Aunque tal vez fuera mejor que devolvieran su relación al ámbito estrictamente profesional.

La noche anterior había llamado a Camilla para ponerla al día de su situación personal. Al principio su amiga se había negado a creer que Peter hubiera conocido a otra mujer.

—¡Pero está loco! —había exclamado airadamente al teléfono, y acto seguido le había propuesto tener una charla con él para persuadirlo.

—Estás mal de la chaveta —la interrumpió Louise—. No quiero, bajo ningún concepto, que intentes obligarle a volver conmigo. Si tiene que volver a casa será porque le apetece y siente que es lo único correcto. Y la verdad es que ni siquiera estoy segura de que deba intentarlo —concluyó.

—No, tú no eres de las que admite el derecho a arrepentirse —dijo Camilla cariñosamente—. Y desde luego uno no vuelve arrastrándose sin estar dispuesto a prestarse a que le aplastes los dedos en la puerta.

Louise sonrió. No estaba muy segura de que fuera tan dura, pero tampoco se consideraba una persona a la que primero se abandona y luego se vuelve a ella esperando

comprensión y clemencia.

Abandonó la idea de tomar un café con Flemming y en su lugar volvió a la jefatura de Policía.

–Recogeré a Susanne en su piso. ¿Te parece que pasemos por aquí antes, o vamos directamente a la fiesta? –preguntó desde la puerta del despacho de Heilmann.

–Nos reuniremos todos aquí antes. Repasaremos cómo debemos comportarnos si resulta que él está allí, y además quiero asegurarme de que todo el mundo haya entendido que no haremos nada en el interior de la sala, más allá de buscarlo.

Louise asintió con la cabeza, y se disponía a despedirse cuando Heilmann le preguntó cómo estaba. Ya se había dado cuenta por la mañana, cuando entró a trabajar, de que su jefa había percibido que algo andaba mal. Tampoco Lars Jørgensen había tardado en constatar que se había producido un cambio en la conducta de su compañera. Había levantado una ceja discretamente cuando Louise lanzó un paquete de cigarrillos sobre la mesa y le aseguró que no fumaría en el despacho que compartían. Él se había limitado a asentir con la cabeza y se había abstenido de preguntar nada, esperando seguramente que en algún momento ella le daría una explicación. Se la había dado después del almuerzo, cuando Louise renunció a fingir que era capaz de hacer su trabajo sin que le afectara lo más mínimo lo ocurrido.

–Puedes fumar aquí –fue su primer comentario, antes de que empezara, con toda la buena intención del mundo, a decirle cosas para animarla, que Louise, por otro lado, no se molestó en escuchar.

A pesar de ello, Louise se dirigía, fiel a su deber, al comedor cada vez que sentía necesidad de fumarse un cigarrillo.

–Estoy mejor –contestó evasivamente, pues no tenía fuerzas para poner a nadie más al corriente de sus problemas personales.

Por la mirada que le dispensó, Louise se dio cuenta de que su jefa no la creía, aunque se mostró lo suficientemente comprensiva para no seguir preguntando.

El viernes por la tarde Louise recogió a Susanne media hora antes de su reunión con el resto del grupo en el despacho de Heilmann para recibir las últimas indicaciones. La fiesta de la página de contactos se celebraba en un gran almacén de Holmen, y una vez allí aparcaron en una larga fila en un pequeño descampado contiguo al edificio para así poder vigilar la entrada.

Louise se acercó junto a Susanne a la cola de la derecha, donde solo tenían a otras dos personas delante. Lars Jørgensen se quedó en el coche, esperando a que entraran antes de ponerse a la cola. Louise rechazó amablemente un cartelito en blanco para ponerse en la blusa y un bolígrafo que le ofreció una joven en la puerta.

—El nombre de tu perfil —le explicó la joven que ya estaba atendiendo a otra persona.

Louise descubrió que Susanne había aceptado y estaba escribiendo algo en el cartoncito, pero no le dio tiempo a decirle que no hacía falta. Se la llevó hacia el interior de la sala, saltándose el gentío que se había congregado alrededor de la puerta.

—Solo estamos aquí para mirar —le recordó a Susanne, y repitió lo que habían repasado en el despacho de Heilmann antes de salir. Naturalmente podían charlar con la gente, pero se trataba sobre todo de vigilar.

—Creo que parecerá más natural si nos comportamos como los demás —señaló Susanne cuando hubieron atravesado la muchedumbre.

Louise no contestó. En su lugar se dirigió a una mesa alta que había frente a la barra. Se colocó de manera que tuviera una visión de conjunto de la gente que entraba en el local. El gran almacén estaba lejos de estar lleno, pero el organizador les había asegurado que lo estaría cuando, aquella misma tarde, ella y Lars Jørgensen se reunieron con él para conocer las salidas, la distribución de la sala y el número de asistentes que esperaba que acudirían a la convocatoria.

El organizador no estaba especialmente entusiasmado con su presencia en la fiesta. Sin duda temía que perjudicara su portal de contactos y la reputación de las fiestas si salía a la luz que había delincuentes que encontraban a sus víctimas de aquella manera. Solo se había tranquilizado un poco cuando le aseguraron que no realizarían una eventual detención en el interior de la sala de fiestas.

—¿Y qué me decís de la prensa? —les había ladrado—. ¡Ya he invitado a unos cuantos periodistas!

—Ese es el riesgo que se corre cuando uno se empeña en promocionarse a través de los medios —le contestó Louise cuando salía por la puerta. No se volvió para mirarlo. Era la última persona de la que podía sentir lástima.

—¿Me invitas a uno? —preguntó Susanne, y alargó la mano para coger el paquete de cigarrillos.

Louise se sorprendió tanto que, en lugar de ayudarla y sacar el encendedor, simplemente se quedó mirando mientras Susanne sacaba torpemente un cigarrillo del paquete.

—Por supuesto.

Por fin reaccionó y le pasó el encendedor por encima de la mesa.

—¡Vaya, pues sí que avanzas! —dijo, y se apresuró a sonreír. No tenía la intención, ni

mucho menos, de frenar el proceso de emancipación ni la curiosidad que poco a poco parecía despertarse en ella—. ¿Lo habías probado antes?

Susanne negó con la cabeza y se colocó el cigarrillo torpemente entre los dedos.

—Será mejor que, para empezar, no inhales el humo. Deja el humo en la boca y luego suéltalo. Cuando te hayas acostumbrado al sabor podrás empezar a inspirarlo hasta los pulmones —le explicó Louise con tono pedagógico.

Hacía más de veinte años desde la última vez que había tenido que explicarle a alguien cómo se fumaba. No es que de joven fuera una fumadora experimentada. Por lo que recordaba fue una de las últimas de la clase en rendirse y entrar en el grupo. Pero desde entonces no se había contenido a la hora de sumar más adeptos.

Habían llegado más asistentes a la fiesta. El gran tapón que se había formado en la puerta se había disuelto, y ahora la gente afluía en masa como confusas siluetas, iluminadas en breves destellos por las luces parpadeantes que seguían el pesado y martilleante ritmo de la música.

—Demos una vuelta —propuso Louise, una vez apagaron sus cigarrillos.

Pasearon charlando y a paso lento para no parecer que estaban buscando a alguien, pero Louise pronto se dio cuenta de que era precisamente eso lo que las distinguía de los demás, que parecían buscar y examinar sin recato los letreros con los nombres de las personas que pasaban por su lado. Se habían formado grupos alrededor de las mesas, aunque también había unos cuantos que esperaban a solas a que alguien se dirigiera a ellos.

La pista de baile ya estaba llena. No se abrieron paso a través del gentío sino que la rodearon y se metieron en un reservado en el fondo de la gran sala, una especie de *lounge* o *chill out* con cojines en el suelo y música tenue que sostenía una lucha desigual con el estruendo de los enormes altavoces de la discoteca. Se sentaron un poco tensas y echaron un vistazo a su alrededor, hasta que se hubieron formado una idea general de la gente que se había reunido allí. Las dos coincidieron en que él no estaba y volvieron a la barra.

—No vendrá —dijo Susanne, y pidió otro cigarrillo.

Louise sacó uno del paquete, inclinada a darle la razón.

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos?

—Hasta el final. En principio, podría perfectamente aparecer media hora antes del cierre o ahora mismo.

Lars Jørgensen se acercó y se colocó al lado de su mesa. Sacudió la cabeza e hizo una mueca de decepción.

—Será una noche larga, pero habría que ser un desagradecido para no disfrutar de la atención que te brindan las mujeres —dijo, y paseó la mirada por la sala—. Y seguro que es mucho más aburrido estar fuera.

Se sobresaltó cuando unas manos de mujer de pronto le taparon los ojos y tiraron de él en un abrazo. Se volvió rápidamente y se encontró frente a frente con Camilla, que solo medía media cabeza menos que él.

—¡Hola!

Lars Jørgensen parecía cohibido, pero sonrió. Los dos habían coincidido varias veces en la jefatura de Policía, y desde que Lars Jørgensen se había convertido en el compañero de Louise, Camilla lo había incorporado sin más a la lista de sus fuentes policiales, algo que él aceptaba de buena gana. De hecho parecía que Camilla le caía bien.

—¿Tenéis a mucha gente desplegada? —preguntó Camilla con curiosidad, y miró a su alrededor.

Louise ignoró la pregunta y preguntó en su lugar qué había hecho de Henning.

—Antes tenía que pasar a recoger a su hermano, pero creo que vendrán pronto —contestó su amiga, e hizo una mueca.

—¡Quiero que me lo presentes!

Louise sonrió, y pensó en Peter, que la había acusado de no querer aceptar el deseo de Camilla de encontrar a un hombre con el que formar una familia. Se apresuró a decir que le parecía emocionante y que tenía muchas ganas de conocerlo. Sin embargo, algo en su tono de voz parecía indicar que no estaba del todo convencida, y se dio cuenta de que su amiga lo había percibido.

—Voy un momento al baño —dijo Susanne, rompiendo así la atmósfera ligeramente tensa que siguió a las palabras de Louise.

—¿No tienes que trabajar? —preguntó Louise en un intento de deshacer la disonancia.

Camilla asintió con la cabeza.

—En realidad estaba buscando al organizador. Quiero hacerle una pequeña entrevista con relación al reportaje que hago desde aquí.

Se separaron cuando Camilla divisó al fotógrafo con el que había venido, y Louise empezó a buscar a Susanne con la mirada.

El local estaba abarrotado. Siguió la espalda de Lars Jørgensen con la mirada cuando desapareció entre la multitud para rastrear una vez más la gran sala. Divisó la melena corta y oscura de Susanne frente a la puerta de los baños.

Louise siguió observándola y de este modo pudo apreciar el momento en que la mirada de Susanne se heló. La vio tambalearse un instante antes de quedarse petrificada.

Rápidamente siguió la mirada de Susanne, pero resultaba difícil ver qué o quién la había motivado. Empezó a abrirse paso a través de la multitud mientras intentaba en vano entrar en contacto visual con Susanne. Empujó exasperada a los grupos que le cerraban el paso e ignoró los comentarios airados que le devolvieron.

Allí estaba. Louise se detuvo al ver la nuca rizada. Estaba hablando con dos chicas que calculó que tendrían unos veintitantos años. El hombre se volvió ligeramente, y su perfil se dibujó con tal nitidez que la adrenalina se disparó a través de sus venas.

Dudó si acercarse a la salida para avisar al equipo que estaba fuera, pero no se atrevía a abandonar a Susanne. Sacó rápidamente el móvil del bolsillo de la americana y marcó el número de Heilmann; pero no había conexión. Irritada, miró la pantalla y descubrió que no tenía cobertura. No había ni una sola raya en la escala que indicaba la intensidad de la señal. Buscó febrilmente a Lars Jørgensen con la mirada, pero no dio con él, así

que no le quedó más remedio que asegurarse personalmente de que Susanne saliera cuanto antes de allí para que no tuviera que enfrentarse con su violador.

Naturalmente habían discutido qué debía hacer Susanne si de pronto se encontraba cara a cara con él, y la orden de Heilmann había sido contundente: «No hables con él. Da media vuelta y dirígete a la salida para que no le dé tiempo a amenazarte».

Sin embargo, Susanne no fue hacia la salida. Se quedó clavada en el sitio, dejándose empujar de un lado a otro por el incesante flujo de gente que buscaba los baños.

La nuca ensortijada y el perfil aristocrático ya no se encontraban en el campo de visión de Louise cuando finalmente llegó al lado de Susanne. La agarró del brazo y tiró de ella. Pronto cayó en la cuenta de que los pies de Susanne no la obedecían, así que reunió todas sus fuerzas y prácticamente la arrastró a través de la sala mientras buscaba irritada a Lars Jørgensen. Le pareció vislumbrar a Jesper Bjergholdt de camino hacia el *lounge* junto con las dos chicas.

Soltó el brazo de Susanne una vez en la calle, y dejó que se repusiera un poco mientras iba a buscar a Michael Stig y Thomas Toft, para que estuvieran listos para la detención.

Fueron a su encuentro cuando agitó la mano para que se acercaran. Vio a Heilmann que caminaba entre los coches con el teléfono móvil pegado a la oreja. Louise supuso que estaría informando a los refuerzos que habían citado para que los asistieran de que por fin estaba pasando algo y que se prepararan por si resultaba que finalmente el agresor había acudido a la fiesta.

—Entraremos a buscarlo —dijo Michael Stig en cuanto la jefa de investigación hubo colgado. Heilmann le lanzó una mirada de advertencia y asumió el mando.

—Tenemos a dos personas que en breve estarán apostados en la salida de mercancías de la fachada lateral del edificio, y nosotros tres nos quedaremos aquí —dijo, dirigiéndose a Michael Stig y Toft.

Entonces divisó a Susanne, y se acercó para darle la bienvenida. Con el brazo alrededor de sus hombros la condujo rápidamente hasta el coche que utilizaban como base y abrió la puerta trasera del lado del pasajero.

—Rick, vuelve a entrar y encuentra a Lars Jørgensen. Juntos os encargaréis de vigilar a nuestro hombre —dijo cuando volvió—. Si su teléfono tampoco tiene cobertura, uno de vosotros tendrá que salir para avisarnos en cuanto el sospechoso se disponga a abandonar la fiesta.

Louise volvió a entrar y empezó a buscar a su compañero. Lo encontró junto a Camilla, en una de las mesas cercanas a la barra. Ligeramente irritada porque estuviera charlando tranquilamente, se acercó e interrumpió la conversación.

—Demos una vuelta juntos —dijo, y temió que aquello despertara los instintos de Camilla. Sin embargo, su amiga se limitó a despedirlos agitando la mano y se abrió paso a través de la multitud, como si solo hubiera estado esperando una ocasión para escaparse. Louise supuso que Henning había llegado, o que al menos estaba a punto de hacer su aparición. Se apresuró a llevarse a Lars Jørgensen, a sabiendas de que para un extraño seguramente parecería una mujer que estaba asegurándose su presa.

—Está aquí —dijo Louise, y soltó la chaqueta de su compañero.

Mientras avanzaban a paso firme hacia el *lounge*, Louise puso rápidamente a su compañero al corriente de lo sucedido y le indicó dónde había visto a su hombre la última vez. Los dos se esforzaban por parecer una pareja que acababa de conocerse. Había pequeños grupos apiñados en el suelo, otros estaban apoyados contra la pared porque los asientos cómodos ya estaban ocupados. Se detuvieron frente a la pesada puerta corredera y empezaron a repasar los rostros de los congregados.

–Llevaba una camisa blanca –recordó Louise de repente.

Eso les permitió descartar a unos cuantos, dejando muy pocos a los que examinar; así que no tardaron mucho en constatar que ninguno de ellos era el hombre al que buscaban.

Louise seguía sintiendo cómo la adrenalina contribuía a que la sangre bombeara más rápido por su cuerpo, y reconoció la expresión tensa en el rostro de Lars Jørgensen. Ya que estaban aquí, no tenían más remedio que dar con él.

–Aquí dentro no está –determinó su compañero, y volvieron a la sala grande, y al infierno de luces, música y gente.

Se quedaron un buen rato contemplando los cuerpos danzantes mientras se concentraban en seleccionar a los que vestían de blanco y tenían el pelo oscuro. Louise estiró el cuello y creyó ver a una de las chicas con la que su hombre había estado hablando, pero a él no se le veía por ninguna parte. Empezaron a buscar entre el sinfín de mesas que formaban pequeñas islas en la sala, aunque iban a necesitar mucha suerte para encontrar a una persona en concreto entre otras dos mil. Para empezar, ya era un milagro que Louise lo hubiera divisado, o mejor dicho, que lo hubiera hecho Susanne.

Cuando hubieron dado toda una vuelta sin resultado, acordaron repetirla por si había ido al baño, y tras esta segunda vuelta decidieron salir. Por el camino, al pasar por delante de una de las chicas con las que lo había visto hablar, Louise se detuvo y le dijo a Lars Jørgensen que siguiera buscando solo. Haría un último intento.

La chica supo enseguida a quién se refería.

–Duke –dijo la joven, y lo volvió a repetir al ver que Louise no reaccionaba–. ¡Es el nombre de su perfil!

–¡Creía que era Mr. Noble! –contestó, al tiempo que se decía que o bien el tipo tenía sangre azul en las venas, o bien sentía fascinación por la nobleza.

La chica se encogió de hombros; aparentemente no sabía de qué le estaba hablando, aunque tampoco parecía interesarle demasiado.

–Hace un rato que se fue –dijo, dispuesta a dar por finalizada la charla.

Ahora la sangre empezaba realmente a bombear por las venas de Louise.

–¿Era amiga tuya la que estaba con vosotros?

–Sí.

Al principio, la chica la miró sin comprender nada, pero de pronto una cierta reserva asomó en su mirada.

–¿Por qué me lo preguntas?

Era evidente que consideraba a Louise como una rival. Ya había empezado a retirarse cuando Louise alargó la mano y la agarró del brazo.

–¿Se fueron juntos? –preguntó en un tono de voz cortante. Pero no le dio tiempo a

reformular la pregunta porque la chica se soltó y empezó a acusarla de todo tipo de cosas que Louise ni siquiera se molestó en escuchar.

»Soy policía, y vas a tener que acompañarme fuera.

Tal vez fuera esa palabra o su tono de voz al pronunciarla lo que hizo caer la balanza. En cualquier caso, cuando Louise la agarró del brazo y empezó a andar, la chica la siguió sin más.

–¿Sabes cómo se llama Duke en realidad? –preguntó Louise, y aprovechó para preguntarle su nombre también.

La chica negó con la cabeza, ligeramente perpleja por la situación, y bastante ebria también, según descubrió Louise; aunque conservaba la suficiente lucidez para contestarle que se llamaba Anette.

–¿Tu amiga abandonó la fiesta con él?

Su única reacción fue encogerse de hombros, y eso llevó a Louise a perder los estribos. Su voz se tornó afilada y cualquier atisbo de amabilidad que hasta entonces se hubiera esforzado por demostrar se esfumó.

–¡Anette, escúchame bien! Ahora mismo me vas a contar si tu amiga abandonó la fiesta junto con el hombre que se hace llamar Duke.

Al fin parecía que la chica empezaba a comprender la gravedad del asunto. Aunque no sabía el motivo, entendía que estaba en juego la integridad de su amiga.

–Se fueron juntos –dijo finalmente.

Habían subido en el coche de policía camuflado, y Louise casi podía sentir cómo la mirada de Susanne las seguía desde el coche que estaba aparcado detrás.

—¿Ya se conocían? —preguntó, y se dio cuenta de que cada nervio de su cuerpo estaba preparado para recibir la respuesta.

—Llevan escribiéndose un tiempo... Yo también he hablado con él por el chat, pero no de esa manera.

—¿Cuánto tiempo hace que abandonaron la fiesta?

Anette se lo pensó un buen rato antes de decir que seguramente haría más de una hora. Coincidió con el momento en que Louise lo había visto.

—Parece que estaba bastante borracho —dijo la chica.

Ese dato no resultaba especialmente tranquilizador.

—Tenemos que dar con tu amiga —le insistió Louise—. Supongo que tendrá móvil.

Esto último fue más una constatación que una pregunta, y Anette asintió con la cabeza.

—Ahora mismo vuelvo.

Louise bajó del coche, se acercó al de Heilmann y le pidió que saliera un momento. Cuando la puerta del coche se hubo cerrado y Susanne estuvo fuera del alcance de sus voces, Louise le explicó que probablemente en ese mismo instante el agresor estaba con una chica con la que llevaba un tiempo escribiéndose.

Se alejaron un poco de los coches y discutieron el riesgo que podría significar que se pusieran en contacto con ella a través del móvil. Eso podría llevar a Duke o a Jesper Bjergholdt o como se hiciera llamar en ese momento, a comportarse como una presa herida. O bien se pondría furioso y atacaría, o bien saldría corriendo para buscar refugio.

—La chica se llama Stine Mogensen, tiene veinticinco años y abandonó la fiesta junto con nuestro hombre hace más o menos una hora —dijo Louise—. Debe de haber escapado entre la muchedumbre antes de que yo llegara a salir.

Heilmann la escuchaba con el semblante imperturbable.

—Es posible que se hayan ido a casa de la chica —prosiguió Louise, y sintió cómo se le encogía el corazón—. Si realmente fue hace más de una hora, a estas alturas las cosas pueden haberse puesto muy feas.

—Dile a la amiga que llame a su móvil y la saque de allí —dijo Heilmann—. Podría decirle que necesita que se vean. O algo así.

—Entonces él se irá —objetó Louise.

Heilmann pareció dudar un instante antes de proseguir con voz firme:

—Ahora mismo, lo más importante es ponerla a salvo. Enviaré a los demás a su piso.

La jefa de investigación reunió a sus compañeros.

Cuando Louise volvió al coche, divisó con el rabllo del ojo a Camilla que venía caminando del brazo de un hombre. Tenía buena planta, constató a pesar de la distancia, pero en lugar de acercarse a saludar, Louise se apresuró a meterse en el vehículo para que Camilla no la viera.

—¿Dónde vive tu amiga?

Anette había palidecido.

—En Sverrigsgade, en el barrio de Amager.

Louise apuntó el número y el piso, y volvió a bajarse para encontrarse con Heilmann. Camilla y Henning habían desaparecido, y Michael Stig ya aguardaba en el coche, listo para salir.

—Iréis hasta allí sin hacer sonar las sirenas —les advirtió Heilmann—. Y quiero hombres apostados en la escalera de servicio antes de que subáis.

—¿Quieres que los acompañe? —se ofreció Louise.

La jefa de investigación negó con la cabeza.

—Tú te quedarás aquí conmigo mientras la chica realiza la llamada. Y luego llevarás a Susanne a casa.

Louise lo volvió a intentar, pero Heilmann insistió, a pesar de que sabía que a Louise le irritaba dejar la detención en manos de otros en un caso en el que había estado tan involucrada.

Heilmann se había sentado en el asiento posterior del coche de Louise e intentaba entablar una conversación con Anette, que a estas alturas estaba más o menos sobria, aunque seguía igualmente pálida. Por lo visto había renunciado a saber lo que estaba pasando, más allá de que el tal Duke estaba metido en algún lío que parecía tan importante como para que la policía quisiera dar con él. No preguntó qué era, estaba comprensiblemente más interesada en la situación en que todo aquello dejaba a su amiga.

—Llámalas ya —la apremió Heilmann.

Anette buscó el número de Stine Mogensen en la agenda de su móvil y respiró hondo antes de llamar. Se mantuvo tensa esperando a oír el tono de llamada. Luego sus hombros se relajaron y aguardó.

Louise y Heilmann estaban tan quietas que parecían contener la respiración.

—Me sale el contestador —dijo Anette poco después.

—Vuélvelo a intentar —le pidió Heilmann desde el asiento de atrás.

Anette volvió a llamar y dejó un mensaje de voz en el que le pedía encarecidamente a Stine que la llamara en cuanto oyera el mensaje.

Heilmann la elogió antes de bajarse del coche. Sin embargo, antes de que la puerta se hubiera cerrado, Louise oyó que ordenaba a través de su móvil que el equipo entrara en el piso.

—Verificad si se oyen ruidos o si hay luz en el piso. Si no abre, forzareis la puerta de una patada —fue la orden que dio antes de meterse en su propio coche.

Un momento después Susanne se sentó en el asiento de atrás del vehículo de Louise, y Heilmann salió a la calle con tal ímpetu que la gravilla saltó.

Se había instalado una atmósfera extrañamente apagada, como la que se experimenta después de una sesión de cine absorbente en la que el público se queda pegado a los asientos buscando reponerse y reunir las fuerzas necesarias para abandonar la sala. En este caso también había terminado la sesión, al menos para ellas.

—¿Y qué hago si llama? —preguntó Anette, rompiendo así el silencio.

Louise estaba considerando si podía permitirse despedir a Anette allí mismo o si también tendría que llevar a la amiga de Stine Mogensen hasta la puerta de su casa. La duda de Anette decidió el asunto, porque de pronto cayó en la cuenta de que de hecho

existía una pequeña posibilidad de que Stine Mogensen estuviera con Duke en otro lugar que no fuera su piso, y de ser así la policía podría necesitar su ayuda.

Louise arrancó el coche y se dirigió hacia el barrio de Nørrebro, donde vivía Anette. Susanne no había dicho ni una sola palabra desde que se metió en el coche. Ni hola ni buenos días, nada de nada. Estaba sentada en el asiento de atrás mirando por la ventanilla, como si sus pensamientos la hubieran trasladado a otro mundo.

—Ahora te llevaré a casa —dijo Louise a Anette—. Si Stine llama le dices que necesitas hablar con ella.

Lo dijo con el mayor sosiego que pudo reunir para evitar calentar los ánimos. Era preferible que Anette siguiera sin saber lo importante que era que esto no acabara mal, porque así había menos probabilidades de que metiera la pata.

—Ahora mismo mis compañeros están en su piso. Si ella está allí, le explicarán por qué le pediste que te llamara, y ya está.

Cruzó la plaza de Christianshavns Torv antes de seguir:

—Si te llama será porque no estaba en su piso cuando escuchó tu mensaje, y entonces lo único que tienes que hacer es pedirle que vaya a tu casa inmediatamente y luego me llamas. Enseguida —subrayó.

Después de dejar a Anette y de asegurarse de que había traspasado sana y salva la puerta principal, le entraron unas ganas tremendas de llamar a Heilmann. Cierta sensación en el estómago le decía que en ese momento el drama estaba en su punto álgido. Sin embargo, no quería que se notara la tensión que la atenazaba por miedo a contagiársela a Susanne.

Se esforzó por reprimir el desasosiego y lanzó una sonrisa a Susanne a través del retrovisor.

—Crees que ahora mismo está en plena faena —dijo Susanne en lugar de devolverle la sonrisa.

Louise desistió de poner más paños calientes y asintió con la cabeza mientras ponía rumbo a Valby. Acababan de tomar Falkoner Allé cuando Heilmann llamó. Louise se llevó rápidamente el teléfono a la oreja antes de que la voz de la jefa de investigación empezara a sonar a través del altavoz y se propagara por todo el coche.

—No estaba —le comunicó brevemente.

—Entonces, ¿dónde están?

Louise hablaba en voz baja, convencida de que no se la oiría desde el asiento de atrás. Lanzó una mirada furtiva al retrovisor para ver cómo reaccionaba su pasajera, pero estaba reclinada en el apoyacabezas y tenía los ojos cerrados.

—Ella sí estaba —dijo Heilmann, y con ello la obligó a apartar la mirada de Susanne y volverla a fijar en la calle—. Medio dormida y desorientada.

A Louise le costaba definir el sentimiento que se apoderó de ella. Era una mezcla de decepción, alivio y frustración por haber sido devuelta a la casilla de salida.

—Es cierto que abandonó la fiesta con él. Pero se separaron cuando ella cogió su bicicleta. Él siguió a pie.

Sus dedos se cerraron alrededor del volante. Era culpa suya que hubiera escapado. No debería haberle dado tiempo a salir antes de organizar su detención. Los reproches se agolpaban en su cabeza. Menuda estupidez había sido confiar en un móvil cuando sabía que cabía la posibilidad de que la señal fuera demasiado débil. Podía haber dejado a Susanne allí y correr hacia la salida en lugar de empeñarse en llevársela.

¡Mierda!, pensó, y golpeó el volante, arrancando así a Susanne de su letargo. Louise intentó centrarse, pero se dio cuenta de que se estaba desmoronando. Para su sorpresa, echaba de menos poder acurrucarse contra el pecho de Peter, y se encolerizó aún más porque no pudo más que admitir que estaba profundamente arraigado en sus necesidades. De pronto el vacío se realimentó: no había nada por lo que volver a casa, nadie que a la mañana siguiente pudiera consolarla diciendo que había actuado de manera sensata. Aunque en realidad él no tuviera ni idea de si era sensato o estúpido, siempre la ayudaba para no presentarse en el trabajo al día siguiente sintiéndose completamente desprotegida.

–Ya estamos llegando –dijo, dirigiéndose a la oscuridad del coche.

Lyshøj Allé estaba al lado de Toftegårds Plads. Louise aparcó en mitad de la callecita y se volvió.

–¿Crees que podrás dormir sola? –preguntó sin saber lo que haría si le decía que no.

Afortunadamente, Susanne asintió con la cabeza, e incluso dijo, en un tono de voz bastante convincente, que le apetecía estar sola.

–Si por cualquier razón te sientes insegura o mal, llama al número directo de la HS, la central de comunicaciones de la jefatura de Policía. Y te enviarán un coche patrulla inmediatamente.

Suhr le había asegurado que se había cerrado un acuerdo con la central para que vigilaran el piso de Susanne hasta que pudiera mudarse a su nueva dirección, pasado el fin de semana.

Susanne no parecía escucharla. Estaba impaciente por entrar, y Louise no podía reprochárselo. Eran las cuatro y media de la mañana, y acababa de salir del hospital. No era de extrañar, pues, que necesitara meterse en la cama y estar en paz.

Se despidió de ella agitando la mano al tiempo que se ponía en marcha, y decidió volver a casa en lugar de entregar el coche. Podía hacerlo el sábado por la mañana. No dudó ni un momento que los demás habrían pasado por la jefatura para acabar el día con una última reunión, pero tendría que ser sin ella.

–Saldremos a buscar a chicas que hayan estado en sus garras.

La voz de Suhr tronó en el comedor durante la reunión matinal del lunes. Louise sentía que estaba en caída libre. A media mañana del sábado se había despertado con unas terribles náuseas y estuvo vomitando sin parar durante unas cuantas horas. Cuando ya no pudo más, se tragó el orgullo y llamó a Camilla, a pesar de que sabía que seguramente estaría con Henning y que desbarataría sus planes para el sábado. Sencillamente no tenía fuerzas para involucrar a su madre.

Solo había puesto a sus padres al corriente de la ruptura muy por encima. Sabían que las cosas no andaban bien, pero desconocían el alcance de la salida de Peter del piso, y Louise seguía sintiendo que no estaba preparada para contárselo.

Camilla se había presentado en su casa por la tarde y se había quedado a su lado mientras daba rienda suelta a su desesperación tumbada en el sofá. A Louise le sorprendió la facilidad con que rompía a llorar, aunque insistió en afirmar obstinadamente que la ruptura no era la causa de sus lágrimas.

–¿Es la soledad? –preguntó Camilla con cautela, y se levantó para poner el CD de Big Fat Snake que había traído. Vivía con la convicción de que su música servía para TODO.

Louise lo había negado vehementemente con la cabeza antes de cerrar los ojos y dejarse envolver por la fascinante voz de Anders Blichfeldt. Cuando una hora más tarde volvió a abrirlos le aseguró a su amiga que de hecho echaba de menos un poco de soledad.

–Sencillamente me siento frágil por dentro. Siento que corro el peligro de hacerme añicos si me alcanza una piedra.

Era la mejor manera de explicar lo poco que de pronto había quedado de la fuerza que siempre había dado por sentado que tenía.

Camilla se había mostrado suficientemente delicada para no hablar de trabajo en medio de la desesperación de Louise, aunque las preguntas respecto a la fiesta de la noche anterior se agolpaban tras las palabras de consuelo y el tono de voz lleno de consideración. Se había quedado a su lado hasta muy avanzada la tarde, cuando ella y Henning habían planeado ir a casa de él en Sorø para pasar la noche. Markus estaba en casa de su padre.

El llanto y las náuseas habían parado cuando Louise se despidió de su amiga en el rellano de la escalera. Para entonces había asumido que tendría que convivir con la manera que tenía su cuerpo de manejar la ruptura, aunque puso el domingo por la noche como fecha límite para superarla.

–Pondremos en marcha una batida, y no pararemos hasta que lo tengamos –tronó el jefe de Homicidios, devolviéndola a la reunión matinal.

Louise no se había ahogado en los reproches de sus compañeros cuando llegó al trabajo por la mañana, tal como había temido. Cuando despertó, un par de minutos antes de que sonara el despertador, respiró con el diafragma y decidió que a partir de ese momento la vida seguiría como antes, solo que sin Peter. El dolor, la soledad y un amor

roto eran sentimientos que podían estar allí, pero no debían abultar demasiado. Entonces se levantó, convencida de que ya se sentía mejor. Y casi fue capaz de mantener un tono de voz neutro cuando Michael Stig la alcanzó en el pasillo y le preguntó cómo demonios podía ser que Bjergholdt hubiera conseguido esfumarse cuando el único cometido de Louise había sido impedirselo.

–Se fue –dijo Louise, sin dudar, y se sumó a la reunión matinal.

–Si es necesario, mostraremos la foto del metro, pero en primera instancia saldremos a la prensa sin ella.

–Tal vez antes deberíamos averiguar si todavía existe un perfil de Duke en internet –propuso Louise, interrumpiendo así a su jefe–. No sabe que tenemos constancia de él con ese nombre –prosiguió.

Suhr rezongó un poco mientras consideraba su propuesta, pero al final asintió con la cabeza y señaló a Heilmann.

–Nos reuniremos después –dijo para dejar claro que esperaba que ella también estuviera presente.

Louise ya se había puesto a buscar en internet cuando Suhr golpeó el marco de la puerta de su despacho con los nudillos. Lars Jørgensen había ido por café, así que el jefe de Homicidios se instaló en su silla.

–¿Qué piensas hacer si lo encuentras? –preguntó.

El jefe de Homicidios ya se lo había planteado anteriormente, pero en broma. Esta vez esperó su respuesta con una profunda arruga alrededor de la nariz.

Louise se quedó pensativa un rato. ¿Qué pensaba hacer, en realidad? No serían capaces de rastrearlo a través de su perfil. Con un poco de suerte habría colgado su fotografía en la web, y entonces tendrían algo con lo que salir, pero si no...

–Escribirle –contestó–. Así tal vez podamos dar con él.

Hans Suhr se había quedado mirando hacia el pasillo a través de la puerta abierta. Louise supuso que estaría buscando a Heilmann, pues sabía que se sentiría más arropado si su subinspectora apoyaba la propuesta de Louise de ponerse en contacto con el agresor.

–Pero todavía no lo he encontrado –añadió Louise, eximiendo así a su jefe de esta preocupación–. Tengo que llamar a Stine Mogensen y preguntarle dónde ha estado escribiéndose con él, porque desde luego no está en las páginas de contactos en las que he entrado hasta ahora.

En ese mismo instante se oyeron unos pasos rápidos en el pasillo. Heilmann dobló la esquina sin detenerse hasta que entró en el despacho con las mejillas cubiertas de manchas rojas provocadas por la excitación.

–Ha estado en casa de Susanne.

Heilmann ya había enviado un coche patrulla a la dirección de Susanne, y les pidió a Louise y a Lars Jørgensen que lo siguieran.

Susanne había permanecido en su piso desde que Louise la dejó en la puerta la noche del sábado. No había salido durante todo el fin de semana, ni había estado en contacto

con nadie, tampoco con su madre. El lunes por la mañana había bajado para hacer unas compras, y cuando volvió, media hora más tarde, se encontró un sobre en el suelo del vestíbulo que él había introducido a través del buzón de su puerta.

–En resumidas cuentas, le escribió que pensaba mucho en ella.

–¿Es una amenaza? –preguntó Suhr.

Heilmann se encogió de hombros.

–Así, a bote pronto, yo lo interpretaría de esa manera, pero por otro lado también hemos visto que tiene una conducta imprevisible. Resulta muy difícil determinar si está enfermo o si es un depravado. En cualquier caso, tenemos que sacarla del piso inmediatamente.

Volvió la mirada hacia Louise.

–Me encontré a Lars Jørgensen en el pasillo. Te está esperando. Déjale claro a Susanne que no lo hacemos para aislarla. Podrá moverse libremente tanto allí como aquí, en la ciudad, lo único que tiene que procurar es no dar su nueva dirección a diestro y siniestro.

Louise asintió con la cabeza; ya se había puesto en pie. El piso que Jakobsen le había conseguido estaba a las afueras de Roskilde. Heilmann se inclinó sobre el escritorio y anotó la dirección en una libreta. Suhr les pidió que llamaran en cuanto Susanne estuviera instalada en la vivienda temporal.

Louise apagó el ordenador, y se preparó para pasar fuera el resto del día. Había intentado varias veces empezar con el repaso de los perfiles, y estaba ligeramente irritada porque todavía no lo había conseguido. Cada vez, o algo la había frenado o alguien le había obligado a dedicar su atención a otra cosa. Al mismo tiempo, había aparecido una nueva idea en su cabeza: debían ser capaces de aprovechar el hecho de que Stine Mogensen hubiera estado en contacto con Jesper Bjergholdt. Pero eso también tendría que esperar, porque volvía a haber algo que se interponía en su camino.

Susanne tenía una maleta y una bolsa de viaje listas en el vestíbulo. Había acordado con Heilmann que marcaría las cosas que quería llevarse a su nuevo hogar, y más tarde pasarían unos hombres para trasladarlas, pero puesto que se trataba de un piso completamente amueblado, necesitaría principalmente ropa.

Louise se compadecía de ella. Todo podía concluir antes de que acabara la semana, pero también cabía la posibilidad de que se prolongara durante meses. Después de la reunión matinal, Heilmann le había contado que la mujer que le había prestado el piso a Jakobsen estaba de viaje, así que de todos modos Susanne podría quedarse allí durante unos cuatro meses. Jakobsen sostenía que, al margen de que detuvieran o no a Jesper Bjergholdt, Susanne necesitaba paz y tranquilidad para encontrarse a sí misma, y le había aconsejado que dejara su piso y buscara otro lugar donde vivir para no estar tan cerca de su madre. Era un paso importante en el tratamiento que habían iniciado.

Louise se imaginaba que el psicólogo se estaba concentrando sobre todo en las profundas marcas y cicatrices que la madre había infligido a su hija, en lugar de hacerlo en los rasguños y arañazos que había dejado la violación, por graves que estos fueran

también.

—¿Cuándo recuperaré mi ordenador? —preguntó Susanne cuando llevaron su equipaje al coche donde Lars Jørgensen las esperaba para meterlo en el maletero.

—Creo que debes contar con que todavía tardarán un tiempo en devolvértelo. Forma parte de las pruebas del caso.

—Entonces, ¿podrías prestarme uno?

—No lo sé —contestó Louise, y le sostuvo la puerta del coche.

No conseguía entender a Susanne. No parecía especialmente afectada por la nota que Bjergholdt había echado por el buzón de la puerta. Ni tampoco por haberlo visto en la fiesta. En cualquier caso, a Louise le costaba detectar algo que recordara siquiera lejanamente al miedo. Tal vez había que adscribirlo a la libertad que Susanne sentía al escapar de las garras asfixiantes de su madre.

—¿Para qué quieres un ordenador ahora mismo? —preguntó, una vez se subieron al coche.

Susanne estaba de baja de larga duración, pero cumplía con las sesiones con Jakobsen.

—No para conseguir citas, tranquila.

Louise no contestó, aunque decidió que llamaría a Jakobsen para preguntarle si había algún peligro de que Susanne pudiera ponerse en contacto con Bjergholdt si se le presentaba la ocasión. Se consoló con que a ella seguramente le resultaría tan difícil encontrarlo como a la policía.

—Quiero intentar encontrar un trabajo nuevo y otro piso. No quiero volver a Valby.

Lars Jørgensen parecía querer decir algo, pero se contuvo.

—Ahora lo que sobre todo debes procurar es alejarte un poco de todo esto —dijo Louise, molesta porque sin querer había sonado como una asistente social. Al fin y al cabo era muy razonable lo que decía Susanne. Ella habría reaccionado de la misma manera.

Ya habían llegado a Roskilde cuando de pronto Susanne, después de un largo silencio, les comentó como quien no quiere la cosa que había accedido a contar su historia en el *Morgenavisen*.

Louise suspiró hondo y esperó a que esta vez Lars Jørgensen dijera algo, pero su compañero mantuvo la mirada fija en la carretera mientras atravesaban Røde Port.

—Tuya es la decisión, desde luego, pero no los invites a tu nueva casa, porque sería un traslado en vano si aparece tu dirección en el artículo. Queda con ellos en Copenhague —propuso Louise, de pronto exhausta. A veces, a la hora de decidir cómo debían de manejar los demás una situación complicada, se mostraba condenadamente rápida y segura. Luego, cuando obraban de manera distinta de la que ella hubiera elegido, se irritaba y le parecía que se comportaban como idiotas.

—Haz lo que quieras —dijo, y sonrió a Susanne—, pero procura que te dejen leer la entrevista antes de que la publiquen.

Era evidente que Susanne no se había dado por enterada. Seguramente no sabía que era la única garantía que tenía de que su historia no se descontrolara, pensó Louise.

El piso estaba en la planta baja de una casa de dos niveles, en medio de un paisaje de senderos que unían todo un pueblo de casas amarillas idénticas. Tenía dos habitaciones,

muchísima luz y una pequeña terraza en la parte posterior. Susanne entró con gran cautela, como si tuviera miedo de rayar los claros suelos de parqué. Se colocó en medio del salón e inspeccionó su hogar temporal.

–Es muy bonito –fue su primer comentario, y una sonrisa apareció en sus ojos.

Cuando Susanne se disponía a conquistar la cocina, Louise cayó en la cuenta de lo terrible que habría sido su vida anterior. De hecho, Susanne Hansson se encontraba en mitad de una etapa de florecimiento, pensó, y se perdió en cavilaciones mientras la contemplaba. Estaba a punto de abrirse, a pesar de lo que había tenido que soportar y a lo que se había expuesto ella misma.

–Espero que puedas aclimatarte, aunque solo sea temporalmente –dijo Louise antes de tenderle la mano a modo de despedida.

Louise dedicó los dos días siguientes a rastrear en diversos portales de contactos los perfiles de todos los hombres de pelo oscuro de unos treinta años de edad. ¡Incluso llegó a entrar en la página de novias de agricultores, y en *beautifulpeople.dk*, el portal para los que se consideran especialmente atractivos! También estuvo husmeando entre hombres que buscaban a un alma gemela.

Stine Mogensen y Duke se habían conocido en *dating.dk*, y Toft ya se había puesto en contacto con la gente que había detrás del portal, que se había apresurado a comunicarle que el perfil que andaban buscando había dejado de existir. Lo había creado un usuario con una dirección de Hotmail, así que no había ninguna razón para creer que el nombre, la dirección y el número de teléfono móvil fueran reales, aunque de todos modos lo estaban investigando. Además le contaron que ya había alguien que estaba utilizando el nombre de Duke para su perfil. Sin embargo, a juzgar por el perfil y la foto, esta vez correspondía a un chico de veinte años con una media melena rubia. Por si acaso lo habían contrastado y lo habían identificado como quien decía ser.

Louise había llamado a Stine para explicarle que no sabía cómo se chateaba en una página de contactos. Le había pedido que volviera a buscar a Duke, aunque tal vez apareciera bajo otro nombre.

–No creo que siga allí. La última vez que estuve en contacto con él fue hace un par de semanas.

Se había mostrado muy reacia a arrojar a Duke a los brazos de la policía. Solo cuando Louise finalmente le contó que se trataba del hombre buscado en la prensa por asesinato y violación, accedió a ayudarlos, terriblemente acongojada.

–En el momento en que estés segura de que es él me llamas –dijo Louise, y añadió que era algo que, naturalmente, debería quedar entre ellas–. Nada de meter a Anette o a cualquier otra amiga en esta colaboración –le dijo Louise en un tono severo. No dejaba de sorprenderle la gran cantidad de ofertantes que había en internet. Apenas sabía por dónde empezar. Con Mr. Noble y Duke en mente, prestó especial atención a los perfiles de connotaciones aristocráticas, y se sobresaltó cuando tropezó con el Conde, que según el perfil era un tipo rubio de veintiocho años.

Louise le escribió y le pidió una fotografía, justificándolo con que quería ver con quién

chateaba, y rápidamente recibió una en su nueva dirección de Hotmail que Lars Jørgensen le había creado para la ocasión.

El Conde fue tachado de la lista con la misma prontitud que El Barón Rojo y el Rey, aunque cada vez que se topaba con un nombre así sentía el mismo soplo de esperanza, y las expectativas se desbordaban con la misma rapidez con que volvían a desvanecerse a medida que iba apareciendo todo tipo de fotografías privadas en su bandeja de entrada.

Empezaba a entender por qué había tantas chicas que se habían retirado y habían roto el contacto con Bjergholdt. Por lo visto era bastante normal enviar una foto sin más preámbulos, y Louise tuvo algún que otro problema a la hora de encontrar la manera de librarse de enviar una foto suya. Al final acabó recurriendo a la excusa más mezquina de todas: disculpa, pero lo he pensado mejor y no estoy interesada, escribía cuando el tipo le enviaba una fotografía de sí mismo.

Se avergonzaba, e incluso llegó a preguntarse si no sería más justo si les explicaba brevemente que trabajaba en la policía y que estaba buscando a una persona en concreto. Pero no podía ser, pensó. Nunca se sabía si a sus pretendientes virtuales se les podía ocurrir entrar en un chat y entretener a los demás en la página contando que había una poli en internet. Por raro que pudiera parecer, hasta el momento nadie le había exigido que ella enviara una foto primero.

Suhr llevaba deambulando por los pasillos desde la mañana del martes, cuando su comunicado de prensa se publicó en los periódicos de mayor tirada del país. Había mantenido oculta la imagen del agresor en la estación de metro.

—Es el cartucho que guardamos en la recámara —había comentado durante la reunión matinal del martes.

Esa misma mañana habían llamado unas chicas que contaron asustadas que habían estado en contacto con él, pero que nunca lo habían visto.

«Las irritantes llamadas», como había dicho Michael Stig en voz alta. Toft lo había reprendido al instante y le había dicho que debería considerar todas las llamadas como bienvenidas. Nunca se sabía si alguna de ellas finalmente resultaría ser el hilo que los conduciría al esclarecimiento del caso.

Louise no pudo más que sonreír cuando lo acalló con su tono de voz calmado, y además ya habían puesto en marcha el seguimiento de las llamadas marcadas como interesantes.

Una de las llamadas era la de una mujer de unos treinta y cinco años que llevaba largo tiempo manteniendo en secreto una agresión que había sufrido a altas horas de la noche después de lo que había creído una cena exitosa en su casa.

Otra había tenido, según sus propias palabras, una desgraciada experiencia en el mes de marzo. Sin embargo, no estaba segura de que pudiera decirse que fuera una violación, pues ella lo había invitado a entrar.

Incluso el jefe de Homicidios estaba consternado por lo inseguras que se mostraban las mujeres a la hora de definir dónde estaba el límite entre la violación y un acto sexual consentido, y a qué debían acceder a la hora de someterse a alguien. Estaba sentado en el despacho de Heilmann, repasando los informes que se iban incluyendo en el caso a

medida que entraban las llamadas.

–Si te hace daño, y le pides al hombre que pare y aun así él sigue, es evidente que el escenario ha cambiado, y que lo que antes era voluntario se ha convertido en un abuso –dijo indignado, y ordenó los papeles ya leídos en un pulcro montón.

–No es tan sencillo –dijo Heilmann sin levantar la vista de los suyos.

Suhr lo sabía perfectamente. Solo que ahora, al tener las llamadas negro sobre blanco, le parecía más que evidente que las mujeres deberían haberlo denunciado. Desde la aparición de las páginas de contactos se había producido un cambio a la hora de definir una violación. Cada vez se daban más casos en los que dos personas se ponían de acuerdo para verse y mantener relaciones sexuales. En lo que las partes ya no estaban tan de acuerdo era en cuándo había que parar, y lo violentas que debían ser estas relaciones. En estos casos podía resultar complicado probar que se trataba de abusos.

También entraron montones de llamadas que tenían como objeto a otro tipo de hombre que el que habían descrito. Los había rubios, de pelo negro, pequeños, grandes, extranjeros, daneses, mayores, jóvenes. Todas ellas fueron descartadas por el agente que se encargaba de contestar al teléfono. Conocía el filtro que habían establecido para el caso que tenían entre manos y debía ceñirse a él.

–Me gustaría ver los correos electrónicos que Bjergholdt envió –dijo Louise tras detenerse frente a la puerta del despacho de Suhr. Él y Heilmann estaban discutiendo en voz baja a qué llamadas habría que dar curso–. Así tal vez sea capaz de entender qué es lo que le hace reaccionar. Tiene que haber algo que haga que elija precisamente a estas mujeres.

Ya tenía las copias de los perfiles de las mujeres con las que Bjergholdt se había puesto en contacto, y existía un patrón. Todas las candidatas eran retraídas. Ni una sola mención al sexo, nada de costumbres decadentes o caras. Tan solo dos velas sobre una mesa, pareja estable y seguridad. Eran mujeres que preferían el cine a la discoteca, la vida en familia y el ocio a la carrera profesional.

Suhr le indicó que entrara con un gesto de la mano.

–Tengo que descubrir qué es lo que le excita –le dijo Louise.

Louise necesitaba más tiempo y se alegró al ver que no tenía que luchar por conseguirlo. El jefe de Homicidios había decidido que podía seguir adelante con su búsqueda mientras los demás se encargaban de las llamadas y hablaban con las mujeres que podían resultar interesantes para el caso.

–Toft tiene toda la correspondencia entre él y las dos víctimas. Puedes hacerte una copia de todo –dijo, y volvió a los papeles que tenía delante.

Hacía apenas unas horas que les había llegado el informe de los genetistas forenses. Los resultados confirmaban que el semen encontrado en el condón y el vello púbico que hallaron en el suelo del piso de Christina Lerche coincidían con los restos que habían fijado de la espalda de Susanne. A juzgar por el procedimiento, o por el modus operandi, como insistía Heilmann en llamarlo, se trataba del mismo agresor, pero ahora estaban en condiciones de probarlo desde un punto de vista técnico. Sin duda era un avance importante, también un gran motivo de alivio para el jefe de Homicidios. Aparte de eso

se había confirmado que el hombre que se había hecho llamar Kim Jensen y que afirmaba ser de Hørsholm, y que había violado y maltratado a Karin Hvenegaard dos años atrás, era idéntico a Jesper Bjergholdt.

Tres víctimas.

Louise se inclinaba por darle la razón a Suhr cuando sostenía que seguramente aparecerían más. Probablemente en cuanto Michael Stig volviera de su entrevista con la mujer cuya descripción del abuso que había sufrido un año antes recordaba mucho al de Karin.

Se desplomó en la silla de su despacho. De pronto le invadió una oleada de cansancio. La enorme cantidad de perfiles en internet hacía que el trabajo le pareciera inabarcable, y seguía sin saber qué era lo que llevaba a la gente a reaccionar. Si había unas reglas del juego específicas que al ser ella una novata se le escapaban. Cogió el teléfono y llamó a Camilla.

—¿Me dejarías leer los artículos que has escrito sobre las páginas de contactos? ¿Y todo lo demás que tengáis en vuestro archivo sobre el tema?

A juzgar por su tono de voz, Camilla estaba muy ocupada y se mostró algo seca y esquiva. No parecía dispuesta a dejar lo que tenía entre manos para satisfacer los deseos de Louise.

—Si puede esperar hasta que vuelva dentro de un par de horas te prepararé un dossier —le ofreció, sin intentar ocultar siquiera que estaba preparando la bolsa mientras hablaban.

En el último año, la carrera de Camilla se había disparado como un cometa en internetación de sucesos del *Morgenavisen*. Tenía las manos relativamente libres para hacer lo que le diera la gana, siempre y cuando Terkel Høyer, su jefe, pudiera contar con que generara el mayor número de portadas. Hacía tiempo que había dejado a un lado la tarea de llamar a las distintas comisarías para preguntar por el informe que recogía los casos del día. También hacía meses que no pisaba el juzgado de guardia, a no ser que ella misma lo propusiera. Este tipo de tareas rutinarias corrían a cargo del becario y de Ole Kvist, a pesar de que llevaba mucho más tiempo en el periódico que Camilla.

—Ahora mismo salía para hacer una entrevista que tendré que escribir esta noche. Así que si te pasas más tarde todavía estaré por aquí. Seguramente no tendré tiempo para charlar, pero me ocuparé de que haya algo para ti cuando llegues.

A Louise no le costó mucho deducir que debía de tratarse de una entrevista con Susanne. Era, sin lugar a dudas, una gran exclusiva poder salir con su historia mientras la investigación todavía estaba en marcha. Pero no lo comentó.

No tendría tiempo para recoger el material hasta eso de las seis o las siete, pero luego podría irse directamente a casa y leerlo todo de un tirón. Así tal vez conseguiría descubrir algunas de las reglas no escritas del juego que hasta el momento no había advertido. No es que Susanne fuera una chateadora experimentada, pero tal vez había dado en el clavo por casualidad al haber expresado sin tapujos lo que buscaba.

Louise había releído dos de los correos electrónicos que Bjergholdt y Susanne se habían intercambiado, pero los había vuelto a guardar, pues había decidido dejarlos

descansar hasta que hubiera leído los artículos de Camilla. Ahora mismo estaba buscando de nuevo hombres de pelo oscuro en internet, y llegó a quedarse enganchada de algunos perfiles que encontró interesantes. No porque le pareciera que Bjergholdt podía esconderse tras uno de ellos, sino porque la persona en cuestión había sabido ofrecer una imagen de sí misma que a Louise le resultaba atractiva desde un punto de vista personal.

Antes de irse le advirtió a Heilmann que al día siguiente se publicaría una entrevista con Susanne en la prensa. Estaba cerrando el ordenador portátil que el departamento había puesto a su disposición con motivo de aquella búsqueda cuando Suhr entró en su despacho.

—¿Podrías pedirle a Camilla Lind que volviera a publicar la descripción del sospechoso junto con la entrevista? —preguntó—. Estaría bien que volviera a salir.

—¡No creo que hable con ella!

Que la llame él, pensó.

Suhr masculló algo entre dientes que Louise no captó antes de darle la espalda y marcharse.

Disfrutó del paseo en bicicleta hasta Kongens Have, donde se bajó y siguió a pie a través de Kronprinsessegade, donde el *Morgenavisen* tenía su sede, en un viejo edificio bellamente restaurado. Dejó la bicicleta y subió las escaleras hasta la segunda planta, que albergaba la redacción de sucesos. Camilla estaba muy concentrada escribiendo cuando Louise entró en su despacho.

Su amiga apartó la vista de la pantalla, aunque parecía estar en otro mundo.

—¿Tienes tiempo para tomar un café? —preguntó Louise.

Su amiga negó con la cabeza.

—El cierre es dentro de una hora, y antes me la tienen que aprobar —dijo, e hizo un gesto con la cabeza en dirección al ordenador.

Louise se alegraba de que Susanne le hubiera hecho caso y se hubiera acordado de pedir que le dejaran leer la entrevista antes de su publicación, si es que realmente era ella con quien Camilla había hablado, claro. Consideró por un breve instante si debería comentarle que Suhr quería que volviera a publicar la descripción del sospechoso, pero al final desistió.

—De acuerdo, entonces veámonos otro día —dijo, y cogió la carpeta de plástico con los artículos que Camilla le había imprimido. Su amiga había cambiado desde que Henning había entrado en su vida. Ya no sentía la misma necesidad de pasar un rato agradable con ella, o quizá Louise lo notaba más porque se había quedado sola.

—Henning y su hermano se pasarán por casa esta noche. Eres muy bienvenida. Markus también estará —dijo Camilla, y le contó que Christina, la canguro, lo había recogido en el colegio.

La niñera era un regalo venido del cielo para una madre soltera. Conocía a Markus desde que iba a la guardería, y siempre acudía cuando a Camilla no le daba tiempo a recogerlo después de las actividades extraescolares.

—No, gracias, pero es muy amable por tu parte.

Louise no se sentía con fuerzas, pero agradecía el detalle. Tenía ganas de conocer a Henning, solo que esta noche no. Se dieron un rápido beso, y luego Louise bajó las escaleras hasta su bicicleta y enfiló Gammel Kongevej.

La verdad es que no sentía que hubiera adelantado mucho cuando, bien avanzada la noche, finalmente acabó de leer los artículos que había escrito Camilla sobre la cultura de las citas a través de las páginas de contactos; aunque había descubierto que sus seguidores podían englobarse en dos grupos: los que únicamente creaban un perfil para encontrar una pareja o un amigo, y luego los que lo habían convertido en su estilo de vida. Susanne, Christina Lerche y Karin Hvenegaard pertenecían al primero, mientras que Bjergholdt se situaba en el segundo. Louise todavía no era capaz de valorar si era el encuentro con mujeres desconocidas lo que le motivaba, junto con la conciencia de que podía ocultar su verdadera identidad, o si era completamente ajeno a esta clase de efectos psicológicos y simplemente utilizaba internet como una especie de canal de abastecimiento. O bien había sido frío y calculador desde un principio y se había aprovechado del anonimato, o bien había empezado con buenas intenciones para luego descubrir que tenía el campo libre para hacer lo que le diera la gana. Era imposible saberlo, concluyó Louise, después de haber intentado elaborar un patrón mentalmente.

En cambio no dudó ni un momento de que internet y esta clase de contactos se habían convertido en parte de su vida. Se movía en estos círculos. Lo había comprobado cuando apareció en la fiesta. Las dos chicas lo conocían. Por otro lado, seguía sin tener noticias de Stine Mogensen, así que lo más probable era que no lo hubiera encontrado.

Louise intentó formarse una imagen de él. ¿Quién demonios era? Atento, cortés, educado, anotó en un papel. Pide grandes platos y calvados con el café. Invita a sus presas al barrio de Nyhavn, asiste a fiestas de portales de contactos. Es urbanita, concluyó. Conoce Copenhague y se desenvuelve a las mil maravillas en la ciudad. Acompaña a sus citas hasta el metro, aparece frente al piso de Susanne.

Había caído en la cuenta de algo mientras leía los artículos de Camilla. No era tanto una cuestión de dónde se producía el encuentro en internet, sino el hecho de tener una vida y una identidad en el mundo virtual. El usuario conocía a gente a través de internet, se establecían lazos. La gente se conectaba para jugar al Yatzy. Camilla había escrito sobre una señora que dedicaba ocho horas al día a jugar a los dados *on line* con gente que nunca había visto en el mundo real. Sus mejores amigos se encontraban en ese foro. Mientras los dados rodaban por la pantalla, ellos aprovechaban para chatear, y por lo visto eran capaces de desarrollar relaciones cercanas e íntimas de esta manera.

Al principio, cuando Louise leyó el artículo sobre esta señora, le costó tomárselo en serio. Tenía unos cuarenta años, a simple vista parecía estar bien adaptada socialmente, y era una persona extrovertida que no tenía ningún problema a la hora de establecer contacto con otras personas, ni en su trabajo ni en su tiempo libre. En el artículo contaba el nuevo mundo que se le había abierto cuando empezó a surfear por la red. Sobre todo se trataba de amistades a través del Yatzy, que consideraba más profundas y mucho más íntimas que las que había establecido con los amigos que frecuentaba en la vida real. Se

entusiasmaaba contando que nunca había sentido ni la más mínima necesidad de encontrarse con esta gente en la realidad. Lo que compartían pertenecía al universo Yatzy, y no había que mezclarlo con su vida cotidiana. Sin embargo, eso no significaba que tuviera menor valor para ella, había recalcado al final de la entrevista.

Louise entendía perfectamente a Camilla cuando comparaba las dos vidas de aquella mujer con las personas que tenían una casa de campo para los fines de semana y las vacaciones, pero que normalmente vivían en la ciudad. Al fin y al cabo, a simple vista no había ningún motivo para conciliar estas dos formas de vida. La gracia podía estar perfectamente en alternar las botas de agua y los tacones de aguja, tal como lo había expresado de manera poética su amiga. Y sin embargo le había sorprendido que un mundo cibernético pudiera desbancar hasta tal punto al real. Le resultaba aterrador, sobre todo teniendo en cuenta que ella prácticamente solo utilizaba internet cuando tenía que buscar información en Google, quería conocer la previsión del tiempo o revisar sus correos electrónicos. Juntó los artículos en un montón y se preparó para irse a la cama.

A la mañana siguiente, Susanne Hansson ocupaba prácticamente toda la portada, y la entrevista de Camilla se extendía por dos páginas interiores. Louise dobló el periódico cuando hubo constatado que realmente era la historia que había tenido ocupada a su amiga. También se había fijado en el pequeño recuadro en la esquina inferior derecha con la fotografía de Suhr y una repetición del anuncio que ya se había publicado el martes: «Pónganse en contacto con la policía», ponía en el encabezamiento, y eso fue lo que hizo la gente. Tanto hombres como mujeres.

Louise se llevaba las manos a la cabeza cada vez que un hombre llamaba e insistía en que era a él a quien buscaba la policía. En esos casos conectaban el rastreador de llamadas inmediatamente, aunque de momento no habían pasado de falsas alarmas.

Y también cada vez que recibían la llamada de una mujer que había sido víctima de abusos por parte de un agresor cuyos rasgos de identificación o modo de proceder se ajustaban al perfil de Bjergholdt.

En cambio, a Suhr los nuevos resultados le habían devuelto el optimismo.

—Hemos doblado las pistas, cuando menos —dijo con gran satisfacción cuando el grupo se reunió por la mañana para coordinar las futuras acciones.

Estaban de acuerdo en que Bjergholdt era el responsable del asesinato de Christina Lerche y de las dos violaciones consumadas de Susanne Hansson y Karin Hvenegaard. También estaban bastante convencidos de que estaba detrás de algunas de las denuncias que habían recibido, aunque sería difícil probarlo. Habían enseñado la imagen del metro a las víctimas, quienes habían confirmado que tenía cierto parecido con su agresor. Pero era demasiado débil como prueba para que un buen abogado no pudiera desmontar la imputación antes incluso de que fiscal hubiera tenido tiempo de intervenir.

Tras volver al despacho después de la reunión, Louise se puso a pensar frente al ordenador. Sintió un agujero en el estómago y de pronto recordó que no había desayunado. A veces, el hambre olvidaba anunciarse, y cuando finalmente lo hacía, Louise se fumaba un cigarrillo y se tomaba un café. Antes siempre se las había apañado con agua mineral y manzanas, pero ya no le bastaban. Peter la había llamado para preguntarle si podían quedar en algún momento del fin de semana y tomar un café; todavía tenían pendiente ponerse de acuerdo en la repartición del dinero que había en su cuenta de ahorros común y de las cosas que habían comprado juntos.

De repente el fin de semana se le volvió inabordable. Se sorprendió deseando que sucediera algo para que pudiera sumergirse en el trabajo y dejar volar el tiempo. Tras mucha insistencia, había accedido a salir con Flemming el viernes por la noche. Solo habían hablado una vez desde que él estuvo en su casa, y no le apetecía sentarse a hablar de relaciones de pareja rotas durante toda la noche. Por otro lado no tenía otros planes, y le sentaría bien salir un poco.

Las náuseas volvieron a hacer acto de presencia después de comer una rebanada de pan seco con mantequilla que había encontrado en la cocina. Apenas le dio tiempo a llegar al baño cuando se dobló sobre el váter. Cuando volvió al salón, buscó el número de su médico y lo llamó. En los últimos dos días una terrible sospecha se había abierto paso a través de su conciencia. Al principio había intentado ignorarla, pero seguía abriéndose

camino hasta la primera fila del patio de butacas.

—Mañana estamos completos —dijo una secretaria estresada—, y el lunes nos llegan los pacientes de urgencias del fin de semana, así que si no corre mucha prisa tendrás que esperar al martes.

A regañadientes, Louise se hizo a la idea de que no era urgente y le dio las gracias.

Al día siguiente, Louise se obligó a ir a la cantina después de que Lars Jørgensen le anunciara que era la hora de comer y que se había dejado la fiambarrera sobre la encimera de la cocina. El comedor era un hervidero de gente y el olor a comida lo inundaba todo. Su estómago volvió a revolverse. Consideró pasar por la farmacia de camino a casa para así zanjar el tema de una vez por todas, pero la sola idea la horrorizaba y se sentía incapaz de afrontarlo. Realmente sería una desgracia, pensó, y siguió a su compañero hasta la cola de la cantina. Clavó la mirada en la cesta de frutas que había al lado de la caja y, después de que los chicos que la precedían hubieron llenado sus platos de enormes porciones de humeantes albóndigas al curry, la bajó a su altura y cogió un trozo de pan de centeno y un plátano; estaba lista para volver a bajar a su despacho.

—Venga —dijo su compañero, e hizo un gesto con la cabeza en dirección a las largas mesas de la cantina.

Louise lo siguió a regañadientes. Hubiera preferido volver al despacho y comer mientras seguía trabajando. Había informado brevemente a Suhr de una idea que se le había ocurrido la noche anterior, y quería ponerla en marcha.

—Adelante —le había dicho el jefe de Homicidios, y había seguido su camino a toda prisa.

Por primera vez en toda la investigación cayó en la cuenta de que la estaban protegiendo. Suhr la trataba con miramientos porque ella le había contado que Peter se había ido a vivir con otra mujer, y consideraba que la búsqueda de perfiles en la red era una especie de tarea menor que Louise podía realizar mientras los demás iban a la caza de Bjergholdt y buscaban a sus víctimas. El malentendido encendió hasta tal punto la rabia que guardaba dentro que sin pensárselo dos veces se fue directamente a su despacho para aleccionarle de que para muchos internet se había convertido en la realidad en la que preferían moverse. Estaba tan concentrada en su monólogo que tardó en descubrir que el inspector jefe estaba sentado en la silla de las visitas de Suhr, siguiendo el incidente con semblante serio.

—Hola —dijo Louise, y lo saludó con un leve gesto de la cabeza.

Luego volvió a dirigirse a Suhr al tiempo que volvía hacia la puerta:

—Puedo dejar la búsqueda sin problema si prefieres que me dedique a otra cosa.

Lo miró fija e intensamente a los ojos para asegurarle que no hacía falta que la trataran con deferencia.

El semblante del jefe de Homicidios parecía indicar que por fin había llegado a la conclusión de que no conocía a las mujeres. No era capaz de interpretar sus señales, así que optó por hacer caso omiso de las últimas frases de Louise. En su lugar asintió amablemente con la cabeza y le pidió que siguiera trabajando en lo que tenía entre

manos.

Una vez Louise se hubo sentado a una de las mesas de la cantina, se dio cuenta de que había olvidado lo agradable que resultaba escuchar las conversaciones de los demás durante el almuerzo. Pospuso el trabajo, se sirvió una taza de café y dejó que la pusieran al día en el caso del hombre acusado de asesinar a la mujer de la que estaba separado. El caso había sido desestimado, y la frustración había llevado a Willumsen a cogerse un fin de semana largo con su mujer, algo que nadie recordaba que hubiera hecho antes.

Todos estuvieron de acuerdo en que lo más frustrante era que podían decir sin miedo a equivocarse que había sido el marido quien había asesinado a la mujer, pero puesto que sus huellas dactilares se hallaban legalmente en su piso, y una testigo se había sentido en la obligación de aportar un falso testimonio, el caso se había desmoronado, y no tenían nada que pudiera probar que hubiera sido él. Había abandonado la prisión de Vestre Fængsel como un hombre libre, y los niños ya habían salido del país. Hasta que no aparecieran nuevas evidencias no les quedaría más remedio que aceptar que un hombre había salido airoso después de asesinar a su mujer con una navaja sin que ellos pudieran ponerle remedio.

–Así es. Vamos a tener que dar el caso por cerrado. Puedes acabar hundido si no eres capaz de apartarlo de tu cabeza y reconocer que a veces la suerte y las casualidades están del lado del delincuente –dijo Pihl, que había trabajado intensamente en aquel asunto, y se encogió de hombros.

Louise estuvo de acuerdo, aunque no le gustaba oírlo, porque las cosas podían muy bien acabar igual en el caso de Bjergholdt. Si no conseguían descubrir quién era, el expediente acabaría en el montón de los casos no resueltos, pensó. Solo que en esta ocasión sería todo al revés, puesto que tenían las pruebas pero no al hombre.

«¿Te apetece venir al campo este fin de semana?». Le había llegado un SMS de Camilla mientras estaba en la cantina. Ella y Markus irían a Sorø, y Louise se sintió tentada, pero había quedado con Flemming por la noche, y el sábado tenía que tomar un café con Peter, así que le envió una breve respuesta dando las gracias por la invitación pero rechazándola antes de sentarse al ordenador.

Nightwatch.dk. Necesitaba un nombre de usuario para entrar. No lo tenía, así que antes tendría que crear una cuenta. En realidad había pensado pedirle a Lars Jørgensen que le echara una mano, pero su compañero se había ido en cuanto volvieron de la cantina.

Tampoco debería ser tan difícil hacerlo ella misma, pensó, e intentó inventarse un nombre de perfil. Al final optó por usar iniciales, aunque no las suyas. En su lugar decidió suplantar las de su cuñada. Desde que se casó con Mikkel Trine también llevaba el apellido Rick, pero había mantenido el suyo como segundo nombre, y cada vez que Louise la oía decir Trine Madsen Rick le dolían los oídos. Los dos apellidos sencillamente no pegaban.

Louise tecleó «tmr», esperando que la página aceptara nombres de usuario de tres letras. No fue así, al menos tenía que ser de cuatro. Para su propia y más íntima satisfacción, eliminó Rick del nombre de su cuñada, la volvió a convertir en Trine Madsen y abrevió su nombre a «trim», que fue aceptado. Apareció un mensaje de bienvenida muy vistoso en la pantalla, y un menú en el lado izquierdo le explicó cómo desplazarse por la página y qué discotecas, clubes y bares se podían visitar a través de *Nightwatch.dk*. La idea era que los trasnochadores juerguistas fueran retratados por los fotógrafos de Nightwatch que se desplazaban por la ciudad, y que luego colgaran las fotos en la página.

Asimismo, los usuarios podían llevar su propia cámara cuando salían por ahí. Evidentemente, el fenómeno se había disparado desde que la mayoría de móviles llevaban incorporada una cámara. Una vez hechas las fotos, el usuario las enviaba por MMS a *Nightwatch.dk* y anotaba con quién había salido o a quién se había encontrado en el bar, y si quería, podía añadir un breve comentario. Luego podía colgar las fotografías inmediatamente a través de su perfil en *Nightwatch.dk*. De este modo, si estabas en casa frente al ordenador y veías a un tío atractivo en la barra de una discoteca, podías elegir entre salir corriendo hacia el lugar con la esperanza de que siguiera allí, o escribirle si su nombre de perfil aparecía debajo de la foto. A juzgar por las fotografías que estaban disponibles en la página de inicio, era evidente que no todo el mundo descubría que estaba siendo fotografiado, lo que no impedía que los amigos anotaran el nombre del retratado debajo de su foto.

Louise se conectó en la noche del jueves para ver con quién se podía haber encontrado si hubiera salido por el centro de Copenhague la noche anterior: Søsser, Sild y Danni se abrazaban bastante pasados de alcohol mientras sonreían a la cámara de un móvil. Louise supuso esto último por la mala calidad de la imagen. Toda su pantalla se llenó de imágenes borrosas. Suspiró al descubrir que había otras ocho páginas con el mismo tipo de fotografías diminutas que tendría que ampliar si pretendía distinguir a la gente que aparecía en ellas; y no solo eso, sino que encima eran de un solo local del centro. Empezaba a hacerse una idea de la gran cantidad de fotografías que debían de estar colgadas de las noches del viernes y del sábado.

Un montón de nombres y un montón de gente borracha. También había fotografías de gente que trapicheaba. Tomó nota de que tendría que comunicárselo a la Brigada de Estupefacientes, y se preguntó cómo podía ser que alguien accediera a que lo fotografiaran en estas circunstancias.

Siguió buscando. Ampliaba las fotos, volvía a cerrarlas y abría las siguientes todo lo rápido que le permitía el portátil. De pronto apareció una pareja de su misma edad. ¡Eureka! Estaban en la barra de la discoteca tomando un cubata. Debajo ponía: «Sipp y Motor3». Louise hizo un doble clic en Sipp y se metió en su perfil. No había fotos, pero los usuarios podían enviarle un *mail*. Volvió a cerrar el perfil y lo intentó con Motor3, que resultó que había incluido un buen número de fotos.

Lars Jørgensen había vuelto a aparecer sin que Louise realmente se hubiera percatado. Miraba la pantalla bastante concentrada. Acababa de descubrir que también había fotos

de la fiesta de citas a ciegas en Holmen, pero metódica como era, se movía hacia atrás, y de momento había llegado al sábado por la noche. Todavía no había ni rastro de Bjergholdt en los sitios donde había buscado, aunque era consciente de que la probabilidad de reconocerlo de pronto en una de las fotos era mínima. Sin embargo, había aparecido en la fiesta, lo que demostraba que frecuentaba los sitios de ocio y que por tanto valía la pena intentarlo.

Heilmann se pasaba regularmente por el despacho y miraba por encima de su hombro. Había entendido mucho antes que Suhr lo que estaba haciendo Louise. La calidad de las fotografías de la fiesta era cambiante. En la mayoría de ellas la luz era mala y resultaba difícil ver más allá de unas figuras borrosas contra un fondo oscuro.

—Supongo que no hay mucho que hacer en cuanto a la calidad —dijo Heilmann antes de volver a su despacho—. Pero si aparece tendremos que pedirle a un técnico que valore si puede mejorarla un poco.

Había muchos repetidos. Louise descubrió a Stine Mogensen y a su amiga Anette en varias fotografías, y comprendió que se necesitaba algo más que Duke y la experiencia del pasado viernes para ahuyentarlas de la vida nocturna.

Bjergholdt no estaba, constató, y se sintió vacía por dentro; no sabía muy bien por qué había estado tan segura durante toda la búsqueda de que aparecería. Decepcionada, cerró la galería de fotos de la fiesta de citas y abrió la del día anterior. La revisó de arriba abajo sin gran entusiasmo. Empezaba a estar harta de tantas fotos. Se sobresaltó cuando de pronto sonó su móvil. Lanzó una mirada rápida a la pantalla, pero no reconoció el número.

—Departamento A, Louise Rick.

—Hola, soy Susanne. ¿Qué te parece la entrevista?

Confusa y cansada como estaba, había olvidado por un momento quién era Susanne y a qué entrevista se refería. Apartó la vista de la pantalla y se concentró en volver al presente.

—La verdad es que todavía no la he leído —reconoció, y lanzó un vistazo al periódico del día anterior que estaba sobre su mesa—, pero la tengo por aquí. Y tú ¿qué tal, estás satisfecha?

—Mucho. Acabo de hablar con Camilla Lind, que me contó que les están llegando muchas llamadas positivas a la redacción. La gente me apoya, me respalda y quiere ayudarme a encontrar un nuevo lugar donde vivir y otro trabajo —dijo, aparentemente feliz y contenta.

—Pues me alegro mucho. Pero recuerda que no debes hacerte notar demasiado.

Louise detectó enseguida que la voz alegre de Susanne se apagaba, y se arrepintió en el acto. Parecía increíble lo que un artículo en un periódico era capaz de hacer. La gente se movilizaba inmediatamente cuando alguien les explicaba con detalle que un ser humano estaba necesitado de ayuda.

—No quiero decir que tengas que rechazar las ofertas que te lleguen —se apresuró a aclarar Louise—. Solo que no te embarques en una mudanza ahora mismo, cuando el periódico está listo para seguir cada paso que des.

—Tampoco pensaba hacerlo —contestó Susanne algo seca, y siguió en un tono de voz un poco más formal—. Pero he quedado con Camilla Lind que escribiré una especie de diario desde mi vida apartada y clandestina en el que contaré lo que pienso y lo que supone mudarse porque ya no te sientes segura allí donde vives.

Louise no sabía si reírse o regañarla. Renunció a las dos cosas, pues sus cavilaciones se vieron interrumpidas cuando Susanne continuó:

—En realidad solo llamaba para decirte que ya no hace falta que te preocupes por conseguirme un ordenador. El *Morgenavisen* me prestará uno.

Louise descansó la frente en la palma de la mano. No era capaz de valorar si era bueno o malo para Susanne haber acabado en las garras de Camilla. A lo mejor la ayudaría a romper con su vida anterior y a crearse su propia identidad; aunque también cabía la posibilidad de que se convirtiera en un pobre personaje mediático por el que la gente sentiría pena un tiempo y del que luego se olvidaría con la misma rapidez con la que había aparecido en la prensa.

—De acuerdo, pues, lo dejaré en suspenso —dijo—. Pero procura no cerrar un acuerdo con el periódico para que los lectores te puedan escribir, porque entonces corres el riesgo de que él se aproveche.

Susanne masculló algo ininteligible, mientras Louise veía cómo el *Morgenavisen* se apresuraba a incluir una dirección de correo electrónico en cuanto el diario de Susanne empezara a publicarse. No cabía duda de que muchos lectores aprovecharían la ocasión para ponerse en contacto con ella. Tendría que comentárselo a Suhr y a Heilmann.

—¿Desde qué teléfono me llamas? —preguntó.

Louise había grabado el número del teléfono móvil de Susanne en su agenda, así que cuando llamó tendría que haber aparecido su nombre en la pantalla.

—También me lo ha dado el *Morgenavisen*. Para que no tenga que utilizar el mío.

¡Ahora caía! El periódico cerraba puertas. La periodista se había apropiado del caso y había dejado fuera a todos los demás. ¡Muy hábil, Camilla Lind! ¡Corre a que te suban el sueldo!, pensó. Al mismo tiempo, eso significaba que el periódico contaba con que aparecerían más víctimas. Que el caso era de tal magnitud que aguantaría todo el verano. De no ser así, jamás se habrían esforzado tanto por asegurarse la exclusividad sobre la historia de Susanne. Se imaginó a Camilla de fin de semana en el campo con su hijo y su nuevo novio. Esperemos que tanto romanticismo no se vea interrumpido por otro caso de violación, pensó amargamente.

—Seguiremos hablando. Hasta pronto —dijo cuando ya no se le ocurrió nada más que añadir. En el fondo no era culpa de Susanne. Sencillamente actuaba como habrían hecho muchos otros en sus circunstancias.

Cuando Louise le hubo puesto al corriente de la situación, Suhr decidió que él mismo mantendría una pequeña charla con Camilla para conocer los planes que tenía para Susanne. No estaba dispuesto a permitir que el caso se convirtiera, según sus palabras, en un acontecimiento mediático, pero si el periódico podía garantizarle que el domicilio de Susanne seguiría siendo secreto y filtraban los correos electrónicos que recibiera, él no pondría objeciones. Louise supuso que Camilla le seguiría la corriente y que no vacilaría

en aceptar mantenerlo informado si aparecía algún correo o alguna llamada que pudiera ser del interés de la policía. Louise ya había calado a su amiga, que de esta manera se aseguraba ir un paso por delante de la policía. De pronto era ella quien debería mantener informada a la policía, y no al revés.

Cuando Louise miró el reloj, descubrió que apenas disponía de una hora para llegar a casa, ducharse y vestirse antes de encontrarse con Flemming. Se apresuró a apagar el ordenador y salió deprisa.

Solo con un poco de retraso se detuvo jadeante y paseó la mirada por la abarrotada barra, pero no vio a Flemming Larsen por ningún lado. Se acercó a una mesa libre en una esquina que daba a la cocina, y justo acababa de sentarse cuando el médico forense entró por la puerta.

—¿Hace rato que esperas? —preguntó en un tono de disculpa.

Louise lo tranquilizó al reconocer que acababa de llegar. Juntos se dirigieron al comedor del bar donde Flemming había reservado una mesa.

Louise se sentía torpe y fuera de lugar. Se había maquillado más de lo que solía cuando iba a trabajar. Por encima de los vaqueros llevaba una túnica de color turquesa de la marca Pureheart que le había prestado Camilla, y excepcionalmente se había dejado suelta la larga melena de rizos indomables. En cambio parecía que Flemming acababa de salir del trabajo.

—Me enviaron a una dirección justo cuando estaba a punto de irme —dijo al darse cuenta de que Louise se sentía incómoda y temía haberse arreglado demasiado.

A Louise se le encogió el estómago, pues no pudo evitar imaginarse instintivamente que habían recibido una nueva denuncia por violación después de que ella se hubiera marchado.

Flemming negó con la cabeza.

—Una pelea con navajas —dijo—. Me encontré con Willumsen en el lugar de los hechos.

Louise negó con la cabeza, confundida.

—Creía que Willumsen se había ido de fin de semana largo con su mujer.

—Y parece ser que lo estaba, pero llegó poco después de mí, así que seguramente abandonó a su mujer y el hotel en cuanto el jefe de Homicidios lo llamó —dijo Flemming con una sonrisa en los labios—. Está convencido de que se trata de un asesinato por venganza. Se trata del hombre que soltaron el otro día y que en su día fue acusado de asesinar a la mujer de la que estaba separado. Le asestaron varias puñaladas en el pecho y en la espalda. Parece ser que hubo varios agresores. Willumsen cree que tal vez se jactó de que hubieran retirado los cargos de manera demasiado ruidosa, y que eso pudo despertar la ira de los familiares de la mujer.

Louise escuchaba sin sentir nada. Los casos de asesinato se sucedían en un flujo constante. El hombre había quedado en libertad a pesar de haber asesinado a su exmujer. Ahora estaba muerto. Pensó en los niños que habían sido enviados fuera del país, y que ya no tenían ni una madre ni un padre con quien volver.

Dejó que Flemming pidiera la cena y lo observó mientras estudiaba la carta de vinos.

De pronto fue consciente de lo mucho que ansiaba la compañía de los demás, rodearse de gente y de buen ambiente. Hacía tiempo que no sentía esa necesidad.

A las cuatro de la mañana se rindió y dejó que Flemming la ayudara a subirse a un taxi. Había bebido mucho y había fumado demasiados cigarrillos. Incluso en medio de la nebulosa alcohólica, se avergonzaba ligeramente por haberse dejado llevar un poco más de la cuenta, aunque tenía que reconocer que había sido una noche divertida.

Cuando Louise despertó bien avanzada la mañana sentía tal martilleo en la cabeza que tardó un buen rato en reunir las fuerzas necesarias para dejarse caer lentamente por el borde de la cama e incorporarse. Le ardía el estómago y la acidez la dejó doblada entre convulsiones. Apenas habían bebido nada que no fueran gin tonics después de la cena y el sabor seguía en su boca. Se fue al baño para lavarse los dientes y luego volvió a la cama a toda prisa, esperando que la volvieran a embotellar, como le gustaba decir a su padre cuando era más joven.

Había sido una buena noche, y en medio de la terrible resaca se sintió viva, como si de pronto se hubiera liberado. Miró el reloj. Faltaba una hora para la cita con Peter. Tal vez debería cancelarla. O tal vez debería ir al café oliendo a alcohol y humo y darle igual.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —preguntó Peter algo inseguro, una vez hubieron terminado su segunda taza de café y concluido todo lo práctico acerca del reparto de sus bienes comunes.

Louise asintió con la cabeza enérgicamente.

—Y tú ¿qué tal?

Hasta entonces se le había pasado preguntárselo.

—También bien —se apresuró a decir Peter.

¡Y una mierda!, pensó Louise, se le notaba que no estaba bien. De pronto Louise se fijó en su aspecto. Parecía triste, pero intentaba ocultarlo.

—Pasa un tiempo hasta que te acostumbras —añadió Peter, y la miró de una forma que Louise no tenía fuerzas para interpretar—. Es normal, porque al fin y al cabo todo es distinto.

Louise se lo podía imaginar.

Peter miró el reloj y se dispuso a dar por terminada la reunión.

—Esta tarde vamos a casa de la hermana de Line. Está embarazada, y se ve que hay que discutir esta clase de asuntos a fondo; siete meses antes de que el pequeño anuncie su llegada.

Louise se compadeció de él. El tono sarcástico siempre asomaba cuando Peter estaba a punto de perderle el respeto a alguien y se daba de baja.

Una vez de vuelta en el sofá de su casa, le asaltó una pregunta: ¿qué haría realmente si de pronto se presentara Peter frente a su puerta y quisiera volver?

Cerró los ojos, firmemente decidida a apartar la reflexión antes de que se convirtiera realmente en una pregunta que tuviera que responder.

Cuando unas horas más tarde se despertó, se fue a la cocina para prepararse un gran vaso de té, al que añadió abundante leche y azúcar antes de sentarse frente al ordenador. Habían subido muchas fotos de la salvaje vida nocturna del viernes. Para su sorpresa descubrió que había una galería entera dedicada a uno de los lugares donde había estado con Flemming aquella misma noche. No se había dado cuenta de que hubiera un fotógrafo, y tampoco reconoció a las personas que aparecían en las fotos, así que no le

quedó más remedio que reconocer que había estado más interesada en la compañía del médico forense que en el resto de la gente.

Una vez se acomodó en la silla, decidió dar un paseo por la vida nocturna de Copenhague foto a foto. De repente, cuando ya había pasado unas cuantas, su agotado cerebro registró lo que sus ojos habían visto, y supo que lo había reconocido.

Estaba acompañado por tres chicas que posaban para la cámara con posturas afectadas. Él estaba a la izquierda, hablando con una persona fuera del objetivo. Su aristocrático perfil contrastaba de manera contundente con todo lo demás que lo rodeaba.

Clicó en la foto para que ocupara toda la pantalla y la desplazó hasta el pie, donde estaba la caja destinada al texto. No porque esperara ver su nombre, sino más bien por costumbre.

Prinzz.

Lo llamaban Prinzz. Louise se quedó un buen rato con la mirada clavada en la pantalla, incapaz ya de recordar los nombres de las tres chicas. Solo veía el nombre con las dos zetas y se preguntó si podía corresponder a otra persona. Pero no aparecía nadie más en la foto. Solo ellos cuatro.

Temblaba levemente cuando volvió a la página de inicio y escribió «Prinzz» en el campo de búsqueda. No era capaz de determinar si era la resaca que todavía sacudía su cuerpo, o la excitación por saber que se había movido por la misma zona de la ciudad que ella. Podían haberse encontrado. En realidad, podían haber estado en el mismo lugar y a la misma hora sin darse cuenta. Pulsó *enter* y accedió a su perfil. La galería de fotos de su perfil estaba vacía, pero en la pantalla aparecía una dirección de correo electrónico. Louise se quedó mucho tiempo mirándola, hasta que sus dedos empezaron a moverse por el teclado.

«Te vi anoche, pero estabas con un grupo, así que no quise interrumpir. ¿Sueles frecuentar el lugar?».

Louise intentó imaginarse qué le hubiera escrito Susanne en su lugar. Su mensaje habría sido breve y desde luego todo menos insistente. Firmó «trim» y le dio a enviar, aunque se arrepintió al instante. Debería haberlo meditado a fondo, y en un estado en que sus funciones cerebrales no estuvieran reducidas por la resaca. Tenía que evitar por todos los medios que se encendieran sus alarmas en lugar de su curiosidad.

¡Mierda!, pensó, y maldijo no poder recuperar el mensaje.

Seguía intentando concentrarse cuando un instante después parpadeó un campo en la pantalla avisándola de que había recibido un mensaje.

«De vez en cuando», había escrito.

Atónita, se quedó mirando la pantalla fijamente. Estaban en contacto, pero casi había sido demasiado fácil. Volvía a tener la sospecha de que había dado con el tipo equivocado. A lo mejor no era él quien se hacía llamar Prinzz. Louise seguía estando cansada. A pesar de que el dolor de cabeza había desaparecido, su cerebro no respondía con la rapidez habitual y no pensaba con la agudeza suficiente para encontrar una excusa creíble que le permitiera retirarse y retomar el contacto una vez recuperada la frescura.

De nuevo un correo.

«¿Te he visto antes?».

«No, no lo creo», le respondió Louise, y empezó a sudar. «Estabas rodeado de chicas, así que no puedo reprocharte que no te fijaras en mí».

Mientras escribía, cayó en la cuenta de que sería una estupidez interrumpir el chateo en ese momento. Si resultaba que era él, tendría que luchar con uñas y dientes para que no se le escapara. Condujo la conversación hacia una zona neutral.

«¿Sales a menudo por ahí?», escribió.

«A veces. ¿Y tú?».

«No, la verdad es que no mucho, solo salí con una vieja compañera de clase».

«¿Vieja? ¿Cuántos años tienes?».

Louise volvió a reflexionar. Tanto Susanne como Christina Lerche tenían treinta y pocos años, y el salto sería demasiado importante si le contaba que era algo mayor.

«Treinta y tres», mintió, y añadió que esperaba que no le resultara horrible.

«Al contrario. ¿Tienes hijos?».

A favor o en contra, pensó rápidamente. No, nada de niños que había que acostar antes de la cena, concluyó.

«No, no he encontrado a un padre...».

¡Jo, cómo se estaba pasando!

«O a lo mejor él no te ha encontrado a ti», contestó él enseguida.

«Muy buena respuesta», escribió Louise.

¡Uf!, pensó, y sintió que el sudor humedecía su frente.

«¿Cómo te llamas?», escribió él sin comentar su cumplido.

Ahora el sudor empezaba a correr por su cara. Lo secó con la manga y se masajeó las sienes. Entonces escribió sin pensárselo dos veces:

«Llámame Princesa».

Louise saltó de la silla y se alejó un poco del ordenador, incapaz de valorar las consecuencias del lío en que acababa de meterse. Se fue al baño y se echó un poco de agua fría en la cara. Al mismo tiempo, la sensación de que había dado con algo burbujeaba en su interior. El cansancio estaba cediendo junto con el último resto de resaca. Sintió una fuerza que se abría paso a través de su cuerpo. Había establecido contacto, y ahora se trataba de manejarlo de una manera sensata.

Debería llamar a Suhr o a Heilmann para que al menos uno pudiera ayudarla a decidir cómo proceder en adelante. Por otro lado corría el peligro de que él interrumpiera el contacto si se echaba atrás ahora. No le había preguntado de dónde había sacado el nombre de su perfil. Quizá contaba con que se hubiera enterado casualmente la noche anterior. O quizá en ese mundo se daba por supuesto que entrabas a mirar las fotos en Nightwatch sabiendo que había una posibilidad de encontrar a la gente que habías visto en algún bar.

Se secó la cara y volvió al salón.

«¿Te apetece tomar un café?», había escrito él mientras estaba en el baño.

Salió corriendo al pasillo para coger su teléfono móvil del bolso. Buscó el número de Heilmann rápidamente y la llamó. Sonó un buen rato hasta que saltó el contestador.

Louise lo intentó en su número privado, pero tampoco contestó. Oyó un sonido que provenía del ordenador y supo que había entrado otro mensaje. Dejó un recado en el contestador de la jefa de investigación pidiéndole que la llamara.

—¡Mierda! —dijo en voz alta después de colgar. Podía pasar un buen rato hasta que Heilmann le devolviera la llamada, y no podía permitirse esperar a contestar a Prinzz. Irritada, lo intentó con Suhr, que contestó después del segundo tono, pero al oír su voz, Louise se dio cuenta enseguida de que molestaba. Cortó la conexión, contenta de que su teléfono no dejara rastro. Y además, ¿qué demonios podía aconsejarle él? Podían realizar un rastreo desde su ordenador el lunes por la mañana si consideraban que eso les daría alguna pista.

Una vez más dudó de que realmente se tratara de Bjergholdt. Un hombre con la conciencia tan sucia nunca se comportaría de una manera tan imprudente. Las palabras se agolpaban en su cabeza, y no quería tener que explicarle al jefe de Homicidios que estaba chateando con una persona que tal vez no era el hombre que buscaban sin antes sentirse más segura del terreno que pisaba.

«Suenas agradable», contestó. Entonces bajó una línea y prosiguió: «Ahora mismo estaba saliendo para visitar a mis padres en el campo, pero volveré el lunes. ¿A lo mejor podríamos quedar entonces?».

Con un nudo en el estómago estuvo esperando para ver cómo reaccionaba.

Esta vez tardó más tiempo en contestar. Louise se preguntó si debería haberse asegurado una cita inmediatamente, y se disponía a escribir que también podían buscar un hueco ahora, cuando llegó su respuesta.

«Está bien», escribió. «Dame tu dirección de correo electrónico y te escribiré el lunes. Cuídate, Princesa».

Louise tragó saliva e intentó pensar con claridad. La dirección de Hotmail que había utilizado desde el departamento no eran más que sus iniciales, y poco tenían que ver con «trim». Sentía que la había pillado y escondió el rostro entre las manos mientras reordenaba sus pensamientos. Al final se rindió y escribió la dirección de Hotmail al tiempo que rezaba porque él no se volviera atrás y le preguntara qué tenían en común «trim», «lr» y Prinsesa. Sin embargo se limitó a escribir: «Nos vemos», un segundo después de que ella le hubiera dado a la tecla de enviar.

Ya estaba. Habían quedado en escribirse el lunes. De pronto notó que el hambre había despertado en ella. Cual fuerza de la naturaleza, sintió cómo su cuerpo pedía comida a gritos. Se fue a la cocina y abrió la nevera, aun sabiendo que no contenía nada de lo que necesitaba. Sin siquiera intentar oponerse a las ganas de comerse una hamburguesa y una enorme ración de patatas fritas, se puso unas deportivas y bajó a aprovisionarse, mientras su cabeza daba vueltas al reciente chateo.

¿Habría escrito algo que pudiera despertar sus sospechas? ¿Habría dicho algo que de alguna manera pudiera sonar poco natural? También se le pasó por la cabeza que en su empeño por rebajar el tono pudiera haberle parecido poco interesante. A lo mejor perdía el interés antes del lunes.

Los pensamientos se agolparon hasta convertirse en una gran masa antes incluso de que le hubiera dado tiempo a volver al piso. Había pedido dos *cheeseburger* con doble de beicon, a pesar de que probablemente no fuera capaz de terminarse el primero, pero no había querido contentarse con uno. Con un refresco de cola bajo el brazo y la sensación de estar gritándole al resto del mundo que había salido toda la noche y que no se le daba demasiado bien soportarlo, sacó las llaves y abrió el portal con unas ganas tremendas de dejarse caer en el sofá.

–¡Es increíble que hayas estado escribiéndole desde tu ordenador personal cuando te hemos preparado uno especial con este fin!

Michael Stig se había inclinado sobre el escritorio de Louise y hablaba como un viejo disco rayado. Era la cuarta vez que lo repetía, aunque las palabras cambiaran un poco y Louise llevara un buen rato reconociendo que tal vez no había sido la mejor de las ideas. Pero también sabía que un particular no podría realizar el mismo rastreo que la policía, así que no acababa de entender por qué en apariencia era tan catastrófico.

–Tenemos que bloquear tu dirección IP –fue lo primero que dijo Michael Stig durante la reunión matinal del grupo de investigación.

Los demás habían escuchado con interés cuando Louise les habló de Nightwatch, y Heilmann la había felicitado por haber establecido el contacto cuando se le presentó la oportunidad. Incluso Suhr parecía impresionado, aunque subrayó varias veces que no podían estar seguros de que fuera realmente el hombre que buscaban. También les habló del plan que había iniciado con Stine Mogensen, seguramente su mejor baza a la hora de contactar con el agresor.

–Se fueron juntos de la fiesta –les recordó–. La semana pasada le pedí a Stine que lo buscara en el chat. Ya habían chateado anteriormente y pensé que tal vez podía haber algo en la manera de expresarse que ella pudiera reconocer, aunque fuera con otro nombre. Pero por lo visto no ha dado con él. Así que es muy posible que Prinzz sea una pista falsa.

Lo dijo sobre todo para rebajar sus expectativas.

Michael Stig se había pasado el resto de la reunión moviendo la cabeza, y Louise pensó que sería maravilloso si pudiera limitarse, de una vez por todas, a su maldito curso de dirección.

De pronto ya no pudo contenerse más.

–¡Cállate de una maldita vez!

Louise luchaba por dominar la rabia, y evitó mirarlo a pesar de que le había gritado directamente a la cara. Lo único que hacía Michael Stig era exagerar el problema para que pareciera que ella había actuado de una manera irresponsable y alocada. Lo había hecho, era consciente de ello, pero eso no le daba carta blanca para seguir machacándola.

Suhr se había colocado en la puerta y seguía el episodio sin pestañear. Pasó un rato hasta que Michael Stig reaccionó, y lo hizo retirándose a toda prisa con un breve saludo de despedida.

–Tú sigue adelante –le dijo el jefe de Homicidios a Louise, ignorando la conversación que acababa de interrumpir–. Todavía falta que sepamos si es él para que el asunto se ponga realmente interesante. Pero me harás el favor de no invitarle a tu casa sin que estemos nosotros presentes.

Louise le sonrió y prometió que tendría cuidado.

–Las agresiones que ha perpetrado hasta el momento no son de las que pueden llevarse a cabo en plena calle, así que adelante.

Estaba contenta de que Suhr lo mantuviera todo en un plano más sensato y prudente. Todavía quedaba un largo camino por recorrer, pensó, y estaba segura de que Bjergholdt

no empezaría a pensar en cenas hasta que se hubiera asegurado de que ella era el tipo de mujer que buscaba. Algo que, por otro lado, no podría juzgar hasta que no se vieran. Hasta entonces, ella tampoco sabría si realmente era él. Les interrumpió la secretaria del jefe de Homicidios, que se había acercado para decirle que su visita estaba subiendo.

Louise lo miró extrañada, y él sonrió resignado y se encogió de hombros.

—La madre de Susanne. Sigue reprochándome que todavía no hayamos encontrado al agresor. Ahora también le ha dado por recriminarme que hayamos trasladado a su hija porque de esta manera perderán el contacto.

—¿Cuándo habrá alguien que se siente con ella y le ponga los puntos sobre las íes? —preguntó Louise—. Que le explique cómo son las cosas realmente, y le diga que ella tiene gran parte de la culpa de que Susanne quiera cortar el contacto temporalmente.

—Ahora —dijo Suhr, e hizo una mueca.

Era increíble lo que implicaba ser jefe de Homicidios, pensó Louise, y lo siguió con la mirada mientras se colaba una pequeña maldad en su cabeza. Se imaginó a Michael Stig y deseó que se ahogara en esta clase de tareas el día que consiguiera hacerse con un puesto de responsabilidad.

—Mañana llegaré un poco más tarde —dijo Louise al final del día, cuando, de camino a casa, se encontró con Heilmann en el pasillo frente al despacho de Suhr. Le contó que tenía cita con el médico, aunque no profundizó, y la jefa de investigación fue lo bastante educada para no hacer preguntas.

No tenía hambre cuando volvió a casa montada en su bicicleta, y decidió que, con tal de librarse de hacer la compra, se daría por satisfecha con un trozo de pan de centeno con algo. Subió todas las escaleras hasta la cuarta planta con la mirada fija en el suelo, y estaba tan sumida en sus pensamientos que estuvo a punto de chocar con la persona que estaba sentada en el rellano frente a la puerta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, y miró sorprendida a Peter. Aunque ya conocía la respuesta.

Su bolsa de viaje pequeña estaba delante de la puerta. Peter hizo un gesto con la cabeza en su dirección y se encogió de hombros.

Louise se quedó helada por dentro, y sin querer pensó un instante en Susanne y su madre. Louise también tendría que mudarse a una dirección secreta si resultaba que Peter quería volver. En ese mismo momento se dio cuenta de lo infantil que era siquiera pensarlo. Pasó por su lado y abrió la puerta.

—Adelante, entra —dijo.

Estaba confundida. Había apartado instintivamente la sensación que había tenido el sábado, pero ahora Peter estaba allí, y Louise no dudaba del porqué.

—¿No ha funcionado? —preguntó, y se dirigió rápidamente a la cocina para encender el hervidor de agua.

La situación era incómoda, y era injusto que él no dijera nada y en su lugar lo dejara todo en manos de Louise: tanto relajar las tensiones como entablar una conversación.

—No lo sé —dijo finalmente—. Creo que necesito reflexionar.

Sonaba muy razonable, pensó Louise. Pero entonces volvió la irritación: Peter ni siquiera se había disculpado por haberse presentado sin antes preguntarle si le iba bien. Y la verdad era que había elegido el peor de los momentos. Tenía que comprobar si Prinzz le había escrito. Había consultado su cuenta de Hotmail regularmente desde el portátil, pero no había llegado nada. Empezaba a sentir un creciente nerviosismo por que Bjergholdt se hubiera echado atrás en el último momento, y tenía la extraña sensación de que conseguiría arrancarle un correo si se sentaba frente al ordenador con la mirada fija en la pantalla. Y aquella sensación no la había abandonado durante todo el día, mientras estrujaba su cerebro sin parar. En su mente no había sitio para los problemas de Peter.

—¿Y ahora qué harás? —preguntó Louise con el tono que habría empleado si hubiera sido anulado el partido semanal de bádminton de Peter.

—Te echo de menos.

Louise le dio la espalda; quería que parara inmediatamente.

—No puedes volver como si nada —dijo, sorprendida de que se le hubiera podido ocurrir siquiera.

—Ya lo sé. Me mudo a casa de Lars.

A Louise no se le ocurría qué decir, pero se alegró al saber que él mismo era consciente de que era preferible que durmiera sobre un colchón en casa de su compañero de bádminton a que considerara, aunque solo fuera remotamente, la posibilidad de quedarse a dormir en su sofá.

—Solo quería que lo supieras.

—Gracias —dijo Louise en un tono ligeramente irónico.

—¿A lo mejor podríamos cenar una noche de estas? —preguntó Peter.

Louise se encogió de hombros.

—Tal vez.

Lo acompañó hasta la puerta y lo siguió con la mirada cuando bajó las escaleras con la bolsa de viaje colgada del hombro. Su cabeza amenazaba con explotar. Después de cerrar la puerta se quedó traspuesta un momento.

«Si te parece bien, mañana podríamos tomar un café en el Tívoli», le propuso Prinzz cuando poco después Louise inició la sesión para comprobar si había algo nuevo en su bandeja de entrada.

Por supuesto, pensó Louise. Sabe muy bien lo fácil que resulta ocultarse entre la multitud en el viejo parque de atracciones.

Camilla la había llamado para decirle que se pasaría un rato, y antes de que le hubiera dado tiempo a Louise a excusarse, su amiga colgó. Por eso se apresuró a contestar a Prinzz para preguntarle dónde y cuándo.

«En Viften, a las cuatro», escribió brevemente, y luego: «Ya sabes qué aspecto tengo».

«Perfecto», escribió Louise, aunque no tenía ni idea de dónde estaba Viften. Se quedó un rato tamborileando con los dedos contra la mesa. Percibía cierto tono reservado en sus escuetos mensajes y hubiera preferido continuar el diálogo para asegurarse de que no se estaba echando atrás. En su lugar cerró su cuenta de correo electrónico y fue a la

cocina para prepararse un sándwich de jamón. Acababa de sentarse para echarle una ojeada al periódico gratuito *Urban* cuando Camilla llamó a la puerta.

Louise supuso que Peter la había llamado y que probablemente fuera esa la razón por la que había insistido en pasarse.

—Hola, tengo un poco de prisa, así que me iré pronto —dijo Camilla desde el pasillo.

Louise sonrió y sacudió la cabeza. Al fin y al cabo no había sido ella quien había insistido para que su amiga encajara una visita a su casa dentro de una agenda aparentemente tan apretada.

Camilla se sentó a la mesa de la cocina y hundió un poco los hombros.

—¿Qué demonios le pasa a Peter? —preguntó, y miró a Louise como si esperara una explicación.

Hablaron un poco de la posibilidad, por otro lado inexistente, de que Louise volviera a abrirle las puertas, y fue un consuelo que Camilla no se pusiera abiertamente del lado de Peter. Escuchó lo que Louise tenía que decir al respecto, y no se mostró del todo categórica en su oposición cuando Louise sostuvo que la confianza se había roto y que no valía la pena volverlo a intentar.

Cuando hubieron cerrado el tema, Camilla sacó un puñado de fotografías del bolso que extendió sobre la mesa de la cocina mientras hablaba entusiasmada de la idílica casa de campo de Henning. También había fotos de Camilla y Henning cogidos de la mano.

Louise volvió a comprobar que era guapo. Nada ostentoso, pero alto y de pelo oscuro. Tal como Camilla había pedido que fuera.

—Todo tiene muy buena pinta —dijo Louise, y añadió, más por obligación que realmente por entusiasmo, que tenía ganas de visitarlos algún día.

—¿Y no podrías venir uno de estos días o el fin de semana?

Louise le dio largas. Tenía mala conciencia por volver a posponerlo e intentó cambiar de tema.

—¿Hablas mucho con Susanne?

—A diario —dijo Camilla—, de hecho ahora mismo me dirigía a su casa.

Louise levantó las cejas y la miró sorprendida.

—Hoy ha habido tal respuesta a su diario que nos estamos ahogando en correos electrónicos.

Louise no había seguido el caso a través del periódico.

—Escribe sobre sus reacciones al saber que el violador había asesinado a su siguiente víctima. Dice que es un monstruo y que siente en lo más profundo de su cuerpo cómo debieron ser los últimos minutos de su vida. Es bastante conmovedor.

El tono de voz de Camilla era ligeramente sarcástico, y eso provocó a Louise.

—Pero es que tiene razón. Podía haberle pasado a ella. A ella también la ató de pies y manos y la amordazó, y se quedó así durante muchas horas. ¡Así que si alguien sabe cómo debió de sentirse Christina Lercha, esa es Susanne! —dijo, y pensó irritada que era Camilla quien la había invitado a escribir, y por lo tanto no tenía derecho a mostrarse tan desdenosa.

—Por supuesto, y lo describe todo tan bien que levanta a los lectores de la silla. Solo

que me parece demasiado previsible que sea esto lo que provoque las lágrimas de la gente.

Louise bajó las defensas.

—¿A lo mejor deberías buscar otro trabajo? —le propuso por enésima vez. Ya no recordaba las veces que se lo había dicho.

Camilla negó con la cabeza y lo descartó rápidamente.

—¿Por qué iba a hacer eso? ¡Al fin y al cabo es ahora, por fin, cuando sé lo que es una buena historia! —exclamó, y empezó a recoger sus fotografías—. Bueno, será mejor que me vaya, todavía me espera el trayecto hasta Roskilde. Tengo una bolsa de plástico llena de los correos electrónicos que nos han entrado a lo largo del día. Y un enorme ramo de flores de parte de la redacción. Terkel Høyer está cuanto menos entusiasmado.

Louise podía imaginárselo. Le pidió a Camilla que saludara a Susanne de su parte y la acompañó hasta el rellano para despedirse de ella.

Volvió a entrar en casa y encendió su ordenador para ver si Prinzz se había vuelto más parlanchín. Pero no había nuevos mensajes en su bandeja de entrada, así que apagó el ordenador, decidida a mantener en secreto la cita que tenían para tomar un café. Implicaría al resto del grupo cuando estuviera segura de que realmente era él.

A las nueve de la mañana del día siguiente Louise estaba sentada en la sala de espera de su médico hojeando un número de *Helse*, una revista de salud que había encontrado entre un montón de revistas antiguas. Había dormido mal. Retazos de diferentes sueños se habían entremezclado en un extraño cóctel de violadores, café y barrigas embarazadas. Poco antes de las seis se rindió y se levantó para aquietar un poco los pensamientos que se agolpaban en su subconsciente, pero para entonces el nerviosismo ya se había instalado en su cerebro. Tanto el que la inducía a llevarse las manos a los pechos para constatar que le dolían, como el que se manifestaba como un nudo en el estómago cada vez que pensaba en la cita que tendría aquella misma tarde. Tal vez debería pedirle a Lars Jørgensen que la acompañara, pensó. Pero tal como había dicho Suhr con mucho criterio, Prinzz no podría hacerle nada mientras estuvieran en un lugar público; y al fin y al cabo tampoco era eso lo que más temía, tuvo que reconocer, y volvió a dejar el número de *Helse* en el montón. En el fondo tenía miedo de meter la pata y ahuyentarlo, y de que otro fuera capaz de hacerlo mejor que ella. Pero eso no podía ser, se dijo a sí misma con gran convicción. Si alguien podía establecer contacto con él era ella.

—Louise Rick —oyó que decía alguien, y levantó la vista y vio a su médico en la puerta haciéndole señas.

Había abierto su historia clínica en el ordenador y lo ojeó rápidamente después de pedirle a Louise que tomara asiento.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó con una sonrisa en los labios.

—Me temo que estoy embarazada.

Louise lo miró fijamente. No sabía muy bien cómo proceder, pero eso tendría que correr a cargo del médico. Se suponía que lo único que ella debía hacer era contarle por qué estaba allí, decidió.

—¿Has tenido alguna falta?

—No, todavía no, no debería venirme la menstruación hasta la semana que viene.

El médico levantó las cejas.

—Entonces a lo mejor es un poco pronto para sospechar un embarazo —dijo, y giró la silla hacia ella.

—No paro de vomitar, tengo náuseas prácticamente todo el tiempo, y ahora también me han empezado a doler los pechos.

—¿Cuándo crees que puedes haberte quedado embarazada? —preguntó el médico, y puntualizó: ¿Cuándo fue la última vez que tú y Peter mantuvisteis relaciones sexuales?

—Hace un par de semanas, pero Peter se ha mudado, así que ya no estamos juntos.

El médico parecía algo indeciso, hasta que finalmente dijo que las náuseas no solían producirse hasta pasadas unas cinco semanas, y que los pechos doloridos no eran, ni mucho menos, un síntoma fiable.

Louise le habría dado una bofetada si el médico le hubiera sonreído con condescendencia, pero su semblante permaneció neutral cuando prosiguió desapasionadamente:

—No creo que estés embarazada. Supongo que sigues tomando la píldora

anticonceptiva, ¿verdad?

Louise asintió con la cabeza, pero, sin darle tiempo al médico para que siguiera, se apresuró a apuntar que aun así podía haberse quedado embarazada.

El médico no se molestó en rebatir su argumento y dijo que más bien creía que la ruptura la había entristecido mucho más de lo que ella quería admitir.

Louise se disponía a protestar cuando el médico añadió:

—Eso también puede provocar náuseas.

Se levantó y se acercó al armario que había detrás del escritorio, de donde sacó un paquetito de muestras.

—Son pastillas contra el mareo, y sirven para combatir las náuseas. Tómame una cuando te encuentres mal. Pero hazte a la idea de que puede pasar un tiempo hasta que vuelvas a encontrarte bien.

Louise se disponía a explicarle que no estaba rota de aquella manera, que de hecho estaba cómoda con que Peter se hubiera marchado, pero el médico se le adelantó y le dijo para tranquilizarla:

—Por regla general, el cuerpo solo reacciona de manera tan violenta al principio.

Louise se metió la cajita de pastillas en el bolso con la clara sensación de que no se las tomaría.

—¿Es decir, que el embarazo queda descartado? —preguntó, y se puso en pie.

El médico le sonrió y dijo que no estaba del todo descartado, naturalmente, pero que no había motivo para temer nada hasta que estuviera segura de que había tenido una falta.

Louise le dio las gracias y salió de la consulta a toda prisa.

Cuando salió a la calle se detuvo un momento para reponerse. Menuda perfecta, completa y absoluta estupidez había sido empeñarse en creer que estaba embarazada, pensó, y sintió que algo cedía en su interior. Se dio cuenta de lo histérica y nerviosa que había estado. No era capaz de predecir las consecuencias, pero sí sabía que no habría sido tan sencillo para ella decidirse por un aborto.

Cuando llegó a la jefatura de Policía, había una pila de informes sobre su escritorio con una nota de Heilmann pidiéndole que los leyera. Louise los extendió sobre la mesa y se preguntó qué sería todo aquello. De nuevo tuvo la sensación de que la estaban protegiendo, pero en cierto modo le venía muy bien. Poco a poco, los pensamientos se fueron asentando en su cabeza. Constató que se sentía más alegre que la semana pasada. La fantasía sobre su futuro, a la que había estado dándole vueltas sin cesar, se había esfumado, y le había cedido espacio a una energía que empezaba lentamente a cargarle las pilas.

A partir de las dos de la tarde el tiempo pareció ralentizarse. Louise sentía una tensión creciente que turbaba su concentración. Cayó en la cuenta de que no había planeado cómo actuar cuando estuvieran frente a frente. ¿Qué le diría? ¿Cómo debía comportarse? Volvió a mirar el reloj y empezó a recoger sus cosas. No valía la pena trazar una estrategia de antemano. Tendría que decidirla sobre la marcha.

A las cuatro menos veinte se dirigió al Tívoli. Lars Jørgensen no había vuelto al despacho, así que le dejó una nota en la que le decía que estaría de vuelta en una hora. De pronto, un par de minutos antes de salir, se había arrepentido de no haberle puesto al corriente de sus planes, pero no sabía dónde estaba, y tampoco tenía tiempo para buscarlo.

Sentía mariposas en el estómago mientras avanzaba por el sendero de grava que bordeaba el lago y pasaba por delante de la pequeña noria amarilla en busca de Viften. Debería estar cerca del parque infantil. Divisó el letrero nada más doblar el meandro del sendero. El establecimiento estaba un poco retirado, detrás de un quiosco de helados.

Su corazón latía más rápido conforme se iba acercando. Pero entonces descubrió que el local estaba atestado de cochecitos de niño. La gente se apretaba alrededor de las mesas, tomando café y comiendo pasteles. Louise se colocó de manera que quedara un poco oculta detrás del grueso tronco de un árbol. No lo veía por ninguna parte. Faltaban cinco minutos para su cita. Examinó a los demás clientes para ver si había algún hombre solo que pudiera ser Prinzz, por si había estado chateando con la persona equivocada. Pero todos parecían estar acompañados.

Se fijó en un cartel colgado en una columna al lado del café. «Rock de los viernes en el Tívoli», rezaba, y un montón de nombres, pero Louise no los leyó. Escondida tras las gafas de sol seguía a la gente que se levantaba de las mesas y las cedía a nuevos clientes. Ya eran más de las cuatro. Seguía sin avistar a un hombre que pareciera estar esperando a alguien.

Nerviosa, pasó por delante del café rápidamente y se colocó al otro lado de la entrada para poder ver a la gente que venía en la dirección contraria.

Apareció un hombre de pelo oscuro, pero poco después se acercó su esposa con su hijita. Nadie llega diez minutos tarde a este tipo de citas, pensó irritada, y se volvió para echar un vistazo al restaurante Færgekroen y el parque infantil. O bien llegas a la hora acordada, o bien no te presentas. Había aparecido un gran grupo de suecos que habían ocupado varias mesas dispersas. Intentaban juntarlas para que pudieran sentarse juntos.

Louise siguió el incidente y sonrió cuando una señora mayor que formaba parte del grupo, ansiosa por ayudar, pasó una silla por encima de una mesa y fue a caer justo encima de una bandeja con pasteles. Los gritos atrajeron las miradas de todos los clientes.

Cuando finalmente Louise logró apartar los ojos del lío que se había formado y volvió a pasear la mirada por los clientes que esperaban mesa, esta se detuvo al reconocer su pelo oscuro.

Su perfil se dibujaba con la misma nitidez que había observado en el vídeo de la cinta de vigilancia del metro. Frente alta, semblante aristocrático, nariz curvada. Estaba buscando a alguien entre la multitud, y cuando Louise avanzó para darse a conocer descubrió que era más alto y fuerte de lo que había juzgado a primera vista. En ese mismo instante él se volvió, y Louise se detuvo sobrecogida y contuvo la respiración.

Henning miró en su dirección sin verla. Probablemente no sabía a quién estaba

buscando. Louise se retiró apresuradamente, dirigiéndose hacia la cola frente a la caja mientras él seguía buscando. Esperaba que se sentara con una taza de café y así poder ganar un poco de tiempo. Volvía a respirar, pero era incapaz de pensar con claridad.

No podía entender que no se hubiera dado cuenta antes, pero mirando el rostro de frente no se percibía el característico perfil, y ella nunca había visto a Henning de costado.

Sudaba cuando sacó el móvil de su bolso para llamar a Camilla y preguntar qué demonios hacía Henning en el Tívoli. A su vez sabía que solo era una cuestión de tiempo que él descubriera que ella también estaba sola y se acercara. Louise se apartó un poco más para así quedar fuera de su campo de visión, pero de manera que pudiera seguir vigilándolo.

Respiró hondo e intentó calmarse mientras se daba cuenta de que era ahora precisamente cuando se arriesgaba a meter la pata en serio si daba un solo paso en falso. También era completamente consciente de que había sido un error acudir a la cita sola.

Volvió a la entrada de Viften, para que no cupiera la menor duda de que estaba esperando a alguien, y no se sorprendió especialmente cuando un par de minutos más tarde distinguió que alguien justo detrás de ella pronunciaba el nombre de Princesa. Tampoco cuando se volvió y se encontró con el rostro del novio de Camilla.

—Sí —dijo, y asintió con la cabeza mientras se preguntaba si Camilla también le habría enseñado fotos a él que pudieran llevarle a reconocerla como la amiga que Camilla tenía en el departamento de Homicidios. O si sencillamente creería que era la que había fingido ser.

—Me temo que no soy yo con quien has quedado —empezó diciendo Henning.

Pronunció sus disculpas con torpeza al tiempo que agitaba los brazos ligeramente. Mientras tanto, Louise no salía de su asombro. Dio un paso atrás para mirarlo, y él le contó que desgraciadamente a su hermano le había sido imposible acudir a la cita.

Louise tardó un rato en decir algo, no se sentía ni aliviada ni decepcionada porque no fuera el hombre que buscaban, y en su lugar intentó recordar lo que Camilla le había contado del hermano de Henning. Lo único que le vino a la mente fue que había estado cenando en casa de su amiga la misma noche que la habían invitado a ella.

—Me parece un poco exagerado que haya enviado a otra persona solo porque no haya podido acudir —dijo, y sonrió mientras su cerebro trabajaba a marchas forzadas.

—No le dio tiempo a anular la cita —dijo Henning, y se encogió de hombros.

—Entonces tuvo que ser por alguna urgencia —concluyó Louise.

Él asintió con la cabeza.

—Almorzamos con mi novia, pero ella tuvo que irse a Roskilde, y poco después llamó uno de los clientes de mi hermano porque tenía problemas con un servidor que se había caído. Así que él también tuvo que irse. No es ninguna molestia. De todos modos tengo que esperarlos.

Louise se sorprendió a sí misma escuchándole boquiabierta mientras él seguía hablando:

—Esta noche vamos a ver un espectáculo en Glassalen, y no me sale a cuenta volver a

casa antes...

Sin embargo, Louise hacía rato que había dejado de escucharle. Su cabeza estaba con Susanne. Creía poco en las coincidencias y las casualidades, y ahora mismo todo esto le olía muy mal.

Louise le dio las gracias efusivamente por haberse molestado en esperarla, pero cuando ya se iba él alargó la mano. Se detuvo algo perpleja y se despidió de él mientras pensaba que el día en que Camilla se decidiera finalmente a presentarlos podía llegar a ser un poco incómodo para los dos.

Cuando se hubo alejado un poco llamó al jefe de la central de avisos de la Brigada Criminal en la jefatura de Policía, que contestó inmediatamente.

—Soy Rick, tenemos que ponernos en contacto con Susanne Hansson en Roskilde cuanto antes.

Louise ya había buscado su número de teléfono y su dirección en el bolso.

—Sospecho que el hombre al que estamos buscando puede estar en su casa.

No dedicaron mucho tiempo a charlar. El jefe de la central de avisos ya estaba llamando al número de Susanne por otra línea, listo para alertar a la policía de Roskilde si resultaba que la sospecha de Louise se confirmaba de alguna manera.

—Te volveré a llamar —dijo brevemente mientras esperaba a que Susanne respondiera.

Louise trotó hacia la salida mientras intentaba serenarse. Sin embargo aceleró el paso. Se abrió camino a empujones entre la gente que hacía cola para entrar y cruzó Tietgensgade con el semáforo en rojo. Cuando hubo cruzado sana y salva, llamó a Camilla con la esperanza de que todavía estuviera en casa de Susanne en Roskilde.

—Acabo de volver a la redacción —dijo cuando Louise le preguntó qué estaba haciendo.

Su amiga resopló pesadamente.

—Estoy súper estresada porque tuve que abandonar un almuerzo para ir a ver a Susanne.

—¿Qué ha pasado? —la interrumpió Louise antes de que su amiga se enrollara demasiado.

—Estaba un poco enfadada porque su madre escribió una carta al director en la que se defendía contra la necesidad de Susanne de independizarse. Ahora su madre acusa a los medios de dirigir la vida de su hija. Creo que Susanne se ha molestado sobre todo por eso. Al fin y al cabo siente que por fin empieza a dirigir su propia vida.

—¿Con quién almorzaste?

Louise intentó que sonara como un comentario casual, sin parecer demasiado curiosa. Avanzaba a grandes zancadas a lo largo de Glyptoteket en dirección a la jefatura de Policía.

—Con Henning y su hermano Jørgen. Esta noche iremos a la sala de conciertos Glassalen, pero no pensé que te pudiera interesar acompañarnos.

—¿Saben algo de todo esto de Susanne?

Antes de que Camilla pudiera contestar, Louise oyó los pequeños pitidos que anunciaban que alguien estaba intentando llamarla.

—Lo siento, tengo que dejarte —dijo cuando Camilla se disponía a contestar—, ¡me están

llamando!

Cortó la conversación y su móvil sonó al instante.

–Tranquila. Todo está bien –le informó el jefe de la central de avisos, y le contó que acababa de hablar con Susanne, que tenía una visita.

»¡Pero no es un hombre! –añadió antes de que le diera tiempo a Louise a reaccionar.

Louise se detuvo y suspiró.

–Le he dado el número directo de la central. Si pasa algo puedo enviar rápidamente una patrulla local a su domicilio. Pero por lo que puedo ver en la pantalla tiene dirección secreta. ¿Crees que él puede haberla rastreado?

Louise notó cómo la tensión abandonaba su cuerpo poco a poco hasta dejarlo pesado y sereno.

–Es evidente que he exagerado mi reacción, y he visto fantasmas a plena luz del día.

Pasó por delante del juzgado de guardia y cogió las escaleras hasta la segunda planta mientras su corazón volvía a latir a su ritmo habitual.

Una vez en el despacho, dejó su bolso y colgó la americana en la silla. Lars Jørgensen estaba hablando por teléfono. La saludó brevemente con un gesto de la cabeza y volvió a concentrarse en la conversación telefónica. Louise estaba irritada consigo misma. Había perdido algo en las últimas semanas. Había perdido su capacidad de razonamiento y se había precipitado creando una atmósfera tensa en lugar de enfocar las cosas con sensatez. Podía haberle pedido a Henning que llamara a su hermano, y podía haber llamado personalmente a Susanne en vez de involucrar al servicio central de avisos. Lo mejor que podía hacer era subir a darle una explicación al jefe del servicio antes de que empezara a correr el rumor de que el departamento A tenía a una reina de las telenovelas entre sus filas.

Se llevó la mano al cuello donde la sangre había empezado a manar cuando él retiró el cuchillo del pan. Fue una sensación desagradable cuando comenzó a chorrear por debajo de su blusa y entre sus pechos, y no se atrevió a mirar.

Desde la cocina llegaba el olor a pan recién hecho. Sobre la mesita de centro estaban dispuestas las tazas y había encendido velas.

Él tomó aliento, una vena latía en su cuello. Ella lo miró con el rabillo del ojo sin moverse.

La blusa estaba pegajosa. Inclino la cabeza hasta alcanzar el pecho con el mentón para contener la hemorragia. Sintió un dolor punzante en la herida, y pensó que a lo mejor con ese gesto estaba provocando que la sangre saliera con más presión, así que enderezó la cabeza y volvió a mirar al frente. No lloraba.

Él dejó el cuchillo sobre la mesa con un movimiento lento.

No había reconocido su silueta a través del cristal esmerilado cuando llamó a la puerta; no había siquiera sospechado que pudiera ser él, y no le dio tiempo a reaccionar cuando él de pronto atravesó la puerta.

Con los brazos extendidos en un gesto protector avanzó hacia ella, asegurándole que no quería hacerle daño, solo hablar.

Ella había retrocedido paso a paso mientras él se acercaba.

—Tienes que escucharme —le suplicó cuando llegaron a la cocina.

Por extraño que pueda parecer, ella no había tenido miedo. Con la espalda contra la nevera le había escuchado cuando él le contó que no había asesinado a nadie. Que todo era un malentendido. Su voz tenía cierto tono implorante y sincero que la llevó a creer en lo que le decía.

Su mirada se había desplazado por su rostro mientras hablaba.

De pronto recordó sus ojos. Le entraron ganas de acercarse a él. Como dos lagos forestales, pensó. Eran oscuros con un ligero reflejo verde.

Ahora miraba desesperada el cuchillo que había sobre la mesita de centro. La herida le escocía, y su cuerpo estaba paralizado. El miedo que había cesado cuando él empezó a hablarle con su voz calmada había vuelto y se había posado como una capa de escarcha que la envolvía. Sucedió en el mismo instante en que reconoció la chispa peligrosa en su mirada y vio la expresión torcida de su rostro. Se había transformado en cuanto sonó el teléfono. Le ordenó que se quedara sentada y que no lo cogiera. Saltó rápidamente a la cocina, y cuando volvió, los dientes del cuchillo de acero se habían abierto camino a través de la fina piel de su cuello mientras la sujetaba con fuerza.

—Cógelo —gruñó.

Ella reaccionó mecánicamente, había hablado en un tono de voz que no dominaba, y le había sorprendido la tranquilidad con que se condujo.

Notó que la sangre se había extendido como una mancha en su pecho.

Con un movimiento apenas perceptible él le indicó que se levantara. Cogió el cuchillo de la mesita de centro y se colocó justo detrás de ella al tiempo que la conducía hacia la puerta cerrada del dormitorio.

—No creo que conozca su dirección —dijo Louise, haciendo un gesto de disculpa, una vez que estuvo delante de la mesa del jefe del servicio de avisos, en medio de la gran central de alarmas de la planta superior de la jefatura de Policía—, pero de pronto me asaltó la sospecha de que una periodista del *Morgenavisen*, para el que Susanne escribe, podía haberla revelado sin querer.

El jefe del servicio de avisos le sonrió.

—No tienes por qué disculparte. Habría sido un placer enviarle a Nymand y a todo el cuerpo de policía destinado en Roskilde.

Se levantó y le ofreció un café. Los teléfonos no paraban de sonar mientras el personal dirigía a las patrullas hacia diferentes domicilios en Copenhague. Louise oyó que solicitaban la presencia del departamento de Criminalística en un incendio que se había producido en el centro de la ciudad, y sintió que al poner un pie en el departamento se había trasladado a otro mundo. Su departamento era ajeno a esta vida agitada, al sonido de tantos teléfonos y al contacto por radio. Se respiraba una atmósfera más calmada y casi solemne, con sus oscuros y abovedados pasillos donde retumbaban los pasos y todo parecía anticuado. El servicio de alertas era el lugar de la jefatura de Policía que a Louise más le recordaba a las demás comisarías de Copenhague en las que había trabajado antes de que la aceptaran en el departamento de Homicidios.

El jefe del servicio de avisos volvió a entrar con dos tazas de café en la mano.

—No he vuelto a tener noticias de ella, así que no hay motivo para preocuparse —dijo, y dejó las tazas sobre el escritorio—. Seguramente ahora mismo esté pasando un buen rato en compañía de su madre.

Louise se puso rígida y le pidió que repitiera palabra por palabra lo que Susanne le había dicho.

—Dijo que todo estaba bien. Y que precisamente acababa de recibir la visita de su madre.

El jefe del servicio no había finalizado la frase cuando Louise empezó a avanzar de espaldas hacia la puerta.

—Nos vamos a Roskilde —gritó Louise a Lars Jørgensen, que seguía con el teléfono pegado a la oreja. Salió corriendo hacia el despacho de Heilmann, cogió un juego de llaves y se registró en el libro de coches. Comprobó que la jefa de investigación se había ido. En cualquier caso, su ordenador estaba apagado.

Lars Jørgensen la había seguido rápidamente mientras Louise saltaba escaleras abajo, aunque todavía no le había dado tiempo a preguntar qué había pasado.

—Tenía que reunirme con Bjergholdt en el Tívoli, pero no apareció. En su lugar se presentó el novio de Camilla, Henning.

Lo puso al día rápidamente, y eso bastó para que su compañero no se quejara cuando le pidió que se desplazaran a Roskilde media hora antes del cierre de la guardería.

—¿Y no podríamos llamar antes para comprobar si está bien? —propuso muy sensatamente su compañero cuando se metieron en la autopista.

Louise reflexionó un momento.

—En primer lugar, es posible que esté exagerando. Eso espero —añadió Louise—. Pero si Susanne intentó contarnos algo por teléfono tiene que ser porque él está allí. Y entonces es demasiado peligroso llamar. Eso podría llevarle a sospechar que Susanne puede habernos enviado un mensaje en clave.

Le daba vueltas la cabeza. Lars Jørgensen se había colocado en el carril de adelantamiento y encendía y apagaba las largas cuando los coches no se apartaban con la suficiente rapidez.

—Susanne no está pasando un rato agradable con su madre, de eso puedes estar seguro —dijo Louise con contundencia—. Sobre todo teniendo en cuenta que su madre escribió una carta al director del *Morgenavisen* que la hizo enfadarse de tal manera que Camilla tuvo que ir hasta su casa.

En cuanto lo dijo empezó a dudar. Últimamente habían pasado tantas cosas en la vida de Susanne que Louise era incapaz de reconocer a la víctima de los primeros tiempos. A lo mejor le había pedido a su madre que fuera a verla después de la visita de Camilla precisamente para que hablaran de todo a fondo. Para sus adentros se alegró de no haber movilizadado a todo un regimiento que sin duda habría acordonado la zona y asaltado la casa nada más llegar.

Suspiró hondo.

—No lo sé —dijo, y se revolvió la melena suelta—. Me da muy mala espina, eso es todo. Pero soy consciente de que no me encuentro en mi mejor momento, así que no sé si hay que fiarse de mis sensaciones.

Lars Jørgensen le lanzó una mirada furtiva antes de volver a concentrarse en la carretera y en ir lo más deprisa que podía.

—¿Puedes creerte que incluso llegué a pensar que estaba embarazada? —dijo sin mirarlo.

Louise se dio cuenta de que su compañero soltaba el acelerador y la miraba, y se apresuró a añadir que parecía que a pesar de todo no lo estaba.

—No eran más que imaginaciones mías —dijo con una risa un tanto forzada—. La verdad es que no habría sido muy divertido. Aunque no creo que eso haya podido debilitar mi intuición —añadió, con la intención de retomar el caso de Susanne.

—No, supongo que no —dijo Lars Jørgensen, y se metió en el carril central—. Pero es evidente que estás un poco sensible, con tantas cosas rondándote en la cabeza.

Tardaron veinte minutos en llegar a Roskilde. Durante todo el trayecto por Københavnsvej el tráfico había sido fluido, pero en cuanto llegaron a Røde Port se ralentizó.

Louise tamborileaba los dedos contra el salpicadero. Sabía que lo único que conseguía con ello era aumentar la irritación, pero no podía evitarlo. El nerviosismo a flor de piel la hacía temblar y la energía tenía que buscar una vía de escape.

—No te acerques demasiado —dijo, cuando finalmente llegaron al aparcamiento frente al conjunto de casas de dos plantas donde se encontraba el piso de Susanne. Aparcaron a cierta distancia de allí y luego avanzaron a lo largo de los jardines delanteros, de manera que no pudieran ser vistos a través de las ventanas del salón y del dormitorio, solo desde la cocina o el baño.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Lars Jørgensen cuando se detuvieron frente a la casa vecina.

—Me acercaré y llamaré a la puerta principal mientras tú esperas aquí. Si está hablando con su madre entraremos a saludar. Si está él, llamas a la central y pides que se movilicen mientras yo intento dar con Susanne.

Lars Jørgensen se había detenido con el móvil en la mano.

—¿Estás segura de que no debería acompañarte?

Louise se apresuró a asentir con la cabeza.

—Tenemos que procurar que todo suceda pausadamente, se trata sobre todo de protegerla. Si él se escapa, dejaremos que se vaya con la esperanza de que haya un coche patrulla cerca que pueda interceptarlo.

Por un momento pareció que su compañero iba a contradecirla, pero Louise empezó a andar antes de que le hubiera dado tiempo a empezar a hacerlo.

Louise subió por el sendero del jardín hasta situarse frente a la casa. Se desplazó con la espalda pegada al muro hasta llegar a la ventana de la cocina y echó un vistazo al interior.

La cocina estaba vacía. La puerta del salón estaba entornada, pero el resquicio era tan estrecho que resultaba imposible ver nada. Se agachó por debajo del cristal esmerilado que daba al baño y siguió avanzando hasta llegar a la ventana del salón. Había dos velas encendidas y unas tazas y una tetera sobre la mesita de centro. Eso la tranquilizó, a pesar de que no había nadie a la vista. Los músculos de su cuerpo se relajaron levemente al darse cuenta de lo improbable que era que Susanne hubiera estado tomando el té con su violador.

Volvió a la puerta principal y llamó al timbre mientras hacía un gesto con la cabeza para indicarle a Lars Jørgensen que había gente en la casa. Nadie le abrió. Antes de volver a llamar agarró el pomo de la puerta y comprobó que estaba cerrada con llave. Esta vez mantuvo el dedo apretado contra el timbre durante varios segundos mientras oía cómo el sonido estridente se propagaba a través del vestíbulo del piso.

—Tenemos que entrar —le indicó a Lars Jørgensen mediante señas.

Cuando él estuvo más cerca, Louise dijo:

—Susanne jamás dejaría las velas encendidas.

Louise volvió a llamar y se desplazó al otro lado de la casa. Con las manos sobre el cristal de la ventana a modo de pantalla escudriñó el interior para ver si el sonido del timbre había provocado alguna reacción. Vio a su compañero rodear el cobertizo frente a la casa, y estuvo a punto de tropezar con el seto recién plantado que separaba los jardines delantero y trasero cuando acudió corriendo al lado de su compañero para ayudarlo a encontrar algo con lo que romper el cristal de la puerta principal. En el interior del cobertizo encontraron un par de baldosas de la terraza.

—Si están dentro saben que estamos aquí —dijo Louise—. Acabemos de una maldita vez.

Lars Jørgensen cogió una de las baldosas con las dos manos y la lanzó con todas sus fuerzas contra el grueso cristal de la puerta principal. Louise había esperado que se rompiera en mil pedazos, pero para su sorpresa solo cedió lo suficiente para que se hiciera un pequeño agujero. Su compañero siguió golpeándolo hasta que el agujero en el

resistente cristal fue lo bastante grande para que pudiera introducir un brazo y abrir la puerta desde dentro.

—¡Susanne! —gritó Louise hacia el interior del piso.

El aire pareció paralizarse. Supo instintivamente que había alguien y volvió a llamar. Abrió la puerta y pasó por encima de los trozos de cristal en la entrada.

—¡Susanne!

Le pareció oír una puerta que se abría, y dio un paso adelante.

—Vete, o se hará daño.

La voz era oscura, y las palabras fueron pronunciadas con gran claridad y firmeza. Louise supuso que provenía del dormitorio. Se volvió rápidamente para ver si Lars Jørgensen había oído lo que había dicho. Descubrió que su compañero se había retirado y que tenía el móvil en la mano, y supo que estaba llamando a la central de alertas. Desde allí se pondrían en contacto con la policía de Roskilde inmediatamente, pero también sabía que el grupo de negociación tardaría al menos una hora en llegar. Arrugó los ojos e intentó recordar si antes de salir había visto a alguno de los agentes del departamento que había recibido formación especializada para poder manejar situaciones con rehenes. Pero se había quedado en blanco, y ni siquiera estaba segura de saber realmente quién pertenecía al grupo y quién no.

Louise cayó en la cuenta de que tendría que enfrentarse a la situación sola. Había elegido entrar, y ya era demasiado tarde para retirarse y esperar a que llegaran los demás. Tendré que hablar con él si quiero evitar que Susanne pague los platos rotos, pensó. En breve llegaría la policía local y empezaría a acordonar la zona. Había que congelar la situación para así ganar tiempo.

Dio un paso atrás y le dijo en voz alta que se tranquilizara. Que estaba allí para ayudar a solucionar los problemas.

—Tengo un cuchillo. Sal de aquí y cierra la puerta —gritó él.

Louise se retiró pasando por encima de los cristales rotos mientras pensaba que no le favorecía nada que tuvieran que hablarse a gritos. Solo podría ganar tiempo si conseguía entablar un buen diálogo con él.

—¿Y no podríamos hablar por el móvil? —propuso desde la puerta.

Él no contestó.

Le ofreció lanzarle su móvil y llamarlo a él.

Seguía sin contestar.

—Jørgen.

Louise pronunció su nombre alto y claro.

—Me gustaría hablar contigo —dijo, muy consciente de que podía ganar o perder al llamarlo por su nombre. Y todavía existía el riesgo de que se hubiera equivocado. Que resultara ser otro hombre el que en ese momento estaba con Susanne.

Sacó su móvil del bolsillo y volvió a pasar por encima de los cristales de la entrada. Abrió la puerta del salón, se puso en cuclillas y deslizó el teléfono por el suelo tan lejos como pudo antes de volver a levantarse y cerrar la puerta para darle la sensación de que no quería presionarlo.

Lars Jørgensen ya había hablado con Copenhague.

—Están en camino —dijo antes de ofrecerle su teléfono para que Louise pudiera llamar al suyo. Estuvo sonando un buen rato hasta que el contestador le dijo que en este momento Louise Rick no podía atender la llamada. Colgó y volvió a llamar. Por primera vez en muchos días la neblina que había envuelto su cerebro se disipó. Se sentía con ánimo y concentrada. Sabía que no debía subestimar a aquel hombre. Los psicópatas buscan que los reafirmen, se recordó a sí misma, y no le quedaba más remedio que jugar según sus reglas si quería que Susanne sobreviviera.

A la tercera llamada cogió el teléfono, pero no dijo nada. Solo se oía su respiración.

—¿Susanne está viva? —preguntó Louise en voz baja.

—Sí —confirmó él, después de retrasar la respuesta tanto que Louise ya había abandonado toda esperanza de oírla.

—¿Puedes darme una prueba? —le exigió.

No dijo nada, pero Louise percibió que se movía.

—¿Sí?

Sonó como si Susanne hablara obligada.

—Susanne, soy Louise —dijo, e intentó sonar como si todo estuviera bien y relativamente bajo control.

—¡Cállate! —dijo él.

Louise ignoró el tono brusco y siguió hablando calmadamente.

—Si no le haces nada puedo ayudarte a salir de esta situación. Ya sé que lo tienes todo controlado, pero ¿podrías decirme de qué va esto?

Desgraciadamente, tenía una idea bastante clara de qué iba todo. Jørgen sabía que Susanne podía testificar contra él si la policía conseguía encontrarlo. Karin Hvenegaard también sería capaz de identificarlo. De pronto Louise cayó en la cuenta de que desde su última visita no había vuelto a pensar ni una sola vez en la mujer de Rødovre. A lo mejor el agresor ya había estado en su casa. Era evidente que la situación se le había complicado.

Es normal que se sienta amenazado, pensó, mientras se perfilaba una imagen en su cabeza. Ahora mismo, las dos brutales violaciones eran lo menos grave que podían imputarle. Aunque las agresiones a Karin y a Susanne bastaban para que se sintiera acorralado, era la muerte de Christina Lerche lo que llevaba sus delitos a una categoría de mayor calibre.

Louise le habló con voz calmada y penetrante, y por extraño que pueda parecer, también se sentía tranquila por dentro. No pensaba en las consecuencias, sino que intentaba ganar tiempo. Si lograba llegar a él con las palabras, tal vez bajaría la guardia y se daría cuenta de que lo más razonable era salir y dejar a Susanne en paz.

Louise prosiguió en un tono de voz controlado:

—Ya sé que no mataste a Christina Lerche —dijo con calma al teléfono—. Su muerte fue un accidente.

Louise reparó en que ya habían llegado varios coches patrulla al aparcamiento. Acudirían algunos más para acordonar la zona. Ahora se trataba de mantener vivo el

diálogo hasta que el grupo de negociadores estuviera allí para hacerse cargo, y a lo mejor lo lograba alimentándolo incesantemente con todo lo que él quería escuchar.

Seguía sin decir nada.

—Las autoridades verían con buenos ojos que salieras ahora —prosiguió—. Así te evitas que la situación se vuelva insostenible.

Ojalá dijera algo. A Louise le preocupaba que se mantuviera tan callado. Al ver que el silencio y el leve zumbido en la línea se prolongaban, temió que hubiera dejado el móvil debajo de un cojín del sofá del salón, o en otro lugar que ahogara el sonido. Podía haber cerrado la puerta del dormitorio donde se encontraba Susanne. De pronto le asaltó el miedo a que en ese mismo momento estuviera violando a Susanne mientras ella seguía hablándole cándidamente.

Se acercó a la puerta y la golpeó con fuerza. Se inclinó hacia delante y escuchó.

—Es demasiado tarde —dijo finalmente la oscura voz al teléfono.

Louise no era capaz de interpretar la entonación, y no sabía si estaría pensando en Susanne o en la situación en su conjunto. Esperaba que fuera esto último y cogió sus palabras al vuelo.

—Nunca es demasiado tarde si uno actúa con sensatez. Beneficiará tu caso si dejas que ella se vaya.

—No te creo. Ahora mismo estoy viendo a la policía.

—Es la policía local que está acordonando la zona. Es el procedimiento habitual antes de que llegue el grupo de negociadores y se hagan cargo de la situación. Yo no soy una experta, tan solo una detective normal y corriente.

—¡Negociadores! ¿Acaso pensáis negociar?

—Sí —dijo Louise con convencimiento—. Queremos llegar a un acuerdo contigo para que puedas salir de esta situación de una manera razonable.

—¿Me estás diciendo que puedo sacar algún provecho de todo esto?

Su tono de voz era desconfiado.

—¿Qué quieres sacar?

Louise rezaba porque mordiera el anzuelo y así se mantuviera la conversación, al tiempo que echaba un vistazo al reloj. Al menos pasaría media hora más hasta que llegaran los agentes desde la capital. Era mucho tiempo cuando las cosas iban tan despacio.

Si estuviera desesperado no pararía de hablar y exigiría que le facilitaran un avión privado listo para despegar desde el aeropuerto de Tune que pudiera trasladarlo fuera de las fronteras del país, y luego enumeraría todas las exigencias que recordara haber oído en las películas estadounidenses. Pero no lo hizo. No parecía desesperado de aquella manera y no se dejaba llevar por un torrente de palabras en continua aceleración, sino que más bien estaba considerando y ponderando cada una de las palabras que ella le decía.

Louise oyó que Susanne lloraba al fondo.

—Si dejas que se vaya entraré yo —propuso.

—¿Para qué te querría yo a ti? —preguntó, sorprendido.

–Podrías hablar conmigo.

De pronto parecía estar divirtiéndose.

–Pero si no me conoces, ¿de qué iba a servirme hablar contigo?

Louise cayó en la cuenta de que sonaba como un hombre de negocios en medio de una conferencia telefónica, y no sentía que tuviera nada que ofrecerle que pudiera parecerle atractivo.

Podía elegir entre darle la razón, decirle que probablemente no la podía utilizar para gran cosa, o mentirle descaradamente.

–En primer lugar, puedo garantizarte que haré todo lo que esté en mis manos por ayudarte, de manera que podamos acabar esto tranquilamente y encontremos una solución que te satisfaga –dijo contundente–. Deja que Susanne se vaya y entraré yo y lo hablamos todo. Yo también puedo ser tu baza ante el grupo de negociadores, si prefieres esperar a que lleguen ellos y escuchar lo que tienen que ofrecerte.

El hombre masculló algo que Louise no oyó.

–Tú no me conoces, así que no podrás entenderme, y entonces no me sirves de nada.

Parecía resignado.

Louise respiró profundamente.

–Pues sí –dijo–, yo sí te conozco, y tú me conoces a mí.

Tal vez el uso del verbo «conocer» fuera exagerar un poco, pero en cierto modo se conocían. O al menos se habrían conocido si él hubiera acudido a su cita.

Un pesado silencio se instaló entre ellos.

–¿Quién eres?

–Llámame Princesa –dijo Louise, y se apoyó contra el muro de la casa.

Silencio. Empezaba a tener frío a pesar de que los rayos del sol caían sobre ella. Había llevado la situación tan lejos que era inevitable que reaccionara.

Louise oyó un ruido procedente del interior de la casa y se volvió para indicarle a Lars Jørgensen por señas que se acercara.

–Voy a entrar –susurró para que no se oyera su voz a través del móvil–. Llama a la jefatura y pídeles que envíen una patrulla a casa de Karin Hvenegaard. Quizá también haya estado allí.

Su compañero apartó la mirada y pareció reprimir un bufido. Louise se dio cuenta por la tensión de sus mandíbulas. Luego volvió el rostro hacia ella y posó una mano sobre su hombro.

–Cuidado con él. No sabemos para qué ha venido, pero ya ha asesinado a una persona. Hasta aquí Louise lo seguía.

–Es un hombre bajo presión –prosiguió Lars Jørgensen–. Si deja salir a Susanne es porque piensa que puede sacar mayor provecho utilizándote a ti como rehén.

Louise sabía que su compañero tenía razón, pero ahora mismo temía más que el agresor llegara a la conclusión de que sacaría más provecho si se quedaba con Susanne.

Volvió a la puerta principal y pegó la oreja a ella. Vio a Suhr y a Heilmann que en ese mismo instante cruzaban el aparcamiento, y se dio cuenta de que el jefe de Homicidios quería decirle algo. Pero entonces se abrió la puerta de la entrada y apareció una Susanne

cabizbaja guiada por un brazo. La sangre manaba de su cuello, y parecía atemorizada. Sus manos estaban atadas por delante, y Louise se fijó en que el agresor no había utilizado las habituales bridas de plástico. Parecía haberlo hecho con unas cuerdas encontradas en el piso.

—Saldrá en cuanto tú estés dentro.

Louise lanzó una rápida mirada a Suhr, y antes de que le diera tiempo a su jefe a protestar entró con todos los músculos tensos y se colocó al lado de Susanne. Consideró brevemente si debería intentar sacarla de allí de un tirón para que las dos quedaran libres, pero dejó pasar el momento. Si fracasaba ya no habría nada más que hacer. Se llevó las dos manos a la nuca para dar a entender que no iba armada ni pretendía atacarle, y presintió que él relajaba su mano, a punto de soltar a Susanne.

—Ya te puedes ir —le dijo Louise a Susanne.

Louise se quedó un momento en la puerta, siguiendo la espalda de Susanne, que se alejaba a toda prisa de la casa. Incluso llegó a sentir una leve sensación de alivio y triunfo cuando de pronto una mano firme se cerró alrededor de su codo y la arrastró hasta el salón donde rodó por el suelo y se golpeó contra el sofá.

Se la quedó mirando un buen rato mientras ella se levantaba lentamente y se acomodaba vacilante en el sofá.

—¿Lo sabías? —preguntó él, y se colocó delante de ella, obligándola así a echar la cabeza hacia atrás para mirarle.

Louise negó con la cabeza, metida de pronto en un nuevo papel que la obligaba a hablar como la jovencita que lo había visto en un bar del centro de la ciudad.

—Fui a nuestra cita en el Tívoli, pero tú no viniste. En tu lugar vino Henning.

Louise percibió su sorpresa al oír el nombre de su hermano.

—Tu hermano sale con mi mejor amiga —dijo a modo de aclaración.

—¿Camilla?

Él seguía mirándola atónito. A primera vista no parecía agresivo ni amenazante, y en algún lugar recóndito de Louise eso le dolió. Daba la sensación de estar confuso e inseguro, como si lo hubieran obligado a cometer un acto involuntario.

—Sí. Henning me habló de vuestro almuerzo y de Camilla, que tuvo que ir a Roskilde, y me contó que tú te habías ido poco después.

Louise lo puso brevemente al corriente de los acontecimientos.

—¿La seguiste? —preguntó.

Pasó un rato hasta que él finalmente asintió con la cabeza, como si considerara si podía perder algo contestando.

—Os parecéis, tú y tu hermano, al menos de lado. Cuando vi a Henning reconocí el perfil —dijo Louise, y le contó que lo había visto en imágenes tomadas por la cámara de vigilancia del metro el día en que él acompañó a Christina Lerche hasta la estación de metro de Kongens Nytorv.

Él la escuchaba, pero Louise era incapaz de interpretar lo que estaba pasando en su cabeza.

—De pronto comprendí la conexión, y entonces cogí el coche y vine hasta aquí.

Louise no se atrevía a contar que lo supo en cuanto contactó con él a través de Nightwatch. A pesar de que ahora mismo no parecía amenazador, era consciente de que su actitud podía cambiar en cualquier momento. Y su semblante pensativo, junto con el hecho de que no se sintiera presionado, la llevaron a estar más atenta.

Él esperaba que le contara más. De pronto el silencio parecía infinito, y Louise sintió un profundo desasosiego mientras intentaba encontrar algo más que contarle. No se atrevía a mirar el reloj para ver cuánto más tendría que estirar el tiempo.

—Fue Camilla quien me contó que te llamas Jørgen.

Vio a agentes de policía en uniforme de asalto merodeando al otro lado de la ventana. Se estaban apostando, así que Louise supuso que el grupo de negociadores había llegado.

—Yo no la maté —dijo finalmente. Se había sentado, y no paraba de mover los dedos, entrelazándolos y separándolos como si fueran los dientes de un engranaje—. No hice nada.

Louise no se molestó en comentar su última observación, aunque cayó en la cuenta inmediatamente de que podía suponer el hueco por el que colarse y ganarse su confianza.

—Yo tampoco creo que la mataras... conscientemente —añadió tras una breve pausa.

Él retiró las manos, como si se hubiera quemado, y se inclinó hacia Louise.

—Yo no la maté, nada más lejos de la realidad —dijo, de pronto en un tono de voz que se asemejaba a un gruñido—. No estaba muerta cuando me fui. Me engañó.

Se oyó un tintineo cuando volcó una taza vacía al abrir los brazos. La miró implorante a los ojos.

—¡Fue culpa suya!

Louise asintió con la cabeza para mostrarle que le daba la razón. De pronto el tiempo del que disponía era escaso. Hasta entonces había intentado ganar tiempo, pero ahora el problema era si quedaba tiempo suficiente para tranquilizarlo antes de que el grupo que aguardaba fuera estuviera listo para hacerse cargo y ella tuviera que contentarse con ser un arma de negociación.

Intentó calmarlo.

—Murió cuando tú ya habías abandonado el piso —dijo en un tono convincente—. El médico forense me llamó para contarme que pudo perfectamente haber pasado un buen rato hasta que murió.

Louise se dio cuenta de que oía las palabras, pero que no comprendía su significado. Solo le interesaba que ella le confirmara su inocencia, pensó, lo que se ajustaba perfectamente a esta clase de delincuentes.

—No te juzgarán por asesinato —dijo con la esperanza de que supusiera un consuelo, aunque sin duda acabaría siendo condenado por algo que era casi tan espantoso. Tampoco le sorprendería si en un primer momento Suhr lo acusaba de asesinato, puesto que estaban investigando la muerte como un caso de asesinato.

—No tenía que morir —dijo en un tono de voz menos agresivo, aunque seguía siendo acusador—. Me invitó a su casa, y fue ella quien quiso que fuéramos al dormitorio —añadió a modo de explicación.

Louise asentía con la cabeza mientras él hablaba, y constató que no era estúpido. Era evidente que sostendría que habían estado de acuerdo en lo que harían. Y sin duda haría lo mismo cuando llevaran el caso de Susanne ante los tribunales, y entonces dependería del abogado de ella rebatirlo.

Apartó la mirada y siguió pasivamente los acontecimientos que se desarrollaban al otro lado de la ventana. El tráfico estaba cortado, los peatones eran retenidos por la policía. La única actividad corría a cargo de los agentes que se habían apostado en el aparcamiento y alrededor de la casa. Louise miró el reloj con el rabillo del ojo. Sentía que llevaba varias horas sentada frente a él.

—Al fin y al cabo, no tiene nada de malo lo que hicimos —dijo él sin dirigirse a nadie en concreto—, y sin embargo las cosas se torcieron. Por lo visto, del todo.

Por un instante, Louise creyó que rompería a llorar. Tenía ganas de preguntarle en qué momento creía él, en su opinión, que se había torcido todo, pero no se atrevió. Tenía la sensación de que el hecho de que no lo entendiera había sido precisamente el catalizador. Tenía sus propios planes cuando hacía su maleta de violador y acudía a sus citas, y si luego esos planes no se cumplían era porque, desde su punto de vista, algo se había torcido. Louise no pensaba meterse en ese berenjenal. De eso tendría que encargarse el

psiquiatra forense, porque sin duda aquello requeriría un examen psiquiátrico. Oyó voces frente a la puerta principal, no altas, ni destinadas a que se oyeran en el interior de la casa, tan solo el sonido de personas hablando, y eso le dijo que había llegado la hora. Su estómago se contrajo y de pronto sintió su pulso.

–Te prometo que tendrás al mejor abogado.

Lo miró directamente a los ojos. Al principio su mirada era vacilante, pero Louise consiguió retenerla y le habló despacio, poniendo énfasis en cada palabra.

–Si salimos ahora estoy segura de que Camilla hará todo lo que esté en sus manos por ayudarte.

Actuaba por cuenta propia, pero obtuvo una reacción. Lo notó en su mirada, y aquello la animó a seguir adelante.

–El grupo de negociadores se está preparando para hacerse cargo de todo, y una vez entren en acción, no podré hacer nada por ti. Y dentro de un momento llegarán las fuerzas de asalto. Si salimos antes, esto no se considerará como una toma de rehenes.

Louise se estaba quedando sin argumentos, y él se estaba relajando. Vio a los agentes antidisturbios armados hasta los dientes tomando posiciones.

–También sería muy agradable acabar con todo esto antes de que aparezca demasiada prensa –añadió.

Louise ya había observado a varios fotógrafos que se habían colocado tras el cordón policial.

–Si algo va mal te llevaré conmigo cuando salga corriendo –dijo él, tras pensárselo un buen rato. La voz volvía a ser un susurro ronco.

Louise asintió con la cabeza, consciente de que no tendría ni la más mínima posibilidad de correr a ningún sitio en cuanto traspasaran la puerta. Se llevaría un susto al descubrir la gran presencia de agentes de policía armada. Sintió una punzada en el corazón por traicionarlo, y deseó con todas sus fuerzas que accediera a salir inmediatamente para así ahorrarle que el grupo de negociadores se pusiera en marcha. Enviarían al cuerpo antiterrorista a la casa si no salía voluntariamente. Él no sabría, por supuesto, quiénes eran. Lo más probable era que ignorara que se consideraba un acto de terrorismo retener a alguien contra su voluntad y que siempre se utilizaba al cuerpo mejor entrenado cuando había que sacar a un secuestrado.

Se levantó y empezó a pasearse de un lado a otro del salón.

–Lo haremos juntos –dijo, y le lanzó una mirada que a Louise le costó interpretar.

Había fiereza y miedo a partes iguales en sus ojos, pero por fuera todavía parecía tranquilo, como si estuviera seguro de que todo aquello estaba ocurriendo porque nadie lo había comprendido. Como si fuera un error. Número equivocado. En realidad no tenía nada que ver con él. Louise no se sentía del todo segura, pero se levantó y asintió con la cabeza, consciente de que todo podía acabar trágicamente.

–¿Camilla está allí fuera? –preguntó, y la miró.

–No lo sé –respondió Louise, y se encogió de hombros. Esperaba que no fuera así.

Se acercó lentamente y se colocó frente a ella.

–Lo hago porque tú me has prometido que me ayudarás. Y porque he decidido que

quiero conocerte.

Louise se estremeció. ¿Todavía no se había dado cuenta de que se había acabado?, pensó. Lo que le sobrecogió aún más fue darse cuenta de que no consideraba sus agresiones como delitos. Ni siquiera se imaginaba los cargos que más tarde la policía presentaría contra él. ¡Es un trastornado en toda regla!, pensó, ¡un completo psicópata!

—¿Por qué fuiste a buscar a Susanne hoy? —preguntó cuando él empezó a empujarla hacia la puerta.

—Escribió en el periódico que yo había asesinado a alguien. Y no es verdad. Ella me conoce y sabe que no soy así.

Louise tragó saliva. Le resultaba imposible mirarlo a los ojos.

—No todas las chicas consideran normal que las aten y las amordacen. Puede llegar a parecerles aterrador si no se pacta de antemano...

Louise enmudeció al darse cuenta de que él se había cerrado por completo.

Habían llegado a la puerta.

—Espera un momento —dijo con toda la calma que fue capaz de reunir—. Llamaré para avisarles de que estamos a punto de salir.

Él se quedó mirando a Louise mientras llamaba para darle el breve mensaje a Suhr. El miedo se había apoderado de él, y ya no quedaba ni rastro de fiereza en su mirada, tan solo nerviosismo. Sus ojos se movían furtivamente de un lado a otro. La agarró del brazo, listo para empujarla por delante en cuanto abrieran la puerta.

—Cuando abras la puerta saldremos lentamente al sendero —dijo Louise con insistencia, preocupada porque no supiera lo que unos movimientos rápidos podían provocar.

Giró el pomo y abrió la puerta. Suhr estaba al final del sendero, y los miró sin hacer nada.

Dieron los primeros pasos lentamente, como un animal que se adentra con cautela en territorio desconocido. Él la empujaba como si fuera un escudo, y cuando hubieron avanzado unas cuantas losas desde la puerta principal de la casa, se detuvo abruptamente y contempló el escenario. Había francotiradores dispuestos sobre los tejados que lo apuntaban, agentes antidisturbios rodeando la casa. En el caso de Louise, la muchedumbre se difuminó hasta confundirse en una masa sin forma, pero él parecía grabarse cada detalle.

Con una fuerza inaudita la lanzó hacia delante. El empujón fue tan brutal que Louise tuvo la sensación de que había planeado volver corriendo a la casa y atrincherarse allí, pero que había valorado que no le daría tiempo a llevársela con ella. Vio que Suhr movía ligeramente la cabeza con la mirada fija en algo a sus espaldas: una especie de súplica a Jørgen para que no hiciera ninguna tontería y claudicara de una vez por todas, o tal vez una señal a un francotirador que probablemente se hallaba en el tejado detrás de Louise.

Suhr empezó a avanzar hacia ellos. Detrás de él había gente lista para realizar la detención. La mirada de Louise se cruzó con la de Lars Jørgensen y reconoció a un par de agentes que sabía que pertenecían al grupo de negociadores. Se habían metido en el jardín delantero del vecino para observar el final del incidente, que se llevó a buen puerto sin su ayuda.

Louise se detuvo y dejó que Jørgen la adelantara. No se dignó siquiera a mirarla cuando siguió caminando hacia Suhr, aunque justo cuando pasaba por su lado repitió en voz baja:

—Confío en ti.

Louise lo siguió con la mirada cuando los hombres de la brigada antidisturbios, con sus chalecos antibalas, se acercaron para recibirle. Los siguió cuando se dirigieron hacia los coches aparcados, donde cuatro hombres lo acompañaron hasta el interior de un furgón azul. Captó débilmente que Suhr se colocaba a su lado y que le preguntaba si estaba bien.

Louise movió la cabeza y descubrió que las piernas le temblaban. Sintió cómo las fuerzas empezaban a abandonar su cuerpo. No estaba nada bien, pensó.

Los técnicos del departamento de Criminalística se disponían a entrar en el piso. Louise cayó en la cuenta de que no sabía si le había pasado algo a Susanne, pero eso tendría que esperar.

Pasó un rato hasta que se percató de los *flashes* de los fotógrafos, que también iban dirigidos a ella. Asustada, se volvió para darles la espalda.

Lars Jørgensen se le acercó, la rodeó con el brazo y se la llevó.

—Ven —dijo, y la sostuvo mientras avanzaban hacia el coche. Con el rabillo del ojo vio a Nymand, el comisario de la policía de Roskilde, que se acercaba a ella con la mano extendida y una amplia sonrisa en los labios. Louise apretó el paso y miró hacia otro lado.

Su compañero abrió la puerta y la ayudó a meterse en el coche. Los músculos no la obedecían, sus piernas temblaban y era incapaz de controlar sus manos.

—¿Crees que había planeado volverla a violar? —preguntó Lars Jørgensen cuando cogieron Københavnsvej para meterse en la autovía—. Le había atado las manos. ¿O tal vez pretendía matarla? Por cierto, nos han comunicado que no intentó ponerse en contacto con Karin Hvenegaard.

Louise sacudió la cabeza e intentó despabilarse. Lo que más le apetecía era dejarlo todo aparcado un rato, pero podía entender que su compañero quisiera saber algo más. Al fin y al cabo, había estado fuera todo el tiempo, aguardando acontecimientos.

—No pensaba asesinarla —dijo.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para hablar de ello.

—Vino para convencerla de que no había asesinado a Christina Lerche. Para contarle que todavía estaba viva cuando él la dejó.

Lars Jørgensen asintió con la cabeza, y prosiguió con lo que Louise ya había pensado hacía un rato.

—Él sabe que ella podía reconocerlo, y una prueba así tiene mucha fuerza en un juicio.

Louise le contó cuál había sido su reacción ante el diario de Susanne en el periódico.

—Se siente expuesto y piensa que lo han tratado injustamente.

Lars Jørgensen le lanzó una rápida mirada antes de acelerar para colocarse en el carril exterior de la autovía.

—¿Qué demonios se había imaginado? ¡Salió de su casa cargado con un equipo

completo para maltratar a una mujer!

—Supongo que está dispuesto a reconocer que tiene tendencias sdomasochistas, y está convencido que no hay nada malo en ello. Y así es, claro —se apresuró a añadir Louise—. Siempre y cuando las partes estén de acuerdo.

Lars Jørgensen se metió en el carril del medio, disminuyó la velocidad un poco y se dispuso a escuchar.

—Solo que no fue así —prosiguió Louise—. Seguramente estuvieron de acuerdo en mantener relaciones sexuales, pero no creo que hubieran acordado de qué tipo, ni cómo debía acabar. Al menos Susanne nunca me dijo eso. Al contrario. Reaccionó tempestuosamente cuando le pregunté si le iba esa clase de prácticas. Si le ponía que la ataran, la pegaran y la violaran. Me niego a creer que fuera algo que hubieran acordado de antemano.

Lars Jørgensen no paraba de menear la cabeza mientras ella hablaba.

—No he podido evitar pensar en un caso de hace unos años. ¿Recuerdas cuando un vecino organizó la violación de su vecina del piso de abajo? —preguntó su compañero.

Louise negó con la cabeza.

—El hombre se hizo pasar por su vecina de abajo, y contactó con un joven a través de la red al que invitó a una violación ficticia. En nombre de su vecina escribió que dejaría la puerta abierta cuando se fuera a dormir. Así podría entrar sin problemas. Y también le dijo que siguiera adelante por mucho que ella gritara, para que fuera cuanto más realista mejor.

Louise empezaba a recordar. De pronto le vino a la cabeza que había leído acerca del caso en los periódicos, y que fue la primera vez que le entraron serias ganas de cortarle los huevos a un tío. Lo que había hecho aquel vecino era tan deleznable que incluso ese castigo le parecía poco.

—Tenía las llaves de la casa porque le había regado las plantas a la víctima durante unas vacaciones. Pasó por un cerrajero y se hizo una copia —añadió Louise—. El joven se llevó un buen susto.

—Claro —dijo Lars Jørgensen—, y el vecino tuvo su condena.

—¡Vaya enfermo! —dijo Louise.

Se había vuelto a animar un poco al hablar de aquellas viejas y olvidadas agresiones. Aunque había sido un caso relativamente insignificante, se le había quedado grabado porque había sido un acto de una premeditación terriblemente malvada.

—Pues tu Jørgen también está enfermo. ¿Cómo es?

—En el fondo es un tipo tranquilo —contestó Louise—. Me parece que ni siquiera es consciente de haber cometido varias violaciones espeluznantes. Sencillamente se siente incomprendido.

Louise reflexionó antes de continuar:

—Me cuesta determinar hasta qué punto es calculador. Al fin y al cabo no parece que haya intentado esconderse. Y eso encaja muy bien con el hecho de que fuera más casual que planeado que lo pillaran las cámaras de vigilancia del metro. Por otro lado, se esforzó mucho por borrar las pistas cuando chateaba o se escribía con las mujeres, y también se

anduvo con mucho cuidado para no dejar huellas dactilares en sus casas.

–Parece bastante ilógico –dijo Lars Jørgensen con asombro.

–Sí –asintió Louise. De pronto le asaltó la mala conciencia.

–Lo único que hice fue seguirle la corriente –dijo–. Le prometí un montón de cosas.

Lars Jørgensen ni siquiera la miró, pero asintió con la cabeza y dijo:

–Por supuesto que sí.

–Todas somos putas a los ojos de nuestro Señor –murmuró Louise mientras echaba el asiento hacia atrás para acomodar su cuerpo de manera que los músculos tensos se relajaran–. Le habría prometido cualquier cosa con tal de sacarlo de allí.

–Forma parte del trabajo, y lo hiciste muy bien.

Su compañero le apretó la rodilla. Luego reconoció que Suhr se había mostrado más tenso de lo habitual mientras Louise estuvo en el interior de la casa.

–Pero evidentemente estaba excepcionalmente satisfecho cuando salió Susanne –se apresuró a añadir cuando oyó el suspiro de Louise–, y me imagino que no quedará ni un solo ojo seco cuando los periódicos muestren las imágenes en las que aparece llevándosela en volandas.

Lars Jørgensen se rio antes de volver a ponerse serio.

–Nunca lo había visto tan callado y ceñudo. Parecía contener la respiración mientras estabas allí dentro.

Louise no sabía qué pensar. Era comprensible que estuviera enfadado porque había actuado por su propia cuenta y riesgo, sin consultarlo con él y arrebatándole así la posibilidad de dirigir la batalla.

–¿Quieres que te lleve directamente a casa?

Louise estaba muy tentada de aceptar la oferta, pero en algún rincón de su cabeza resonaban las palabras de Jakobsen: hay que procurar cerrar esta clase de experiencias de una manera sensata para evitar que sedimenten.

–Camilla sale con su hermano –se le escapó de pronto.

Cerró los ojos para evitar ver la reacción de su compañero, pero sí oyó su estallido.

–Pero ¿qué dices?

Menuda pregunta estúpida, pensó Louise, ya lo ha oído. Pero entendía muy bien el motivo.

Seguía con los ojos cerrados cuando empezó a narrarle el encuentro en el Tívoli.

–Al principio creí que era él. Reconocí el perfil. Henning es su hermano mayor.

Lars Jørgensen había saludado a Henning en la fiesta celebrada en Holmen, así que lo conocía mejor que ella, pensó Louise, y de repente su cuerpo se volvió pesado. No era capaz de imaginarse que alguna vez fuera a poder hablar con Camilla de lo sucedido. Lo que más le apetecía era sumirse en una profunda y negra oscuridad, y no volver a emerger hasta que todos los problemas se hubieran solucionado solos y volviera a reinar el silencio en la superficie. Ahora mismo todo le parecía un caos.

Lars Jørgensen todavía no había hecho ningún comentario.

–Es terrible –dijo finalmente–. ¡Para los dos!

Louise y Lars Jørgensen fueron los primeros en volver de Roskilde, pero para entonces los rumores ya habían llegado al departamento. Willumsen se acercó a su despacho y se colocó en la puerta, desde donde miró a Louise sin pestañear. Ella se dio cuenta, pero no tenía fuerzas para escuchar el duro sermón con el que le reprocharía que hubiera actuado precipitada e irreflexivamente al entrar en la casa. Louise miró tercamente al frente.

—Disponemos de un grupo muy bien entrenado y formado que interviene en situaciones como la que viviste en Roskilde —empezó a decir cuando el silencio en el despacho se hizo insostenible.

Louise no le escuchaba. O al menos fingía no hacerlo.

—Y no pensaba ampliar este grupo.

Le estaba hablando directamente a ella, a pesar de que Lars Jørgensen se había sentado en su silla frente a la puerta. La atmósfera era tensa, y Louise presintió que su compañero no acababa de decidir si abandonar el despacho para no tener que presenciar la bronca que se avecinaba o quedarse para darle todo su apoyo.

—De hecho acabo de rechazar la posibilidad de formar a más miembros de nuestro departamento —prosiguió Willumsen—. Pero es peligrosísimo tener a gente como tú suelta por ahí, así que tal vez me haya equivocado.

Louise se volvió en la silla y finalmente lo miró a los ojos. La ira empezaba a abrirse paso. Sentía que estaba a punto de explotar. Había tenido que hacer acopio de todas sus fuerzas para pasarse por el despacho en lugar de meterse en la cama directamente.

—Hice lo que pude —se defendió coléricamente—. No podíamos quedarnos fuera, esperando que llegaran los negociadores; y además todo acabó bien.

Willumsen parecía ligeramente irritado por su virulento estallido.

—Suerte —dijo antes de que le hubiera dado tiempo a Louise a disparar un bombardeo de sentimientos reprimidos y gastados que se agolpaban para salir. Entonces prosiguió—: Tenía que haberte concedido la plaza. Sirves para esto...

Poco a poco Louise empezaba a comprender lo que quería decirle, pero naturalmente no pensaba admitirlo sin más. Sería demasiado sencillo y muy alejado de su estilo, pensó Louise, y se volvió hacia él para escucharlo con interés.

—Están a punto de formar un nuevo equipo. En principio hemos rechazado enviar a uno de los nuestros, pero visto el episodio de hoy creo que la situación ha cambiado.

Louise sintió un nudo en la garganta, consciente al fin de lo desequilibrada que estaba.

—Gracias.

En ese mismo instante Thomas Toft y Michael Stig avanzaban por el pasillo y doblaron la esquina para meterse en el despacho. Ignoraron a Willumsen y a Lars Jørgensen y se dirigieron directamente a ella. Michael Stig se puso en cuclillas al lado de su asiento mientras Toft se sentaba sobre el escritorio. La miraron con ojos llenos de preocupación y Louise no pudo más que sonreír.

—¿Qué pasa? —preguntó, y paseó la mirada de uno a otro—. Estoy bien. Ya ha acabado todo, y además con final feliz.

En el camino de vuelta, Lars Jørgensen le había contado que Michael Stig se había ofrecido varias veces para entrar en la casa y sacarla de allí, pero que Suhr lo había

rechazado y le había gruñido que estaba muy satisfecho con que Rick estuviera donde estaba.

—¿Cómo era ese tipo? —preguntó Michael Stig, dando rienda suelta a su curiosidad.

—¿Te puso alguna condición? —quiso saber Toft.

Louise negó con la cabeza.

—En realidad estaba muy tranquilo —dijo, sorprendida por no tener nada más interesante que decir de él. Tal vez se había protegido con una coraza psicológica que rebajó el hecho de haber estado frente a un hombre que había perpetrado una serie de gravísimos crímenes. No sentía, ni mucho menos, simpatía por él, y sin embargo le costaba reconocerlo como la persona cínica que habían perseguido.

Volvió a caer en la cuenta de que tal vez Camilla, sin sospechar siquiera el alcance de la catástrofe, lo hubiera entretenido con el caso las veces que se vieron. De este modo, el agresor debió de llegar a una conclusión que provocó su reacción. Pero realmente no lo había visto desesperado cuando entró en la casa.

—No puso ninguna condición —dijo Louise—, pero le prometí un montón de cosas que nunca podré cumplir.

De pronto deseó que todos se fueran. Estaba cansada, y los pensamientos no paraban de darle vueltas en la cabeza.

—¿Hay alguien con quien puedas estar cuando salgas de aquí? —preguntó Willumsen amablemente.

Louise sonrió. Ese lado de Willumsen no solía asomar demasiado a menudo, y supo enseguida que había que disfrutarlo cuando finalmente ocurría.

En ese mismo instante apareció Heilmann.

—Si quieres puedo acompañarte —se ofreció.

Louise negó con la cabeza.

—No hace falta. Estoy bien, y prefiero estar sola.

—¿Crees que es prudente?

Heilmann enmudeció cuando oyó el restallido de unos tacones en el pasillo. Todos se volvieron hacia la puerta, donde Camilla se detuvo en seco. Luego paseó la mirada por los allí reunidos para ver si podía permitirse molestar en aquel momento.

—Adelante —dijo Heilmann.

Toft y Michael Stig se levantaron y se fueron hacia la puerta, como si temieran quedar atrapados en una estancia que se estaba volviendo demasiado privada por momentos. Willumsen saludó brevemente antes de seguirlos. Acababa de conseguir que prorrogaran la prisión preventiva del hermano de la mujer inmigrante y la paz se había instalado en su grupo. Louise supuso que seguiría con ganas de imputar a la vecina por falso testimonio al haberse inventado que había oído ruidos en el piso alrededor de la una del mediodía, pero nadie creía realmente que lo conseguiría. A pesar de ello, casi todos estaban de acuerdo en que habría sido una represalia justa contra una persona que había desbaratado el trabajo de la policía hasta el punto de haberse visto obligados a soltar al sospechoso. ¡Ahora estaba realmente muerto, pero aun así!

—¿Qué demonios ha sucedido en Roskilde? —preguntó Camilla, preocupada, aunque sin

poder ocultar su curiosidad.

Había lanzado su enorme bolso a una esquina y tomó asiento sobre la estantería baja que había al lado de la puerta.

–Esperaba poder ver a Suhr –dijo, y miró a Heilmann.

–Esta tarde no podrá ser –fue la respuesta.

Louise supuso que ya habían dado con un abogado para que pudieran interrogar a Jørgen esa misma noche.

–¿Le pasó algo a Susanne?

Louise miró a su amiga e intentó dilucidar hasta qué punto conocía los detalles de la historia, pues no dudaba de que había acudido por razones profesionales.

–No –contestó Heilmann–, nada serio, pero está bastante conmocionada, naturalmente.

Camilla asintió con la cabeza, parecía muy afectada.

–Acababa de estar con ella. Él debió de llegar poco después de que yo me marchara.

Esto último lo dijo sobre todo dirigido a sí misma.

Lars Jørgensen recogió sus cosas y se preparó para volver a casa con su esposa y sus gemelos. Louise esperaba por su bien que ya estuvieran acostados. Él también debía de estar más agotado de lo que quería dar a entender. Se despidió de él dándole las gracias por todo.

–Mi jefe –dijo Camilla– me ordenó que fuera a Roskilde en cuanto lo supimos, pero supuse que todo habría terminado antes de que me diera tiempo a llegar, así que pensé que sería más práctico venir aquí directamente.

Muy hábil, pensó Louise, y se preguntó cómo habría conseguido sortear la entrada cuando era evidente que no tenía una cita previa con nadie. No era tan fácil pasar el control de seguridad.

–¿Qué pasó? –preguntó Camilla, y miró intensamente a la jefa de investigación.

Pero Heilmann sacudió la cabeza.

–Louise es quien mejor lo sabe.

Camilla parecía sorprendida.

–¿Fuiste tú? Oí que el grupo de negociadores estuvo allí, así que supuse que sería uno de ellos el que logró sacar a Susanne.

A Louise no le extrañaba que la historia ya hubiera empezado a correr por todos los mentideros de la ciudad.

–¡Es un psicópata en toda regla! –prosiguió Camilla indignada–. ¿Qué clase de persona actúa de esta manera?

Negó con la cabeza, a todas luces horrorizada.

–¡Podía haber matado a Susanne! ¡O a ti, ya que estamos!

Sí, o a ti, estuvo Louise a punto de añadir, aunque se contuvo. Esa no era la manera de transmitirle la verdad a su amiga.

–¿Puedes quedarte con Louise para que no tenga que estar sola en casa? –preguntó Heilmann, y miró a Camilla con gravedad.

–Por supuesto –se apresuró a contestar su amiga.

Heilmann no sabía nada de Henning y la historia que vinculaba a Camilla

estrechamente con el drama que se había librado en Roskilde. Tendrá que saberlo antes o después, pensó Louise, pero podía esperar a que hubiera hablado con Camilla.

—¿Y el trabajo? —preguntó Louise—. ¿Estás segura de que puedes acompañarme?

—Naturalmente, Terkel tendrá que buscarse a otro...

Las interrumpieron unas voces y pasos en el pasillo. Sonaba como una invasión que se abría paso a través del silencio.

Al ver a Heilmann, Suhr y su séquito se detuvieron frente a la puerta del despacho.

—Llevaremos a Jørgen Zachariassen a la prisión de Vestre en cuanto hayamos acabado.

A Louise no le dio tiempo a reaccionar cuando de pronto sintió sus ojos sobre ella. Prinzz iba entre Toft y Michael Stig y su abogado de oficio. Sus miradas se cruzaron en cuanto Louise alzó la cabeza hacia él. Intentó mirar a otro lado, pero sus ojos la apresaban.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —exclamó Camilla.

Se disponía a adelantarse cuando Heilmann la detuvo. Jørgen extendió la mano hacia ella, y en ese mismo instante Michael Stig lo asió del brazo.

Suhr les ordenó que siguieran adelante con un gesto para que no se intercambiaran más palabras o miradas.

—¿De qué conoces a Jørgen Zachariassen? —preguntó el jefe de investigación, y se colocó frente a Camilla. Ella se volvió y tomó asiento en la silla de Lars Jørgensen.

—Es el hermano de mi novio. ¡No puede ser él, joder! ¡Es imposible!

Louise se dio cuenta de que su amiga empezaba a entender las distintas vinculaciones.

—¿Hasta qué punto conocía tu colaboración con Susanne? —dijo Suhr, y se acercó un poco más.

—No sabía nada. Nada en absoluto. Escúchame un momento. Es una persona muy decente —lo defendió—. Tiene su propia empresa de asesoramiento informático y es completamente normal. No me creo que haya violado a nadie. Además estuvo años viviendo con una chica. Lo dejaron hace dos años, cuando ella lo abandonó, pero lleva una vida del todo normal.

Camilla hablaba en voz alta, atropelladamente.

—¡No podéis estar hablando en serio! ¡Él no ha sido!

—Pues resulta un poco difícil de creer, teniendo en cuenta que fue él quien hoy mismo le puso un cuchillo en el cuello a Susanne. Acabamos de sacarle una muestra de sangre para poder obtener su ADN, y entonces podremos salir de dudas definitivamente.

Camilla movía la cabeza mientras hablaba.

—¿Y Henning? ¿Sabe que Jørgen está aquí? —preguntó sin escuchar lo que le decían.

El jefe de Homicidios aprovechó para tirar del hilo.

—¿Cómo es la relación entre los dos hermanos? —preguntó, y se disponía a seguir interrogándola cuando Heilmann le hizo una señal para que parara. Con un breve gesto de la mano señaló en dirección a su despacho.

Louise percibió vagamente que conducían a Jørgen Zachariassen al despacho, y lo último que oyó fue la voz imperiosa de Suhr:

—Puedes sentarte allí.

Luego se cerró la puerta.

De pronto se hizo el silencio. Louise miró a Camilla, que estaba sentada con la mirada perdida, como si estuviera en trance. Poco a poco Louise reunió las fuerzas necesarias para moverse. Se levantó insegura y se colocó al lado de su amiga y empezó a acariciarle el pelo.

Llámame Princesa es pura ficción. Todo podía haber tenido lugar y, efectivamente, hay cosas que sí sucedieron, pero la mayor parte es fruto de mi imaginación, de la misma manera que los personajes no guardan parecido alguno con personas reales. El universo alrededor del cual se desarrolla la trama coincide en varios aspectos con la realidad, pero me he valido de la libertad de todo autor para dejar que el departamento de Homicidios trabaje en toda la ciudad de Copenhague, aunque no suele abarcar Frederiksberg. El *Morgenavisen* y *Nightwatch.dk* no existen.

Durante todo el proyecto ha sido determinante para mí acercarme al ambiente que describo en la novela y poder así crear una imagen lo más fiel posible de la realidad. Por eso quiero dar las gracias de todo corazón a todos los que me habéis recibido de manera sumamente abierta y solícita, dedicando parte de vuestro tiempo a responder a todas mis preguntas. Agradecimientos especiales a mi amigo en el Instituto Anatómico Forense y a mis amigos del departamento A de la jefatura de Policía de Copenhague. Sin vuestra ayuda jamás habría podido crear el marco alrededor de Louise Rick.

También gracias a Lotte Thorsen, que ha leído todo lo que he escrito sobre la marcha y me ha brindado su apoyo, y a mi magnífica editora, Lisbeth Møller-Madsen.

Los errores y fallos que pudiera haber son exclusivamente responsabilidad mía.

Sara Blædel

Índice

Portadilla	2
Créditos	3
Dedicatoria	4
LLÁMAME PRINCESA	5
1	6
2	7
3	13
4	19
5	27
6	32
7	38
8	46
9	52
10	58
11	64
12	71
13	74
14	77
15	85
16	93
17	102
18	109
19	118
20	125
21	126
22	129
23	135
24	139
25	150
26	158
27	163
28	168

29	174
30	176
31	184
32	192
Nota Autora	197